

Diócesis de Madrid

SR. ARZOBISPO

CARTAS

- Carta Pastoral "Jesús, rostro de Misericordia, camina y conversa con nosotros en Madrid" 859
- Nunca robemos la dignidad del hombre 895
- "Fui forastero, y me acogisteis" (Mt 25,35): compartir para multiplicar 899
- "Quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta" 916
- "¡No podemos dejar solos a nuestros hermanos presos!" 920
- "Buscarte has en mí, y a mí buscarte has en ti" 924

HOMILÍAS

- Eucaristía en la Jornada Mundial de Oración por la Creación 928
- Centenario de la parroquia Nuestra Señora de Covadonga 933
- Apertura del año Judicial 938
- Fiesta anual de la Real Esclavitud de Santa María la Real de la Almudena 941
- Misa de Acción de Gracias por las Bodas de Oro y Plata matrimoniales 947
- Misa de envío de profesores de Religión 953
- Fiesta litúrgica de Nuestra Señora de la Merced. Cárcel Soto del Real 959
- Misa inicio de curso de Manos Unidas Madrid 963

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 968
- Defunciones 974
- Sagradas Órdenes 976
- Actividades del Sr. Arzobispo. Septiembre 2015 977

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Porque es eterna tu misericordia. Carta Pastoral con motivo de los XXV Años de la restauración de la diócesis Complutense y el Jubileo de la Misericordia ... 983

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Actividades Sr. Obispo. Septiembre 2015 1040

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta con motivo de la celebración de la Asamblea General de los Discípulos Misioneros 1045

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 1048

Conferencia Episcopal Española

- Mensaje con motivo de la Jornada de Oración por el Cuidado de la Creación... 1051
- Por una mayor generosidad en la acogida de los refugiados y desplazados en Europa 1053

Iglesia Universal

**VIAJE APOSTÓLICO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A CUBA,
A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y VISITA A LA SEDE
DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS,
CON MOTIVO DE LA PARTICIPACIÓN EN EL VIII ENCUENTRO MUNDIAL
DE LAS FAMILIAS**

- Ceremonia de bienvenida en el aeropuerto internacional de La Habana 1055
- Santa Misa en la Plaza de la Revolución en La Habana 1058
- Celebración de las Vísperas con sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas en la Catedral de la Habana 1062
- Saludo a los jóvenes del Centro Cultural Félix Varela de La Habana 1069
- Santa Misa en la Plaza de la Revolución de Holguín 1076

• Santa Misa en la Basílica menor del Santuario de la virgen de la Caridad del Cobre, en Santiago de Cuba	1079
• Encuentro con las familias en la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, en Santiago de Cuba	1082
• Ceremonia de bienvenida en el South Lawn de la Casa Blanca	1088
• Encuentro con los obispos de los Estados Unidos de América en la Catedral de San Mateo de Washington	1091
• Santa Misa y canonización del beato Junípero Serra en el Santuario nacional de la Inmaculada Concepción de Washington	1100
• Visita al centro caritativo de la parroquia de St. Patrick y encuentro con los sintecho de Washington	1104
• Visita al Congreso de los Estados Unidos de América. Washington D.C.	1108
• Visita a la Sede de la Organización de las Naciones Unidas	1118
• Visita a la escuela Nuestra Señora Reina de los Ángeles y encuentro con niños y familias de inmigrantes en Nueva York (Harlem)	1128
• Santa Misa en el Madison Square Garden de Nueva York	1132
• Encuentro interreligioso en el Memorial de la zona cero. Nueva York	1136
• Fiesta de las familias y vigilia de oración en el B. Franklin Parkway de Filadelfia	1139
• Encuentro por la libertad religiosa con la comunidad hispana y otros inmigrantes. Indepence Mall, Filadelfia	1146
• Encuentro con víctimas de abusos sexuales en el Seminario San Carlos Borromeo de Filadelfia	1151
• Visita a los presos del Instituto Correccional Curran-Fromhold de Filadelfia	1153
• Santa Misa de clausura del VIII Encuentro Mundial de las Familias en el B. Franklin Parkway de Filadelfia	1156
• Conferencia de prensa del Santo Padre durante el vuelo de regreso a Roma	1160

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48

E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXIII - Núm. 2882 - D. Legal: M-5697-1958

SR. ARZOBISPO

CARTAS

"JESÚS, ROSTRO DE MISERICORDIA,
CAMINA Y CONVERSA CON NOSOTROS
EN MADRID"

«Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”. Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único forastero de Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?”. Él les dijo: “¿Qué?”. Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron

también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron”. Entonces él les dijo: “¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en la gloria?”. Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos le apremiaron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y le reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”. Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan».

Lc 24, 13-35

INTRODUCCIÓN

1. Este año damos comienzo al Plan Diocesano de Evangelización, que persigue que todos los cristianos que formamos parte de la Iglesia que camina en Madrid descubramos, abiertos a la acción del Espíritu Santo, lo que el Señor quiere de nosotros. En el título mismo del Plan expresamos sus objetivos: *Comunión y Misión en el Anuncio de la Alegría del Evangelio*. *Comunión, misión, anuncio y alegría* son cuatro sugerentes palabras que tenemos que llenar de contenido y de vida en este momento de la Historia en el que hemos de anunciar a Jesucristo y hacerlo creíble. La Iglesia lo sabe. «Tiene viva conciencia de que las palabras del Salvador se aplican con toda verdad a ella misma: “es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades”. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda»¹. ¿Qué fuerza adquiere para todos nosotros saber que «la evangelización también debe

¹ EN 14

contener siempre –como base, centro y, a la vez, culmen de su dinamismo– una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios!»².

El Plan Diocesano de Evangelización está diseñado para un período de tres años. Cada curso tendrá sus propias conclusiones y se tomarán decisiones para el futuro. El desarrollo del plan será así: **1^{er} año (2015-2016):** *La conversión pastoral para una transformación misionera de la Iglesia en Madrid;* **2^o año: (2016-2017):** *Desafíos, retos, tentaciones y posibilidades para la evangelización hoy en Madrid;* **3^{er} año (2017-2018):** *El pueblo de Dios que vive en Madrid anuncia el Evangelio y trata de dar respuesta a los problemas personales y sociales que hay en nuestro mundo.* Haremos la reflexión con la metodología de la *lectio divina*: mirando al cielo, escuchando lo que Dios nos dice en su Palabra, y contemplando en la tierra las situaciones que viven los hombres y las mujeres.

2. Necesitamos para hacer creíble el anuncio de Cristo «la conversión pastoral». Ciertamente nos pide muchas cosas, pero hay una sin la cual es imposible realizarla: precisamos tener la valentía de no clausurar nuestra vida en los propios intereses. Urge que demos y dejemos espacio a los demás. Somos para darnos y no para retenernos en nosotros mismos. Por ello, tenemos que dejar espacios para escuchar a Dios y para percibir la alegría que alcanza nuestra existencia cuando nos dejamos invadir por su amor. Es su amor incondicional el que nos invita a hacer siempre el bien y regalar lo que hemos recibido. Hemos de tomar conciencia clara de que la Iglesia, «nacida por consiguiente de la misión de Jesucristo, es a su vez enviada por Él. La Iglesia permanece en el mundo hasta que el Señor de la gloria vuelva al Padre. Permanece como un signo, opaco y luminoso al mismo tiempo, de una nueva presencia de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ahora bien, es ante todo su misión y su condición de evangelizador lo que ella está llamada a continuar»³. ¡Qué tarea más extraordinaria! Pero nunca se podrá realizar esta misión si no asumimos la urgencia de «la conversión pastoral para una transformación misionera de la Iglesia», el conocimiento de «los desafíos, retos, tentaciones y posibilidades para evangelizar hoy», y el compromiso de que «el pueblo de Dios que

² EN 27

³ EN 15

vive en Madrid anuncie el Evangelio y trate de dar respuesta a los problemas personales y sociales que hay en nuestro mundo». Todo ello nos está pidiendo «comunidad y misión en el anuncio de la alegría del Evangelio».

3. He titulado la carta pastoral así: *Jesús, rostro de misericordia, camina y conversa con nosotros en Madrid*. ¿Por qué este título en el primer año del Plan Diocesano de Evangelización? La explicación es sencilla. Deseo entregaros una reflexión pastoral-sapiencial que tiene como trasfondo el texto de los discípulos de Emaús. Quiero que nos ayude a descubrir «las claves de una verdadera conversión pastoral y de la transformación misionera» que solo provoca el encuentro con Jesús. La gran provocación que debemos acoger es la que el Beato Pablo VI proponía en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*: «Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: “he aquí que hago nuevas todas las cosas”. Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos, renovados por el bautismo y viviendo según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es, por consiguiente, este cambio interior. Si hubiera que resumirlo en una idea, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos»⁴. Para ello, es necesario el encuentro personal con Jesucristo de todos nosotros. Él hace posible la verdadera conversión pastoral que nos lanza sin miedo a la transformación misionera. Como dice el Concilio Vaticano II: «Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación. [...] Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene necesidad»⁵.

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

Una pregunta que te pide respuesta: ¿Tienes todos los días un tiempo para alimentarte de la Palabra del Señor y para contemplarle en la Euca-

⁴ EN 18

⁵ UR 6

ristía, es decir, para *mirarle y dejarte mirar por Él*? ¿Cómo escuchas y conversas con el Señor? ¿Encuentras paz? ¿Experimentas que la luz del Señor te guía?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

**1. IBAN CAMINANDO: SALIR AL ENCUENTRO DE LOS HOM-
BRES COMO PEREGRINOS, NO SOMOS VAGABUNDOS**

4. El comienzo del texto evangélico tiene para mí una importancia capital: «Aquel mismo día, dos de ellos, iban caminando a una aldea». Estar en el camino, en el mismo por donde transita la humanidad, es esencial. En ese camino nos encontramos con los hombres y las mujeres en la situación real en la que viven, en su, a veces dramático, contexto existencial. Los discípulos iban con un destino, a un pueblo. Muy a menudo, el problema de muchos seres humanos hoy es que se ponen a caminar, pero no saben a dónde van. El ser humano tiene necesidad de tener una meta, aunque sea pobre o mediocre. En este caso, era así: iban de camino, pero acompañados por la desolación y la desesperanza. Tenían meta, pero carecían de una perspectiva ilusionante.

5. Los discípulos de Jesucristo tenemos que salir al mismo camino por el que deambulan nuestros contemporáneos. Es un imperativo del Señor: «Id por el mundo y anunciad el Evangelio». Hay que salir, entre otras cosas, porque «evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la

humanidad: “He aquí que hago nuevas todas las cosas”»⁶. Adentrarse en el camino de los hombres es no perdernos ningún *rincón* o situación en la que pueda estar cualquier ser humano, por compleja que resulte. Solo el que me acompaña incluso en el camino de la oscuridad, la soledad y la muerte, es el verdadero y sumo pastor⁷. Por eso, no podemos conformarnos con estar con los de siempre, con los que ya son como nosotros. Hay que salir al encuentro de las más diversas situaciones humanas y tratar de curar sus heridas y aliviar su dolor. Nuestras hermanas y hermanos han de encontrar a través de nosotros el alivio y la salud que solamente Jesucristo regala. Si únicamente estamos con los que viven, piensan, sienten y hacen como nosotros, haremos un grupo estufa en el que estaremos muy a gusto, pero no seremos portadores de la Buena Noticia de Jesucristo en el corazón y en los distintos ambientes en que se desenvuelve la vida de las personas. Ponernos en camino es la actitud cristiana fundamental. Jesucristo nos convoca siempre a ponernos en marcha: «Id por el mundo y anunciad el Evangelio». Ese *id* es un imperativo que nos urge a salir.

6. ¿Qué significa salir al camino para nosotros? ¿Se trata solo de ir a zonas geográficas cada día más extensas o de llegar a poblaciones cada vez más numerosas? Ciertamente habrá que salir y hacerlo, pero siempre con la vida del Señor, sintiendo que somos la Iglesia de Cristo y que nuestra única misión es la que Él mismo nos ha regalado. Sabernos prolongadores de su misión es esencial para que esta salida no la hagamos por cuenta propia, sino con la Iglesia, en la Iglesia y desde la Iglesia: «Despojaos del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas»⁸. Se trata de salir a los caminos por donde transitan los hombres para «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación»⁹. En el fondo, se trata de salir al encuentro con el mundo, a todos los caminos y situaciones para vivir como dice san Pablo: «Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. [...] En con-

⁶ EN 18

⁷ SS 6

⁸ Ef 4, 22-24

⁹ EN 19

secuencia: dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros, [...] ahora, en cambio, deshaceos también vosotros de todo eso: ira, coraje, maldad, calumnias y groserías, ¡fuera de vuestra boca! ¡No os mintáis unos a otros!: os habéis despojado del hombre viejo, con sus obras, y os habéis revestido de la nueva condición que, mediante el conocimiento, se va renovando a imagen de su Creador, donde no hay griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y libre, sino Cristo que lo es todo, y en todos»¹⁰.

7. No se trata de hacer una nueva decoración del camino de los hombres. No es un nuevo barniz que damos a la vida y a la historia de la humanidad. Más bien consiste en penetrar con la fuerza del Evangelio en la raíz misma de su vida y de las fuerzas que están organizando la Historia y la cultura. Se trata de responder con todas las consecuencias al desafío que planteaba el beato Pablo VI: «la ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, como lo fue en otras épocas»¹¹. Salir al camino y dar testimonio es primordial, lo cual no quiere decir que no exista la necesidad de un anuncio explícito. Pero el testimonio es esencial como lo fue en los primeros momentos de la Evangelización. «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos», afirmaba asimismo el Papa. Así ha sido siempre. En la Iglesia primitiva, los cristianos provocaban preguntas interpeladoras: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué nos hacen el bien sin pedirnos nada a cambio? ¿Por qué son tan felices? ¿Por qué viven tan alegres si tienen los mismos padecimientos que nosotros? ¿Por qué no tienen miedo? ¿Por qué aman sin condiciones? ¿Por qué consideran a todos de la misma manera? ¿Por qué se dicen y viven como hermanos de todos los hombres? Todo vivido desde la discreción y el silencio, pero con tal claridad e intensidad que, querámoslo o no, la Buena Nueva se manifiesta.

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

Una pregunta que te pide respuesta: ¿Qué significa en tu vida de discípulo misionero salir al camino?

¹⁰ Col 3, 3-11

¹¹ EN 20

**¿Qué ves en los caminos por donde pasas? ¿Cómo haces el camino?
¿Qué armas llevas?**

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

**2. EN EL CAMINO, ¿QUÉ OCUPACIONES, CONVERSACIONES
Y PREOCUPACIONES TENEMOS?**

8. La vida de los hombres en esta humanidad globalizada manifiesta que los hombres y mujeres de nuestro tiempo viven y tienen muchas ocupaciones, muy diferentes preocupaciones y sus conversaciones son muy variadas. Pero aun así, sale el Señor en su búsqueda. Él quiere encontrarse con todos, que a nadie le falte la experiencia del rostro de la misericordia, del amor incondicional que solo Dios muestra. Y la Iglesia sale al camino y se tiene necesariamente que dirigir sin vacilaciones a todos los hijos de la Iglesia y a todos los hombres y mujeres. Tiene ante su mirada a la gran familia humana, con su inmensa riqueza y sus limitaciones. Por ello no es de extrañar que el Concilio Vaticano II dijese que «El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón»¹². A mí siempre me han impresionado unas pa-

¹² GS 1

labras del Señor que tienen una actualidad inmensa. La Iglesia afirma que no la mueve ninguna ambición, pues solo pretende continuar, bajo la acción del Espíritu Santo, la obra de Jesucristo que vino a este mundo para dar testimonio de la verdad. ¡Qué diálogo más hondo tiene el Señor con Pilato en el momento cumbre de su vida, cuando se estaba jugando todo por la humanidad! Recordemos ese diálogo: «Pilato le dijo: “Entonces, ¿tú eres rey?”», Jesús le contestó: “Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”. Pilato le dijo: “Y ¿qué es la verdad?”»¹³. Aquí el Señor manifiesta la gran tarea de la Iglesia al servicio de todos los hombres: acercar la Verdad. Es una Persona, no una idea, es Jesucristo, camino, verdad y vida. En lo profundo del ser humano está inscrita esa verdad, pues hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Somos hechura en la verdad. Siguen existiendo muchos hombres y mujeres en este mundo que desconocen la verdad, están en la misma situación que Pilato: tienen ante sí a la Verdad, no la saben reconocer, y le preguntan a Jesucristo «y ¿qué es la verdad?».

9. Por otra parte, impresiona que las aspiraciones de Cristo sean las mismas de la Iglesia en el camino de los hombres. Hemos de tener sus mismas ocupaciones, preocupaciones y conversaciones. Estas son sus palabras: «Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él»¹⁴. Como nos dice el Papa Francisco, «Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret»¹⁵. En el camino de los hombres, nos encontramos con cambios profundos y hondas transformaciones de la vida. Se acelera la Historia y se ha modificado el ambiente cultural y social y los modos de pensar. La inteligencia humana quiere dominar el pasado y pretende enseñorearse también del futuro. Aumenta la civilización urbana, se extiende la sociedad industrial y de la información digital. Los medios de comunicación contribuyen al conocimiento de todos los acontecimientos de un modo rápido. Estamos mucho más informados que nunca. Los cambios psicológicos, morales y religiosos son también evidentes. Sin embargo,

¹³ Jn 18, 37-38

¹⁴ Jn 3, 17

¹⁵ MV 1

la injusticia y el sufrimiento siguen haciendo estragos. «La globalización nos hace más cercanos, pero no más hermanos», decía Benedicto XVI¹⁶. Una de las tragedias más actuales y significativas, por la que seremos juzgados, es que muchas personas se ven obligadas a desplazarse a causa de la persecución religiosa, la violencia o la búsqueda de mejores oportunidades y tienen que dejar sus familias, su historia y su cultura y no encuentran sino puertas cerradas y corazones endurecidos como respuesta.

10. En este contexto de mutaciones históricas, negar a Dios o prescindir de Él aparece a veces como un verdadero progreso e incluso como un cierto nuevo humanismo. A estos caminos tenemos que salir todos los discípulos de Cristo como Él mismo lo hizo: «Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. [...] Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. [...] La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en el anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino misericordioso y compasivo»¹⁷. La cuestión fundamental hoy, como decían san Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco, es la crisis antropológica. En el fondo, la gran pregunta que late en toda esta situación nueva que vive la familia humana es: ¿qué y quién es el hombre? En ella están contenidos los interrogantes más profundos del hombre. La respuesta necesariamente trasciende al ser humano. Solo Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre¹⁸.

11. Por eso, la Iglesia cree con todas las consecuencias que Cristo, muerto y resucitado, por la acción del Espíritu, da luz y fuerzas al hombre para que pueda responder a su auténtica vocación. ¿Cuál es su vocación verdadera? La llamada radical al amor hace que el ser humano sea auténtica imagen de Dios: es semejante a Dios en la medida que ama. Y somos esa imagen en la medida que lo amamos.

¹⁶ CV 19

¹⁷ MV 1, 3 y 10

¹⁸ RH 10

Como nos dice el profeta Isaías: «te he creado a mi imagen y semejanza. Yo mismo soy el amor, y tú eres mi imagen en la medida en que brilla en ti el esplendor del amor, en la medida en que me respondes con amor». Solamente somos grandes unidos a Dios. En la medida en que nos apartamos de Dios o Él desaparece de nuestra vida, perdemos la dignidad divina, se difumina el esplendor de Dios en nuestro rostro y nos convertimos en un producto de una evolución ciega y sin horizonte que se puede usar y abusar. Al ser humano no se le puede comprender plenamente, tanto en su interioridad como en su exterioridad, mientras no reconocamos su apertura a la trascendencia. No tengamos miedo. Salgamos al camino de los hombres con el mismo amor de Dios que sana, pregunta, responde y elimina prejuicios. Salgamos como el Señor, no para juzgar sino para dar vida y salvar.

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

Una pregunta que te pide respuesta: ¿Qué ocupaciones, conversaciones y preocupaciones llenan tu vida? Haz una lista de las ocupaciones, preocupaciones y conversaciones que más están presentes y más se repiten en tu vida. Contempla delante del Señor si miran hacia ti o hacia los demás.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

3. IBAN CAMINO DE EMAÚS, ¿DÓNDE ESTÁ NUESTRO EMAÚS?

12. ¡Qué belleza tiene el mensaje de Emaús! Siempre me impresionó ese encuentro de Jesús con los dos discípulos de Emaús. Dicho encuentro tiene una significación especial. Es la manifestación más honda de que la persona, en el camino de su vida, necesita de Dios. Sin Él, el ser humano es un desconocido para sí mismo y no conoce la verdadera realidad de los demás. El Concilio Vaticano II, en todas sus constituciones y declaraciones, nos ha mostrado cómo la Iglesia, y por supuesto todos los cristianos, hemos podido alcanzar una conciencia mucho más clara, profunda y completa del misterio de Cristo. Y de lo que supone que, en Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella. Por otra parte, en esta cercanía al ser humano, el hombre ha conseguido algo definitivo: tomar plena conciencia de su dignidad, de la máxima elevación a la que ha sido llevado, nada más ni nada menos que a la altura de Dios mismo. La cercanía de Cristo, por Cristo y en Cristo, revela el valor trascendental de la propia humanidad y del sentido pleno que tiene su existencia. Por eso, Emaús está allí donde hay un ser humano; ahí se acerca Jesucristo para revelar al hombre quién es y a qué está llamado.

13. Siempre me han gustado mucho unas palabras de san Pedro Poveda, porque entiendo que ahí está la razón evidente de la necesidad de que todo ser humano llegue a conocer y a encontrarse con el Señor. Tanto me agradan y me sugieren, que desde que soy sacerdote las tengo enmarcadas en un cuadro y en todos mis cambios van conmigo. Dicen así: «Los hombres y las mujeres de Dios son inconfundibles. No se distinguen porque sean brillantes ni por lo que deslumbran, ni por la fortaleza humana, sino por los frutos santos, por aquello que sentían los apóstoles en el camino de Emaús cuando iban en compañía de Cristo resucitado a quien no conocían, pero sentían los efectos de su presencia»¹⁹. Todos los caminos del hombre son Emaús. En todos puede encontrarse con el Señor. En todos puede experimentar los efectos del encuentro con Él. Así será capaz de participar en la misión que Dios mismo ha encomendado al hombre. «Jesucristo es principio estable y centro permanente de la misión que Dios mismo ha confiado al hombre»²⁰.

¹⁹ Poveda y Castroverde, Pedro (2005): *Obras completas I: Creí, por eso hablé*, Narcea Ediciones. pg. 262

²⁰ RH 11

Todos los seres humanos estamos llamados a esta misión. ¿Hay dificultades para realizarla hoy? ¿Existe oposición para que pueda llevarse a cabo tal misión? Seamos discípulos misioneros. Urge tal misión, hay que hacerla sin dilaciones. Todo ser humano la necesita. Hay que revelar a Cristo al mundo y es importante que ayudemos a todos los hombres y mujeres para que se encuentren a sí mismos en Él.

14. Lo que san Pablo urgía para sí, debemos hacerlo nuestro hoy: «A mí, el más insignificante de los santos, se me ha dado la gran riqueza de anunciar a los gentiles la riqueza insondable de Cristo; e iluminar la realización del misterio, escondido desde el principio de los siglos en Dios, creador de todo. [...] Por eso, doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, pidiéndole que os conceda, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, con todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento»²¹. Salimos como discípulos misioneros a un mundo muy plural, pero con una gran necesidad de verdad en su vida y en la existencia de los hombres. Salgamos al encuentro de todas las culturas, de todas las concepciones ideológicas. Anunciamos la alegría del Evangelio a todos los hombres de buena voluntad. Lo haremos como el apóstol san Pablo nos enseña: con una estima profunda ante lo que nos encontramos en los hombres y en la diversidad de caminos que recorren. No lo olvidemos: antes de llegar nosotros, ya fueron visitados por Dios. El Espíritu también ha obrado en ellos, porque «sopla donde quiere». En el camino de Emaús, que es cualquier camino por donde van los hombres, Jesucristo, una vez más, sale a su encuentro y dice –nos dice– estas palabras: «si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»²².

15. Allá donde se encuentre el ser humano, «Jesucristo se hace presente con la potencia de la verdad y del amor. Se han manifestado irrepitiblemente en Él como plenitud única, por más que su vida en la tierra fuese breve y más corta aún su actividad pública»²³. Salgamos a Emaús como Nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia

²¹ Ef 3, 8-9 y 14-19

²² Jn 8, 31-32

²³ RH 13

no puede abandonar al hombre en ningún lugar en el que se encuentre, tiene que ir en su búsqueda. La elección, la llamada, el nacimiento y la muerte, la salvación o la perdición, están unidas estrecha e indisolublemente a Cristo. Precisamente por esto, el hombre es el camino primero de la Iglesia. Recorramos gozosamente nuestro particular camino de Emaús.

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

**Una pregunta que te pide respuesta: ¿Dónde está tu Emaús hoy?
¿Qué encuentras y a quienes encuentras? ¿Qué me piden y qué doy?**

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

4. EN ESTE MOMENTO DE LA HISTORIA, EN MADRID, TAMBIÉN EL SEÑOR NOS PREGUNTA: «¿QUÉ CONVERSACIÓN ES ESA QUE TRAÉIS MIENTRAS VAIS DE CAMINO?»

16. Es muy importante que nos dejemos cuestionar por el Señor sobre la conversación que nosotros, los hombres y mujeres de los comienzos del siglo XXI, tenemos. Ante esta pregunta aparecen entre nosotros las mismas situaciones y se producen las mismas reacciones que en los discípulos de Emaús: 1) La tristeza y el desaliento que les embarga: «ellos se detuvieron con aire entristecido»; 2) La extra-

ñeza ante la pregunta: «¿eres tú el único forastero de Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?», y 3) La evidencia de la situación que les embarga: «Él les dijo: “¿Qué?”. Ellos contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno”». Entremos por un momento en lo que tienen de verdad en nuestra vida estos tres aspectos que surgen a raíz de la pregunta que les hace, y nos hace a nosotros, Jesús.

4.1. Reacción de tristeza y desaliento que les embarga: «ellos se detuvieron con aire entristecido»

17. Nuestra pregunta debiera de ser esta: ¿se puede salir entristecido a anunciar a Jesucristo? ¿No es una contradicción? Las dificultades existen. Unas vienen de dentro, de nosotros, de otros como nosotros que no ven salidas. Otras vienen de fuera, de la realidad misma, porque a menudo nuestro mensaje entra en contradicción con el modo de pensar y de vivir del ambiente que nos rodea. ¿Cree-mos en la fuerza del Evangelio? El Papa Francisco nos indica que la nueva etapa pastoral tiene que estar centrada en «la alegría de evangelizar». Nos dice así: «En esta exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría e indicar nuevos caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años»²⁴.

18. Hemos de estar convencidos de la alegría que provoca siempre la Buena Noticia. En la encíclica del Papa Francisco *Lumen fidei*, nos mostró «la alegría de la fe» que, con su belleza, ilumina el camino de la vida en la noche oscura²⁵. Tenemos que asumir en lo más profundo de nuestro corazón esta dicha. Nuestra misión como cristianos ha de realizarse desde la alegría de anunciar a quien es el Camino, la Verdad y la Vida. Las dificultades no pueden oscurecer el camino de la alegría del Evangelio. Ya el beato Pablo VI nos decía: «Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas»²⁶. No tienen cabida los evangelizadores tristes y desalentados, impacientes y ansiosos. Solo caben quienes han recibido en sí mismos la alegría de Cristo y en todas las circunstancias saben entregarla y hacerla experimentar a quienes tienen a su lado.

²⁴ EG 1

²⁵ LF 47 y 57

²⁶ EN 80

19. Todos los cristianos, también en Madrid, hemos de vivir «la dulce y confortadora alegría de evangelizar»²⁷. Y lo tenemos que hacer juntos, ayudándonos los unos a los otros, unas comunidades cristianas a otras, en todos los aspectos que tiene que vivir una comunidad seguidora del Resucitado. No nos detengamos en sucedáneos, en intereses personales o de grupo que nos dividen, en ideologías que estropean nuestro encuentro con la radicalidad de la persona de Jesucristo. La alegría del Evangelio siempre sale al paso de esa tristeza individualista que divide y rompe la comunidad, de esa tristeza que engendra críticas despiadadas que nada construyen y destruyen la comunión. La manera de que no nos invada esa tristeza es situarnos en la lógica de la donación del amor que da vida. Es la lógica que tan bellamente expresa el apóstol san Pablo: «El amor de Cristo nos apremia»²⁸ y «¡Ay de mí si no evangelizara!»²⁹. «La alegría del Evangelio que llena la comunidad de los discípulos es una alegría misionera»³⁰.

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

**Una pregunta que te pide respuesta: ¿Vives en alegría y esperanza?
¿Dónde tiene su manantial? ¿En tu vida das alegría y esperanza?**

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

²⁷ EN 80
²⁸ 2 Co 5, 14
²⁹ 1 Co 9, 16
³⁰ EG 21

4.2. Reacción expresada en la extrañeza de la pregunta: «¿Eres tú el único forastero de Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»

20. Le hacían la pregunta al protagonista, al mismo Cristo, que sabía muy bien lo que había pasado. En su Resurrección está también el triunfo del hombre y de todo lo creado. Es de ese triunfo del que tenemos que hablar. Por él tenemos que salir a visitar a todos los hombres y mujeres en todas las situaciones en las que se hallan. Los cristianos hemos de entrar en la nueva etapa de la evangelización de siempre. ¡Ánimo! ¿Qué quiero decir al hablar de esta nueva etapa? Mantener el compromiso ineludible de testimoniar con entusiasmo y convicción la propia fe; ese entusiasmo y convicción que nace del encuentro con Jesucristo, de una Iglesia que sabe de la responsabilidad que tiene ante el mundo de ser un signo vivo, claro, fuerte, evidente del amor del Padre, de su misericordia entrañable, tal y como se lo ha mandado Jesucristo. ¿Cómo hacer posible esto?

21. Tanto san Juan XXIII como el beato Pablo VI nos lo dicen con absoluta nitidez: «En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad. [...] La Iglesia católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella»³¹. Por otra parte, «la antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. [...] El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores; en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza, [...] toda esta riqueza doctrinal se vuelca en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades»³².

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

Una pregunta que te pide respuesta: En tu condición y vocación cristiana,

³¹ GME 2 y 3

³² Discurso de Pablo VI durante la última sesión pública del Concilio Vaticano II

¿has asumido con todas las consecuencias la espiritualidad samaritana? ¿Qué te exige acoger y asumir esta espiritualidad?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

4.3. Reacción de evidencia de la situación que les embarga: «Él les dijo: “¿Qué?”. Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno”»

22. De alguna manera el relato que hacen sobre Jesús reconoce que les ha acompañado durante tres años alguien muy especial. Ellos han sentido en su presencia algo que no saben explicar, pero reflejan haberlo vivido con intensidad: que fue profeta poderoso en obras y palabras; que sus palabras iban acompañadas de obras; que su poder lo manifestó ante Dios y ante todo el pueblo; que nunca escondió nada; que fue por todos los lugares manifestando con palabras y signos quién era. Pero, al mismo tiempo, los discípulos reconocen cómo lo entregaron para que lo condenaran a muerte y lo crucificaran y cómo esto lo hicieron en su presencia y sin abrir la boca, más bien escondiéndose. Por otra parte, constatan lo que ellos realmente esperaban de Jesús, a pesar de todas las manifestaciones que había realizado en su presencia. Él no colmó las expectativas de poder y triunfo que ellos tenían. Sin embargo, están con el corazón encogido ante los rumores que les llegan de su Resurrección, del sepulcro vacío, de la aparición de ángeles que dicen que está vivo.

23. El anuncio del Evangelio surge de la iniciativa primera de Dios y depende del primado de su gracia, del «primado del don del amor de Dios». Esa evidencia nos debería embargar y hacer arder nuestro corazón. No podemos entender la tarea de anunciar la alegría del Evangelio como si fuésemos unos héroes entregados de lleno a esta tarea de una manera personal y voluntarista. Se trata más bien de una respuesta al reclamo primero que nos hace Nuestro Señor. Por eso incluso nuestra entrega generosa es toda ella obra del Señor que actúa en nosotros. Nuestro Señor es el primer y más grande evangelizador. ¿Damos en nuestro trabajo protagonismo a quien lo tiene, que es siempre Dios? ¿Asumimos como gracia el que nos haya llamado a colaborar con Él? ¿Pasamos tiempos largos dedicados a escuchar a quien inspira, orienta y nos acompaña en esta tarea, a la que Él por pura gracia nos ha llamado?

24. Hemos de estar convencidos de que sin el Señor no hacemos nada. La Iglesia sale verdaderamente a los caminos de los hombres, cuando lo hace convencida de que quien va primero y delante es Jesucristo mismo. Como Iglesia del Señor, hemos de reconocernos como discípulos misioneros que sabemos que el Señor es quien ha tomado la iniciativa. Él es quien nos amó primero y también el primero que se puso en camino y va delante de nosotros. Ha querido involucrarnos en su misión, nos acompaña, hace posible que fructifique lo que hacemos en su nombre y que seamos capaces de festejar la evidencia de su amor y de su gracia. Seamos atrevidos, no sintamos miedo, tengamos iniciativa, vayamos al encuentro de los hombres y mujeres en todas las situaciones en las que se encuentren. Tengamos la audacia de buscar a los que están más lejos, hagámonos los encontrados, busquemos todos los medios posibles para que, a través de nosotros, Jesucristo se acerque a sus vidas. Igualmente debemos salir a las periferias y a todos sus caminos, también a las sendas por las que no transitan más que los excluidos. No aspiremos a ser mucho más que siervos inútiles de Nuestro Señor. Me agradó de una manera especial la intervención que tuvo el Papa Benedicto XVI en la XIII Asamblea General del Sínodo de Obispos. Decía: «Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actitud verdadera, viene de Dios y solo si entramos en esta iniciativa divina, solo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser –con Él y en Él– evangelizadores»³³.

³³ Meditación en la I Congregación General de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

Una pregunta que te pide respuesta: ¿Desde qué manantial y desde qué cimientos partes y construyes en tu vida? ¿Es la gracia lo primero? ¿Cómo la mantienes? ¿Qué es lo primero en tu vida?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

5. ES BUENO QUE EL SEÑOR NOS SIGA DICIENDO: «¡QUÉ NECIOS Y TORPES SOIS PARA CREER!»

25. Tenemos que ser valientes y escuchar al Señor desde lo más profundo de nuestro corazón para oírle decir: «¡qué necios y torpes sois para creer!». En verdad, lo somos. Nuestra fe en Jesucristo, único salvador del hombre, la hemos recibido de Dios sin el concurso de méritos personales. Por ello, con todas las fuerzas hemos de hacer nuestras las palabras certeras de san Pablo que nos recuerdan que la fe es un don: «Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, primero del judío y también del griego. Porque en él se revela la justicia de Dios de fe en fe, como está escrito: el justo por la fe vivirá»³⁴. Me impresionan las vidas de los santos y, muy especialmente, de los mártires, ya que en estos se manifiesta cómo dieron la vida para testimoniar aquello

³⁴ Rm 1, 16-17

por lo que vivían: su fe en Jesucristo, el Hijo de Dios reconocido por sus discípulos. ¡Qué bueno es poder escuchar al Señor hoy también esas palabras tan llenas de amor: «qué necios y torpes sois para creer»! Necios y torpes para entender que la Iglesia nunca podrá dejar de proclamar algo esencial en su misión: que Jesús ha venido a revelar el rostro de Dios. Y lo hace en su plenitud, mediante la cruz y la resurrección, regalando la salvación a todos los hombres.

26. Por eso, precisamente, no podemos estar como aquellos discípulos con los que Jesús se encuentra. Andaban de retirada, iban de camino a Emaús, se encontraban frustrados, todas sus expectativas estaban anuladas. De alguna forma, huían. No entendían que su vida, su manera de estar en el mundo, de vivir junto a los demás era un problema de fe en Cristo y de su amor por nosotros. Y es que no habían entendido al Señor; habían visto en Él a alguien extraordinario, pero nada más; alguien que les habría llevado al poder de este mundo, pero poco más. Su muerte en la cruz les había dejado sin horizontes, incluso humanos, y estaban tristes, desalentados, instalados en la desesperanza. Hace poco titulaba una carta pastoral «¡Qué nos pasa para no saber lo que nos pasa!». En esa tesitura se encontraban los discípulos y, a veces, también nosotros. Ellos, como nosotros, no se habían abierto al amor del Señor, verdadera liberación de todo hombre. Solo el Señor nos hace verdaderamente libres, nos quita toda clase de ataduras y alienaciones y nos impide que nos desviemos por falsos atajos que nos perjudican y dañan a los que nos encontramos por el camino. Solamente Jesucristo nos libera de la esclavitud del mal, del pecado y de la muerte.

27. San Pablo tiene expresiones muy felices, que manifiestan todo lo que sucede en el ser humano cuando nos abrimos al amor de Dios. Deseo que las meditéis y saquemos las consecuencias los que por pura gracia creemos en Jesucristo y somos miembros vivos de la Iglesia «porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos»³⁵. En otro lugar señala que «Él es nuestra paz, el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la

³⁵ 2 Cor 5, 14-15

hostilidad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu. Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino ciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios»³⁶. Ciertamente aquí tenemos la respuesta: ¿para qué la misión y el anuncio de Jesucristo? No caigamos en la tentación de secularizar la salvación. El ser humano, reducido a la dimensión horizontal, tiene necesidad de escuchar a Jesús que nos sigue diciendo «¡qué necios y torpes sois para creer!». Sabemos que Jesús vino a traernos la salvación integral, la que abarca al hombre entero y nos abre al horizonte admirable de ser hijos de Dios; en el Hijo de Dios tenemos la novedad absoluta de una vida a la que están llamados todos los hombres y mujeres sin excepción.

28. Pongamos en el centro de nuestra existencia aquello que expresa el Concilio Vaticano II en la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador»³⁷. De ahí el mandato del Señor de anunciar a todos los hombres la Buena Nueva que es el mismo Jesucristo. Salir es una necesidad. Con el testimonio de vida, con obras y palabras, sabiendo que hoy hay muchos que no perciben esa unión íntima y vital con Dios e incluso la rechazan. Tengamos la seguridad de que el mensaje cristiano conecta con los deseos más profundos del corazón humano y hagámoslo creíble con nuestra vida. «Realmente, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. [...] Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente al hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación, [...] urgen al cristiano la necesidad y el deber de luchar contra el mal con muchas tribulaciones y también de padecer la muerte; pero asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo, fortalecido por la esperanza, llegará a la resurrección, [...] Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina»³⁸.

³⁶ Ef 2, 14-19

³⁷ GS 19

³⁸ GS 22

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

Una pregunta que te pide respuesta: ¿Qué nos pasa para no saber lo que nos pasa?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

6. TRES EXPERIENCIAS FUNDANTES PARA TODO SER HUMANO: «¿NO ERA NECESARIO QUE EL MESÍAS PADECIERA Y ENTRARA ASÍ EN LA GLORIA?», «QUÉDATE CON NOSOTROS PORQUE ATARDECE»

29. Os invito a todos los cristianos y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a participar en esto que llamo tres experiencias fundantes. De ellas nos habla el Señor como habló a los discípulos de Emaús en el camino cuando les dijo así: «y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras»³⁹. Es necesario que la Palabra de Dios sea la base de nuestra existencia. El texto nos invita a un triple dinamismo: 1) *Darse*: «Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando»; 2) *Abrir los ojos*: «A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron»; 3) *Ardor y pasión por anunciar*: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

³⁹ Lc 24, 27

6.1. *Darse*: «Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando»

30. ¡Qué fuerza adquieren las palabras del Papa Francisco cuando nos dice que la Iglesia es «una madre de corazón abierto»! La Iglesia, que sale a todos los caminos como lo hizo Nuestro Señor Jesucristo, lo hace con las puertas abiertas, buscando a todos los hombres, queriendo llegar a todas las periferias. Y lo quiere hacer con el mismo rumbo y sentido que lo hizo Jesucristo: mirando, escuchando, estando al lado, acompañando, esperando. Como nos pedía el Papa Francisco, hagámoslo con signos concretos, como tener las puertas de nuestros templos abiertas. Mantengamos también las puertas de nuestros corazones de par en par. Seamos prudentes, pero sobre todo seamos audaces. Las puertas de la Iglesia no se abren solamente para los perfectos, sino que, en ese darse, se pone de manifiesto que no hay cerrojos y que todos pueden entrar y encontrar a quien de verdad les ama, que es Jesucristo.

31. En este sentido, ¡qué fuerza tiene para nosotros el que el Señor invite a los discípulos de Emaús a sentarse a la mesa! La Eucaristía es el centro, el vértice de toda la vida sacramental. A través de ella, cada cristiano recibe la fuerza salvífica de la Redención. ¡Qué maravilla! Por voluntad del mismo Jesucristo, el misterio del sacrificio que Él hizo de sí mismo, dando toda la vida por salvar a todos los hombres, ese sacrificio que hizo en el altar de la Cruz y que fue aceptado por el Padre. Se realizó la entrega total del Hijo y se nos regaló el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección. ¡Qué intercambio más admirable! ¡Qué nuevo destino y horizonte para el ser humano! Y todo se hizo desde el darse. En efecto, el Señor mismo nos revela que todo ser humano está creado para darse no para retenerse. Una vida entregada para que todos los hombres tengan Vida y la tengan en abundancia.

32. En la Eucaristía acogemos y unimos nuestra vida a Cristo terrestre y celestial que intercede por nosotros ante el Padre. Nos unimos siempre por medio del acto redentor de su sacrificio. ¡Qué fuerza tiene descubrir en la Eucaristía el valor que Dios mismo atribuye al ser humano! «Y no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a buen precio»⁴⁰. El precio de la redención nos muestra el valor que Dios mismo atribuye al hombre y nos revela la dignidad que alcanzamos en

⁴⁰ 1 Cor, 6, 20

Cristo, de tal manera que llegamos a ser hijos de Dios, que es el título más grande que tenemos atribuido. Con él, nos hacemos y somos hermanos todos los hombres. ¿Os imagináis lo que tiene que ser para nosotros la celebración de la Eucaristía, la adoración del Cuerpo entregado y de la Sangre derramada, el vivir en esa comunión con Jesucristo? En la Eucaristía se expresa la verdad de nuestro ser. La Iglesia vive de la Eucaristía y la Eucaristía construye la Iglesia. Perseverar en la vida eucarística hace que no olvidemos las dimensiones reales en las que nos sitúa: Sacrificio, Comunión y Presencia. En la Eucaristía las contemplamos con claridad al participar de la Muerte y Resurrección de Cristo.

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

Una pregunta que te pide respuesta: ¿Vives de la Eucaristía? ¿Construyes tu vida desde la Eucaristía? ¿Descubres el proyecto de vida que surge cuando eres diseño mismo del Señor? ¿Eucaristizas tu vida como decía el beato Manuel González?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

6.2. Abrir los ojos: «A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron»

33. ¿Os dais cuenta de lo que significa para los discípulos de Cristo abrir los ojos? Es tener la mirada de Cristo. Una mirada que no escamotea nada de lo

que existe. Una mirada que no es inquisitiva sino henchida de amor. Dios nos mira con amor y ternura infinitos. Contemplar la mirada de Cristo en los encuentros que relata el Evangelio pone de manifiesto que esa es la mirada que tenemos que incorporar urgentemente a nuestra vida como discípulos misioneros. ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué Dios se ha hecho hombre? La respuesta está ciertamente en la Palabra misma de Dios, pero hay una expresión de san Ireneo que nos lo aclara: «El Verbo se ha hecho dispensador de la gloria del Padre en beneficio de los hombres. [...] Gloria de Dios es el hombre que vive y su vida consiste en la visión de Dios»⁴¹. La gloria de Dios se revela en la mirada de amor que tiene Dios sobre el hombre y que se revela en Jesucristo. En el Evangelio de san Juan se nos dice cómo es la mirada de Dios manifestada en Cristo: «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él»⁴². Por tanto, el amor es la razón última de la encarnación de Cristo. ¡Qué bien lo decía Hans Urs von Balthasar! Dios «no es, en primer lugar, potencia absoluta, sino amor absoluto, cuya soberanía no se manifiesta en tener para sí mismo todo lo que le pertenece, sino en abandonarlo»⁴³. Yo añado: y en hacer partícipe a todos los hombres de ese amor. La contemplación de Dios en el pesebre es la evidencia más clara y tangible de que es Dios-Amor.

34. *Abrir los ojos* y mirar al ser humano con la mirada de Jesucristo. Tengamos valentía para hacerlo. No tengamos miedo. No caigamos en la tentación de mirar con otros ojos. Busquemos medios y momentos que alimenten el encuentro con los demás y el mirarles directamente a los ojos antes de contemplar sus situaciones y pecados. Mirarles como Cristo les mira. Busquemos aquello que alimente nuestro compromiso con todos los hombres, especialmente con los más pobres. Nuestra pasión por evangelizar ha de ir acompañada por el imperativo de mirar la realidad con los ojos misericordiosos de Cristo. Tengamos la confianza de que otras miradas nos ideologizan, producen desencanto, ocultan la identidad cristiana, precipitan el juicio y ahogan la alegría misionera. La mirada de Cristo no busca espacios de poder, ni se aferra a seguridades económicas, ni persigue vanaglorias humanas. Tengamos la valentía de probar a tener la mirada de Cristo. Y para ello

⁴¹ San Ireneo: Adv. Haer. IV. 20, 5-7

⁴² Jn 3, 16-17

⁴³ Von Balthasar, Hans Urs: *Mysterium paschale* I. 4

cultivemos espacios en donde miremos cara a cara al Señor y nos dejemos mirar entrañablemente por Él.

35. El ser humano no es una mónada, una entidad aislada y solitaria que vive solo para sí misma. Las personas hemos sido creadas con los demás, vivimos con los demás y, solo estando con los demás, entregándonos a los otros, encontramos vida. Pero esa entrega será plena cuando nos hagamos conscientes de que la imagen de Dios está impresa en la vida de todos; cuando nos pongamos a tiro del horizonte irresistible de la gracia, cuando miremos a todos con el mismo amor de Dios. Solo en él se hace verdad que la gracia y la fuerza de Dios se manifiestan en la debilidad. El ser humano se valoriza poniéndose en relación con los otros y con Dios, y mirando la realidad con los ojos de Cristo. Solo cuando el Señor les abrió los ojos y puso en ellos los suyos lo reconocieron y el miedo se tornó en alegría desbordante.

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

Una pregunta que te pide respuesta: ¿Con qué ojos miras la vida y miras a todas las personas que te encuentras por el camino? ¿Ves y observas el cambio que se da en tu vida? ¿Qué mirada predomina en tu vida?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

6.3. *Ardor y pasión por anunciar*: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

36. Como nos dice el Papa Francisco, «el bien siempre tiende a comunicarse. Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión, y cualquier persona que viva una profunda liberación adquiere mayor sensibilidad ante las necesidades de los demás. Comunicándolo, el bien se arraiga y se desarrolla»⁴⁴. Esta fue la experiencia de los discípulos de Emaús mientras escuchaban a Jesús por el camino. Su corazón ardía, estaban acogiendo lo que llenaba su vida y saciaba todas sus expectativas. Todo lo que habían vivido tenía su razón y su explicación en Jesús. Lo habían reconocido al partir el pan, envueltos en el misterio de la Eucaristía, en el que Jesús les invita a vivir en su contemporaneidad, la vida, la muerte y la resurrección. El misterio pascual se hace contemporáneo y presente para ellos en la fracción del pan. De ahí su expresión «¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Ahora han visto la realidad de lo explicado por el camino. Pero el ardor se convierte en pasión por dar a conocer lo que han vivido «sentados a la mesa con el Señor».

37. Escuchemos al apóstol san Pablo: «De modo que nosotros desde ahora no conocemos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así. Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo»⁴⁵. Por eso puede decir con tanta fuerza: «El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio! Si yo lo hiciera por mi propio gusto, eso sería mi paga. Pero si lo hago a pesar mío, es que me han encargado este oficio. El oficio de ser testigos de Jesucristo lo tenemos todos los discípulos de Jesús, todos somos discípulos misioneros»⁴⁶. Nuestro corazón tiene que arder por ese amor que nos regala el Señor dando su vida por nosotros y llamándonos a ser, en medio del mundo, rostros vivos de su presencia, de su amor y de su misericordia. ¡Cuánto necesitamos esta hermosa noticia! Si os dais cuenta, cada día todos los medios de comunicación social nos cuentan el mal y

⁴⁴ EG 9

⁴⁵ 2 Cor 5, 16-17

⁴⁶ 1 Cor 9, 16-17

nos vamos acostumbrando a cosas horribles, que nos hacen insensibles y nos intoxican con lo negativo. Tanto es así que nuestro corazón se endurece y nuestros pensamientos se tornan oscuros. ¿No habéis caído en la cuenta de lo que sucedió cuando la Santísima Virgen María marchó a casa de Isabel? Aquel encuentro daba otras noticias, las daba de luz, de alegría, de vida, de futuro, de dicha. María, llena de Dios, hace saltar de gozo y alegría a un niño que aún estaba en el vientre de su madre Isabel. Por otra parte, Isabel prorrumpe en reconocer que la dicha y la felicidad del ser humano está en dejarse llenar por Dios. Recordad las palabras de Isabel a María: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá»⁴⁷.

38. Madrid somos todos los que vivimos en esta ciudad. Cada uno de los que la habitamos contribuimos a su vida, a su clima moral, para el bien y para el mal. Por nuestro corazón pasa siempre la frontera de lo bueno y de lo malo. Por otra parte, nadie debe sentirse con derecho a juzgar a los demás; más bien, cada uno de nosotros debe sentirse con el deber de mejorarse a sí mismo. No seamos espectadores sino intérpretes, protagonistas, actores en la construcción del bien. Como nos dice el Señor, uno solo es Bueno: demos rostro humano con nuestra vida a Jesucristo. Cada uno desde la vocación a la que hemos sido llamados, pero todos descubriendo que nuestra vocación es al Amor, realizada en cada uno de nosotros por caminos diversos, pero todos mostrando a Jesucristo. No seamos cuerpos que pierden alma y se convierten en cosas, en objetos sin rostro, que se mutan en intercambiables y consumibles. Contagiamos y globalicemos el amor de Jesucristo; que cambie los corazones, que a todos nos hace necesarios, que crea la cultura del encuentro y que elimine todo atisbo de cultura del descarte.

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

Una pregunta que te pide respuesta: Tu amor y pasión por dar a conocer a Jesucristo, ¿nace del encuentro con Él y de ese nuevo nacimiento? ¿Nace de unas ideas o ideología o posiciones humanas quizá legítimas,

⁴⁷ Lc 1, 45

pero que no sirven para anunciar la Buena Nueva? ¿Qué es lo que predomina en tu vida?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

7. SALGAMOS AL CAMINO PARA ANUNCIAR A JESUCRISTO, ÉL NOS ACOMPAÑA, NOS ANIMA Y NOS ALIENTA CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO

39. Ser discípulos misioneros significa amar a Dios con todo nuestro ser hasta dar, si es necesario, la vida por Jesucristo. ¡Cuántos cristianos, sacerdotes, miembros de la vida consagrada y laicos han dado y están dando en este tiempo que nos toca vivir, en muchas latitudes de la tierra, el supremo testimonio de amor con el martirio! Ser discípulos misioneros es asumir la espiritualidad del buen samaritano. Ese hombre o mujer que sale a los caminos de esta historia, que se acerca a todos sin distinción, con una atención especial a los que más heridas tienen, a los más distantes. Y tiene la misma sensibilidad y modo de vivir que nos enseña Jesús cuando en la parábola del buen samaritano nos muestra su propio rostro y nos invita a que este sea también el rostro del discípulo misionero: 1) no pasar de largo; 2) bajarse de la cabalgadura; 3) acercarse a quien está herido; 4) mirarlo con los ojos de Jesús; 5) curarlo con el aceite que lleva (bondad, misericordia, como si fuese Dios mismo el que está tirado); 6) levantarlo, ponerlo como una persona, en posición vertical; 7) prestar la propia cabalgadura, acomodarlo para el viaje y situarse él en la incomodidad; 8) buscar un lugar donde se reponga y lo cuiden; 9) poner a

disposición de quien lo asiste sus bienes, y 10) no desentenderse, volver por si necesita algo más.

40. Como Jesús, que comunica vida, así somos los discípulos de Jesucristo. Comunicamos vida, entregamos su amor, regalamos su presencia. Me han impresionado unas palabras del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM): «La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás. El Evangelio nos revela que un cuidado enfermizo de la propia vida atenta contra la calidad humana y cristiana de esa misma vida. Se vive mucho mejor cuando tenemos la libertad interior para darlo todo: “Quien aprecie su vida terrena, la perderá” (Jn 12, 25). Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión»⁴⁸ y en eso consiste ser discípulos misioneros.

41. Después de todo lo que vengo diciendo, no es difícil entender que el auténtico celo misionero, que es el compromiso primero de toda la Iglesia, va íntimamente unido a la fidelidad al amor de Dios manifestado en Cristo. Y esto es válido para todos los cristianos. Fieles al amor. Sin esta experiencia del amor de Dios es difícil entender la misión y la pasión por anunciar a Jesucristo. Precisamente esta conciencia de misión común en toda la Iglesia es la que toma fuerza en la generosa disponibilidad de todos los discípulos de Cristo para realizar obras de promoción humana y espiritual, que testimonian aquello que el Papa san Juan Pablo II nos decía: «El alma de toda actividad misionera: el amor, que es y sigue siendo la fuerza de la misión, y es también el único criterio según el cual todo debe hacerse o no hacerse, cambiarse o no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno»⁴⁹.

42. En esta salida al camino, tienen una importancia fundamental las familias cristianas como iglesias domésticas y primera comunidad cristiana, las parroquias, los carismas religiosos, los movimientos apostólicos y las asociaciones cristianas.

⁴⁸ Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida, 360

⁴⁹ RM 60

La familia tiene que ser el primer lugar de iniciación cristiana. Es escuela de comunión, amor, perdón, vida, entrega y generosidad. Seamos creativos a la hora de trabajar con las familias; pero que esta creatividad nazca de la fuerza que tiene el Evangelio en el modo de entender y de ver la familia. Seamos observadores y contemplemos la Familia de Nazaret. Hagamos ver a los padres cómo los hijos tienen derecho a contar con el padre y la madre para que, lo mismo que les dieron vida, les abran a todas las dimensiones que tiene la persona humana, especialmente a la trascendente. ¡Cuánto me gustaría que en la familia cristiana se desarrollasen los oratorios y las catequesis del Buen Pastor! Hagamos un esfuerzo por implantarlos. No seamos solo hombres y mujeres dolidos, desesperanzados y negativos ante la situación por la que pasa la familia; adelantemos y demos remedios y medicinas para la alegría, la esperanza, el descubrimiento de la belleza de la familia. Alentemos en las parroquias un movimiento de familias cristianas. Ayudemos a que la familia, unida a la parroquia, sea espacio de iniciación cristiana y auténtica iglesia doméstica.

43. Por otra parte, la parroquia, nos decía el Papa Francisco, «no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad»⁵⁰. ¿Qué parroquia deseamos hoy? Deseo recordar aquí el ejemplo que ponía san Juan XXIII sobre la parroquia, «era como la fuente del pueblo». Viendo una fuente pública que hay frente a mi casa, he comprendido mejor que la parroquia ha de ser como una fuente abierta día y noche: a la fuente que yo veo vienen a todas horas gentes muy diversas, de lejos y de cerca; unos toman agua con las manos, otros con otros recipientes, otros se ponen bajo el chorro, otros meten los pies en la pequeña piscina en la que cae el agua. Todos van a la fuente, cada uno se acerca al agua como puede y necesita. Pero lo más importante es que de la fuente está brotando agua día y noche. Y es la misma agua para todos. Es cierto que hay otras instituciones de evangelización, pero la parroquia es la iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas⁵¹. Hagamos de las parroquias presencias reales y vivas de la Iglesia en un territorio, con iglesias abiertas, donde se proclame la Palabra, donde se pongan todos los medios necesarios y diversos para atender las sensibilidades y las situaciones de cada uno para que crezca la vida cristiana. Ámbito de encuentro, corresponsabilidad laical y diálogo, espacio de acogida ex-

⁵⁰ EG 28

⁵¹ ChL 26

quisita a los pobres. Lugares desde los que se sale para anunciar a Jesucristo donde viven los hombres; donde se desborda el amor del Señor con una caridad generosa y difusora del buen olor de Cristo, donde la adoración se vive y donde, si se puede, es permanente. Lugares en los que la celebración es exquisita en su preparación y en su cuidado. Donde todos tienen cabida y en donde las actividades evangelizadoras, en todos los órdenes y para todos, se fomentan. Para ello, pongamos un cuidado especial en formar a los responsables de las actividades de acción evangelizadora de la parroquia. Y, sobre todo, que las parroquias sean centros constantes de irradiación misionera no autosuficientes sino abiertos al arciprestazgo, a la vicaría y a la vida diocesana. Hagamos un esfuerzo por orientar las parroquias decididamente a la misión. Que no sean lugares cerrados de grupo, sino lugares y santuarios donde todos puedan beber y quienes quieran puedan entrar a beber. Todos los carismas, movimientos apostólicos, asociaciones, nuevos movimientos y comunidades deben tener cabida en la parroquia que es comunidad de comunidades.

44. Quiero hacer una mención especial a las parroquias llevadas por congregaciones, institutos religiosos o nuevas formas de vida consagrada. Es una gracia inmensa el que estén presentes en la vida de la diócesis. Y esa gracia tiene que manifestarse a través de la singularidad del carisma de quienes la dirigen, haciéndolo presente con palabras, pero también con obras en esa comunidad parroquial. Quiero decir que debe existir una expresión que refleje el carisma de quien está al cuidado de esa fuente. Es verdad que la parroquia es una estructura de la Iglesia particular, pero si el obispo se la ha encargado a la vida consagrada, debe verse en la vida de la parroquia la identidad de ese encargo. Sé que no es fácil, pero esto entra dentro de la especificidad carismática de la vida consagrada. En *Mutuae relationes* 11, se advertía de la necesidad de asegurar la identidad de la vida consagrada para evitar peligros de imprecisión en la inserción en la vida de la Iglesia. Que se manifieste lo propio del carisma es una gracia y una riqueza para la Iglesia.

45. ¡Qué importancia tienen todas las instituciones educativas promovidas o inspiradas por la Iglesia! En la crisis antropológica que estamos viviendo, es esencial la apuesta por una renovación de la humanidad desde instituciones educativas con proyecto que abarque todas las dimensiones de la persona. Hay que realizarlo con un impulso valiente y audaz, viviéndolo como una opción profética que debemos apoyar e impulsar todos los discípulos del Señor. Los resultados y la atención a los más necesitados harán valorar y respetar estas instituciones. En el proyecto educativo, Cristo es el fundamento, en quien todos los valores humanos encuentran su plena realización y su unidad. Jesucristo eleva y ennoblece a la persona humana,

da valor a su existencia y constituye el perfecto ejemplo de vida. La libertad de enseñanza es un principio irrenunciable para la Iglesia y lo tiene que ser para toda la humanidad. Quienes eligen qué educación reciben los hijos son los padres que les han dado la vida y buscan los valores que estiman y que consideran imprescindibles⁵². Tenemos en Madrid todos los niveles de enseñanza, propios y de inspiración católica: infantil, primaria, secundaria, bachillerato, universidades y centros superiores.

46. Hemos de recordar las instituciones educativas, residencias de atención a los mayores, hospitales y clínicas y otras obras que, promovidas por la Iglesia, atienden a los niños, a los jóvenes y a las madres solteras que han sacado adelante su embarazo. También a las que se ocupan de los adultos con discapacidad o vulnerabilidad social, de los ancianos, de los enfermos o de las minorías étnicas y de los excarcelados. También contamos con institutos de vida consagrada que atienden a los más pobres y a los sin techo. Otros que cuidan a los enfermos en sus propias casas o son solidarios con quienes viven la dureza de las nuevas esclavitudes o los desplazamientos forzosos. Nuestro proyecto pastoral diocesano debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender «con indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios, que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura»⁵³. Será imposible realizar todo esto sin una conversión pastoral y una transformación misionera, las cuales son inviables sin una espiritualidad de comunión y participación: «proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades»⁵⁴.

CON UNA PÁGINA EN BLANCO PARA QUE SIGAS ESCRIBIENDO:

Una pregunta que te pide respuesta: Mira tu vida y contempla si esos diez rostros humanos del buen samaritano se manifiestan en ella. ¿Cuá-

⁵² Carta de los Derechos de la Familia, arts. 3 y 22

⁵³ NMI 29

⁵⁴ NMI 43

les tienes más facilidad para mostrar? ¿Por qué? Deja que el Señor te los imprima en tu existencia. No es cuestión de esfuerzo, es cuestión de que dejes cincelar tu rostro y tu corazón por Jesucristo. ¿De los diez rostros, cual crees tú que más te cuesta mostrar? ¿Por qué? ¿Qué compromiso debes hacer para mostrarlo?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

CONCLUSIÓN

47. Al escribiros esta carta, mi intención es que todos los cristianos de nuestra querida Archidiócesis de Madrid tengáis un lugar común a través del cual veamos lo que el Señor nos está pidiendo en estos momentos. Que todos nos incorporemos con un corazón abierto a las tareas que el Papa Francisco, a través de sus encíclicas, exhortaciones y bula, nos sugiere. Que respondamos con prontitud y creatividad a los modos y las maneras en las que hoy tenemos que ser testigos de Jesucristo. Con mi carta os invito a que os incorporéis sin miedos ni reticencias a la tarea apasionante de llevar a todos «la alegría del Evangelio». Os voy a presentar un Plan Diocesano de Evangelización. Incorporaos a su realización. Sumaos con ilusión a su realización. Todos tenéis una palabra que decir. Tened por seguro que el Espíritu Santo actúa a través de vuestra vida. Con este plan, iremos haciendo cada año nuestro Plan de Pastoral, que será enriquecido por otras acciones. También yo os digo y os invito a que digáis: «Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estéis unidos a nosotros»⁵⁵.

⁵⁵ 1 Jn 1, 3

Pongo en manos de Nuestra Señora de la Almudena esta carta pastoral. Desea ser un instrumento para seguir pensando y una humilde ayuda para que continuéis mostrando y escribiendo con vuestra vida el rostro de Cristo y la bella imagen de la Iglesia.

Con gran afecto y mi bendición, en la fiesta de Nuestra Señora de la Asunción del año 2015,

† Carlos, Arzobispo de Madrid

ABREVIATURAS:

ChL: Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*

Co: Corintios

Col: Colosenses

CV: Carta encíclica *Caritas in veritate*

Ef: Efesios

EG: Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*

EN: Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*

GME: Discurso de apertura del Concilio Vaticano II *Gaudet Mater Ecclesia*

GS: Constitución pastoral *Gaudium et spes*

Jn: Juan

Lc: Lucas

LF: Carta encíclica *Lumen fidei*

MV: Bula de convocatoria del Jubileo Extraordinario de la Misericordia
Misericordiae Vultus

NMI: Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*

RH: Carta encíclica *Redemptor hominis*

Rm: Romanos

RM: Carta encíclica *Redemptoris missio*

SS: Carta encíclica *Spe Salvi*

UR: Decreto *Unitatis redintegratio*

NUNCA ROBEMOS LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

Al comenzar mi encuentro con vosotros de todas las semanas, quiero hablaros del resumen que hace el Señor de los mandamientos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. ¿Por qué? En estos meses de verano y en los días presentes, estamos leyendo, oyendo y viendo por los diferentes medios de comunicación social las frecuentes tensiones que amenazan la paz y la convivencia entre los hombres de todos los pueblos, aunque muy especialmente algunos se encuentren afectados con más crudeza. El fenómeno migratorio constituye un dato importante en las relaciones entre los países y los pueblos. Proviene de desigualdades injustas e insidiosas, y de derechos no reconocidos al acceso a los bienes más esenciales: comida, agua, casa, salud, trabajo, paz, vida de familia. Los inmigrantes buscan mejores condiciones de vida o salidas en búsqueda de paz y de salvar sus vidas y las de sus familias, y llaman a las puertas de Europa. Los problemas que surgen para su acogida solamente se pueden resolver colaborando todos los países y teniendo como meta el respeto a la persona: el hombre es el valor fundamental, vale más que todas las estructuras sociales en las que participa. La persistente desigualdad en el ejercicio de los derechos humanos fundamentales ahoga a tantos hombres y mujeres, niños, jóve-

nes y ancianos. Es un imperativo para todos el reconocimiento de la igualdad esencial entre las personas humanas. Nace de su misma dignidad trascendente y está inscrita en la gramática natural que se desprende cuando contemplamos el proyecto de Dios sobre toda la creación. Contemplemos al ser humano desde el valor que Dios le da.

¡Qué hondura tiene contemplar y acoger lo que dice la Sagrada Escritura sobre el ser humano! En esa contemplación escuchamos: "Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó" (Gn 1, 27). Y en esa contemplación descubrimos las consecuencias que tiene tal hechura humana: por haber sido creado a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona. No es algo, es alguien con capacidad de conocerse, poseerse, entregarse libremente y entrar en comunión con otras personas. Por pura gracia está llamado a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y amor que nadie puede dar en su lugar (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 357). Solamente desde el horizonte que Dios le ha dado, se puede comprender al ser humano. Desde esta perspectiva admirable en todos los aspectos es desde donde podemos comprender la tarea que le ha confiado al ser humano de madurar en su capacidad de amor y de hacer progresar el mundo en justicia, verdad, paz, fraternidad, unidad, defensa de la vida y ver al prójimo como a uno mismo. Hay urgencia y necesidad de anunciar el Evangelio, de entregar la alegría del Evangelio, en un mundo de muchas conquistas, de grandes descubrimientos, pero de grandes robos de la dignidad de las personas. Jesús ha venido a este mundo a darnos su vida para que aprendamos a enriquecer al ser humano, para que descubramos que vivir junto a los otros es siempre enriquecerlos en su verdad plena, en la justicia verdadera.

Como nos ha dicho el Papa Francisco en la bula del Jubileo de la Misericordia, "el amor, después de todo, nunca podrá ser una palabra abstracta. Por su misma naturaleza es vida concreta: intenciones, actitudes, comportamientos que se verifican en el vivir cotidiano. La misericordia de Dios es su responsabilidad con nosotros. Él se siente responsable, es decir, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría, serenos. [...] Como ama el Padre, así aman los hijos" (*Misericordiae vultus*, 23). Hoy ese amor en nuestra vida tiene rostros concretos en los que se debe mostrar: los refugiados, los emigrantes, los pobres. ¡Qué bien lo decía san Agustín! "Dios, que nos ha creado sin nosotros, no ha querido salvarnos sin nosotros" (Sermón 169, 11, 13: PL 38, 923). En el origen de las tensiones, luchas y enfrentamientos entre nosotros, que nacen de las fre-

cuentas afrentas de la dignidad de todo ser humano, la Iglesia se hace pregonera de los derechos fundamentales de cada persona que habita esta tierra. La convivencia y el logro de la fraternidad entre los hombres necesita que se establezca un límite claro entre lo que es disponible y lo que no lo es: no se puede disponer de la persona, no se le puede robar su dignidad, hay que respetar los derechos que le ha dado el mismo Creador. Y todos, personas, instituciones y fuerzas sociales, hemos de buscar no hacer intromisiones indebidas en ese patrimonio indisponible del ser humano.

La persona emigrante, refugiada, prófuga, desplazada, objeto de trata, pobre en todas sus dimensiones, quien por diversas causas y motivos tiene que marchar fuera de su país de origen, tiene derecho a encontrarse con quien les diga como el apóstol Pablo: "También yo fui conquistado por Cristo Jesús". Añadió algo fundamental: "Sed imitadores míos" (cf. Fil 3, 12-17). Y es que, quien se ha dejado conquistar por Cristo, tiene su Vida e imita a Cristo, da siempre como Jesucristo hasta su vida, construye, rehace a quien se encuentra, le hace vivir desde la profundidad a la que él ha llegado con Jesucristo, pone fundamentos a su vida que le hacen no solo vivir seguro a él, sino también da seguridad a quien se encuentra en el camino. Trabajemos incansablemente por quienes llegan de otros lugares. Hagamos que se reconozcan sus derechos, y todo lo que está en nuestra mano para que todos los que llegan encuentren hermanos que les reconocen en su dignidad de "imagen y semejanza de Dios". Esto es un don y una tarea inaplazable. El don nos ha sido regalado por Dios; Él desea que esta tarea la hagamos con quienes nos encontremos, reconociendo la grandeza de ese don y haciendo lo posible para que se desarrolle en su plenitud.

Vivir en la alegría del Evangelio no es secundario. Cuanto más unidos estemos a Jesucristo, más solícitos seremos con el prójimo, más reconoceremos su dignidad; nos sentiremos "hermanos", y veremos cómo el tesoro de la fraternidad nos hace practicar la hospitalidad. ¿Cómo no vamos a hacernos cargo de las personas que se encuentran en penuria, en situaciones y condiciones difíciles? ¿Cómo no salir al encuentro de quien tiene necesidad de que se le reconozca su dignidad? ¿Qué dignidad? No existe otra más sublime y suprema que la que da Dios mismo a todas las personas sin excepción. Los seres humanos no podemos poner medidas que limitan el reconocimiento de esa dignidad, sin caer nosotros mismos en el abismo de la indignidad. "No os olvidéis de mostrar hospitalidad, porque por ella, sin saberlo, algunos hospedaron ángeles" (Hebreos 13, 2). La construcción de un mundo habitable, de esta "casa de todos" en la que nadie tiene que desplazarse forzosa-

mente, no es cuestión secundaria, sino fundamental. El Dios que se revela en Jesucristo exige construir la convivencia desde derechos inalienables, iguales para todos. Su fundamento y garante es Dios. Nosotros somos llamados a ser "guardianes de nuestros hermanos" (Gen. 4, 9).

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Arzobispo de Madrid

**"FUI FORASTERO, Y ME ACOGISTEIS" (MT 25,35):
COMPARTIR PARA MULTIPLICAR**

**CARTA PASTORAL DEL ARZOBISPO DE MADRID
CON MOTIVO DE LA CONSTITUCIÓN
DE LA MESA POR LA HOSPITALIDAD
DE LA IGLESIA EN MADRID**

En la víspera de la Natividad de María, Reina de la Paz, os quiero acercar a todos los cristianos, hombres y mujeres de buena voluntad lo que el apóstol San Juan nos recuerda: "Amaos unos a otros, ya que el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. [...] También nosotros debemos amarnos unos a otros" (1Jn 4,7-11).

Este momento tiene rostros, situaciones y personas a las que el Señor, a través del Papa Francisco, nos está llamando para que realicemos los que nos pide. Tenemos una oportunidad singular para ofertar lo que más necesita el ser humano: sentirse amado.

I.- UNA TRAGEDIA LLAMA A NUESTRAS PUERTAS... Y SE SUMA A OTRAS

I.- Mi última carta pastoral se titulaba "Nunca robamos la dignidad del hombre" y buena parte de ella estaba dedicada a la crisis de los refugiados. No me ha parecido suficiente y he querido hacer una reflexión más amplia y, sobre todo, trazar directrices para la acción que sean operativas y que respondan al llamamiento a gestos concretos de hospitalidad que ayer mismo nos hacía el Papa Francisco en el Ángelus dominical.

Todos somos conscientes de que una nueva catástrofe nos sacude la conciencia y llama a las mismas puertas de Europa. La catarata de noticias e imágenes de estos días nos han conmovido como seres humanos y como creyentes. Sabemos que en nuestra diócesis muchas personas siguen sufriendo el flagelo del paro, la precariedad laboral, la exclusión y muchas formas de vulnerabilidad personal y social. Ello nos desafía a vivir la verdadera solidaridad, que conlleva en sus entrañas la cualidad de la universalidad y nos impide caer en la tentación de las "disputas entre nuestros pobres y los que llegan". Todos son pobres de Cristo, todos son hijos de Dios. Todos tienen derecho a reclamarnos, en un mundo en el que la pobreza no es un problema técnico, sino ético, una verdadera justicia social global. Responder con eficacia, humanidad y prontitud a unas y a otras situaciones corresponde a las autoridades públicas y a los organismos competentes. Pero ello no obsta para que la sociedad civil, y la Iglesia católica en particular, tenga una palabra que decir y, sobre todo, un grano de arena que aportar para aliviar tanto dolor ajeno. Es cuestión de humanidad y a la Iglesia, que quiere prolongar la mano acogedora de su Señor, nada humano le puede ser ajeno.

El dolor humano es la experiencia más universal y quizá por ello tiene la capacidad de movilizar lo mejor de nosotros mismos. Quizá por esa razón, hemos visto cómo los gobernantes de la Unión Europea han ido evolucionando hacia posiciones más solidarias y respetuosas con las exigencias de los tratados en materia de protección internacional. También la sociedad civil se ha conmovido por esta debacle que nos recuerda otras muchas que, tal vez porque nos resultaron más lejanas o no fueron tan profusamente cubiertas por los medios de comunicación, no nos provocaron la movilización de esta. Desde el tejido social se han ido realizando diversos ofrecimientos que tienen en común el poner en valor la hospitalidad y la fraternidad; expresiones de la verdadera fe cristiana y de la ética de la acogida y el cuidado, lugar de encuentro de todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

No se trata de hacer carreras para ver quién es más solidario. La tragedia tiene tal magnitud que exige dejar de lado protagonismos y debates partidistas para centrarnos en lo esencial: el socorro a quienes lo necesitan para salvar su vida. Aunque ahora no debiéramos enredarnos en debates sobre culpas de unos u otros, en un segundo momento, tendremos que esclarecer las causas que han provocado esta situación y otras similares. La verdadera ayuda exige un discernimiento profético y una profunda conversión que evite que esta situación vuelva a repetirse. En cualquier caso, es el momento de asumir conjunta y solidariamente responsabilidades. Ser responsables es tener el deber de responder. Y hacerlo desde el convencimiento de que en la familia humana, todos somos responsables de todos y nadie está exento del deber de ser custodio de la vida del otro. Esa responsabilidad es ética y religiosa, es decir, social, pero también jurídica y política (respeto a los derechos humanos y a los tratados internacionales) e histórica y económica (los refugiados huyen de conflictos provocados o alentados por intereses económicos y geoestratégicos de los que Occidente no es ajeno). Estas emergencias eran previsibles y son el resultado de la inacción. La globalización económica no se ha traducido en una globalización ética volcada en la promoción, defensa, respeto y cumplimiento de los más elementales derechos humanos. Hay que reconocer la responsabilidad de todos en un mundo global, como paso previo para construir un sistema de acogida solidario y sostenible, pues "emigrantes y refugiados no son peones sobre el tablero de la humanidad. Se trata de niños, mujeres y hombres que abandonan o son obligados a abandonar sus casas por muchas razones, que comparten el mismo deseo legítimo de conocer, de tener, pero sobre todo de ser algo más"¹.

No es función de una carta pastoral hacer un análisis político, económico o sociológico de la actual crisis de desplazados. Pero es evidente que hay que acudir a las causas de la misma y procurar intervenciones en el origen si no queremos limitarnos a remendar soluciones siempre parciales e incompletas. Es claro que compete a los gobiernos, a la Unión Europea y a organismos supraestatales el dar respuestas eficaces y no seguir mirando hacia otro lado ante realidades, por poner solo un ejemplo, como la de la guerra en Siria. Como miembros de la Iglesia nos duele en el alma la persecución de los cristianos sirios, la de quienes no lo son y la falta de respuesta suficiente por parte de los países de la Unión Europea, incluido el nuestro.

1. Papa Francisco, "Emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor", Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado, 2014.

No es tiempo de lamentos, sino de arrimar el hombro y sacar lo mejor de nosotros mismos ante el sufrimiento ajeno. Por eso, permitidme que esta carta la dirija no solo a los católicos de Madrid, sino también a todos los hombres y mujeres de la diócesis con entrañas de misericordia. Ya en su momento, el cardenal Rouco iluminó la realidad de un Madrid cada vez más pluricultural con su "Acogida generosa e integración digna del inmigrante y su familia", o los mensajes "Emigrantes y madrileños, una sola familia", "Emigrantes y refugiados hacia un mundo mejor", entre otros documentos a cuya relectura invito. Me propongo seguir en la misma estela que ha animado con su excelente trabajo nuestra Delegación diocesana de Migraciones, expresión del amor especial que la Iglesia siente por los migrantes, y que ha manifestado a lo largo de la Historia de diversas formas. No en vano, seguimos y proclamamos Señor de nuestras vidas a quien dijo: "fui forastero y me acogisteis".

Acoger en casa al forastero o dar posada al peregrino, en la formulación de una de nuestras obras de misericordia, son una práctica que además de satisfacer una necesidad, dignifica y plenifica la vida de quienes lo practican. "El amor, después de todo, nunca podrá ser una palabra abstracta. Por su misma naturaleza es vida concreta: intenciones, actitudes, comportamientos que se verifican en el vivir cotidiano. La misericordia de Dios es su responsabilidad con nosotros. Él se siente responsable, es decir, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría, serenos. [...] Como ama el Padre, así aman los hijos" (MV 9d). Algo que se está haciendo desde siempre en esta querida, plural y abierta archidiócesis de Madrid. En ella, particulares, familias e instituciones religiosas de todo tipo vienen compartiendo trabajo, techo, comida, alegrías, sueños, anhelos y lágrimas con personas que han sufrido cualquier forma de exclusión. Todas estas realizaciones (también a cargo de otros credos religiosos y de personas no creyentes) constituyen una luz de esperanza que nos permite seguir creyendo en las enormes posibilidades del ser humano, nada menos que imagen de Dios que se hace más nítida y creíble desde estas actitudes. Vaya con ellos la gratitud de la Iglesia y de todos los hombres y mujeres de bien. Junto con ellos, las instituciones de la diócesis dedicadas a la acogida de los migrantes, al trabajo con personas vulnerables y la defensa de sus derechos, tratan de visibilizar con gestos concretos de solidaridad y justicia el amor de Dios hacia todos, pero muy especialmente hacia los que padecen el dolor o la injusticia que constituyen el rostro de Cristo y un juicio (no solo después de la muerte) sobre la dignidad con la que acometemos la aventura apasionante de la vida.

Todavía dista mucho para que nuestra conciencia ciudadana y eclesial quede tranquila. La acogida no es solo un acto humanitario, sino, en muchos casos, de estricta justicia y de respeto al ordenamiento jurídico internacional. A nadie demos por caridad lo que le es debido por justicia (cfr. AA 8). En todo caso, Europa no puede echar a perder sus raíces cristianas profundamente humanistas y vender su alma solo a la razón mercantil. Nuestra respuesta ante quienes llaman angustiados a nuestra puerta no puede ser atrincherarnos ante nuevos muros y vallas de la vergüenza coronadas de espino. No podemos vivir estas llamadas angustiosas como un ataque a nuestras cuotas de bienestar, ni podemos alimentar el discurso del miedo al diferente. Europa debe responder de forma humanitaria, coordinada, conjunta y generosa a este gran desafío. Nos jugamos mucho en ello. Pero es verdad que hay que hacerlo bien y debemos aprovechar la ocasión para acentuar la necesidad de avanzar en cohesión y en justicia social. Se trata de acoger con calidez y calidad. Y ello debe llevar a revisar las insuficiencias de la política social de las administraciones y las carencias de nuestra propia intervención caritativa y social.

Hemos de usar con prudencia la cabeza, pero nuestra racionalidad ha de ser compasiva, hospitalaria, abierta al otro y dispuesta a modificar la agenda para acoger a quien llama a nuestra puerta. Recuerdo aquí que la estructura antropológica que nos descubre el mismo Dios en la parábola del buen samaritano es la que ofrece salidas auténticas a quien encuentra al borde del camino. Nuestra agenda es hija de la ética del cuidado del otro, de la ternura, de la hospitalidad y también de la justicia, que es "la medida mínima de la caridad". De otro modo seríamos hijos de una globalización que nos hace más cercanos, pero no más humanos (CV 19), de esa globalización de la indiferencia que se ahorra las lágrimas por el dolor y las sustituye por el cálculo frío del coste-beneficio.

II.- LOS MOMENTOS DIFÍCILES: OPORTUNIDAD PARA SACAR LO MEJOR DE NOSOTROS MISMOS

Si atendemos el clamor de nuestros hermanos y nos dejamos inundar por la fuerza de Dios en la adversidad, descubriremos que, cuando somos sensibles al dolor del otro, somos más fuertes. Nuestra sociedad se hará más vigorosa, ganará músculo moral y estará más cohesionada, en la medida en que sea más abierta, más sensible y más solidaria. Madrid ha dado muchas y muy probadas muestras de esta capacidad para la integración, la acogida y la solidaridad.

Ante una lógica meramente cuantitativa, enemiga de la economía amable con el ser humano que defiende Caritas in veritate, debemos introducir lo que podríamos llamar las matemáticas de Dios. Aquellas que nos recuerdan que cuando compartimos y dividimos, en realidad multiplicamos. Por paradójico que resulte, cuando la desgracia ajena nos pone en estado de alerta, aun siendo los recursos escasos, se produce una multiplicación de posibilidades y recursos. No faltan ejemplos que muestran cómo la escasez, sumada a lo mejor de lo humano, acaba produciendo mejoras cuantitativas y cualitativas. Lo acabamos de ver en Cáritas con el incremento de voluntarios y de recursos a raíz de la crisis económico-financiera.

Estos días los gestos se multiplican en el ámbito político, económico, deportivo, social y, sobre todo, en el de la disponibilidad de la gente sencilla que se ofrece a compartir lo que tiene. Las dificultades, cuando se afrontan conjuntamente, nos hacen ser mejores a todos. Nosotros, los cristianos, afirmamos incluso que los pobres nos evangelizan. Para ello, es preciso no pasar de largo, no mirar hacia otro lado y detenernos frente a los que están en las cunetas. Una Iglesia samaritana es la que se pone a tiro de las necesidades del prójimo, tiene la audacia de mirar su rostro y sostenerles la mirada en sus ojos. Nos espanta tanto horror. Pero más debiera asustarnos quedar anestesiados y acostumbrarnos a él o dar respuestas meramente coyunturales o emotivistas. Ante la multitud ingente y desprotegida, el mandato imperativo del Señor Jesús sigue siendo actual y desafiante: "Dadles vosotros de comer" (Lc 9,13).

Los seres humanos somos capaces de lo peor y de lo mejor. Es inasumible, vergonzosa e inmoral la inacción ante la persecución de cristianos (somos la minoría más perseguida del planeta) y de no cristianos a manos del fundamentalismo islámico. Pido a nuestros queridos hermanos musulmanes, entre los que se encuentran muchos que buscan el reconocimiento de la dignidad del otro, sea quien sea, que actúen ante quienes suplantán la identidad de un Dios Compasivo y Misericordioso por una atroz ideología de violencia, destrucción y muerte. Europa no puede quedar reducida a un mercado para el intercambio de productos o a un espacio atrincherado obsesionado por el control de flujos, la seguridad y el miedo al diferente. Sus profundas raíces cristianas, su noción de persona y su contribución a la cultura de los derechos humanos deben movilizarnos a una acción coherente con lo mejor de nuestra Historia y cultura.

Estábamos hondamente preocupados por las llamadas de socorro en la Frontera Sur y ahora se abre la Frontera. Los problemas están cada vez están más

globalizados y nadie debe sentirse ajeno a ellos. Pero también las soluciones pueden y deben ser cada vez más globales, integrales y duraderas. En una sociedad interdependiente, los problemas de los otros inevitablemente van a ser cada vez los nuestros. El sueño de la gran familia humana y de la fraternidad universal que canta el art. 1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos parece avanzar, aunque a veces sea a empujones.

Ya no podemos pensar en clave egoísta de Estado-Nación, ni siquiera de continente europeo. Urge la globalización de las respuestas y de la solidaridad. Es verdad que este nivel macro podemos sentirlo lejano, pero sin el concurso de la sociedad civil dejamos el gobierno del planeta a manos exclusivas del mercado o del Estado. Ninguno de los dos en exclusiva son buenos conductores del destino de nuestra humanidad. Por eso es preciso el concurso de la sociedad civil. También a nivel internacional debe concurrir ese tejido social solidario que se ha activado en mil formas en los momentos más difíciles y que ha reconducido situaciones dramáticas e inhumanas, desde el orden de los valores, hacia horizontes de bien común y justicia social. La tradición cristiana, con su visión trascendente de la persona, y la Iglesia, experta en humanidad, pueden y deben contribuir eficazmente a este esfuerzo colectivo.

Como Iglesia que peregrina en Madrid, no tenemos soluciones técnicas para problemas tan complejos. Tampoco tenemos los recursos humanos y materiales para dar una solución. Pero sí disponemos de la fuerza humanizadora e iluminadora del Evangelio. Este es siempre una palabra que decir y un gesto que realizar. Palabras y signos eficaces que visibilicen la ternura y el amor de nuestro Dios que nos invita a escuchar su clamor desesperado, aunando la ética de la justicia, el respeto a los derechos humanos y la moral de la ternura, el cuidado, el mimo y la hospitalidad que debemos a nuestro hermanos y hermanas en situación de desamparo. Cada uno de ellos es Cristo crucificado que llama a nuestra puerta. Como recuerda la *Evangelii gaudium*, mencionando a los refugiados, "es indispensable prestar atención para estar cerca de nuevas formas de pobreza y fragilidad donde estamos llamados a reconocer a Cristo sufriente, aunque eso aparentemente no nos aporte beneficios tangibles e inmediatos" (EG 210).

Son precisas soluciones globales con una activa y audaz participación de organizaciones supraestatales y el compromiso de la UE y de sus Estados. Debemos primar, por encima de cualquier otra consideración geoestratégica o comercial, el bien de las personas que provienen de países que sufren guerras

intestinas, corrupción, fundamentalismo religioso, o dependencias coloniales económicas o políticas que deben ser abordadas por la comunidad internacional sin dilación.

La justicia distributiva exige un reparto equitativo de las cargas y, por consiguiente, el oportuno abordaje de los problemas exige ponderar responsabilidades compartidas exigibles también a otros. Pero eso no nos debe hacer mirar para otro lado cuando está en juego la vida de nuestros semejantes y la dignidad con que somos capaces de vivirla quienes tenemos más posibilidades. Los acuerdos internacionales, urgidos por España desde hace muchos años, deben estar presididos por los principios de humanidad, solidaridad y justicia. Deben ser, además, oportunidad para otra forma de hacer las cosas. Para ello nada como poner como fundamento la dignidad de la persona, imagen de Dios, y los principios del destino universal de los bienes de la tierra, la solidaridad, el bien común, la subsidiaridad y la participación corresponsable.

III.- LA ENSEÑANZA SOCIAL DE LA IGLESIA: UN PRECIOSO TESORO

Quiero ofreceros ahora unas reflexiones y unas palabras de iluminación desde el rico acervo de la Doctrina Social de la Iglesia. Hago una apretada síntesis porque considero que, lamentablemente, aunque representa el rostro más social y amable de la Iglesia, es todavía una gran desconocida.

Varias voces de Iglesia se han alzado poniendo en valor los principios de nuestra enseñanza social: Comisión Episcopal de Migraciones, Cáritas, Confer, Justicia y Paz, Acción Católica, Manos Unidas, congregaciones religiosas, hermanos obispos, etc. Me gustaría iluminar este momento con unas reflexiones que no olviden la proverbial sabiduría popular: "obras son amores y no buenas razones". He dedicado bastantes años a la enseñanza y siempre me ha parecido que una buena teoría es condición de posibilidad de una buena práctica. Ninguna enseñanza es más fecunda que nuestra DSI. De ella extraemos algunas referencias ineludibles:

I. El Dios cristiano es un Dios encarnado en Cristo y su Espíritu está presente en la creación, en la Historia, en la vida de los hombres y mujeres y, singularmente, en los anhelos y el sufrimiento de las personas injusticiadas y empobrecidas.

Por eso, necesitamos una "escucha activa y creyente de la realidad", como lugar de Dios para escrutar los "signos de los tiempos" (GS 4a). No podemos obviar una lectura explícitamente religiosa, creyente, de lo que ocurre. Así lo hace la Doctrina Social de la Iglesia. Es más, estamos seguros de que "la dimensión teológica se hace necesaria para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana" (CA 55).

II. Tenemos que dejarnos afectar por los rostros de los que sufren. Debemos darles respuestas concretas sin olvidarnos de "transformar las estructuras injustas para establecer el respeto a la dignidad del hombre" (DA 546). También evitar que la opción por los pobres corra el riesgo de "quedarse en un plano teórico y meramente emotivo, sin verdadera incidencia que se manifieste en acciones y gestos concretos" (DA 397). Los creyentes trabajaremos junto con los demás ciudadanos e instituciones desde el diálogo constructivo y el consenso en favor del bien del ser humano y de un orden sin inequidad (cfr. DA 384). Ciertamente, aunque la Iglesia no se pueda identificar con ninguna realización intrahistórica ni política, no puede quedarse al margen de la lucha por la justicia (cfr. 28). Al anunciar la Buena Nueva de Jesucristo, debe tratar de cohesionar, inyectar valores morales y despertar fuerzas espirituales que allanen el camino a una humanidad que se aproxime al sueño de Dios.

III. Nuestra tradición cristiana nos enseña que somos "hijos de un arameo errante" (Dt 26,5). Abraham, padre de las tres grandes religiones monoteístas, agasajó a los forasteros (cfr. Gn 18,2-7). En la Sagrada Escritura y, sobre todo, en los textos con más sensibilidad, hay una sacralización del migrante que culmina en la encarnación: en Cristo somos hermanos-prójimos y no extranjeros. Con la hospitalidad se hace memoria de "que extranjeros fuisteis en el país de Egipto" (Ex 22,20; 23,9; Dt 10,17-19). Ello explica las leyes del espigueo y del diezmo (Lv 19,9-10; Dt 14,28-29) y un imperativo sin igual en las culturas limítrofes: "amarás al extranjero como a ti mismo" (Lv 19,34), bajo la misma ley y derechos (cfr. Lv 24,22). Mateo recuerda que la Sagrada Familia fue obligada a desplazamientos forzosos (cfr. Mt 2,15) y en el Juicio Final se llega a la identificación sacramental de Jesucristo con los migrantes (cfr. Mt 25,35-36). El Resucitado envió a los discípulos a todos los pueblos y la fuerza del Espíritu une a todos en la única familia de Dios (cfr. Hch 10,35-36; Ef 2,17-20; Gal 3,28; Col 3,11). No debe extrañarnos que, pasado el tiempo, "las grandes estructuras de acogida, hospitalidad y asistencia surgieran junto a los monasterios" (DCE 40).

IV. Por otra parte, los desplazamientos humanos son "un fenómeno natural y universal" (MM 123). En un mundo interdependiente y globalizado es inevitable que se produzca el mayor movimiento de personas de todos los tiempos. Esto constituye toda una realidad estructural (cfr. Erga migrantes 1). Constituye una experiencia dolorosa (cfr. PT 102, 103, 107; GS 66, 88; PP 67-69), pero también un imponente kairós y un gran desafío para nuestra época. Desde luego, hay que procurar por todos los medios que la movilidad forzosa deje de serlo (cfr. RN 33, MM 125-127, 150; PT 102...).

V. En la constitución apostólica *Exsul Familia*, el Papa Pío XII confirmaba el compromiso de la Iglesia de atender y cuidar a los peregrinos, forasteros, exiliados y migrantes de todo tipo, afirmando que todo pueblo tiene el derecho a condiciones dignas para la vida humana, y si éstas no se dan, tiene derecho a desplazarse. En su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, san Juan Pablo II hace referencia a la crisis mundial de los refugiados como "una plaga típica y reveladora de los desequilibrios y conflictos del mundo contemporáneo. [...] El derecho al asilo jamás debe negarse cuando la vida de la persona peligre realmente si permanece en su tierra natal". La enseñanza social no niega el derecho de los estados a regular los flujos migratorios, pero este derecho deberá armonizarse con los derechos humanos de las personas desplazadas y ser contemplado desde el criterio superior del bien común de la entera familia humana y la dignidad de la persona, y no obedecer a criterios políticos localistas.

VI.- La Doctrina Social de la Iglesia nos aporta importantes criterios de juicio que, a su vez, marcan líneas de acción a todos los actores sociales. No quiero ser exhaustivo. Me basta con un ramillete apretado de citas para mostraros esta riqueza que muchas veces ignoramos.

a). El primer derecho es el derecho a no emigrar, a no tener que desplazarse a la fuerza. Mucho más si esta movilidad humana es provocada por la persecución religiosa, la violencia, la guerra o la injusticia estructural. Este derecho brota de la dignidad de la persona y del derecho a tener las necesidades básicas cubiertas (cfr. RN 33). En el caso de la emigración económica, se trata de que "el capital busque al trabajador y no al contrario" (PT 102). Por eso, se debe favorecer la cooperación al desarrollo con el país de origen (cfr. CDSI 298, GS 66 y Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1993). El derecho a no emigrar consiste en vivir en paz y dignidad en la propia patria (cfr. Mensaje para la Jornada Mundial de las Migraciones 2004 y PT 11 y 102). Se trata de

una aplicación del destino universal de los bienes de la tierra tan fundamental como desatendido (cfr. MM 30, 33; GS 65; CIC 2402-2406; CDSI 171-184). En suma, como dicen conjuntamente los obispos mexicanos y norteamericanos: "Toda persona tiene el derecho de encontrar en su propio país oportunidades económicas, políticas y sociales, que le permitan alcanzar una vida digna y plena mediante el uso de sus dones. Es en este contexto cuando un trabajo que proporcione un salario justo, suficiente para vivir, constituye una necesidad básica de todo ser humano"².

b). Por otra parte, existe el derecho a emigrar y a desplazarse: El titular de este derecho natural (PT 106) es la persona e incluye el deber de salvaguardar a su familia. Hay que proteger este derecho para que no deje ser tal en el imaginario colectivo. Debe ser respetado en la práctica y recogido en la legislación nacional e internacional como derecho (cfr. PT 25 y 106; OA 17) extensible a la familia del migrante (cfr. La solemnitá, MM 45). Es lícito emigrar a otros países y establecer su domicilio en ellos. Lo reconoce el art. 13 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y Pío XII en su radiomensaje de Navidad de 1952: "Vendrán de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur..." (Lc 13,29)". La Iglesia reconoce que todos los bienes de la tierra pertenecen a todos los pueblos. En el caso de persecución por cualquier causa, la comunidad internacional se ha dotado de instrumentos que garanticen el acceso a los derechos de asilo y protección internacional subsidiaria para los refugiados. Buena parte de nuestros potenciales huéspedes vienen en esa condición. Queremos mencionar en este punto las siguientes palabras del Papa Francisco: "Es trágico el aumento de los migrantes huyendo de la miseria empeorada por la degradación ambiental, que no son reconocidos como refugiados en las convenciones internacionales y llevan el peso de sus vidas abandonadas sin protección normativa alguna. Lamentablemente, hay una general indiferencia ante estas tragedias, que suceden ahora mismo en distintas partes del mundo. La falta de reacciones ante estos dramas de nuestros hermanos y hermanas es un signo de la pérdida de aquel sentido de responsabilidad por nuestros semejantes sobre el cual se funda toda sociedad civil" (LS 25).

c). El deber de cooperación internacional "clarividente" (CV 42) precisa una "moral de renovada solidaridad" en todos los órdenes: en cuestiones energéti-

2. Carta Pastoral conjunta, "Juntos en el camino de la esperanza. Ya no somos extranjeros", n. 34.

cas y de recursos, mayor socialización de la propiedad intelectual e industrial (CV 22), cuidado del medio ambiente (CV 50), consolidación de instituciones democráticas en los países de origen (CV 41) y legislación internacional garantista (CV 62). Las ayudas internacionales al desarrollo no deben generar relaciones de dependencia (CV 58). Se debe incrementar el porcentaje del PIB para esta ayuda (CV 60). En este punto precisamos un urgente examen de conciencia: hemos hecho lo contrario en una proporción que no se justifica por la crisis en España (Cfr. cap. 8, VII Informe Foessa 2014 de Caritas española). Del mismo modo, la enseñanza social de la Iglesia invita a la apertura de los mercados a los países del Sur para evitar el proteccionismo del Norte (SRS 45), así como a la regulación de los flujos financieros, a la lucha contra la corrupción y a dotar de estructura democrática y perfil ético a los organismos supranacionales (ONU, OMC, BM, FMI, etc.) (cfr. CV 67, CDSI 368- 374; 440-450). No es ahora el momento de ser más exhaustivo, pero este ramillete de citas muestra hasta qué punto la Iglesia está comprometida con estas cuestiones.

d). El deber de hospitalidad (PP 67) por razones humanitarias, de asilo y refugio nos evita repetir aquel triste: "...y los suyos no le recibieron" (Jn 1,11). Es la respuesta al "no os olvidéis de la hospitalidad" (Hebr 13,2). En otro caso, la sociedad acabaría en "guerra de los poderosos contra los débiles" (EV 12), y pasaría de ser una sociedad de convivientes a una sociedad de excluidos, rechazados y eliminados (EV 18). Se trata de ejercer "la cercanía que nos hace amigos". Por eso, nuestros hermanos y hermanas de otros países deben ser recibidos "en cuanto personas" y "ayudados junto con sus familias a integrarse en la vida social" (CDSI 298, GS 66, OA 17, FC 77). Pío XII insistía en algo que hay que repetir hoy: los desplazamientos humanos no pueden subordinarse a cálculos políticos o a los prejuicios demográficos, ni a las disposiciones legales de la sociedad (cfr. *Levate capita*). La incorporación social y eclesial de los migrantes reclama que sean recibidos "en cuanto personas" y ayudados, junto con sus familias, a integrarse en la vida social. El estado de acogida debe favorecer la armónica integración (cfr. GS 66 y OA 17), facilitar la promoción profesional (OA 17, FC 77), el acceso a un alojamiento decente (OA 17), garantizar la protección jurídica de sus derechos, respetar su identidad cultural (FC 77), el trato igualitario con respecto a los nacionales (FC 77), permitir la posesión de la tierra necesaria para trabajar y vivir (FC 77) y vigilar el salario y las condiciones de trabajo (CA 15). Para ello, los sindicatos deberán ampliar su radio de acción a los emigrantes (CA 15). En la Iglesia

y en la sociedad, los migrantes "tienen derecho a ser lo que son y especialmente a serlo entre nosotros"³. En conclusión: "no existe el forastero para quien deba hacerse prójimo del necesitado" (EV 41c). Todo miembro de la Iglesia católica debe hacer suyas las palabras de Francisco: "Los migrantes me plantean un desafío particular por ser pastor de una Iglesia sin fronteras que se siente madre de todos. Por ello, exhorto a los países a una generosa apertura, que en lugar de temer la destrucción de la identidad local sea capaz de crear nuevas síntesis culturales. ¡Qué hermosas son las ciudades que superan la desconfianza enfermiza e integran a los diferentes, y que hacen de esa integración un nuevo factor de desarrollo! ¡Qué lindas son las ciudades que, aun en su diseño arquitectónico, están llenas de espacios que conectan, relacionan, favorecen el reconocimiento del otro! (EG 210). Si tenemos en cuenta que muchos refugiados sirios son musulmanes, no debemos olvidar que el mismo Papa Francisco dice que "los cristianos deberíamos acoger con afecto y respeto a los inmigrantes del islam que llegan a nuestros países, del mismo modo que esperamos y rogamos ser acogidos y respetados en los países de tradición islámica" (EG 253).

Los medios de comunicación tienen una especial responsabilidad en fomentar una cultura del encuentro, frente a la cultura de rechazo, desenmascarando estereotipos y ofreciendo información objetiva que facilite el paso de una actitud recelosa hacia otra facilitadora de la acogida (cfr. Francisco, "Emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor" 2014).

e). La regulación de los flujos de personas y sus límites. En general "las autoridades deben admitir a los extranjeros", pero no es un deber absoluto: puede ser limitado por el país de acogida (PT 106), pero siempre desde el bien común de la entera familia humana. Su finalidad no es preservar un bienestar elitista de la sociedad de acogida, al modo del rico Epulón frente al pobre Lázaro (Lc 16, 19-31; RH 16, SRS 16-19), ni legitimar la sima planetaria, expresión del "imperialismo del dinero" (QA 109) y visibilizada en que el "lujo pulula junto a la miseria" (GS 9b, 63). Ciertamente, un día los "pueblos del Sur juzgarán a los del Norte" (Juan Pablo II, homilía en el aeropuerto de Namao en Canadá, 17 de septiembre de 1984). En suma, el referente ético de la regulación de los flujos no pueden ser los intereses

3. Pontificio Consejo Justicia y Paz, "La Iglesia ante el racismo. Para una sociedad más fraterna", Ciudad del Vaticano 2001, 42.

egoístas del país receptor, sino que se fundamenta en "criterios de equidad y de equilibrio" (CDSI 298) y no en imperativos electoralistas o economicistas⁴. Precisamos un sistema de acogida urgente y sostenible en el tiempo con respeto exquisito a los derechos humanos y evitando legislar atajos, evitando una política migratoria centrada en el control de flujos.

f). Los principios de subsidiariedad y solidaridad son bidireccionales. Reclaman que el Estado y los organismos supraestatales y organizaciones internacionales asuman la responsabilidad indelegable que les corresponde en la tutela de los derechos de las personas desplazadas, y promuevan las condiciones de su plena incorporación a la sociedad y salvaguardando la cohesión social. Al mismo tiempo, la Iglesia muestra su disposición a colaborar con las entidades públicas en la acogida e integración de las personas que lleguen, desde su propia identidad y posibilidades, y sumando fuerzas para el logro del bien común.

g). Se precisa la creación de una autoridad supraestatal que regule los flujos de movilidad humana. Debe evitarse que determinados países estén blindados y otros se vean desbordados por una presión migratoria superior a su capacidad. El bien común universal, los derechos humanos y sucesivos tratados internacionales han limitado el principio de absolutización de las fronteras (derecho de injerencia humanitaria, derecho de asistencia humanitaria, normas de protección internacional para refugiados, etc.). La política común de migración y asilo debe estar basada en la solidaridad con las personas migradas y refugiadas y no en la solidaridad interesada entre los estados. Será preciso establecer rutas seguras y, sobre todo, soluciones duraderas que garanticen la plena integración de los refugiados. Como afirmaba Benedicto XVI, "para gobernar la economía mundial, para sanear las economías afectadas por la crisis, para prevenir su empeoramiento y mayores desequilibrios consiguientes, para lograr un oportuno desarme integral, la seguridad alimenticia y la paz, para garantizar la salvaguardia del ambiente y regular los flujos migratorios, urge la presencia de una verdadera Autoridad política mundial" (LS 175).

h). Finalmente, el principio orientador general vinculante es que: "Todo emigrante posee derechos inalienables en cualquier situación" (CV 62). "El primer capital que se ha de salvaguardar y valorar es el hombre, la persona en

4. Cfr. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 2001,13.

su integridad" (CV 26) (cfr. GS 63). Por eso, los desplazados "no pueden ser considerados como una mercancía o una mera fuerza laboral" (CV 62). A la postre, no podemos realizar nuestra identidad contra la de otros más débiles, sino junto con ellos. Ello exige huir tanto del asimilacionismo, que no respeta a la cultura de origen, como de la tentación de replegarnos en guetos que absoluticen las diferencias y obvian lo que nos debe vincular. El desafío es crear una sana interculturalidad que rechace lo que desiguala y respete lo que diferencia en un marco de continuo diálogo, siempre respetuoso con la cultura de los derechos humanos y la democracia como expresión de la voluntad popular (cfr. CDSI 16 y 442).

¡MANOS A LA OBRA!

"La caridad de Cristo nos urge" (2 Cor 5,14). Nos toca comenzar ya a trabajar, ceñirnos el cinturón y ponernos en disposición de lavar los pies a los heridos de la vida. En la Iglesia nadie es extranjero. La Iglesia no será jamás extranjera para ningún ser humano, decía san Juan Pablo II. Por eso, está llamada a "ser abogada de la justicia y defensora de los pobres" (DA 395). Nuestro objetivo debe ser que las personas que se acercan a nosotros, "se sientan como en su propia casa" (TMI 50).

Pablo VI después de mirar a la cara en directo al dolor y a la miseria, exclamó: ¡Es hora de actuar! ¡El momento es apremiante! ¡No podemos esperar! Haciendo míos esos sentimientos y esas palabras, confiado en la fuerza de Dios y en vuestra plegaria, os convoco a las siguientes directrices de acción:

1º. Se constituye la Mesa por la hospitalidad de la Iglesia en Madrid. Será el órgano encargado de coordinar la oferta de ayuda de las instituciones, familias y particulares ante este problema. Se reunirá con carácter urgente hoy mismo, presidida por mí.

2º. Sin perjuicio de las directrices que esta Mesa vaya dando a conocer, pido a todas las instancias de la Iglesia en Madrid, a sus parroquias, a los sacerdotes, a la vida religiosa, a los movimientos, a los consagrados y consagradas, familias y fieles que discernan evangélicamente qué actitudes profundas hemos de tener, evitar que se hagan guetos y ver qué inmuebles, recursos económicos, profesionales y humanos se pueden compartir y poner a disposición de la acogida

de las personas que vengan. Todo ello sin olvidarnos de las distintas formas de pobreza que subsisten en nuestra archidiócesis y que están necesitadas de respuestas públicas de calidad. Hago literalmente mías las palabras del Papa ayer en el rezo del Ángelus cuando pedía que "cada parroquia, cada comunidad religiosa, cada monasterio, acoja a una familia de prófugos, comenzando por mi diócesis de Roma. [...] Frente a la tragedia de decenas de miles de prófugos, que huyen de la muerte por la guerra y por el hambre, y están en camino hacia una esperanza de vida, el Evangelio nos llama, nos pide ser prójimos de los más pequeños y abandonados, darles una esperanza concreta, no solamente pedirles valor y paciencia".

3°. Tenemos que hacer las cosas bien. Las personas que llegan merecen una atención integral y un itinerario de inclusión social que tiene que ser estudiado para satisfacer todas sus necesidades, incluyendo las espirituales y religiosas. Queremos ejercer la hospitalidad, no almacenar personas. La capacidad y los medios para una respuesta estructural corresponden a las autoridades públicas con las que colaboraremos desde nuestras posibilidades.

4°. Pido una respuesta solidaria, organizada y sin protagonismos ni descalificaciones. Que cada uno aporte lo que pueda y deba. Tendremos que hacer un esfuerzo de coordinación que nos vendrá muy bien para ser uno. Ojalá podamos desarrollar una respuesta como Iglesia en Madrid y esta unidad se traduzca también a otros campos pastorales. Sería un regalo de Dios para nuestra Iglesia a través de los refugiados.

5°. Los necesitados de última hora no compiten con los otros. Al contrario, nos obligan a revisar nuestras prácticas para mejorar la atención a aquellos y a estos. La política social de las distintas administraciones también se desafía: es preciso que, desde la atención a estos nuevos pobres, se articulen mejores respuestas para los antiguos y, sobre todo, se pongan en el centro de la acción política la lucha contra la exclusión y un modelo de desarrollo basado en la persona y en sus necesidades.

6°. No renunciemos a nuestra especificidad. Encontrarnos solidariamente con hombres y mujeres de otros credos nos ayudará a construir nuevos caminos para la paz y el diálogo interreligioso. Os animo a orar incesantemente por los perseguidos y a pedir luz y audacia al Señor para que sepamos ayudarlos. Perseverar en la gozosa experiencia de encuentro con Él en la plegaria y los sacramentos

nos invitará a vivir con más intensidad su sueño sobre la humanidad y a disponernos con pasión a colaborar con Él.

Me gustaría que esta carta pastoral y su llamamiento llegasen no solo a nuestras comunidades cristianas, sino también a todos los hombres y mujeres de la archidiócesis con independencia de sus creencias religiosas. ¡Estoy convencido de que lo que hagamos con las personas más vulnerables pone en juego nuestra propia dignidad como individuos y como sociedad!

Que el buen Dios nos ayude a todos a acertar, aquí y en el origen de estas tragedias.

Os quiere y os bendice,

† Carlos
Arzobispo de Madrid

"QUIEN A DIOS TIENE NADA LE FALTA, SOLO DIOS BASTA"

Estamos celebrando el V Centenario de santa Teresa de Jesús. Quisiera hablaros desde el corazón de la Santa, cuando estamos todos iniciando un curso nuevo, con programas y proyectos, con revisiones de lo que hicimos y con tantas expectativas como tenemos. Permitidme entrar en vuestro corazón, me parece oportuno acercarme a vuestra vida para deciros lo que con su vida y sus escritos tan bellamente nos dice la Santa de Ávila: "Nada te turbe, nada te espante, quien a Dios tiene nada le falta, solo Dios basta". Os invito a que acerquemos nuestra vida a esta mujer excepcional que nos hace entrar en comunión de vida con Jesucristo. El Evangelio siempre tiene algo que decirnos; leído y contemplado hoy, con la Santa abulense, tengo la certeza de que nos invita a vivir nuestra vida en dos actitudes existenciales que implican decisiones fundamentales:

1. La decisión de vivir bendiciendo a Dios al descubrir su grandeza y nuestra pequeñez: "Yo te bendigo Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños" (Mt 11, 25).

2. La decisión de estar siempre en el Señor: "Venid a mí todos los que estáis cansados y sobrecargados, y yo os daré descanso" (Mt 11, 28).

Santa Teresa, con su vida, escribe páginas del Evangelio con una belleza y una actualidad singular. Nos hace entender el Evangelio y nos hace preguntarnos y responder con nuestra vida. Nos sitúa en lo más necesario para encontrarnos con Dios, en la pequeñez, en la bendición y en la cercanía del Señor. Escuchad a santa Teresa:

"Vuestra soy, para Vos nací
¿Qué mandáis hacer de mí?
Soberana Majestad
Eterna sabiduría,
.....
Vuestra soy, pues me criaste,
Vuestra, pues me redimiste,
Vuestra, pues me llamaste,
Vuestra, porque me esperaste,
Vuestra, pues no me perdí.
¿Qué mandáis hacer de mí?"

(Cf. Obras Completas, Monte Carmelo, 1982, p. 1678)

Para vivir bendiciendo y para vivir no desde uno mismo, sino estando en el Señor, hay que tener Sabiduría. Es la que la Santa siempre buscó y encontró en toda su plenitud en Jesucristo. Se hizo verdad en ella que la Sabiduría verdadera la encontró en el Señor: "Se apoya él en ella y no se dobla, a ella se adhiere y no queda confundido" (Eclo 15, 4). Es la Sabiduría que nos viene del Espíritu Santo. Abrirnos a esta Sabiduría es una necesidad y es obra del gran artista que es Dios mismo.

Me gustaría rastrear para vosotros, desde la Palabra de Dios, esta Sabiduría que se hizo vida en santa Teresa de Jesús y donde descubrimos los pasos que tenemos que dar para vivir bendiciendo siempre al Señor, que es estar bendiciendo a los demás, a los otros, a todos, al prójimo, y estando siempre en Él. ¿Dónde lo encuentra santa Teresa? Creo que podría simplificarlo en estos textos del Evangelio, claves en ella:

1. "Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" o sentir que hemos sido cogidos o elegidos por Dios en el Hijo

tal como nos enseña Jesucristo. Quizá esto pueda parecer extraño, pero ser cogido es esencial para convertirse en el amado. El primer paso en nuestra vida espiritual es precisamente ese que nos enseña Jesucristo: reconocer con todo nuestro ser que hemos sido cogidos, o elegidos. Cuando sé que yo he sido elegido, me hago consciente de que he sido visto como una persona que tiene una predilección: Dios le ama y le quiere. Santa Teresa de Jesús, a través de su vida, quiso ser coherente a esta idea; qué alegría y qué responsabilidad pensar que el Señor se fijó en mí en calidad de persona única y que tiene el deseo de conocerme y amarme. Nos enfrentamos aquí a un gran misterio, pero ser elegido o cogido no quiere decir que los otros sean rechazados. Al contrario, el elegido se hace consciente de que nunca puede excluir a los demás, sino incluirlos en su vida. Para mantener esta conciencia de elegidos es necesario buscar personas y lugares en los que nuestra verdad sea dicha y donde se nos recuerde nuestra identidad más profunda como elegidos de Dios, y al mismo tiempo celebrar nuestra condición de elegidos, es decir, dar gracias a Dios por habernos elegido y bendecirlo. Es el modo más claro de entender y disponer la vida para Dios y, por ello, para los demás: "¿Qué mandáis hacer de mí?".

2. "Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados y yo os daré descanso. [...] Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis vuestro descanso" o tomar conciencia de que sin estar en el Señor somos seres rotos. Santa Teresa tuvo tal conciencia de su ser roto que siempre estuvo buscando personas que la ayudaran a encontrarse con el Señor, de tal manera que solamente así podría restaurarse en su ser roto. Nuestro ser de hombres rotos tiene muchas manifestaciones: exclusiones, dependencias, rupturas, globalizar nuestro ego y no el amor de Dios, sufrimientos, enfermedades, guerras, enfrentamientos, pecado. ¿Cómo se puede responder a estas rupturas? Entre otras cosas, hay que hacer más amistoso y fraterno nuestro mundo y ponerlo bajo el signo de la bendición, es decir, hay que saber decir y vivir como elegido y, por tanto, como amado por Dios, que dispone todo lo que es y tiene para entregar el amor de Dios a los demás. Esto tiene una manera de realizarse: tenemos que disponernos a vivir en comunión con Nuestro Señor Jesucristo. Comunión que alimentamos en el sacramento de la Penitencia, donde el Señor nos perdona y restaura nuestra vida; nos recompone de tal modo que de rotos nos convierte en hijos en el Hijo y en hermanos en el Hermano. Comunión que alimentamos en la celebración de la Eucaristía, donde Jesucristo se hace realmente presente en el misterio de la Eucaristía y nos lleva a vivir las consecuencias de esta comunión en el ejercicio de la caridad con todos y para todos, dando la vida por todos. ¿Habéis intentado alguna vez pasar

tiempos largos no haciendo otra cosa que escuchar la voz del Señor? Escuchadla, ya veréis la paz que llega al corazón.

3. "Así hace el que teme al Señor, el que abraza la Ley logra sabiduría" o vivir entregados. Hemos sido elegidos, estamos rotos, somos bendecidos, para ser entregados. ¿Os habéis dado cuenta del gozo que produce hacer algo por otra persona? ¿Os habéis dado cuenta lo que supone poner la vida al servicio de los demás? ¡Qué misterio más maravilloso! Nuestra realización más completa consiste en darnos a los demás. Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó a darnos; Él mismo se dio enteramente, no guardó nada para sí. Santa Teresa quiso imitar al Señor en este darse por los demás, desde los claustros de un monasterio. Hacer la ofrenda de la vida por los hombres, por todos los hombres, es la expresión gozosa de una carmelita; ella alimenta esta ofrenda en la Eucaristía, donde contempla al Señor en la entrega y donación de todo lo que es por los hombres. El Misterio de la Eucaristía - "Tomad y comed", "Tomad y bebed" - es la expresión realmente admirable de la entrega del Señor hasta derramar su Sangre por todos los hombres. Solamente podemos entrar en comunión con Él si nos sabemos elegidos, bendecidos, rotos, pero restaurados por el Señor. Como santa Teresa, entremos en sintonía de Jesús:

"Nada te turbe
nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda,
La paciencia
Todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene
Nada le falta:
Solo Dios basta".

Amén.

Con gran afecto y mi bendición,

† Carlos, arzobispo de Madrid

"¡NO PODEMOS DEJAR SOLOS A NUESTROS HERMANOS PRESOS!"

En la antesala del Año Santo, el Papa Francisco nos convoca a una de las obras de misericordia: "visitar a los encarcelados". La solicitud hacia las personas privadas de libertad ha tenido siempre tanta importancia para la Iglesia que el autor de la Carta a los Hebreos llega a pedirnos: "Acordaos de los presos como si estuvierais presos con ellos" (Hb 13,3). Así lo ha venido haciendo ininterrumpidamente la Iglesia en la Historia. En la actualidad, la Pastoral Penitenciaria, con callada abnegación y probada generosidad, continúa con este bendito ministerio.

Con motivo de la Fiesta de Ntra. Sra. de la Merced, quiero que mis primeras palabras se dirijan a todas las personas privadas de libertad. ¡Cuánto me gustaría poder abrazarlas a todas y, con mi gesto, llevarles la paz y el cariño que solo regala el Señor Jesús a sus predilectos! Con mi abrazo quisiera transmitirles el de la Iglesia que es Madre de misericordia y que, como su Señor, quiere que no se pierda ninguno de los que le han sido confiados (cfr. Jn 6, 39). Dios es el único dueño del tiempo y el único juez infalible. Por eso, el tiempo de reclusión, por paradójico que resulte, puede y debe ser tiempo para el encuentro fructuoso con Él, para reconducir la propia vida, asumir los errores cometidos y procurar reparar el mal causado. También debiera serlo para capacitar para la inserción social y, en no pocos casos,

compensar déficits y solucionar problemas personales y sociales que estaban en la base del delito cometido. Con rotundidad lo afirmaba recientemente el Papa Francisco en la cárcel de Santa Cruz-Palmasola en Bolivia: "Reclusión no es lo mismo que exclusión, porque la reclusión forma parte de un proceso de reinserción en la sociedad". En otro caso, tornaríamos la privación de libertad en mera exclusión social, haciéndola sumamente odiosa (Cfr. san Juan Pablo II, Mensaje Jubilar para las prisiones del año 2000 - MJ 1b, 5b, 4b).

Por eso, ¿no podemos dejar solos a nuestros hermanos y hermanas presos! La mano larga de Dios y su ternura atraviesan los muros de los centros penitenciarios a través de la labor diligente y eficaz de la Pastoral Penitenciaria que constituye para la Iglesia -también en Madrid- un gozoso servicio. Este ministerio, prestado por las capellanías, parte de la convicción profunda de que "el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno" (EG 265). A los capellanes y al voluntariado de esta Pastoral debemos el mayor reconocimiento.

Quisiera destacar también que la preocupación por las personas presas debe ser objeto de la solicitud pastoral de toda la Iglesia en Madrid. "Acordaos de los presos como...". Sin este concurso de toda la vida diocesana, la Pastoral Penitenciaria quedaría reducida a una tarea benemérita, pero aislada de la diócesis. No puede ser así. Llamo al compromiso de todos, especialmente de las parroquias, para que se preocupen por los encarcelados y sus familiares y procuren coordinarse con la Capellanía para la visita y la atención de sus necesidades. La exhortación postsinodal *Sacramentum Caritatis* nos apremiaba para que los presos pudiesen "sentir la cercanía de la comunidad eclesial" (SC 59). Las personas más vulnerables en prisión experimentan de manera más apremiante esa necesidad de proximidad: enfermos mentales y físicos, ancianos, discapacitados, mujeres con hijos, extranjeros sin papeles abocados a la expulsión... Tenemos que ser capaces de generar respuestas alternativas y responsabilizadoras más humanas.

Más aún, asumamos el compromiso en la prevención social del delito mediante la promoción de una sociedad más justa, de una cultura con valores y condiciones de vida dignas para todos. Procuremos, asimismo, que el dolor provocado por el encarcelamiento dure el mínimo tiempo posible y que nadie tenga que volver a ingresar en prisión por falta de oportunidades. Todo ello es la traducción del no a la cultura de la exclusión y del descarte, a la que reiteradamente nos convoca el

Papa. Sé que algunos aspectos pueden resultar difíciles de comprender cuando todos rechazamos el delito. Ciertamente, el delito es expresión del mal y nos atemoriza y quiebra la convivencia. Pero no podemos olvidarnos de la vieja máxima: "aborrece el delito pero compadécete del delincuente". En ese sentido, no debemos olvidar las cuatro etapas del peregrinaje de la misericordia: no juzgar, no condenar, perdonar y dar (cfr. MV 14b). Estas etapas son expresión de la misericordia "como viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. La misericordia y el perdón, van más allá de la justicia y nos hace revestimos de ternura" (cfr. MV 10). "Aunque el sistema penal cumple sus fines, la justicia sola no basta y la experiencia demuestra que apelando solo a ella se corre el peligro de destruirla" (cfr. MV 21b).

Os invito a toda la comunidad diocesana a "descubrir el rostro de Cristo en cada detenido" (cfr. M 25, 36) y a ser sensibles ante quien se queja y retrocede. La Iglesia es refugio de pecadores y casa de las segundas oportunidades. Para la Iglesia nadie hay definitivamente perdido. Dios regala una oportunidad a cada ser humano para abrir su corazón a un amor siempre más grande que su pecado. Sabemos bien que la dignidad de la persona presa y su perfectibilidad es siempre mayor que su culpa y su delito.

En esta fiesta tan señalada, no quiero ni puedo olvidarme de los hombres y mujeres que trabajan en los centros penitenciarios. Sin su tarea, sacrificada y no siempre reconocida, el ideal de la reinserción social estaría todavía mucho más lejos. Pido por todos ellos, para que el Señor les dé paciencia, fortaleza y humanidad para no renunciar jamás, por muchas que sean las dificultades, a su vocación educativa y reinsertadora.

Recuerdo también con afecto, a otras confesiones religiosas y ONG que se preocupan de atender las necesidades de los encarcelados y de defender sus derechos.

Quiero que tengamos muy presentes a las víctimas de los delitos, especialmente a aquellas que han sufrido los zarpazos y el dolor de delitos irreparables. Por paradójico que pudiera resultar, nuestra ocupación y preocupación por quienes han delinquido, no nos quita un ápice de solicitud exquisita por las víctimas. La Iglesia apuesta decididamente por la "justicia reconciliadora" (Cf. CDSI 403) que surge desde la atención a las necesidades de las víctimas, pero sin enfrentarla, sino todo contrario, a la rehabilitación del infractor. Con todo, es preciso redoblar nuestra atención hacia las víctimas y sería deseable regular la universalización de la

atención hacia todas ellas, especialmente las que quedan en situación de mayor vulnerabilidad.

Ojalá que juntos hagamos realidad lo que formulamos en la plegaria de la Eucaristía: "que el amor venza al odio y la indulgencia a la venganza". En los albores del Año Santo de la Misericordia, empenémonos en usar "la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad" (MV 4b). Damos gracias a Dios porque, con independencia de nuestra culpas, "en la naturaleza humana nunca desaparece la capacidad de superar el error y de buscar el camino de la verdad" (PT 158).

Os presento a todos ante nuestro más señalado Cautivo y Víctima inocente, crucificado, muerto y felizmente resucitado, y os pongo en las manos entrañables de su Madre, Ntra. Sra. de la Merced. Así lo quiso el Señor, en Juan estábamos todos nosotros cuando le dijo desde la Cruz, "Ahí tienes a tu Madre".

Con gran afecto y mi bendición,

† Carlos, Arzobispo de Madrid

"BUSCARTE HAS EN MÍ, Y A MÍ BUSCARTE HAS EN TI"

¡Qué maravilloso es poder contemplar una vida totalmente regalada a Dios para poner a todos los hombres en sus manos! Esta fue la vida y la obra de santa Teresa de Jesús. Cuando estamos celebrando el V Centenario de su nacimiento es una gracia poder hacer esta memoria de la carmelita descalza, que sigue estando de actualidad porque, entre otras cosas, nos recuerda aquellas palabras de Jesús: "por ellos". Este es un tiempo memorable para todos los monasterios de Carmelitas Descalzas y para todos los hombres. Pues la presencia del Carmelo nos ayuda a descubrir que el Señor quiso que hubiera en la Iglesia personas consagradas a contemplarlo, que ofreciesen su vida por los hombres, que pidiesen por todas aquellas situaciones que vivimos los humanos en las que no construimos la cultura del encuentro. ¡Qué tarea más hermosa! ¡Qué profesión más excepcional! Sí, profesión, lo digo con toda intención, pues dejan la vida enteramente al Señor para vivir en Él y desde Él y para Él y así realizar y acercar ese gran servicio a esta humanidad: el de recordarnos que Dios está en el centro, que el Señor de la Historia y de la vida es Jesucristo. Avivan la memoria de una mujer tan excepcional como santa Teresa de Jesús, quien quiso hacer la ofrenda de su vida unida a la de Cristo para que todos los hombres tengan auténtico porvenir, que es el que se alcanza en presencia de

Dios. Santa Teresa recibió un carisma que durante muchos siglos han venido siguiendo e interpretando todos los carmelos del mundo.

El Evangelio nos habla con mucha claridad de una realidad evidente en nosotros: pasamos el tiempo preocupados por cosas sin importancia. Y sin embargo, santa Teresa quiere hacernos ver que hay que vivir por lo que importa. Nos da a conocer con su vida y sus escritos que, donde se juega todo, es en quien es Señor de todo, a quien damos nuestro corazón. Por eso quiero deciros en este V Centenario a todas las carmelitas: ¡qué importante y qué dimensiones adquiere y tiene vuestra vida hijas de Teresa! ¡Qué importante es que vosotras tengáis la valentía de decir con vuestra presencia en el monasterio, con vuestro modo de vivir, con vuestra manera de actuar, con la dedicación que tenéis al Señor y a todos los hombres, esas palabras que nos dirige el Señor, "Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna. [...] todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos" (cfr. Mt 10, 28-33). Muchas veces, entretenidos en cuestiones secundarias, nos ocupamos de qué hacen los demás y nos desocupamos de lo que nos está pidiendo el Señor que hagamos. Gracias hermanas, porque vosotras habéis decidido ocuparos no de vosotras mismas, sino de los demás. Y el mejor modo de ocuparse de los otros, es ponerlos a buen recaudo, es decir, en manos de Dios.

Desde la vida y los escritos de santa Teresa de Jesús, quiero hacer estas afirmaciones con el deseo de que se conviertan en meditaciones para vosotros:

1. Santa Teresa nos descubre la fuerza que tiene la vida, cuando se realiza desde lo que yo llamo cristianismo en explicitud. ¿Qué quiero decir? Que se vive la adhesión a Jesucristo, como acción y pasión total de la vida. Santa Teresa lo hizo con total testimonio: ordena a esta tarea todas vuestras potencias y subordina todas las necesidades de la vida a este menester, aunque sean necesidades legítimas.

2. Hay muchas melodías en este mundo con las que los hombres quieren acompañar su ser, hacer y quehacer en esta vida. Junto a todas las melodías, santa Teresa supo mantener una de fondo: Jesucristo, que tiene que ser soporte de toda la vida y de todas las cosas que nos acontecen y centro de atracción de todas las exploraciones y caminos que hagamos los hombres.

3. Santa Teresa nos invita a vivir la vida delante de la persona de Jesucristo y ofrece a los demás la persona del Señor en la que realmente se conjugan la suprema autonomía y libertad y la suprema apertura y comunicación. No hay posibilidad de descubrir lo que es la libertad verdadera más que junto a quien nos descubrió y entregó la suprema libertad. No hay posibilidad de abrirse a los demás y de prestar ayuda a todos más que aprendiendo de quien se abrió a todos y lo dio todo.

4. ¡Qué fuerza tiene para construir esta historia la vida y la obra de santa Teresa de Jesús! No es fácil encontrar personas que tengan la osadía de ofrecer a Jesucristo todo lo que son, pero bendita osadía cuando las encontramos. Santa Teresa es una de ellas, es así; en medio de un mundo que se conforma según las medidas que los hombres entregamos y hacemos a nuestro gusto y según nuestro parecer, la Santa es una provocación de amor. De ese amor de Dios fiel que no pone condiciones a nadie. Ofrece a Cristo toda su receptividad y capacidad para ser plenitud de Dios. Tuvo la osadía de nuestra Madre la Virgen María que dijo a Dios con todas las consecuencias: "hágase en mí según tu Palabra".

5. En nuestro mundo, donde en muchas ocasiones los criterios desde los que nos movemos son la máxima eficacia, la rentabilidad y la producción, ¿qué seremos capaces de pensar y decir sus habitantes de santa Teresa y de quienes han sido sus seguidoras, que dedican el tiempo a contemplar a Jesucristo en el trabajo diario para sustentarse, en la oración comunitaria, y teniendo como centro y culmen de todo el sacramento de la Eucaristía? Santa Teresa y sus hijas estáis haciendo una gran revolución. Pues no os conformáis a este mundo que hace hombres productores y consumidores. Vosotras queréis aportar al mundo oxígeno, luz, fuerza interior, razones para vivir, sentido de la vida y esperanza. Queréis entregar a este mundo lo que le falta, que es alma. Invitáis a que los hombres hagamos una humanidad humana, con la humanidad verdadera, que es la que Dios haciéndose hombre nos entregó y que nosotros descubrimos en la contemplación de Cristo y vivimos en la comunión con Él.

6. Un día oyó santa Teresa estas palabras: "déjalo todo, ven y sígueme". Se sintió escogida, amada e invitada a ser amiga del Señor. Así comenzó una relación personal con Él. Puso la confianza en el Señor y su deseo fue que todos los hombres la pusieran en Él. Fiémonos de Él.

7. Sabemos muy bien que las preguntas fundamentales de la humanidad siempre giran en torno al amor y al odio, a la culpabilidad y el perdón, a la paz y a

la guerra, a la verdad y a la mentira, al sentido de la vida y de la muerte, a la fe en Dios. Santa Teresa, sabe muy bien que quien conduce a la vida plena es Jesucristo y ella quiso acercar y entregar esta Belleza a los hombres. En la Eucaristía nos encontramos con la Belleza y en ella, modelamos la vida.

Con gran afecto, os bendice:

† Carlos, Arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

HOMILÍA DE MONSEÑOR CARLOS OSORO EN LA EUCARISTÍA EN LA JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LA CREACIÓN

Ilustrísimo Señor Deán, miembros del Cabildo Catedral, Vicario General, Vicarios Episcopales, queridos hermanos sacerdotes, hermanos y hermanas todos.

Nuestro Señor nos acaba de decir que Él es nuestra luz y nuestra salvación. Así lo hemos cantado en el salmo responsorial que juntos hemos rezado, el salmo 26, y ¡qué certeza tan maravillosa es esta!

Estamos aquí, hoy, animados una vez más por el Papa Francisco. Él ha querido establecer la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación en este primer día de septiembre. El Santo Padre desea llamar nuestra atención sobre los problemas importantes que tiene la tierra en la que habitamos, y sobre los problemas reales que tiene el ser humano. ¡Qué gozo que este día sea conmemorado por 1200 millones de católicos! ¡Qué gozo que la Iglesia católica, extendida por el mundo, viva este día en comunión con el Papa y animada por su celo evangelizador que tan bellamente nos ha enseñado a través de su última encíclica *Laudato si*, donde destaca las preocupaciones que debemos de tener como cristianos! Él quie-

re que ofrezcamos nuestra contribución para superar la crisis ecológica que vive la humanidad, crisis que tiene una raíz antropológica: el ser humano quizá no sabe quién es y por eso no vive con todas las consecuencias como está llamado a vivir y como corresponde con su ser.

Celebramos esta Jornada en la capilla de la Virgen de la Almudena porque hoy estamos pocas personas en la Catedral. Hemos rezado las Vísperas, integrándolas en la liturgia eucarística. Fijaros cómo Dios quiere señalarnos algo en cada momento de nuestra historia, y tenemos que saber reconocerlo: el ser humano que mejor cuidó esta tierra ha sido la Santísima Virgen María. Y digo que fue la que mejor la cuidó porque prestó su propia vida para que Dios se hiciese presente en medio de los hombres y tomase rostro humano, es decir, María descubrió quién era, el modo en que Dios la llamaba a vivir, y lo asumió con todas las consecuencias porque correspondía con su ser.

Y, así, nosotros podemos descubrir que toda crisis se supera y se erradica descubriendo esta humanidad, que es verdaderamente humana, con el humanismo que nos ofrece, regala y muestra Jesucristo cuando le acogemos en nuestra vida y reconocemos en Él a Dios que se ha hecho hombre. Esta es una aportación importante que no solamente hacemos desde la oración sino desde las consecuencias que una oración dirigida a Dios tiene que tener en nuestra vida.

Os habéis dado cuenta, queridos hermanos, cómo en la primera lectura que hemos proclamado el Señor nos ha dicho: "ni sois de la noche ni sois de las tinieblas". Esta es la primera aportación que tenemos que hacer con nuestra vida a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Es precisamente en esa apertura que hacemos desde la oración a Dios donde descubrimos que al no ser ni oscuridad, ni tinieblas, estamos llamados a aportar la luz que, como regalo precioso, nos ha dado Jesucristo con su propia vida a todos los cristianos. Hagamos próximo esto a la tierra en la que habitamos y a los hombres y mujeres con los que vivimos y nos encontremos. Os habéis dado cuenta de que el apóstol Pablo, en esta primera lectura, terminaba diciéndonos: "animaos y ayudaos mutuamente a crecer". Este ánimo y este aliento es lo que queremos transmitir entre nosotros, y también en la oración que estamos haciendo: que todos los hombres cuidemos de la creación, ya que el Señor la ha puesto a nuestro servicio.

En segundo lugar, habéis visto lo que nos decía el Evangelio: cuando el ser humano vive al revés de cómo Dios le ha hecho y le ha creado, cuando vive contra-

riamente al diseño que el Señor ha hecho de su vida. Si eso nos sucede, no temáis, porque si el Señor se acerca a nosotros y echa de nuestra vida lo que le es contrario, como hizo con aquél que estaba inundado por un demonio y le liberó de ese demonio para que fuese de verdad el hombre que había creado Dios. Dios es el Bien y nos da su Bien para vivir "a su imagen y semejanza". Habéis visto lo que aquellos demonios gritaban: ¿qué quieres de nosotros? Lo hacían aquellos hombres que estaban inundados por el mal. El Señor, que es el Bien supremo, hoy, en esta oración que estamos haciendo, en esta Jornada Mundial de Oración por la Creación, nos pide estas tres cosas: que celebremos, que oremos y que cuidemos.

a) Sí, qué celebremos. Qué precioso es el cántico del himno de las criaturas de San Francisco: "alabado seas mi Señor por la hermana nuestra madre tierra la cual nos sustenta y gobierna produciendo diversas hierbas y frutos y flores con coloridos diversos". Esto es lo que el Señor quiere que celebremos hoy: que el creador nos ha dado una casa para todos los hombres llena de riquezas, para que podamos vivir todos, para que todos nos podamos sustentar y para que nadie pase hambre o necesidad. Todo lo creado lo ha puesto a nuestro servicio: ¡hay que celebrarlo! ¿Cómo no lo vamos a celebrar, cómo no vamos a alabar a un Dios que ha sido tan bueno con el ser humano? Y la mejor manera de hacerlo es unirnos a nuestro Señor Jesucristo, que se hizo hombre para hacernos entender lo que a través del apóstol Pablo nos dice: "a nadie debáis más que amor". Ese amor que nos hace sentirnos solidarios los unos a los otros, ese amor que nos hace vivir una humanidad verdadera, la humanidad y el humanismo de Cristo nuestro Señor. Celebremos esto, queridos hermanos, pero al mismo tiempo démonos cuenta de que a veces lo que nos ha dado el Señor gratuitamente para que todos podamos vivir lo hemos deshecho, viviendo solamente unos pocos y otros pasando muchísima hambre, cuando no estando absolutamente al margen de lo creado por esa apropiación impropia de unos pocos.

b) Por eso, en segundo lugar, el Señor nos dice: orad. El diálogo con Dios tiene unas consecuencias en nuestra forma de pensar, de sentir y de vivir. Quien dialoga con Dios nos se queda igual, porque Dios le responde. Probad hermanos, lo habéis probado muchas veces: el diálogo con Dios alimenta no solamente tener otras ideas, otras formas de pensar, de sentir y de vivir, sino fundamentalmente nos hace tener motivaciones de las que emerge un tipo de espiritualidad que alimenta una pasión sincera y verdadera por el cuidado del mundo, el cuidado de todos los hombres. Si oramos de verdad no nos quedamos impasibles ante las necesidades

de los demás, vivimos con nuestro cuerpo, vivimos con la naturaleza, vivimos todas las realidades que están aconteciendo en estos momentos de la historia en el mundo, buscando el respeto de lo creado, haciéndolo acorde a su ser. ¿Os habéis preguntado por qué se dan a veces "desiertos exteriores", es decir, lugares donde no hay vida, donde hay muerte, donde hay dolor, donde hay heridas? Pues mirad: si los seres humanos utilizamos en beneficio propio o para el disfrute personal lo que Dios hizo para todos, hacemos unos desiertos terribles que se convierten incluso en "desiertos interiores". El "desierto interior" es cuando tú no piensas en el otro y sólo piensas en ti mismo. Por eso, orar, dialogar con Dios, supone entrar en una relación con Él que hace que escuchemos su Palabra, que vivamos en comunión con quien creó todo lo que existe, que nos convirtamos en una especie de protectores de la obra que Dios ha hecho, de esta casa común que construido para todos los hombres. Esto nos da una espiritualidad que no es opcional o secundaria. Una espiritualidad auténtica, queridos hermanos y hermanas, nos lleva a recuperar una armonía tan grande con la creación que nos impulsa a alcanzar ideales que muevan nuestra vida a corresponder con nuestro ser creador. Ideales que anhelan que cada día esté más hermosa esta casa común que es la tierra y que todos los hombres puedan disfrutar y participar de ella, creada por Dios para todos.

c) Queridos hermanos: cuidar. El cuidado de todo lo creado se tiene que manifestar con obras en nuestra vida, y en la capacidad que tengamos de convivir los hombres. Se tiene que demostrar en la comunión que tengamos los unos con los otros. Jesús nos lo recuerda: tenemos un Dios que es Padre único. Precisamente por eso todos los hombres somos hermanos. Para cuidar es necesario sentir que todo lo creado lo puso Dios al servicio de todos los hombres, sin excepción. Hace falta volver a reconocer, por parte de todos nosotros, que somos necesarios, que nos necesitamos los unos a los otros, que merece la pena ser buenos, honestos, no vivir para nosotros mismos, que merece la pena vivir eso que la doctrina social de la Iglesia nos dice que es el amor social, la clave de un auténtico desarrollo decía el papa Benedicto XVI.

Revaloricemos este amor en todos los aspectos de la vida: en el personal, en el social, en la política, en la economía, en la cultura, el amor. El amor social alienta el cuidado de todo lo que existe. Cuidemos y vivamos sabiendo que no somos propietarios ni dominadores, que no podemos expoliar esas riquezas que Dios puso para el servicio de los hombres. Cuidemos y descubramos que el que tengo a mi lado es semejanza de Dios. En este día en el que, como os decía antes, la Iglesia ora, en esta Jornada Mundial por el Cuidado de la Creación, celebre-

mos, oremos y cuidemos lo creado. Hagámoslo como lo hizo la Santísima Virgen María.

Os decía hace un instante que el hecho de celebrar la Eucaristía en este altar hoy es porque no somos muchos, pero es algo importante, porque el Señor nos ha puesto al lado de quien mejor cuidó la creación: María. Ella acogió en su vida a Dios, la humanidad de Dios, que es la que quiere que tengan todos los hombres, es el regalo que Dios nos ha hecho. La Iglesia está atravesada por la Santísima Virgen María, incluso físicamente, como en esta catedral de Nuestra Señora la Real de la Almudena, cuya nave central está atravesada por la Virgen María, el ser humano que mejor cuidó lo creado y puso en medio de la creación a Dios mismo con rostro humano. Aprendamos de Ella, sintamos la cercanía de la Virgen y abramos nuestro corazón ahora, orando a Dios nuestro Padre unidos sinceramente al papa Francisco y a toda la Iglesia universal que ora por la creación. Amén.

HOMILÍA DE MONSEÑOR OSORO CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LA PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA

Para mí es un gozo venir a esta parroquia que lleva el título de la Señora de Covadonga. Hay un santo mártir que se beatificó en Madrid, san Pedro Poveda, que vivió en el Santuario de Covadonga durante siete años y, como dice él, siete años en Covadonga, dan mucho que pensar. Allí, junto a la Santina de Covadonga, concibió lo que tenía que ser, una institución hecha por laicos, con compromisos totales por nuestro Señor Jesucristo y al servicio de la cultura y de la educación, como fue la Institución Teresiana.

Siete años de mi vida los pasé como arzobispo de Oviedo, antes de marchar como arzobispo de Valencia, siete años en los que todas las semanas, desde el pozón, rezaba el rosario y sentía el cariño de la Virgen María que sigue acompañando mi vida, siempre como pastor de las diversas iglesias que he servido y a la que le pido, a la Santina de Covadonga y a las advocaciones de la Virgen que aquí tenemos, como Santa María la Real de la Almudena o Nuestra Señora de la Paloma, me siga ayudando a ser ese pastor, según el corazón de su hijo Jesucristo. Son recuerdos y memoria de acontecimientos importantes en mi vida y en la vida de la Iglesia;

en inviernos duros, las conversaciones a altas horas de la noche, yo desde abajo y la imagen de la Virgen arriba en la cueva, eran algo especiales, tan especiales que fueron mi ánimo y mi consolación en momentos no fáciles de mi vida y de mi ministerio episcopal.

En estos 100 años en compañía de María y en esta advocación quiero deciros tres cosas que la Palabra que el Señor hoy ha querido que proclamemos nos dice a nosotros. María siempre nos ofrece un tiempo de gracia, pero también previamente nos ofrece un tiempo de gozo y un tiempo en nuestra vida de fe, de esperanza y de amor. Sobre estos aspectos explicaré y acercaré a vuestro corazón lo que la palabra de Dios nos dice a nosotros en este Año Jubilar en esta parroquia que se une al Año de la Misericordia que en diciembre celebrará toda la Iglesia.

Tiempo de gozo. Después de escuchar la primera lectura, vemos que la Santísima Virgen María fue la primera que experimentó en este mundo la llegada de Dios, el hacerse hombre Dios, para saber nosotros lo que tenemos qué hacer como hombres y mujeres, qué actitudes, comportamientos, qué misión, qué realidades tenían que ser importantes en nuestra vida. "Proclama mi alma la grandeza del Señor", dijo María, y lo dijo porque sabía que Dios ponía su estancia en este mundo y ponía su estancia en este mundo valiéndose de ella. Ella es el ser humano más perfecto pero es el ser humano que ha dicho sin reticencias y con todas las consecuencias "aquí me tienes, hágase en mí según tu Palabra".

Es normal que este tiempo de gozo, sea un tiempo de confianza en el Señor, un tiempo donde ella descubra la gran misericordia que Dios tiene a los hombres; como nos decía san Juan Pablo II, la misericordia es ese amor que es capaz de extraer de cualquier situación de mal un bien. Sí, hasta de nuestra miseria más absoluta. Dios, cuando entra en nuestra vida, la extrae de tal forma, la elimina de tal forma, que sentimos el gran amor de un Dios que nos dice sigue adelante pero te basta mi gracia.

La Santísima Virgen María vio el auxilio de Dios a los hombres, Ella se convirtió en auxiliadora, sintió la alegría y el gozo de un Dios que ama al hombre, que cuenta con nosotros; un Dios que es bien siempre para los demás. Un Dios que ensancha el corazón, lo hace grande, como se lo hizo a la Virgen María. Fijaos si es grande el corazón de la Virgen que lo experimenta hasta gente que no cree como nosotros, que no es cristiana, pero que a la Santísima Virgen se acercan de una forma especial. He visto en países de no tradición cristiana, de otras

tradiciones religiosas, cómo se acercan a la imagen de la Virgen María, a la madre de Dios.

Ella nos regala este tiempo de gozo, sentimos el gozo de un Dios que nos dice que hagamos un cántico nuevo, pero no se trata de escribir un pentagrama como una música especial, sino de hacer un cantico nuevo dejando que Dios entre de tal manera en nuestra vida que hagamos verdad lo que san Pedro Poveda, en Covadonga, decía de lo que tenía que ser un cristiano o cristiana: es aquel que es capaz de situarse en el camino de los hombres igual que todos los hombres, pero hacer experimentar a los que se encuentran por el camino, lo mismo que Jesús o María.

Los discípulos de Emaús no sabían que era Jesús el que se acercaba pero sintieron tal gozo ante la presencia de aquel que les acompañaba, que llegó un momento que le dijeron al Señor cuando se iba a marchar, "quédate con nosotros porque atardece". Ese es un discípulo de Cristo, ese es el discípulo de Cristo que necesita la Historia. Un hombre y una mujer que hacen experimentar el camino de la vida junto a otros hombres que no conocen a Cristo todavía o que dieron la espalda a Cristo, les hacen experimentar el gozo y la alegría y, por tanto, la necesidad de que se queden a su lado. Que es lo que María de otra forma hizo experimentar también a su prima Isabel, cuando se acercó a su casa y nos dice no solamente que saltó el niño que había en el vientre de Isabel de gozo, sino que Isabel prorrumpió en lo más grande que un ser humano puede decir de otro: "Dichosa tú que has creído".

Queridos hermanos, ojalá a quienes nos encontremos por el camino, les hagamos vivir este tiempo de gozo y también nosotros de la mano de María, de la Santina de Covadonga, podamos o puedan decir como Isabel los que nos encuentren, "dichoso tú, que crees, que te sacias de la Palabra del Señor".

María también nos regala un tiempo de gracia. Lo habéis escuchado en la Carta a los Romanos, en la segunda lectura que hemos hecho. Es un tiempo de gracia, pero ¡qué gracia más grande es el saber todos los que estamos aquí, por mal que estemos, que el Señor nos diga "te quiero, cuento contigo"! Tú cuenta con mi vida y tú cuenta conmigo. Dios nos ama.

Nos decía el apóstol que al que ama a Dios todo le sirve. Esto vivió María. Y dice el apóstol a los que había escogido y María se sintió escogida por Dios,

elegida por Dios; cuando Dios quiso hacerse presente en esta tierra, en esta historia, eligió una vasija pura para hacerse presente y eligió el vientre de María, la vasija más hermosa, la que ha contenido la gracia. Ella es llena de gracia. A todos el Señor en este tiempo de gracia, nos invita a ser como nos decía el apóstol, imagen de su Hijo; por eso cuántas veces hemos escuchado, en esa lectura de las bodas de Caná, esas palabras: "haced lo que Él os diga" y salen de labios de María, como salen esta noche para nosotros en el inicio de este Año Jubilar. Sí, es un tiempo de gracia para que, de la mano de María, descubramos que lo nuestro es interpretar y visibilizar y hacer presente la imagen real a través de nuestra vida, de nuestros hechos, de la compañía que hacemos a los demás, del silencio, de la oración, que somos imagen de Jesucristo Nuestro Señor.

María nos invita a vivir un tiempo de fe, de esperanza y de caridad. ¿Qué es un ser humano sin una adhesión a Dios? Alguien que va por el mundo a expensas de lo que él mismo decida o qué otros decidan por él, pero humanos todos. María nos invita a algo más, como hemos escuchado en el Evangelio que han proclamado. Estaba desposada con José y antes de vivir juntos... Esto humanamente es un escándalo, espera un hijo. María, por obra del Espíritu del Santo, por la fe en Dios, por la manera de vivir que tuvo y nos manifestó cuando dijo "aquí me tienes", es la mujer que inicia un derrotero por este mundo, en una fe total por Dios, sabiendo que la fuerza y el poder está en Dios, que no hay nadie más que tenga el poder y la fuerza.

Hoy en este momento de una secularización de la vida, donde parece que Dios es menos importante y son más importantes otras cosas, en el que relegamos las cosas de Dios a segundo término, ¡qué maravilla que aparezca la Virgen María, la de Covadonga en esta advocación, para decirnos "sed hombres y mujeres de fe, es tiempo de fe"!

Hoy lo que se lleva, lo que hay que poner de moda, lo que necesitan los hombres y mujeres de este mundo, es tener y pasear por los caminos de esta historia sabiendo donde van; no hagamos vagabundos. El vagabundo está hoy aquí como en otro sitio, con tal de que le den algo, un sitio para dormir, una manta para taparse. El peregrino que nos enseña María a ser, sabe que tiene metas y la meta nuestra es la adhesión a Dios; inquebrantable, en la claridad, en la oscuridad, cuando encontremos explicaciones o cuando le tenemos que decir creo en ti, me fío de ti, como tu madre.

¡Qué maravilla ver a José como le habéis visto en el Evangelio! Nos dice que era justo y justo en la Biblia es el ser humano que vive de cara a Dios. No es que no fuese como los hombres entendéis; cuando en la Biblia se habla de justo y del pecador, los dos eran pecadores, pero el justo miraba a Dios. José es justo, no quería denunciarla y también vivió de la fe. Por obra de Dios escuchó la palabra que Dios le quería dejar: "no tengas reparo, la criatura de su vientre es del Espíritu Santo". Os diría y desde aquí a toda la diócesis, no tengáis reparos, Dios os acompaña, el hombre es imagen de Dios, pero sino qué somos.

Cómo descubrimos en la vida lo que realmente diseñó Dios. No somos algo espontáneo, somos imágenes de Dios. No temas. Creed en Dios, tened esperanza. La esperanza en Dios no defrauda, Dios sale a nuestro encuentro. Esta es la esperanza que la Virgen de Covadonga dio a aquellos hombres que querían defender la fe, la adhesión a Jesucristo, que desde aquel lugar pequeño, desconocido -como nos decía la primera lectura que hemos proclamado, que nos hablaba de la aldea de Jerusalén-, de allí salió algo grande: esperanza y amor.

Ha sido de una belleza extraordinaria lo que el Evangelio al final nos dice: "mirad, la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros". La Virgen nos invita a dar este mensaje a los hombres; Dios está de nuestra parte, no estamos solos, no abandonemos a Dios, abandonarnos en Dios es tener vida, abandonar a Dios es tener muerte, e instaurar la fuerza del que más puede, pero no la fuerza de Dios que va en búsqueda de lo que menos tienen, de los más necesitados.

Este Dios con nosotros se hará presente en el altar dentro de un momento; el mismo que nació en Belén y se crió en Nazaret; el mismo que murió en la Cruz; el mismo que después de morir, resucitó. Y nosotros estamos aquí por eso, sino seríamos unos desgraciados. Mira que reunimos en nombre de un muerto que vivió hace 21 siglos, una desgracia; pero hoy la Virgen viene a nosotros y nos dice: "haced lo que Él os diga". "Aquí estoy", vuelve a decirnos que es nuestra madre; al pie de la cruz Jesús nos dio a su propia madre como madre y hoy la invocamos como la Santina de Covadonga, le dicen los asturianos, y nosotros la invocamos como lo que es: la Virgen de Covadonga. Vivid este año jubilar como un tiempo de gozo, de gracia, de fe, de esperanza y de amor.

HOMILÍA DE MONSEÑOR OSORO CON MOTIVO DE LA APERTURA DEL AÑO JUDICIAL

Los mandatos del Señor, como anunciaba el salmo, siempre son rectos; provocan alegría en el corazón humano. Es cierto lo que hemos cantado en el salmo: es descanso para todos los hombres, que da luz a la existencia, que da una visión más exacta de lo que tiene que ser la vida para los hombres. Son justos y verdaderos todos los mandatos del Señor.

Celebramos esta Eucaristía con motivo del acto solemne de la apertura del Tribunal Supremo del Consejo General Judicial de este año. A través de la palabra que el Señor nos ha dado yo quiero acercar a vuestra vida y a vuestro corazón tres aspectos que acabamos de escuchar: el Señor nos propone una tarea, nos dice cómo ha de ser el Tribunal y nos oferta una sabiduría.

En primer lugar, nos da una tarea, lo habéis escuchado en el Evangelio. Si os habéis dado cuenta, a Jesucristo, en el Nuevo y en el Antiguo Testamento, cuando se habla del Mesías, se le une a estas dos partes: justicia y paz. Y, junto a Él, está la misericordia. El Señor nos propone una tarea, porque cuando Él se hizo presente

en esta historia, con la justicia, la paz y la misericordia, tomó rostro humano en el camino de los hombres. Hubo un acontecimiento singular, extraordinario, nos lo ha dicho el Evangelio: había noche y todo esto se transformó en día; había oscuridad y su presencia transformó la oscuridad en luz; había combinación, puertas cerradas, y se descompuso aquella cerrazón y se convirtió en comunicación. Lugar de este mundo donde habitamos los hombres de puertas abiertas. Había miedos tremendos y el ser humano, con la luz y la fuerza de nuestro Señor, con la apertura de puertas del corazón, nos convirtió en valientes. Un acontecimiento que nos propuso a los hombres y mujeres de este mundo una tarea, nos lo ha dicho también en el Evangelio: "Yo soy yo, haced lo mismo que yo he hecho". Lo decía con otras palabras: "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo", y os envío a que entreguéis luz, día, comunicación entre los hombres; a que afrontéis con valentía todas las circunstancias y situaciones que tienen los hombres para que sobresalte la justicia, la paz y la misericordia. El Señor nos da una tarea en primer lugar.

En segundo lugar, el Señor nos dice cómo han de ser nuestros tribunales: contruidos en Dios. En el libro del Levítico de la primera lectura, nos habla de cómo Dios habló a Moisés y, a través de él, habló a todos los israelitas y les dijo, en nombre de Dios, "sed santos, como yo soy santo; sed perfectos". ¿Y qué quería decir esto? Nos lo explica también la primera lectura: no oprimas al prójimo, no jures en falso, no despojes a nadie, no retengas nada de lo que es legítimo al otro, garantiza el derecho que tiene quien es imagen de Dios. No maldigas a nadie, no pongas tropiezos; facilita la vida al ciego, al pobre, al que más lo necesita. A todo el que te encuentres sufriendo, no hagas injusticia ni por favor del pobre ni por respeto al grande, tú corrige al prójimo desde la perfección misma de Dios. ¡Qué tribunal más maravilloso nos presenta Jesús! Para nuestras tierras, para los que somos discípulos de Jesucristo, escuchar esta página del Antiguo Testamento es una gracia porque el Señor nos dio una tarea: nos decía que transformásemos lo oscuro en claro, la noche en día, la tristeza en alegría, el cerrazón en apertura; pero nos dice que, para vivir los hombres, necesitamos ese tribunal que haga posible que aquel que quiera poner oscuridad, tristeza e injusticia, se encuentre construyendo el mundo según Dios. Moisés habló a los israelitas y, en ellos, hablaba a todos los hombres: sed santos, parecidos cada día más a Dios. Y eso que es teórico para quien no conoce el rostro de Dios, es práctico para quienes, por pura gracia, conocemos el rostro de Dios que se ha manifestado en Jesucristo.

En tercer lugar, nos regala una sabiduría. Lo habéis escuchado en la segunda lectura del apóstol Santiago. Una sabiduría que hay que demostrarla con la

conducta y con la amabilidad. Esa amabilidad es la que tiene Dios con nosotros, que no nos echa a nadie, por muy malos que seamos; siempre nos escucha, siempre se pone a nuestro lado. También es verdad que su luz nos refleja si nuestra conducta está concorde a la cercanía que Él tiene a nosotros. Una sabiduría demostrada con nuestra conducta.

Como nos decía el apóstol Santiago, no hay sabiduría si tienes tu un corazón envidioso, lleno de rivalidades, de tristezas, de incapacidad para reconocer que el otro, aunque él por sus obras haya estropeado la imagen real que es, es imagen de Dios y hay que recuperarla. El origen de esta sabiduría, nos decía el apóstol, viene de arriba; es amante de la luz, es compresiva, está llena de misericordia y de buenas obras.

Queridos hermanos y hermanas, que el Señor os dé esta capacidad para realizar lo que el Señor os pide; la tarea del Tribunal según Dios y llenos de esa sabiduría que se identifica como una manera de vivir y de actuar en medio de los hombres. El Señor no solo nos da palabras, se va a hacer realmente presente aquí, en el ministerio de la Eucaristía. Acojamos a Jesucristo en nuestro corazón y en nuestra vida, adorémoslo con su presencia real porque Él, que es la justicia, la misericordia y la paz, viene a nuestra vida para llenarnos de su justicia, de su misericordia y de su paz.

HOMILÍA MONSEÑOR CARLOS OSORO,
ARZOBISPO DE MADRID, EN LA MISA
DE LA FIESTA ANUAL DE LA REAL ESCLAVITUD
DE SANTA MARÍA LA REAL DE LA ALMUDENA
(08-09-2015)

Ilmo. Excmo. Sr. arzobispo Castrense, Juan del Río; Ilmo. Sr. Deán, Excmo. Cabildo catedral, queridos vicarios episcopales, queridos hermanos sacerdotes, querido diácono, Altezas Reales Duques de Noto, Excma. Sra. Presidenta de la Comunidad Madrid, autoridades, civiles, militares y religiosas. Queridos hermanos que formáis esta Real Esclavitud de Santa María la Real de la Almudena, que nos habéis llamado y habéis organizado e invitado a congregaciones y hermandades. Sois más de 140 las que estáis representadas aquí. Hermanos y hermanas todos en nuestro Señor Jesucristo.

Hoy es un día especial para todos nosotros. El celebrar esta eucaristía aquí, en la catedral de la Almudena, que como os decía antes es santuario también de nuestra Madre, la Santísima Virgen María, en esta advocación entrañable de Santa María la Real de la Almudena. Es un día de gozo, y hay que vivirlo como Ella lo hizo, como nos dice precisamente ese salmo 12 que acabamos de cantar todos y

que acabamos de meter en nuestro corazón. Hay que vivir esta fiesta de la Virgen también, como Ella, en confianza con Dios. Somos de alguna manera, queridos hermanos y hermanas, peregrinos de la confianza. Hay que vivirlo acogiendo la misericordia de Dios, hay que vivirlo en diálogo permanente con el Señor: la fuente de ese diálogo es Dios mismo, no hay otro. Hay que hacerlo viendo y experimentando con el Señor, de muchas maneras, para auxiliarnos a todos nosotros; hay que hacerlo procurando vivir siempre y hacer el bien, dando los mismo pasos que nuestro Señor Jesucristo, aquellos que la Virgen Santísima se encargó de que diésemos todos nosotros cuando Ella misma nos dijo en las bodas de Caná, también a nosotros: haced lo que Él os diga.

Hay que vivir este día de gozo contemplando el rostro de esta mujer, que Dios la hace grande porque deja que su vida sea un recipiente que solamente contiene a Dios. Hay que hacerlo haciendo verdad lo que la Virgen María hace también después de visitar a su prima Isabel y comprobar también que Dios mismo, que habitaba ya en su vientre, hace saltar de gozo a un niño que no aún había nacido y hace prorrumpir en un grito excepcional, reconociendo dónde está la dicha del ser humano, cuando Isabel dice: dichosa tú que has creído, que lo que ha dicho el Señor se cumplirá. Hay que hacerlo, hermanos y hermanas, haciendo un cántico nuevo. Me gustaría que hoy, esta tarde, todos nosotros aquí, todos los que habéis venido, todos los que estamos aquí, hiciésemos en nuestra vida verdad un cántico que tiene la misma novedad que el que hizo la Santísima Virgen María. Ella dejó que su vida fuese un pentagrama escrito en todas sus notas por Dios mismo. De esto se trata, queridos hermanos y hermanas; esto es lo que de alguna forma vosotros, las congregaciones y hermandades, en esa religiosidad popular, en torno a la Virgen María, en torno a nuestro Señor Jesucristo, en torno a un santo, un hombre o una mujer de Dios que vivieron fieles en esta vida, dando los mismos pasos de Jesucristo, vosotros digo queréis mostrar también, a través incluso de vuestra presencia pública, y hacer un enjambre de tales relaciones entre los hombres, que sean relaciones de hermanos porque se sienten hijos de Dios.

Yo querría acercar a vuestra vida esta tarde lo que la Palabra de Dios nos acaba de decir. El Evangelio de San Mateo tiene una fuerza especial y desborda, nos hace desbordar de gozo: nos fiamos del Señor como María. Qué página más sublime la del Evangelio que hemos proclamado. En primer lugar nos invita a manifestar el poder de Dios. Sí hermanos. Cómo podemos hacer eso. Esta fue la pregunta también de la Santísima Virgen María, cuando anunciaba el ángel que iba a

ser madre de Dios: cómo será esto, puesto que no conozco varón. Esto es lo que el Evangelio que acabamos de proclamar nos ha dicho: María, desposada con José, y antes de vivir juntos, esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. En María, hermanos y hermanas, se manifiesta el poder de Dios. Sí, se manifiesta el poder de Dios en la sencillez, en la pequeñez, como nos decía hace un instante el profeta Miqueas: Belén, pequeña entre las aldeas, de ti saldrá el jefe de Israel. No fue una ciudad grande, un lugar famoso, no fue un lugar extraordinario, no, algo casi desconocido en la historia, y si lo conocemos ahora es por el acontecimiento de que Dios vino a esa aldea a este mundo, tomó rostro humano en esa aldea. Dios manifiesta su poder en lo pequeño, en lo sencillo, en los lugares insignificantes, con personas elegida por Él, como es el caso de la Santísima Virgen María. Belén, pequeña entre las aldeas: de allí sale un jefe, de allí sale como nos ha dicho el profeta Miqueas un pastor fuerte, con la fuerza del Señor, que mostrará su grandeza en medio del mundo hasta los confines de la tierra.

También el Señor a nosotros, como eligió a María, nos ha elegido. Esta tarde no estamos aquí por casualidad ninguno de nosotros. Las casualidades son las que se nos ocurren a los hombres decir. El cristiano no tiene casualidades. El cristiano tiene tiempo de Dios. Su tiempo, y en su tiempo, se manifiesta Dios en su persona. Y en esta fiesta de la Natividad de la Virgen María, el Señor a través de Ella nos quiere decir que dejemos que se manifieste el poder de Dios. Ese poder de Dios que hace hacernos siempre el bien, a todos, sin excepción. Ese poder de Dios que nos hace mirar a quienes tenemos a nuestro alrededor como hermanos, porque todos los hombres son hijos de Dios. Ese poder de Dios que nos hace ver en todos que ciertamente el diseño del ser humano ha sido hecho por Dios mismo: nos hizo imágenes y semejanza de Dios, a su imagen y semejanza nos hizo. Qué invitación más bella, queridos hermanos, hoy, que en esta fiesta de la Natividad de la Virgen, del nacimiento de María, del ser humano más perfecto que jamás ha existido, del ser humano que prestó la vida para que Dios se hiciese presente y tomara ese rostro en este mundo, de este ser humano donde se manifestó el poder de Dios, que trastocó todas las leyes del ser humano, todas las leyes de la naturaleza, el Señor quiere llamarnos a nosotros para que, como su madre, a quien Él nos entregó como madre, haga posible que manifestemos el poder de Dios, en nuestra vida. El poder de Dios en nuestra vida, queridos hermanos, se manifiesta cuando se crea la fraternidad, cuando se recrea la comunión entre los hombres, cuando se recrea y se hace la paz, cuando se construye la vida desde la justicia, cuya expresión y rostro de la justicia es el mismo Cristo. Qué maravilla: podemos manifestar el poder de Dios, hermanos, lo podemos hacer; solo hace falta

que, como la Santísima Virgen María, digamos, como Ella hizo: aquí me tienes, Señor, hágase en mí según tu palabra.

En segundo lugar, hoy el Señor nos dice y nos revela la fuerza transformadora de la fe: la fe cambia el mundo, hermanos. Qué diferencia más abismal está en pasear por este mundo viendo al lado enemigos, viendo contrarios, y naturalmente hay que estar defendiéndose, hay que estar con el arma. Qué diferencia más abismal tener la fe y poder decir, con el apóstol San Pablo, que Cristo nos ha hecho hermanos, poder escuchar al apóstol que dice: no hay esclavos, libres, hombres y mujeres, todos hermanos, todos hijos de Dios.

En María, esto se manifiesta. Se manifiesta, como os decía antes, en las bodas de Caná, cuando aquella gente que estaba en apuros, que no podía celebrar la fiesta... Y, hermanos, estamos en un momento de la historia en que no se puede celebrar la fiesta. Y este momento requiere, más que nunca, que estemos dispuestos a escuchar a nuestra Madre, que nos dice: haced lo que Él os diga. Pasead por este mundo como paseó el Señor. Sí, hermanos. A la oscuridad, Él trajo la luz; de tener las puertas cerradas a quienes a mí me parecía que no se las podía abrir, las abre. Construye la fraternidad, construye la reconciliación, y entrega la misericordia, y entrega el perdón, y entrega la verdadera libertad.

La fe es fuerza transformadora. ¿No habéis visto en el evangelio que acabamos de proclamar, también, a José, el esposo de María? Nos dice el Evangelio que era justo, y en la Biblia el justo es el hombre o la mujer que están mirando a Dios, se ponen de cara a Dios. No es que no sean pecadores, pero la diferencia está en que el pecador decide volver la espalda a Dios, marchar por su cuenta, ser Dios él mismo, y el justo mira a Dios y le dice, como aquel que entró en el templo, que mientras uno decía 'yo soy bueno' el otro decía 'yo soy un pobre pecador'. Pero miraba a Dios, mientras que el otro se miraba a sí mismo. José, que es justo, en principio no entiende por qué se han trastocado todas las leyes: su mujer va a tener un hijo, y él no quería denunciarla, y él, bueno y justo, decide repudiarla en secreto. Pero, mirad, se aparece Dios a través del ángel en su vida y le dice a José: José, llévate a María, la criatura que hay viene del Espíritu Santo, dará a luz y tú además le pondrás nombre, el nombre de Jesús. Lo más grande, queridos hermanos, es poder poner nombre. ¿No habéis visto a Dios en la creación, que pone nombre a las cosas? Al hombre y a la mujer los llamó Adán y Eva. Y Dios nos da ese poder, el poder poner nombre. A José nada menos que poner nombre a Dios mismo. José es justo, escucha a Dios, es el prototipo singular de la fuerza transformadora de la fe.

Sí, queridos hermanos. Por eso, necesitamos anunciar a Jesucristo. Necesitamos de vuestras cofradías, la Iglesia os necesita: las cofradías, las hermandades; esa fe de los sencillos, pero de los que no tienen miedo ni les da vergüenza el manifestarla y entregarla a los demás, el hacerla pública, el defenderla, el hacer descubrir, no con las fuerzas que a veces utilizamos los hombres, sino con la fuerza de Dios.

Permitidme que haga un paréntesis y os cuente una cosa que a mí me impresionó mucho: en la primera procesión que hice del Corpus Christi, siendo arzobispo de Valencia, se me presenta un señor mayor y me dice: te voy a contar una cosa para que la sepas, en Valencia siempre hubo procesión del Corpus Christi, incluso cuando las prohibieron. ¿Cómo la hubo?, decía yo. En mi casa se guardaba el Santísimo y venía el sacerdote a buscarlo para, después, llevarselo a los enfermos o a quien quería comulgar. Y ese día mi padre pidió permiso, colocó al Señor, guardado en una cajita de plata, lo puso en su pecho, y todos sus hijos de la mano. Él de la mano de sus hijos, y los otros por detrás, iban con el padre, pero en silencio hicieron el mismo recorrido que hoy mismo se hace, el mismo que ha estado en toda la historia de Valencia... Queridos hermanos: la fe de los sencillos, la fe transforma el mundo. Y aquel hombre creía que Jesucristo transforma esta tierra, la cambia.

Hoy necesitamos esa fe. Mirad: el Papa Francisco nos está invitando a algo que a veces nos cuesta a los cristianos, que es a convertirnos, a dar la versión de nuestra vida, la de Cristo no la que queramos nosotros, no de Cristo a nuestro gusto, sino de Cristo la que Él nos da, la que Él nos regala. Y, por otra parte, nos está invitando a ser discípulos misioneros, a ser hombres y mujeres que, especialmente con obras, damos a conocer a Jesucristo, acompañadas también si hay que explicarlo de palabras, pero que no sean meras palabras. La fuerza transformadora de la fe.

Y, por último, hermanos y hermanas, el Señor nos invita a implantar la alegría en este mundo. Sí, esa alegría que decía el Evangelio y que escuchábamos hace un momento: Dios con nosotros. Hermanos, convenzámonos de esto: Dios nos ama, Dios nos quiere, Dios no es un extraño, sabemos cómo se ha comportado paseando como uno de nosotros por este mundo. Dios nos está invitando a que seamos ese buen samaritano que se acerca a todos los que encuentra en el camino y, especialmente, a los que están heridos, por el motivo que fuere. Dios cuenta con nosotros y Dios nos regala una tarea impresionante: transformar este mundo y cam-

biar el corazón de los hombres. Pero no a la fuerza, no. Siendo testigos, como lo fue el mismo Jesucristo, el Hijo de María, y como lo fue María.

Mirad. Un santo de Madrid, San Pedro Poveda, dijo en un momento determinado de su vida cómo tenían que ser los cristianos, y a él le tocó vivir un momento difícil de la historia de España. Pero dijo que teníamos que ser como Jesús: entró en el camino de los hombres, por el camino de Emaús, y se encontró con dos que estaban desencantados, estaban heridos, no había sucedido lo que ellos querían, y el Señor entra en conversación con ellos por el camino y se van dando cuenta de que su corazón está ardiendo, que su vida se transforma cuando les va contando cosas. No lo conocen y, sin embargo, cuando llega un momento en que el Señor se va a marchar, como ellos le necesitan le dicen: Quédate con nosotros que atardece. Y San Pedro Poveda dice: así tendrían que ser los cristianos. Hombres y mujeres que, caminando por este mundo con los demás, los demás sientan necesidad de decir: Quédate con nosotros. Pero yo añado: tendríamos que ser, queridos hermanos, como la Santísima Virgen María, porque quizá nos es más cercana a nosotros ahora mismo. Ella sale al camino, y llega donde Isabel, y es capaz de hacer sentir gozo a un niño que aún no había nacido, que estaba en el vientre de la madre, y salta de gozo. Y es capaz de hacer reconocer a Isabel dónde está la grandeza del ser humano: dichosa tú, que has creído, que lo que ha dicho el Señor se cumplirá. Isabel lo siente junto a María. María provoca esto. Dejémonos dar la mano como María para provocar esto.

Hermanos y hermanas: manifestad el poder de Dios, creed en la fuerza transformadora de la fe, implantad la alegría. Esa alegría de la que el papa Francisco nos ha hablado: la alegría que nace del Evangelio. Cristo es la alegría, es el Evangelio, se hace presente entre nosotros. Acojámosle y démosle a conocer. Amén.

HOMILÍA MONSEÑOR CARLOS OSORO SIERRA,
ARZOBISPO DE MADRID,
EN LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS
POR LAS BODAS DE ORO Y PLATA MATRIMONIALES
CATEDRAL SANTA MARÍA LA REAL DE LA ALMUDENA
(13-09-2015)

Querido Don Fidel, obispo; excelentísimo Cabildo catedral, queridos hermanos sacerdotes, queridos matrimonios que hoy celebráis vuestras Bodas de Oro y Plata y que representáis a tantos matrimonios que hoy, en este año, en nuestra archidiócesis de Madrid, celebran también estas Bodas de Oro y Plata. Familias que acompañáis. Permitidme dirigirme también a la cofradía del Señor Cautivo, de la archidiócesis de Oviedo. Gracias por vuestra presencia también hoy en esta celebración. Hermanos y hermanas todos en nuestro Señor Jesucristo.

Acabamos de escuchar esta palabra que el Señor nos regala. Palabra que, precisamente, ante estas circunstancias que estamos viendo, la presencia de matrimonios que celebráis vuestras Bodas de Oro y Plata, nos hace pensar fundamentalmente en tres aspectos esenciales: el matrimonio cristiano pone en el centro a nues-

tro Señor Jesucristo, el matrimonio cristiano alimenta la fe porque es la única manera de sostener la adhesión a Cristo, el matrimonio cristiano se abre al proyecto de Dios y lo manifiesta, lo presenta en medio de este mundo.

Queridos hermanos y hermanas. El sacramento del matrimonio testimonia la valentía de querer en la belleza del acto creador de Dios y de vivir ese amor que impulsa a ir cada día más allá. Dios lo puso todo al servicio del hombre: creó al hombre y a la mujer, los unió, los hizo a su imagen y semejanza. Este acto de amor de Dios, que hoy vosotros también manifestáis aquí, de vivir de ese amor que os ha impulsado a ir más allá... 50 años, 25 años... más allá de vosotros mismos, incluso más allá de la familia. Porque la vocación cristiana es amar sin reservas y sin medidas: esto es lo que hemos escuchado en el Evangelio que hemos proclamado. Cuando el Señor explica a Pedro lo que va a sucederle, él solamente miraba para sí mismo, pero Jesús le hace mirar más allá: "apártate de mi vista; piensas como los hombres, no como Dios". El Señor hoy quiere que pensemos el matrimonio como Dios mismo lo pensó. La vocación cristiana es amar sin reservas, sin medidas; es lo que es, con la gracia de Cristo. Ahí está la base del libre consentimiento que constituye el matrimonio, porque ha sido la gracia de Jesucristo la que os ha mantenido durante estos 50 ó 25 años, y la que os sigue manteniendo a todos los que vivís el matrimonio: la gracia de nuestro Señor, sin reservas.

Queridos hermanos y hermanas. La familia es como un gran edificio que siempre está en construcción. Muchos intentan renovar su rostro, queriendo poner otros fundamentos a este edificio. La Iglesia, lo mismo que Cristo, quiere llevarla mar adentro -¡rema mar adentro!- y quiere llevar al corazón de la familia. ¿Dónde está el corazón de la familia cristiana?. El matrimonio está siempre y desde siempre en el proyecto de Dios, y constituye la base de la familia. Precisamente en el matrimonio se realiza ese proceso de humanización del mundo, de cada persona, de toda la sociedad queridos hermanos y hermanas; es previo al matrimonio, es lo primero, lo que hizo Dios en el inicio mismo, previo a todo lo demás que existe.

Por eso, es de una fuerza extraordinaria para nosotros que la familia tiene que estar atravesada -y vuestro matrimonio, como lo habéis hecho, queridos hermanos que hoy venís a celebrar esto- por dos fuerzas fundamentales: lo que podríamos llamar la energía de la vida con mayúsculas, o la fuerza de la vida, que por supuesto es Dios, pero que no solo es Dios, sino fuerza intergeneracional que atraviesa el tiempo, la historia, las sociedades, que se renueva donde los pueblos se abren al amor de Dios. Ésta es la fuerza, ésta es vuestra energía. Mirad para atrás:

el matrimonio de vuestros abuelos, de vuestros padres, el vuestro, el de vuestros hijos... Cuando no hay esta fuerza y esta energía que atraviesa la vida, que es la vida misma, el ser humano se cierra al don del amor. Dos fuerzas: la fuerza de la vida y el poder del amor, un amor gratuito como don de sí mismo al otro que, en definitiva, es cogerse de la mano y caminar juntos. En definitiva, queridos hermanos, vosotros ¿qué os habéis dicho el uno al otro? "Tú no morirás porque yo daré mi vida por ti. No te dejaré morir". Porque habéis acogido el amor de Cristo y habéis decidido hacer con el otro lo mismo que Cristo ha hecho con todos nosotros.

El matrimonio pone en el centro a Cristo. Cuando yo, anoche, estaba preparando estas palabras para vosotros... Luego se os va a entregar un icono de la Sagrada Familia, y es impresionante, porque en ese icono tenéis al Espíritu bajando sobre María, pero está el Señor en medio de los dos. ¿En quién se fundamenta la fidelidad de María y de José? En ese Cristo. En esa decisión de María de hacer en su vida lo que Dios quiere, el proyecto de Dios -"hágase en mí según tu palabra"- y en esa decisión de José que, cuando Dios le visita, le dice: "mira, que es mi proyecto, entra en él". Es precioso, hermanos. Y ahora tiene sentido lo que hemos cantado: "Caminaré en presencia del Señor". Sí, porque yo escucho su voz, yo inclino mi oído hacia él, yo me dejo envolver no por las redes de la muerte sino por las redes de la vida, yo quito mis tristezas, mis dificultades y mis angustias junto al Señor, yo también invoco al Señor cuando veo oscuridad en mi vida y me salva. Porque Dios es justo, es compasivo, es benigno; Dios me guarda.

El matrimonio pone en el centro a nuestro Señor Jesucristo. Lo habéis visto en el Evangelio: iban por el camino, Jesús se pone a hablar con los discípulos y les dice: "oye, ¿quién dice la gente que soy yo?". Podríamos decir esto hoy: ¿quién dice la gente hoy que es Jesucristo? Algunos no le conocen, otros están muy distantes, otros dirán que fue una gran persona que pasó por este mundo, a otros no les interesa... Y el Señor nos dice a nosotros lo mismo que dijo a los discípulos: "oye, vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Para poder responder a esta pregunta hay que tener cercanía a Jesucristo, hay que escuchar al Señor, hay que entrar en comunión con él y descubrir que este Dios me ofrece tal belleza para toda mi vida y también para este hecho esencial, que es constitutivo para que este mundo pueda existir, como es el matrimonio, que es previo a todas las demás organizaciones sociales. Maravilloso. Encontrarse con Cristo.

Por eso, queridos hermanos, hay unos desafíos que yo os digo que tenemos hoy. Y no busquemos otros. Volver a poner en el centro a Cristo. En el matrimonio,

en la familia hay que volver a poner a Cristo en el centro. En el matrimonio y en la familia hay que luchar contra la cultura de la exclusión y de la marginación, entre otras cosas marginar a Dios, excluir a Dios de mi vida. ¿Pero cómo voy a excluir a alguien que ha hecho lo más grande que se puede hacer, la belleza más grande que se puede entregar al ser humano: ponerle imagen, la belleza más grande que se puede hacer dar al ser humano, construir un edificio, que el ser humano pueda venir a este mundo y a esta tierra, que pueda vivir?.

Hermanos, yo siempre digo que a mí, personalmente, las mejores cosas de mi vida nunca las aprendí en ninguna de las universidades en las que pude estar antes de ser sacerdote y después de ser sacerdote; las aprendí en mi casa, con mis padres y con mis hermanos. Aprender a amar, aprender a querer, aprender a servir, aprender a olvidarse de uno mismo, aprender a poner en el centro a Dios en mi vida, aprender a dejarme organizar la vida por Dios, las primeras palabras que yo oí sobre nuestro Señor y sobre su Santísima madre fueron a través de mis padres. Poner en el centro a Cristo.

Mirad. Hoy hay un desafío: que la secularización pretende encerrar la fe y pretende encerrar a la Iglesia en la esfera de lo privado, en la esfera de la intimidad, tú mételo dentro. No. ¿Cómo voy a meter dentro lo que está, me llena el corazón y me desborda? ¿Cómo voy a meter dentro la fe? Tengo que comunicarla a otros. Tengo que hacerla presente en este mundo. No es una cuestión para vivir en la intimidad. No: hay que hacerla presente en medio de este mundo y en medio de esta historia. El matrimonio pone en el centro a Cristo. Hay que tutelar la convivencia, queridos hermanos. Tutelarla, como lo habéis hecho vosotros: cuando han venido los hijos, al que más cuidabais era al más pequeñito. Todos lo hemos hecho alguna vez. Porque toda convivencia lleva a esa justicia que es el servicio de los últimos. Y en el matrimonio también eso sale hacia fuera. Hoy hay un desafío que es también proponer estilos de vida contrarios a la naturaleza y a la dignidad del ser humano. Esos están ahí. Pero, queridos hermanos, si ponéis como vosotros en el centro a Cristo, habrá mucha gente que vea la belleza de este edificio excepcional que es el matrimonio y que es la familia cristiana.

En segundo lugar, el matrimonio alimenta su fe. Hay que tener una fe viva, lo habéis escuchado del apóstol Santiago. Una fe sin obras está muerta. Recordar lo que nos dice Jesús en el Evangelio: cuando iba por el camino, después de ellos decir que ciertamente tú eres el Mesías, el Señor les dice cuáles son las consecuencias de esa fe que tenéis. Y empieza a decirle a Pedro que va a morir, que resucitará al

tercer día. Pero esto a Pedro le distorsiona la vida, y dice: pero, bueno, qué me está diciendo este, si mi camino es el del triunfo, si yo quiero estas cosas. Jesús se volvió de cara a Pedro y dijo: quítate de mi vista, Satanás, tú piensas como los hombres, no como Dios.

Hermanos, no nos dejemos engañar: el matrimonio aumenta su fe en esa relación con Cristo y haciendo el camino de Cristo, no otros caminos. No pensemos como los hombres, pensemos el matrimonio como lo ha pensado Dios mismo. Esto es lo que nos trae aquí esta mañana a todos nosotros, y esto hay que hacerlo con obras en una familia donde todos los días, al terminar el día, os perdonáis, os pedís perdón, y cuando aparecen los hijos también lo piden, y donde alimentáis vuestra vida de la gracia de Dios y del sacramento de la Eucaristía, y de la Palabra de Dios. Propongamos, queridos hermanos, la belleza de este proyecto a este mundo. El edificio que os decía antes, que es el matrimonio y la familia, siempre tiene que estar en construcción, siempre. Porque a veces, como en los edificios, entra humedad, se quita la pintura, y hay que arreglarlo, se puede caer alomejor alguna piedra, hay que ponerlo, pero siempre centrados en Cristo.

Por último, hermanos, el matrimonio se abre al proyecto de Dios. Lo habéis escuchado en la primera lectura que hemos proclamado, lo habéis visto a través del profeta; qué fuerza tienen para nosotros las palabras que nos ha dicho el profeta Isaías: el Señor me abrió el oído, el Señor me ayuda, el Señor se me acerca, el Señor todo esto lo hace porque desea que yo me abra al proyecto de Dios. Por eso hoy el Señor nos dice también lo que nos decía el Evangelio al final: ¿queréis vivir un matrimonio cristiano? El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. El que quiera salvar la vida por sí mismo la va a perder; que la pierda por mí, por mostrar mi amor. En este caso, en vuestra vida, el uno al otro, como lo habéis hecho, se salvará. Y no solamente en esa salvación, sino ahora mismo, ya: está la salvación, está la alegría, está la paz, está la fraternidad, está la convivencia, está la ilusión, está la lucha por hacer más feliz al otro, está ese edificio bello que tenemos que construir también en medio de nuestra gran ciudad, queridos hermanos y hermanas. Esta gran ciudad necesita, en todos los lugares, en todos los edificios, matrimonios vivos que viven de cara a Dios, matrimonios que ponen en el centro a Cristo y que lo notan quienes viven junto a ellos, matrimonios que alimentan su fe, que celebran la Eucaristía dominical, que escuchan la Palabra de Dios, que rezan en su casa, que no se conforman solamente con tener grandes paisajes o grandes cuadros de no sé qué tipo, hay signos evidentes de que en esa casa vive un grupo que cree en nuestro Señor Jesucristo, un grupo que como voso-

tros os queréis abrazar a Dios y al proyecto de Dios. A eso venimos. Cristo se hace presente. Abrazaos a Cristo. Qué maravilla, qué fuerza, qué belleza, qué hondura tiene este día, hoy: 50, 25 años de fidelidad, con dificultades, pero siempre resueltas volviendo a Cristo. Es la única forma de resolverlas de verdad.

La fe no es cuestión secundaria. Ya. Por eso hoy damos gracias al Señor de la única manera que podemos hacerlo, junto a Cristo, que es el que da las gracias verdaderas a Dios Padre, y unidos a Él le decimos: gracias Señor por la familia cristiana, gracias Señor por este edificio que es el matrimonio, que comienza en el matrimonio y que se engrandece con los hijos. Gracias. Abracemos a Jesucristo en compañía de nuestra Madre, la Santísima Virgen María, y de San José, su esposo. Que esa familia sea para nosotros el icono de nuestra familia. Amén.

HOMILÍA MONSEÑOR CARLOS OSORO EN LA MISA DE ENVÍO DE PROFESORES DE RELIGIÓN

CATEDRAL DE LA ALMUDENA

22/09/2015

Querido don Avelino, vicario general de nuestra archidiócesis de Madrid.
Queridos hermanos sacerdotes. Queridos hermanos y hermanas.

Es una gracia tremenda el poder estar juntos aquí, para mí, junto a vosotros, que tenéis una misión especial, que es intentar llevar al corazón de los jóvenes esa dimensión trascendente que nos ha revelado Jesucristo nuestro Señor cuando nos dijo de verdad quiénes éramos los hombres, qué misión teníamos, qué capacidad teníamos también en nuestra vida, porque él siempre está en ayuda de nuestra debilidad. Qué misión más maravillosa poder decir a quienes están iniciando la vida y tienen todas las posibilidades del mundo, que hacerles descubrir que lo más grande que se puede hacer en este mundo es estar al servicio de los demás, como Dios mismo se puso, a la manera en que nuestro Señor Jesucristo os enseñó.

Qué maravilla, queridos hermanos, el poder haber escuchado y cantado lo que hace un momento cantábamos: el Señor es mi luz y mi salvación. Y digo que es

una maravilla poderlo cantar porque al mismo tiempo nosotros sabemos lo que el apóstol Pablo nos decía: que llevamos un tesoro, que es Jesucristo, pero lo llevamos en vasijas de barro, que son nuestras vidas; vasijas que tenemos la experiencia, todos los que estamos aquí, que de vez en cuando nos rompemos, que a menudo a veces nos sentimos que somos vasijas pero no estamos llenos de lo que debía de tener y contener esa vasija. Pero, al mismo tiempo, hermanos y hermanas, qué grandeza es haber podido escuchar y cantar nosotros mismos lo que el Señor hace en nuestra vida: es nuestra luz. Si hacemos algo en la vida es porque la luminaria es Él, no nosotros. Él es también nuestra salvación. Si regalamos horizontes a los demás, si les damos a los demás unas perspectivas, es porque el Señor, el Salvador, no hace experimentar en lo más profundo de nuestro corazón su cercanía, nos hace experimentar su cercanía incondicional a todos nosotros.

Por eso, me vais a permitir deciros, después de haber escuchado esta Palabra de Dios, que el Señor hoy, cuando estamos celebrando aquí, en la Catedral - profesores de Religión, tanto de los colegios públicos como de los concertados, también profesores de nuestros colegios diocesanos y de otros colegios- qué profundidad adquiere la vida cuando sentimos en primer lugar que el Señor nos hace un encargo. En segundo lugar, el Señor quiere que hagamos un compromiso. Y en tercer lugar el Señor nos propone una tarea que en estos momentos de la historia es una maravilla poder realizarla, y cuando quizás, sobre todo en el mundo occidental, se olvida o se está olvidando esa dimensión esencial del ser humano que es la que le hace trascender a sí mismo, la que vino a regalarnos y a hacernos experimentar nuestro Señor Jesucristo.

El Señor nos hace un encargo. Lo habéis escuchado del apóstol San Pablo en esta segunda carta a los Corintios, en este texto que hemos proclamado, el capítulo 4 de la segunda carta a los Corintios. Hemos sido encargados de un ministerio, no porque tengamos unas dotes especiales, sino por pura misericordia, de un ministerio excepcional queridos hermanos. ¿Sabéis lo que es el decir a unos jóvenes que sus medidas son las de Dios mismo? ¿Sabéis lo que es acercar a unos jóvenes que están en el inicio de la vida, y a unos niños, las medidas de Dios, que no son conquistadas por nosotros, sino que son un regalo precioso de Dios a los hombres? ¿Sabéis lo que es hacer este encargo en este momento de la historia en el que no es fácil, sobre todo en nuestro mundo occidental, donde hemos sido abarrotados, llenados de tantas y tantas cosas, pero que al mismo tiempo son cosas que nos han vaciado tremendamente?

Había un vídeo muy antiguo pero que seguro que alguno de vosotros lo habéis visto: el de los pozos. El pozo normalmente tiene agua, pero si voy echando basura, y basura y basura, llega un momento en que se llena de basura y deja de tener agua. Es una imagen preciosa para ver lo que podemos hacer también con el ser humano cuando le llenamos de cosas y cuando dejamos de decirle lo que en verdad es él.

Queridos hermanos, como decía el apóstol: vamos a renunciar y a tener valentía para no vivir en la clandestinidad vergonzante, para no ver que lo nuestro es una beatería de un grupo de gente que tiene pues una misión. No, no: lo nuestro es necesario, es vital, es trascendente para la vida de los hombres, lo vuestro, lo hacéis día a día, lo que entregáis a los niños y a los jóvenes: no tenéis intrigas, no falseáis la palabra de Dios, no falseáis el canto de la Santísima Virgen María, que es el ser humano que mejor ha percibido la necesidad de Dios en la vida, cuando Ella misma proclama y dice: proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi Espíritu en Dios mi Salvador. Sí. No os predicáis a vosotros mismos: habláis de Jesucristo, del Señor, habláis de una luz que cuando se tiene elimina las tinieblas, las personales y las colectivas, de una luz necesaria para esta humanidad. Esta tierra en la que nosotros habitamos, esta familia que formamos todos los hombres, será verdadera familia si brilla esa luz que es Jesucristo, que elimina las tinieblas del ser humano. Si resplandece esa luz. El Señor os hace este encargo. Lo habéis escuchado en su palabra.

En segundo lugar, el Señor os pide un compromiso. Sí, queridos hermanos: el compromiso de ser sal y luz. De dar sabor a esta historia, a esta vida, y hacer posible que quien esté a vuestro lado, quien reciba la enseñanza, quienes perciban vuestro magisterio, vean también que el compromiso que el ser humano tiene en la vida es dar sabor, dar luz, iluminar, quitar sombras, quitar desesperanzas, quitar desilusiones, dar la verdadera energía que cambia la vida y el corazón y la historia de los hombres. Es importante, queridos hermanos y hermanas, que caigáis en la cuenta de la misión maravillosa que el Señor os ha regalado: no fácil, no reconocida muchas veces, sí discutida en muchas ocasiones. Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo. Pero este compromiso, queridos hermanos y hermanas, que asumís requiere que no os desaléis, que nos hagamos insípidos, que no caigamos en la tiniebla, que no demos una luz mediocre que quizá nos hace que no tropecemos pero no da luz verdadera, no nos hace distinguarnos los unos de los otros; que tengáis la valentía de hacer el compromiso de no ocultar esta luz, que tengáis la valentía de hacer-

lo precisamente en un momento de la historia donde a veces se discute si esta luz tiene que estar o no.

El papa Francisco, en la última encíclica "Laudato si", dice que el verdadero problema ecológico de mantener limpia la casa, de hacer posible que en la casa puedan vivir todos y sea de todos y para todos y al servicio de todos, y especialmente al servicio de los que más lo necesitan, es precisamente la crisis antropológica, la crisis que el ser humano tiene porque no sabe en verdad quién es. Porque a veces es insípido, no da luz, ni percibe la luz, ni la entrega. A veces la oculta, a veces deserta de esa luz que es precisamente la que le ha dado la vida y la que le ha dado la casa y el lugar donde vive y tiene que vivir en comunión con los demás. Asumamos este compromiso. Hacedlo, queridos profesores.

Porque, en tercer lugar, el Señor nos dice: realizad una tarea. Y la tarea que nos propone el Señor es preciosa: es la tarea de ponernos en medio de los hombres, en medio de las gentes que tenemos, al servicio de todos, pero haciendo posible que la luz a través de nuestra vida brille, que nosotros mismos demos sabor, que experimenten los que viven alrededor nuestro el sabor que tiene la vida cuando estamos abiertos a Dios.

Lo que nos decía el apóstol Pablo: la luz brilló en nuestros corazones, resplandece en nuestra vida, se reconoce a través de nosotros la gloria de Dios. Una tarea no fácil, queridos hermanos y hermanas, pero una tarea necesaria. No os sintáis nunca, los profesores de Religión, como alguien que tiene que pedir permiso para existir en este mundo; no caigáis en esa tentación: tenéis todos los permisos, porque ha sido Jesucristo mismo quien nos los ha revelado. El ser humano debe abrirse a Dios para poder servir a los demás, en todo lo que son los demás, no como a mí me gustaría que fuesen, sino como son, aunque sean enemigos míos, aunque piensen todo lo contrario. Por eso, no sois algo que sobra en este mundo: sois necesarios. El hombre y la mujer que se dedica a hacer percibir a los demás que la dimensión del ser humano trascendente es esencial, esencial para la convivencia, esencial para vivir junto al otro, esencial para respetarlo, esencial para ver las dimensiones buenas y verdaderas que existen en el corazón del ser humano. Como veis, vuestra tarea es fundamental. Que alumbre vuestra luz.

Es una tarea que requiere, es verdad, preparación; os tenéis que preparar, tenéis que estar al día, pero es una tarea esencial y fundamental. El mejor servicio que se puede hacer al ser humano es abrirle a todas las dimensiones que tiene la

vida, también a la de Dios. Nos lo ha dicho el Señor. A los discípulos les dijo que la tarea más grande de nuestra vida era encender la lámpara, que es la luz misma de Cristo en nosotros, ponerla en el candelero para que alumbré, para que brille, para que dé luz, para que dé orientación, para que marque dirección, para que dé perspectivas, para que entregue horizontes... Para que dé sabor.

Esta tierra necesita sabor: sabor de bondad, sabor de servicio, sabor de entrega, sabor de fidelidad, sabor de compromiso con los que más necesitan, sabor para no retirar absolutamente a nadie de mi vida y de la vida de ningún hombre, sabor para acoger siempre a todos los hombres como Dios mismo los acoge, sabor para entregar el amor de Dios que va más allá de lo que nos merecemos, nos da incluso aquello que no nos merecemos, y ese amor es el que quiere Dios que entreguemos a los demás: el amor misericordioso, que va más allá, incluso de lo que es justo. Va más allá, tira más adelante, ofrece más. Sabor...

Queridos hermanos y hermanas. El Señor os bendiga. Sentid que una parte de la misión que el Señor me ha entregado a mí como arzobispo de Madrid la tenéis vosotros. Yo no puedo llegar a todos los sitios. Estáis vosotros y muchos más que están trabajando, entregando y regalando esta luz y este sabor. Acoged este encargo que os hace el Señor, asumid este compromiso, realizad esta tarea. Mirad: realizadla con la espiritualidad que el Concilio Vaticano II nos regala a todos nosotros. Que es la espiritualidad del Buen Samaritano. Que es la espiritualidad que Jesucristo mismo vivió: de quien se acerca a todos, quien se acerca a quien más lo necesita, a quien más tirado esté, que lo mira, que lo cura, que lo levanta, que le presta lo que tiene: su ser, su saber, su tener; que le presta la cabalgadura, como nos dice el Evangelio, que le lleva a un lugar donde le puedan curar mejor, para reconstruir su vida, y que asume el compromiso de no olvidarse de él nunca, sino de volver otra vez a verlo, para ver cómo marcha en esa curación. Asumid esta espiritualidad.

Hermanos, dentro de unos días vais a recibir una carta pastoral que he escrito con motivo del inicio de este Plan Diocesano de Evangelización. De este primer año que nos llama a realizar la conversión pastoral, a realizar la transformación misionera en nuestra vida. En esa carta, en la que os comento el texto de los discípulos de Emaús, lo que deseo entregaros es una forma nueva de hacerse presente la Iglesia en medio de este mundo y en la misión que tiene que realizar. La Iglesia no es un ente: somos todos los que estamos aquí, entre otros muchos más. Pero es una Iglesia que tiene que provocar en este mundo lo que provocó Jesús con

los discípulos de Emaús, que no le conocían pero que, cuando se iba a marchar, le dijeron: quédate con nosotros que atardece. Acoged esta misión. Sintamos esta provocación también, junto al Señor, que en el misterio de la Eucaristía se hace presente entre nosotros. Seguro que al Señor le diremos, como los discípulos de Emaús: quédate con nosotros para poder realizar la misión.

Que el Señor os bendiga y que la Santísima Virgen María os acompañe en vuestra misión.

Amén.

HOMILÍA DE MONSEÑOR CARLOS OSORO EN LA CÁRCEL DE SOTO DEL REAL

FIESTA LITÚRGICA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

24-09-2015

Saludos cordiales al equipo de Dirección, a los funcionarios, a los educadores, a los, hermanos sacerdotes. Hermanos todos:

Este es el gran anuncio que hizo nuestro Señor Jesucristo: decimos que los que habitábamos esta tierra y este mundo éramos hermanos. A veces nos cuesta entenderlo; quizá, por eso, el Señor dejó que fuese su madre la que nos lo explicase. Todos los que estamos aquí, de una manera o de otra, tenemos un recuerdo muy especial de nuestras madres. Pues imaginaos que sea Dios mismo el que nos ha dicho, como habéis escuchado, estas palabras: ahí tienes a tu madre. Porque, en aquel muchacho, en Juan, estábamos todos nosotros, y el Señor nos lo decía a todos.

Habéis visto que es una maravilla tener una madre que nos enseña lo que acabamos de escuchar. En la Primera Lectura, del profeta Isaías, se nos decía que el Mesías iba a venir a este mundo para darnos la libertad, para darnos horizontes claros de la vida, para entregarnos una manera de situarnos entre nosotros muy diferente a la que a veces, con nuestras fuerzas, queremos ponernos. Pero qué maravilla, aún más todavía, cuando veíamos y escuchábamos la Carta de San Pablo a los Gálatas, cuando nos dice quién es ese Dios: uno que se ha hecho hombre, igual que nosotros. Es más, os diría que pasó por todas las circunstancias por las que un ser humano puede pasar; hasta por la cárcel también, siendo Dios. Por tanto, no quiso separarse de nadie este hijo de María que nuestra Señora de la Merced nos presenta poniendo de frente a este Jesús que quiso hacerse hombre e identificarse con todos nosotros.

Os diría tres cosas fundamentalmente. En primer lugar, os digo que todo ser humano, en la circunstancia en la que viva, tiene un tiempo que le regala Dios para reconstruir su vida. Yo hace poco que estoy de arzobispo en Madrid, y también me ha dado un tiempo para repensar mi vida, porque no es igual esto que cuando estaba en Orense, o en Asturias, o en Valencia... es distinto. Me encuentro con otras realidades y no puedo hacer lo mismo. Y a vosotros os pasa igual; por circunstancias diversas, estáis aquí, en esta institución: unos como internos, otros para ayudarlos. Es un tiempo que tenemos que aprovechar para reconstruir nuestra existencia. Y, es más, el Señor no nos deja solos para reconstruir nuestra vida; nos regala a su Santísima Madre.

Por eso, en segundo lugar, os quería decir que María es una mujer que sale a nuestro encuentro, como las madres. Ella, en el momento en que tiene la noticia y acepta ser la madre de Dios, nos dice el Evangelio que salió al camino, a buscarnos a nosotros. Es una mujer que no se guarda para sí. Sale, como hoy, a encontrarse con nosotros, porque no abandona nunca a nadie desde que el Señor en la cruz le dijo: "Ahí tienes a tu hijo". Ahí estábamos todos nosotros. Ella no nos abandona nunca. Siempre está a nuestro lado. Vosotros sabéis que para una madre un hijo es el más guapo, el más listo, el más importante, disculpa y quiere siempre. Y vosotros lo experimentáis en vuestra vida. Nuestra madre, la Virgen María, no nos abandona; sale a nuestro encuentro. Y pensad, por un momento, en qué circunstancias reales os encuentra. Tendréis momentos de tristeza en vuestra vida, también de alegría, de repensar por qué hice esto... Yo os invito a que descubráis que la Santísima Virgen María sale y está a vuestro lado porque, desde el momento en que Ella recibió a Cristo en su vida y habitó en

su vientre, salió a los caminos a encontrarse con los hombres. Y fijaos la obra que hizo: llegó a casa de Isabel, su prima, que era una anciana e iba a tener un hijo por obra y gracia de Dios, y sucedió que aquel niño que estaba en el vientre de Isabel, al presentarse María, salta de gozo, percibe la presencia de Dios. Y es que María nos hace percibir cosas bonitas.

Todos los que estamos aquí no somos una pandilla de desgraciados... ¡No! María se acerca a nuestra vida siempre, nunca nos pregunta qué hemos hecho; como buena madre, nos quiere y sale a nuestro camino.

En tercer lugar, María es una madre que nos ayuda en momentos fundamentales de la vida. Recibimos su ayuda. Sí. No solo sale a nuestro encuentro, no solo vemos que no nos abandona: Ella nos ayuda, y sabéis cómo nos ayuda. Mirad a la Virgen María en las bodas de Caná, con aquella familia que ni podía celebrar la fiesta porque se había acabado el vino; es decir, en el fondo nos viene a decir que cuando hay dificultades en la vida, Ella se hace presente y lo hace para que no estemos tristes, se hace presente para que podamos celebrar la vida, se hace presente en nuestra propia existencia para decimos lo que dijo en las bodas de Caná: haced lo que Él os diga.

Y la alegría viene a nuestra vida. ¿Cómo? Yo no sé lo que os pasa a vosotros, pero os digo lo que me pasa a mí. A veces cuesta perdonar a la gente. No sé si os pasará a vosotros, pero a mí me pasa: a veces me cuesta. Claro, escucho a María: haz lo que Él te diga. Y, claro, cuando uno mira a Jesús, el mismo que nos ha dicho: ahí tienes a tu madre, y le ve en la cruz... Junto a la cruz de Jesús, el Evangelio nos dice que había dos hombres que habían robado, matado, uno de ellos le decía al Señor: oye, qué haces... le increpaba, y el otro le dijo: acuérdate de mí. Y ya sabéis la respuesta de Jesús: hoy estarás conmigo. Jesús, que estaba en la Cruz, no se merecía estar ahí, porque era injusto. Al fin y al cabo, los otros, según las leyes de entonces, habían cometido un delito. Pero percibieron algo especial en Jesús. Por eso, la Virgen María nos dice: haced lo que Él os diga. Qué nos dice el Señor: que perdonemos, que quitemos de nuestra vida lo que nos hace infelices... que perdonemos.

La palabra perdón es la más bonita de los cristianos. No existe en ninguna cultura, no existe más que en los cristianos. Cuando te hacen una faena y cuando te hacen daño, el Señor dice: perdónales. Hay gente que dice que eso es de tontos. Bendita tontería que nos hace a todos capaces de encontrar siempre al que está a

mi lado como hermano y no como enemigo, que tengo que hacer una justicia determinada, porque me la hizo...

Es precioso en esta fiesta de la Merced qué mercedes nos hace la virgen María, que se acerca a nuestra vida y nos dice: mirad, aprovechad, reconstruir vuestra vida. Es tiempo de reconstruir la vida. Mirad que vuestra madre sale a vuestro encuentro, que es una mujer que nunca nos abandona. Nunca. Nos dice la verdad: haced lo que Él os diga. Y lo que el Señor nos dice es que queramos a la gente, que perdonemos, que amemos, que sirvamos a los demás, que en todas las circunstancias de la vida podemos llegar a tener una libertad tan grande porque el Señor nos enseñó a tenerla, ya que siendo Dios se hace hombre, también le detuvieron, estuvo encerrado, le dieron una paliza... No se lo merecía. Y Jesús decía: perdónales Padre, porque no saben lo que hacen.

Yo creo que la de hoy es una fiesta preciosa. Demos la mano a la Virgen. Además, pasa una cosa: en todas las religiones, la Virgen María es respetada; en todas: en las que no creen en Jesucristo, la Virgen es la más respetada, querida, acogida... Algo tendrá nuestra Madre. Y, sobre todo, reconstruye; cuando la ponemos a nuestro lado, nos dice: haz lo que te diga. Por eso, cuando tengamos una tentación, cuando salga: este que me hizo..., recordar: somos cristianos. En esta cárcel, en esta institución, se puede hacer posible que este mundo sea un mundo distinto, un mundo de hermanos, si os empeñáis en hacerlo. Somos capaces de hacerlo. Y, os aseguro, no con nuestras fuerzas, sino con las del Señor, y sobre todo si dais la mano a la Santísima Virgen María, que además está por una parte sosteniendo a Nuestro Señor Jesús y por la otra con la mano abierta, para que le demos nosotros la mano. Aprovechad esto: darle la mano, aunque sea con la imaginación. Ahora yo se la puedo dar a esta imagen, pero vosotros darle la mano.

Y vamos a hacer lo que el Señor nos dice. Él se va hacer presente aquí. Acojámosle en nuestro corazón. Que el Señor y especialmente su Santísima Madre os acompañe y os haga ver la grandeza de ser discípulos de Cristo.

HOMILÍA DE MONSEÑOR CARLOS OSORO

MISA INICIO DE CURSO DE MANOS UNIDAS MADRID

28-09-2015

Yo quiero dar gracias al Señor porque, si os habéis dado cuenta, el Salmo que hemos recitado todos, que es el que hoy en toda la Iglesia se proclama, nos habla de que es el Señor el que reconstruye; nos hablaba de Sión, pero desde que Jesucristo viene a este mundo Sión es toda la tierra. Y es el Señor el que reconstruye la tierra y el que hace aparecer la gloria en este mundo. Pero también es verdad que el Señor ha querido elegir a un pueblo, a un nuevo pueblo, la Iglesia de Jesucristo, de la cual nosotros somos una pequeña parte. Y dentro de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo, aquí, en España, unas mujeres de Acción Católica iniciaron una obra excepcional para reconstruir este mundo y para que apareciese la gloria del Señor. Y esos sois vosotros: Manos Unidas.

Manos Unidas hace posible que este mundo sea distinto, sea diferente, se reconstruya, y que en muchos lugares de la tierra aparezca la gloria del Señor. Y aparece cuando, con lo que juntáis de las personas que quieren ayudar a Manos Unidas, en la tarea y en el trabajo que realizáis, aparece la gloria del Señor cuando

hacemos obras que dignifican lo que es el ser humano, que no es nada más ni nada menos que una imagen de Dios. Por eso, cualquier obra de cualquier parte del mundo, sobre todo de los países más pobres donde vosotros os hacéis presente, está padeciendo la gloria del Señor.

Por eso el Salmo tiene una fuerza especial para nosotros, esta tarde, en el inicio de este curso; cuando el Señor, nos dice en el Salmo: reconstruye Sión. Y Él ha querido contar con vosotros para reconstruir este mundo, para que aparezca su gloria, para que las súplicas de los indefensos sean atendidas, para que nunca se desprecien las peticiones de los que más necesitan, como nos decía también el Salmo. El pueblo del Señor alabará al Señor, y vosotros queridos hermanos y hermanas de Manos Unidas sois parte fundamental, sois una nota en este canto de alabanza que la Iglesia en todas las partes de la tierra quiere hacer, prologando la misión de nuestro Señor Jesucristo.

Es verdad: el Señor se fijó en vosotros, el Señor ha hecho sensible vuestro corazón para escuchar los gemidos de los que tienen alguna cautividad o alguna esclavitud, para rodearles a los que tienen esa esclavitud de la condena e incluso de esa muerte que en vida van teniendo porque no se reconoce en ellos la plenitud que es el ser humano, tal como lo creó Dios, a imagen y semejanza de Dios.

Qué maravilla ha sido escuchar en el Salmo que su linaje durará para anunciar el nombre del Señor. Y de ese linaje, queridos hermanos y hermanas, sois vosotros: linaje escogido para la alabanza, para hacer posible que todos los pueblos de la tierra reconozcan la presencia de Dios, no por las palabras que digamos, aunque sean necesarias, sino por las obras que hacéis.

Yo quiero daros las gracias, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, porque hacéis posible y porque enriquecéis a la Iglesia que camina en Madrid con vuestro trabajo, con vuestra entrega. Por eso me gustaría deciros tres cosas que habéis escuchado en la Palabra de Dios, en la lectura de hoy, porque no hemos escogido una lectura especial, y sin embargo el Señor siempre se acerca a nuestro corazón como Él quiere, pero diciéndonos algo que es importante.

Os diría, en primer lugar: podemos vivir de la fuerza de los hombres, o lo que llamaríamos del poder del mundo. Así vivimos, pero cuando vivimos así estropeamos este mundo. Esta tentación está en todos los hombres, también está queridos hermanos y hermanas en los discípulos de Cristo. Habéis visto el Evangelio: en

aquel tiempo, los discípulos se pusieron a discutir quién era el más importante. Esa tentación mundana, esa la tentación que viene del mundo y de las fuerzas nuestras: el más importante. La fuerza del mundo, la fuerza de los hombres, la importancia viene dada por el lugar que el hombre ocupa en la sociedad.

Y, sin embargo, en segundo lugar hay otra fuerza, que es la de Dios, que como veis y habéis escuchado en el Evangelio no califica a los hombres por el lugar que ocupa sino que, nos lo dice el Señor: adivinando lo que pensaban los discípulos, cogió un niño, lo puso a su lado y les dijo: el que acoge a este niño en mi nombre me acoge a mí. El niño. Vosotros lo sabéis porque estoy seguro de que muchos sois padres y madres de familia, y habéis tenido niños pequeños: si el día que nació vuestro hijo o hija le hubieseis dejado tirado por ahí, o en el suelo de casa pero sin hacerle más caso, hubiese muerto. En el fondo, el Señor nos dice que eso somos los hombres y mujeres cuando buscamos en la vida sin la fuerza de Dios. La fuerza de Dios se fija en el débil, se acerca al débil; el más débil es el niño, no tiene fuerzas, no sabe coger las cosas, e incluso cuando va creciendo, siendo niño, está a expensas de lo que los demás le digan y le enseñen. Por eso el Señor dice: el más pequeño de vosotros es el más importante.

Qué maravilla, queridos hermanos. Cuando meditaba esto esta mañana, para preparar esta homilía, decía: esto es Manos Unidas, esta es la gente de Manos Unidas, que tiene una sensibilidad especial, quienes pertenecéis y quienes trabajáis en ella, por descubrir y especialmente vivir lo que nos dice el Señor: el más pequeño es el más importante. Y por eso vosotros os fijáis en los lugares del mundo, y hacéis proyectos, y os corresponden proyectos más humildes de Madrid, de los más pequeños. Y ahí nos ayudáis a toda la Iglesia para que nunca olvidemos este mandato del Señor, para que nunca olvidemos que la fuerza de la que tenemos que vivir es de la fuerza de Dios, no de nuestras fuerzas, sino del poder del Evangelio. El poder del Evangelio va en esta línea: el más importante, el más pequeño.

Y, en tercer lugar, queridos hermanos y hermanas, habéis visto la otra parte que dice el Evangelio, que en el fondo nos dice que miremos el mundo, que observemos el mundo, que contemplemos la tierra. Y en esta tierra, queridos hermanos y hermanas, hay exclusión de muchos hombres, de tal modo que cuando no les tratamos en función de lo que en verdad son, imágenes de Dios, excluimos, matamos, rompemos, dividimos. Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, pero no es de los nuestros, lo debemos impedir. Y Jesús viene a decir: pero, quiénes son los nuestros. Queridos hermanos, qué gracia tenemos esta tarde,

por lo menos para mí, como arzobispo de Madrid: quiénes son los tuyos me dice a mí el Señor. Carlos, quiénes son los tuyos. Pero también os lo dice a vosotros: quiénes son los vuestros. Y lo habéis visto: el más pequeño. Son todos, pero hay que fijarse en el más pequeño, porque si no no me representarías a mí, diría el Señor. Esa es la respuesta de Jesús: el que no está con nosotros, está a favor vuestro.

Y eso lo experimentáis vosotros en Manos Unidas. Cuánta gente que no cree y sin embargo a Manos Unidas le da de lo que tiene. Es una forma de acercarse a la Iglesia. En todas las diócesis en las que he estado, siempre he tenido una relación cercana y entrañable con Manos Unidas, porque mucha gente que en el camino encuentras y que a veces te dice: no creo, pero me gustaría ayudar... Y le digo ayuda: a Manos Unidas, porque ven que hacéis realidad que el más pequeño es el más importante.

Por eso, hermanos y hermanas, Manos Unidas no entiende de exclusión, entiende de inclusión y entiende de encuentro, de hacer cultura del encuentro. De todos los hombres. Y de inclusión: no se excluye a nadie, y menos a los más pobres. El poder del mundo excluye, el poder del Evangelio, que es el ámbito donde nació Manos Unidas, incluye.

Queridos hermanos y hermanas, no me digáis que el Señor no ha hecho hoy una gracia con nosotros por haber escuchado esta palabra que no hemos escogido, porque es la que hoy se proclama en toda la iglesia. Pero a mí me parece que el Señor ha hecho una gracia con nosotros: desde el Salmo 101 que hemos escuchado, donde nos dice que estáis mandados a reconstruir para que aparezca la gloria de Dios. Pero no utilizéis el poder del mundo, que califica a los más importantes; no, vosotros con el poder del Evangelio, con la fuerza de Dios, con los más pequeños, ayudarles. Y vosotros proponed siempre, incluid la cultura de la inclusión, que es la cultura del encuentro con los hombres. Todos son hijos de Dios.

Queridos hermanos y hermanas: así sí que se puede celebrar la Eucaristía, porque estar alrededor de la mesa del Señor es estar al lado, dentro de un momento, de quien se hace presente realmente y hace vida esta página del Evangelio que acabamos de proclamar. Pero la quiere hacer vida con vosotros, porque Él lo hizo, pero los que participamos y nos alimentamos de Él tenemos que hacer lo mismo: no discutir por los importantes del mundo sino por los

importantes que hoy están en el mundo y que necesitan más de nosotros. Y discutir, y trabajar, y poner todas nuestras fuerzas para recrear la cultura de la inclusión y del encuentro.

Muchas gracias, queridos hermanos. Es un gozo para mí el poder estar hoy celebrando la Eucaristía con vosotros, y poder hablaros desde esta página del Evangelio que acabamos de proclamar. Especialmente es un gozo con vosotros, con Manos Unidas, recibir a nuestro Señor Jesucristo en el altar y podérselo dar para que os alimentéis de Él y deis de lo que os alimentáis, que es Cristo.

Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCOS:

- **De Santísimo Redentor:** P. Octavio Hidalgo López, C.S.S.R. (1-9-2015).
- **De Cristo de la Paz:** P. Joaquín Rafael Colomer Barber, O.F.M. (1-9-2015).
- **De San Leandro:** P. Javier Montero Infante, O.M.I. (1-9-2015).
- **De Nuestra Señora del Perpetuo Socorro:** P. Jesús Hidalgo López, C.S.S.R. (1-9-2015).
- **De San Cristóbal y San Rafael:** D. Alonso Morata Moya (1-9-2015).
- **De Nuestra Señora del Encuentro:** D. Pablo de Nicolás Cuadrado (1-9-2015).
- **De Santo Tomás de Villanueva:** D. César Montero Urién (15-09-2015)
- **De Hispanoamericana de la Merced:** P. Juan Félix Vaca González, O.M. (22-09-2015).

ARCIPRESTE:

- **De San Miguel Arcángel y San Vicente de Paúl:** D. José Andrés Silva Martín. (10-09-2015)

VICARIOS PARROQUIALES:

- **De San Lesmes, de Alcobendas:** D. José María Gallegos de Paz, de la Diócesis de Santiago de María (El Salvador) (1-9-2015).
- **De Nuestra Señora de Covadonga:** D. Juan Miguel Corral Cano (1-9-2015).
- **De San Antonio del Retiro:** P. Saturnino Vidal Abellán, O.F.M., P. Jesús Hernández Martín, O.F.M. y P. Juan Carlos Moya Ovejero, O.F.M. (1-9-2015).
- **De Nuestra Señora Reina del Cielo:** P. José Alberto Domínguez Sisi, A.A. y P. Juan Antonio Sánchez, A.A. (1-9-2015).
- **De Cristo de la Paz:** P. Rufino Luis Quintana Giménez, O.F.M. (1-9-2015).
- **De San Leandro:** P. Rafael Martín Villanueva, O.M.I. (1-9-2015).
- **De San Cristóbal y San Rafael:** D. Julio Cabezas Barba (1-9-2015).
- **De Nuestra Señora del Carmen, de Pozuelo de Alarcón:** D. Ángel Amigo García, por dos años (1-9-2015).
- **De San Germán:** D. Daniel Navarro Úbeda (1-9-2015).
- **De Nuestra Señora del Encuentro:** D. Antonio Pla Benavent (1-9-2015).
- **De Virgen Peregrina:** P. Antonio Buonnano, O.M.I. (10-09-2015)
- **De Cristo Sacerdote:** D. Pedro Rubiato Millán, por dos años. (10-09-2015)
- **De Nuestra Señora del Carmen y San Luis:** D. Pablo González Díaz. (10-09-2015)
- **De Santa Eulalia de Mérida:** P. Pedro Luis Castro Pérez, F.A.M. (10-09-2015)
- **De Santos Inocentes:** D. Carlos Javier Fajardo. (10-09-2015)
- **De Inmaculada Concepción de El Pardo:** D. Mark Miraballes Gile, por dos años. (10-09-2015)
- **De Espíritu Santo:** D. Jorge Juan Gómez Gude, de la Archidiócesis de Santiago de Compostela (15-09-2015).
- **De San Buenaventura y María Reina:** D. Juan Carlos Antona Gacituaga (15-09-2015).
- **De Nuestra Señora del Rosario de Fátima:** D. Israel Fernández Granados, por dos años (22-09-2015).
- **De San Mateo:** D. Lucas Alcañiz Aliseda, por dos años (22-09-2015).
- **De Inmaculado Corazón de María:** P. Vicente Pecharromán Tristán, C.M.F. (22-09-2015).

- **De Hispanoamericana de la Merced:** P. Gonzalo Ruiz Maiezkurrena, O.M. (22-09-2015).

ADSCRITOS:

- **A San Agustín, de Alcobendas:** D. Elkin Humberto León Villamiezar (1-9-2015).
- **A San Fernando:** D. Francisco Centeno Cristóbal, de la Diócesis de Astorga (1-9-2015).
- **A San Isidoro y San Pedro Claver:** D. Bernard Kaluku Kaluku, de la Diócesis de Luebo (Congo) (1-9-2015).
- **A San Juan Bautista:** D. Ferney Castañeda (1-9-2015).
- **A Nuestra Señora Reina del Cielo:** P. José Luis Huescar Cañizal, A.A. (1-9-2015).
- **A San Miguel Arcángel de Fuencarral:** D. Lorenzo Cruz Flores (1-9-2015).
- **A Santa María Magdalena:** D. Pedro Antonio Moya Ribera, de la Diócesis de Maturín (Venezuela). (10-09-2015)
- **A Nuestra Señora de Belén:** D. Oscar Vinicio Barragán Barragán, de la Diócesis de Babahoyo (Ecuador). (10-09-2015)
- **A Nuestra Señora de la Palabra y Santa María del Camino:** D. José Edgardo Reyes Pérez, de la Diócesis de San Salvador (El Salvador). (10-09-2015)
- **A San Pedro Advíncula:** D. Lorenzo Cruz Flores y D. Luis Alonso Arévalo Ramos, de la Diócesis de San Miguel (El Salvador). (10-09-2015)
- **A San Juan de Dios:** D. Henri Tshipamba Mukala, de la Diócesis de Kavanga (R.D. Congo) (10-09-2015)
- **A San Miguel Arcángel de Carabanchel:** D. Alcino Henrique Chinqueta Espalanga, de la Diócesis de Huambo (Angola). (10-09-2015)
- **A San José:** D. Juan Fernández Ruiz. (10-09-2015).
- **A Santa María, de Majadahonda:** D. Fernando Azuaje Navarro, de la diócesis de Cabimas (Venezuela) (15-9-2015).
- **AAsunción de Nuestra Señora:** D. José Mesías Lachos Núñez, de la Diócesis de Trujillo (Perú) (22-09-2015).
- **AEspíritu Santo y Nuestra Señora de la Araucana:** D. Hilder Agustín Guerrero Rojas, de la Diócesis de Trujillo (Perú) (22-09-2015).
- **A Santa Matilde:** D. Agustín Ntumba Mulumba, de la Diócesis de Luebo (Congo) (22-09-2015).

- **A Santa María, de habla alemana:** D. Miguel Ángel Porcel (22-09-2015).
- **A Venturada y Pedrezuela:** P. Bernabé Sakulenga , M.Sp.S. (22-09-2015).
- **A San Ricardo:** D. Fernando Azuaje Navarro, de la Diócesis de Cabimas (Venezuela) (22-09-2015).
- **A San Miguel Arcángel de Fuencarral:** D. Lorenzo Cruz Flores (22-09-2015).
- **A Virgen del Refugio:** D. Nelson Párraga Ávila (22-09-2015).
- **A Beata María Ana Mogas:** D. Jesús Enrique Colina Villa (22-09-2015).
- **A Santa María la Mayor:** D. Félix Dagba (22-09-2015).
- **A Santa María de la Fe:** D. Nicomedes Tineo Tineo (22-09-2015).

OTROS OFICIOS:

- **Interventor de la Archidiócesis:** D. Julio Lage González (01-06-2015)
- **Gerente del Arzobispado:** D. José Luis Bravo Duro (01-06-2015)
- **Subdelegado de Pastoral de la Salud:** D. Gerardo Dueñas Pérez (1-9-2015).
- **Coordinador de Actos Institucionales:** M.I.Sr.D. Jesús Junquera Prats (1-9-2015).
- **Coordinador de Cáritas de la Vicaría VIII:** D. Pablo de Nicolás Cuadrado (1-9-2015).
- **Capellán del Convento de las Jerónimas del Corpus Christi:** D. Evencio García Rodríguez (1-9-2015).
- **Capellán del Tercer Monasterio de la Visitación:** D. Jesús García de León Sánchez (1-9-2015).
- **Capellán del Hospital Puerta de Hierro, de Majadahonda:** D. Francisco Centeno Cristóbal, de la Diócesis de Astorga (1-9-2015).
- **Delegada Episcopal de Pastoral Penitenciaria:** D^a. María Yela García. (10-09-2015)
- **Delegado Episcopal de Pastoral de Tráfico:** D. Bienvenido Nieto Gómez. (10-09-2015)
- **Consiliario de Pastoral de Tráfico:** D. José Medina Pintado. (10-09-2015)
- **Secretario de la Vicaría II:** D. Abraham Cruz Peláez. (10-09-2015)
- **Coordinador de Pastoral Vocacional de la Vicaría II:** D. Pedro Rubiato Millán. (10-09-2015)

- **Coordinador de Pastoral Vocacional de la Vicaría III:** D. Jesús Zoyo Pérez. (10-09-2015)
- **Coordinador de Pastoral Vocacional de la Vicaría V:** D. Juan Francisco Macías Álvarez. (10-09-2015)
- **Coordinador de Misiones de la Vicaría III:** P. Antonio Guirao, M.C.C.J e D^a. Isabel Herrero Fernández. (10-09-2015)
- **Capellán del Hospital de la Fuenfría:** D. Janvier Polycarpe Likouai Medja, de la Diócesis de Yaounde (Camerún). (10-09-2015)
- **Diácono en San Rafael Arcángel:** D. Renzo Pino Dávila, Pro Ecclesia Sancta. (10-09-2015)
- **Viceconsiliario de la Congregación Mariana de la Asunción:** D. Ignacio Delgado Meana. (10-09-2015)
- **Capellán del Centro Penitenciario de Soto del Real:** P. José Luis Hidalgo Zan, O.P. (10-09-2015)
- **Consiliario Diocesano de la Frater:** P. Leandro Soto Rábanos, O.S.A. (10-09-2015)
- **Consiliario Diocesano de HOAC:** D. Pedro Requeno Regaño. (10-09-2015)
- **Coordinador de Pastoral Vocacional de la Vicaría I:** D. Diego Cristóbal Calvo (15-09-2015).
- **Coordinador de Pastoral Juvenil de la Vicaría V:** D. Lucas Alcañiz Aliseda (15-09-2015).
- **Capellán de la Residencia de Ancianos Nuestra Señora del Perpetuo Socorro:** P. Domingo Antonio Figueroa Figueroa, C.R.L. (15-09-2015).
- **Colaborador de la Parroquia de San Agustín, de Alcobendas:** D. Rafael Rubio López (15-09-2015).
- **Colaborador de la Parroquia de Sagrado Corazón de Jesús:** D. Aurelio Martínez Domingo (15-09-2015).
- **Delegado Episcopal de Catequesis:** D. Manuel María Bru Alonso (22-09-2015).
- **Delegado Episcopal de Liturgia Adjunto:** D. Daniel Alberto Escobar Portillo (22-09-2015).
- **Subdirector del Archivo Diocesano:** D. Francisco García Gómez (22-09-2015).
- **Capellán del Hospital Infanta Sofía:** D. Juan Barbeito y Díaz de Bustamante y D. Miguel Ángel Porcel (22-09-2015).
- **Capellán del Hospital Infanta Leonor:** D. César Montero Urién (22-09-2015).

- **Coordinador de Liturgia de la vicaría III:** D. Emilio Pérez Núñez (22-09-2015).
- **Coordinador de Juventud de la Vicaría VIII:** D. Andrés Esteban Colmenarejo (22-09-2015).
- **Coordinador de Misiones de la Vicaría VIII:** Dña Carmena Taborda Ramírez (22-09-2015).
- **Diácono Permanente en San Pedro, de Alcobendas:** D. Clemente Carlos Fernández Lozano (22-09-2015).
- **Diácono Permanente en San Cristóbal y San Rafael:** D. Salvador Senent Díez (22-09-2015).

DEFUNCIONES

El día 23 de junio de 2015 falleció D. JOSÉ AGUILAR, padre de D. Antonio Aguilar, empleado del Arzobispado.

El día 7 de julio de 2015, falleció DÑA. MARÍA VICTORIA PRADOS, secretaria del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Ángel Suquía y del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid. Era hija de D. Jose Prados, que durante muchos años fue conserje del Palacio Arzobispal.

El día 11 de julio de 2015 falleció SOR MARÍA DEL PILAR BENITO BENITO, a los 89 años de edad y 70 de vida Consagrada en el Monasterio de Santa Catalina de Siena de las Monjas Dominicas, en Madrid.

El día 11 de septiembre de 2015 falleció DÑA. MARÍA DOLORES CHIVA, esposa de D. Fausto Marín Sánchez, diácono permanente, Rector del Colegio San Bernardo y madre de D. Fausto Marín Chivas, diácono permanente, adscrito a la Parroquia de San Fulgencio y San Bernardo.

El 12 de septiembre de 2015 falleció el Rvdo. Sr. D. ALBERTO GARZÓN SABINA, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Santa Cruz de Tenerife el 17-12-1926. Ordenado en Madrid el 3-4-1949. Fue ecónomo de Villar del Olmo 23-4-1949 a 1-8-1951; coadjutor de Santa María la Mayor (1-8-1951 a 15-3-1970); ecónomo de Santo Cristo de la Misericordia (15-3-1970 a 15-1-1978); colaborador de Nuestra Señora de Aránzazu (15-1-1978 a 6-10-1989); vocal de la Comisión Diocesana de Apostolado Gitano (27-4-1978 a 8-10-1989).

El día 22 de septiembre de 2015 falleció el Rvdo. Sr. D. GABRIEL GASPAR TEBAR, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Laroda (Albacete), el 26-09-1928. Ordenado en Madrid, el 26 de mayo de 1956. Ecónomo de Pozuelo del Rey (15-6-1956 a 21-6-1957); párroco de Pozuelo del Rey (21-6-1957 a 20-7-1963); coadjutor de San Isidoro de Madrid (20-7-1963 a 19-2-1973); párroco de Virgen de la Nueva (19-2-1973 a 1-6-2012); arcipreste de San Juan Bautista (8-4-1997 a 11-4-2000). Estaba jubilado.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ÓRDENES

El día 26 de septiembre de 2015, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Arzobispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de la Preciosísima Sangre, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado a los religiosos:

**Florentino Imbai Encanha, C.PP.S y
José Antonio Rodríguez Conde, C.PP.S.**

ACTIVIDADES DEL SR. ARZOBISPO. SEPTIEMBRE 2015

Día 1 martes.

- 10:30 Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- 18:00 Recibe a D. Javier Prades, Rector de la Universidad Eclesiástica San Dámaso.
- 20:00 Celebra las Vísperas y Eucaristía en la Catedral de la Almudena con motivo de la Jornada Mundial de Oración por el cuidado de la Creación.

Día 2 miércoles.

- 10:30 Recibe una visita en el Arzobispado.
- 11:00 Recibe a D. Eladio Acevedo Herraz, Presidente del Ilustre Colegio de Titulares Mercantiles y Empresariales.
- 12:15 Recibe sucesivas visitas de sacerdotes en el Arzobispado.
- 17:00 Recibe visitas de sacerdotes en el Arzobispado.
- 18:00 Recibe al Director del Área de I. Religiosas del Banco Popular, en el Arzobispado.

Día 3 jueves.

- 10:00 Es entrevistado por Europa Press en el Palacio Arzobispal.

- 12:15 Entrevista con el Delegado Diocesano de Cultura, D. José Miguel García, en el Arzobispado.
- 13:00 Entrevista con sacerdotes, en el Arzobispado.
- 16:00 Reunión con responsables de la Pontificia Scholas Ocurrentes.
- 17:00 Entrevista con sacerdotes, en el Arzobispado.

Día 4 viernes.

- 17:00 Viaje a Ourense.

Día 5 sábado.

- 18:00 Celebra la Eucaristía en el Santuario de la Virgen de los Milagros de Ourense (Galicia).

Día 6 domingo.

- 19:00 Preside la solemne Procesión de la Virgen de la Cinta, en Tortosa, con motivo de las fiestas patronales de esta ciudad.

Día 7 lunes.

- 10:00 Convoca y preside la "Mesa para la Hospitalidad de la Iglesia en Madrid" en el Arzobispado.
- 11:00 Recibe al Presidente de la Casa de Valencia en Madrid, D. Vicente Cintero y al expresidente Don Manuel Gallent.
- 12:00 Celebra la Eucaristía en la Catedral de la Almudena, con motivo del inicio del curso pastoral de la Curia, al que sigue un aperitivo en el Salón de Actos.
- 16:30 Recibe a sacerdotes en el Arzobispado.
- 20:00 Celebra la Eucaristía en la Parroquia de Nuestra Señora de Covadonga con motivo de su Centenario.

Día 8 martes.

- 10:00 Celebra la Eucaristía en la Parroquia de Santa Bárbara con motivo de la Apertura del Año Judicial.
- 11:30 Recibe visitas diversas en el Arzobispado.
- 17:00 Tiene un encuentro con un grupo de sacerdotes del Instituto Stabat Mater, en el Arzobispado.
- 18:30 Celebra la Eucaristía de la Natividad de la Virgen en la Catedral, con motivo de la fiesta aniversario de la Real Esclavitud de Santa María la Real de la Almudena.

Día 9 miércoles.

- 10:00 Jornada de encuentro con el Rector y formadores del Seminario Conciliar, en Los Molinos (Madrid).

21:30 Encuentro con sacerdotes del Instituto Stabat Mater, en Pozuelo de Alarcón.

Día 10 jueves.

09:00 Desayuno de trabajo en el Palacio Arzobispal.

10:30 Se reúne el Ejecutivo de la CEE, en la "Casa de la Iglesia", C/ Añastro 1

17:00 Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.

Día 11 viernes.

10:00 Recibe visitas en el Arzobispado.

11:00 Reunión de la Provincia Eclesiástica de Madrid en el Seminario Conciliar.

Día 12 sábado.

12:00 Celebración en Oviedo del 50 aniversario de la ordenación episcopal de Monseñor Gabino Díaz Merchán.

20:30 Vigilia de Oración por los refugiados y emigrantes en la Capilla del Seminario Conciliar.

Día 13 domingo.

12:00 Eucaristía en la Catedral en las bodas de oro y plata de matrimonios de la diócesis.

16:30 Eucaristía con Profesión de votos perpetuos en las Hijas de la Inmaculada Concepción.

19:30 Eucaristía en la Parroquia de la Natividad de Nuestra Señora con motivo de su 50 aniversario.

Día 14 lunes.

09:00 Entrevista con Madrid Diario en el Palacio Arzobispal.

11:00 Encuentro y comida con sacerdotes de la Vicaría I.

17:30 Recibe a D. Luis Gordón Beguer, Presidente del Foro Mirasierra.

18:30 Recibe al Rector de la Universidad San Pablo CEU, D. Antonio Calvo.

20:00 Eucaristía en la Parroquia de San Miguel de Fuencarral en el 450 aniversario de la llegada de la imagen del Santísimo Cristo de la Vera Cruz.

Día 15 martes.

10:30 Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.

18:00 Eucaristía en el Colegio San Pedro de Barajas.

Día 16 miércoles.

11:30 Recibe a D. Juan Antonio Montoya Leal, Presidente Diocesano del Secretariado de Cursos de Cristiandad.

12:00 Saludo a Monseñor Juan Carlos Barrate, Obispo de Colombia.

- 13:00 Eucaristía con motivo de la Asamblea del SCAM en la Casa de Espiritualidad "Santa María", de Galapagar.
- 17:00 Recibe visitas en el Palacio Arzobispal.
- 20:00 Eucaristía y cena con motivo del inicio de curso en el Seminario Conciliar.

Día 17 jueves.

- 10:30 Constitución del Consejo Presbiteral en el Seminario Conciliar.
- 17:00 Reunión del Patronato de la Fundación Blanquer en el Arzobispado.
- 19:30 Asiste a la celebración del 50 aniversario de la revista Palabra en Torre Espacio.

Día 18 viernes.

- 11:00 Encuentro y comida con sacerdotes de la Vicaría II.
- 17:00 Recibe visitas en el Palacio Arzobispal.
- 22:00 Participa en la actividad de la Asociación Bocatas con el Delegado de Pastoral Social e Innovación, José Luis Segovia.

Día 19 sábado.

- 11:00 Eucaristía en Navarredonda de la Sierra (Ávila) con miembros de las Cruzadas, familias e instituciones surgidas del carisma del Padre Morales.
- 18:30 Eucaristía de clausura del 50 aniversario de la Parroquia Nuestra Señora del Valle.

Día 20 domingo.

- 10:00 Participa en Lérida en la toma de posesión del nuevo Obispo.

Día 21 lunes.

- 09:00 Reunión con el Director territorial de Ibercaja, D. José Morales Villarino y la responsable de la Obra Social de Ibercaja en Madrid, D^a Angela Holguera.
- 11:00 Encuentro y comida con sacerdotes de la Vicaría III.
- 16:30 Inaugura el Curso para profesores de Religión de la Universidad de Otoño.
- 18:00 Recibe visitas en el Arzobispado.
- 20:00 Presentación del libro "Papa Francisco y la familia" en la Universidad de Comillas.

Día 22 martes.

- 10:30 Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- 14:30 Encuentro con el Cabildo Catedral y comida en el Seminario.
- 18:00 Recibe visitas en el Arzobispado.
- 20:00 Eucaristía de envío de profesores de Religión en la Catedral.

Día 23 miércoles.

11:00 Encuentro y comida con sacerdotes de la Vicaría IV.

19:30 Bendición de la Capilla del Colegio Stella Maris.

Día 24 jueves.

11:00 Eucaristía con motivo de la fiesta de la Virgen de la Merced en la cárcel de Soto del Real.

17:30 Reunión con el Consejo Económico en el Arzobispado.

19:00 Entrega de ayudas del fondo ético y social del Banco Sabadell.

Día 25 viernes.

09:30 Entrevista con Alfa y Omega en el Palacio Arzobispal.

11:00 Encuentro y comida con sacerdotes en la Vicaría V.

18:00 Recibe a la Superiora General de las Hermanas Hospitalarias Anabela Moreira G. Carneiro.

19:00 Eucaristía con la Corte de Honor Infantil de Santa María la Real de la Almudena en la Catedral.

20:30 Permanente del Consejo Presbiteral en el Seminario Conciliar.

Día 26 sábado.

09:00 Recibe visitas en el Arzobispado.

11:30 Acude al Seminario Conciliar para la Presentación del PDE a la Vida Consagrada.

16:00 Preside la Ordenación de diáconos de los Misioneros de la Preciosa Sangre, en la Parroquia de la Preciosa Sangre, de Orcasitas.

19:00 Celebra la Eucaristía en la Parroquia de San Ireneo, con motivo de su 50º aniversario.

24:00 Es entrevistado en "La Sexta Noche" de TV.

Día 27 domingo.

10:00 Pronuncia una Conferencia en el Congreso Internacional Teresiano, en Ávila.

12:45 Celebra la Eucaristía de Clausura del Congreso Internacional Teresiano, en Ávila.

20:00 Celebra la Eucaristía en la Parroquia San Juan Evangelista, con motivo de su 50º aniversario.

Día 28 lunes.

09:00 Desayuna y se reúne con la Fundación "Madrid Vivo", en el Palacio Arzobispal.

11:00 Se encuentra, incluyendo comida, con los sacerdotes de la Vicaría VI.

- 17:00 Celebra la Eucaristía del Inicio del Curso pastoral de Manos Unidas, en el Templo Eucarístico de San Martín.
- 19:00 Acude a la presentación del libro "Decir el hombre. Persona, cultura de la Pascua", en la Sala Capitular de la Catedral.
- 20:30 Recibe a la Comunitá Abramo, en la Catedral.

Día 29 martes.

- 11:00 Dedicar la jornada a la reunión de la Permanente de la CEE.
- 19:30 Acude al Recital Teresiano con motivo del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa, en la Catedral.

Día 30 miércoles.

- 09:30 Comienzo de las visitas en el Palacio Arzobispal.
- 11:00 Se reúne con la Comisión Permanente CEE.
- 17:00 Es entrevistado por "Radio María."
- 20:00 Celebra la Eucaristía de toma de posesión del Rector del Seminario Redemptoris Mater.

SR. OBISPO

PORQUE ES ETERNA SU MISERICORDIA

**CARTA PASTORAL CON MOTIVO DE LOS
XXV AÑOS DE LA RESTAURACIÓN DE LA
DIÓCESIS COMPLUTENSE Y
EL JUBILEO DE LA MISERICORDIA**

**MONS JUAN ANTONIO REIG PLA
OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES**

Agosto 2015

PORQUE ES ETERNA SU MISERICORDIA (Sal 135)

Este curso pastoral vamos a vivir dos acontecimientos extraordinarios. La restauración de la Diócesis Complutense, que fue erigida en 1991 por el Papa san Juan Pablo II, cumplirá en 2016 sus veinticinco años. La celebración de estas Bodas de Plata nos invita a volver la mirada a la figura de los Santos Niños y a su martirio, ya que el hallazgo de sus reliquias fue lo que impulsó al obispo Asturio a dar comienzo a la Diócesis Complutense. El testimonio martirial de los Santos Ni-

ños y la presencia de tantos santos, vírgenes, confesores y mártires que nos han precedido, suscitan en nosotros la acción de gracias y la necesidad de recuperar una memoria agradecida.

También la convocatoria del *Año Jubilar de la Misericordia* por parte del Papa Francisco nos invita a entrar en el corazón del evangelio para suplicar la conversión y recuperar la mirada del Buen Pastor, icono de la misericordia.

Ambos acontecimientos se escriben en una historia de amor que Dios Padre dirige en su Providencia. Reconocerlo es constatar, como lo hizo el pueblo de Israel, que es el Señor quien conduce a su pueblo. Él lo sacó de la esclavitud, los condujo a una tierra de libertad, Él da alimento a todo viviente... y nos regaló una diócesis y un Año Jubilar... Con el salmista podemos decir, en efecto: "Dad gracias al Dios del cielo, *porque es eterna su misericordia*" (Sal, 135).

1. XXV AÑOS DE LA RESTAURACIÓN DE LA DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES

El día 23 de julio del año 2016 se cumplirán los veinticinco años de la restauración de la Diócesis Complutense, nuestra querida diócesis de Alcalá de Henares. Fue el Papa san Juan Pablo II quien, tras varias consultas, decidió disgregar de la archidiócesis de Madrid-Alcalá los territorios que han dado origen a las diócesis de Getafe y Alcalá de Henares. La intención del querido Papa, expresada en la Bula de erección, fue aproximar los servicios diocesanos a los fieles y facilitar que el obispo pudiera atender con mayor cercanía a los sacerdotes, a los religiosos y a todos los fieles laicos.

Desde la restauración de la diócesis hemos conocido tres sucesores de Pedro: san Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco. Del mismo modo se han sucedido desde entonces tres obispos: don Manuel, don Jesús y ahora este pobre servidor que actualmente os preside en el amor. Por todos ellos hemos de dar gracias incesantes a Dios viendo en cada uno su mano providente que nos guía y nos acompaña en cada momento. Del mismo modo hemos de agradecer la entrega de tantos sacerdotes, religiosos y colaboradores laicos que durante todo este tiempo han contribuido a crear y proveer los distintos servicios diocesanos. El trabajo ha sido ingente y, gracias a Dios, llevado a cabo con diligencia y con verdadero amor a la Iglesia. Recordemos que si en un primer momento se pudo contar con

la ayuda inestimable de la Archidiócesis de Madrid, hubo que dotar inmediatamente a la nueva diócesis de las instituciones necesarias. Así se pusieron en marcha la curia administrativa, la curia pastoral con sus delegaciones, la oficina técnica para las obras y la vicaría judicial. Del mismo modo se erigieron el Seminario Mayor y Menor para la formación de los candidatos al presbiterado, contando con la Facultad de Teología y ahora Universidad Eclesiástica San Dámaso. Para los seglares la Escuela de Teología se ha visto continuada por el Instituto Diocesano de Teología Santo Tomás de Villanueva. Bajo su amparo se han ido sucediendo la Escuela de Arte Cristiano, la Escuela de Catequistas y la Escuela de Liturgia que iniciará su andadura este año. La Escuela de Evangelización es, a su vez, otra iniciativa que quiere responder a la urgencia de promover la promoción de los laicos y de los sacerdotes para la conversión pastoral de nuestras parroquias y movimientos, siguiendo las indicaciones del Papa Francisco.

En su momento también se hizo posible una extensión del *Pontificio Instituto Juan Pablo II* para ofrecer un máster en ciencias del matrimonio y de la familia con el que proveer los medios necesarios para afrontar los retos de una pastoral de la familia y de la vida. Gracias a Dios, el trabajo realizado hasta ahora ha contribuido a desarrollar los servicios diocesanos para las familias: el Centro de Orientación Familiar, la Escuela de Padres y de Familias y los cursos de laicos encargados de la preparación al matrimonio.

Con la misma intención de favorecer el crecimiento y la formación de los laicos de una manera integral se creó en su momento el Aula Cultural *Civitas Dei* y la promoción de los retiros y ejercicios espirituales diocesanos que pretenden ayudar a crecer en la vida de oración, escucha de la Palabra y vida en el Espíritu.

Todo ello ha sido posible por la labor desinteresada de todos los diocesanos, sacerdotes, religiosos y fieles laicos. Algunos de ellos ya han partido hacia la casa del Padre y están en la memoria de todos nosotros. Con ellos se crearon los nuevos arciprestazgos, se abrieron nuevas parroquias, se han creado nuevos colegios y el Señor ha querido enriquecernos con nuevos carismas: el grupo Kerygma, la Comunidad de la Presencia, la represtinación del Oratorio de san Felipe Neri, las Siervas y los Siervos del Hogar de la Madre que vienen a sumarse a la rica presencia de la vida consagrada y comunidades contemplativas y monásticas de la diócesis. También el Señor ha sido generoso y nos ha regulado la presencia de movimientos laicales y comunidades cristianas que, en comunión con los sacerdotes y religiosos,

enriquecen nuestra Iglesia local y contribuyen, cada uno con su don, a hacer posible la nueva evangelización y el anuncio del Evangelio.

Con todo el trabajo realizado hasta ahora estamos escribiendo juntos, alentados por el Espíritu Santo, una historia de salvación. Con la restauración de la diócesis de Alcalá de Henares no se trataba de poner en marcha una nueva empresa. No contábamos solamente con nuestro ingenio, con nuestras fuerzas. Ha sido la Providencia de Dios y la acción silenciosa del Espíritu Santo quien nos ha llevado de la mano para, con renglones torcidos, escribir la verdadera historia de salvación: la que posibilita la gracia de Cristo, la que se escribe con olores de santidad, la que sólo Dios conoce y que está unida, en perfecta comunión, a todos los santos que nos han precedido y gozan de la visión de Dios: los *Santos Niños Justo y Pastor*, bajo cuyo patronazgo se erigió la Diócesis Complutense; todos los santos mártires, confesores y vírgenes que pisaron nuestro suelo o dieron su vida por Cristo junto a nosotros o en tierras lejanas; san Félix y san Diego de Alcalá intercesores de nuestro trabajo y de toda la acción caritativa de la diócesis que continúa bajo la inspiración de Cáritas Diocesana. Creada en los orígenes de la diócesis, *Cáritas*, la expresión de la caridad de las comunidades cristianas, se ha ido extendiendo en sus diversos programas dirigidos, a atender a los más necesitados, a los que carecen de trabajo, a los ancianos, a los emigrantes y en general a las familias que necesitan de nuestra generosidad. De esta manera, siguiendo la docilidad de la Virgen María, la primera discípula, hemos ido creciendo como una auténtica familia, la familia de los hijos de Dios que peregrinan en la diócesis de Alcalá de Henares. Nuestra Santa e Insigne *Iglesia Catedral-Magistral* es la sede del sucesor de los apóstoles, la Iglesia madre de las demás iglesias, el icono de la Jerusalén del cielo que expresa con su belleza la verdadera ciudad de Dios. En ella, a lo largo de estos años, han tenido lugar las celebraciones más significativas de la nueva diócesis, entre las que destacan las ordenaciones de nuevos diáconos y presbíteros que son el regalo permanente del Señor que no quiere que nos falten pastores que guíen a su pueblo con el mismo corazón del Buen Pastor. A la Santa Iglesia Catedral peregrinamos todos para venerar las reliquias de los Santos Niños y para recibir la paternidad y la enseñanza de quien el Señor ha colocado como sucesor de los apóstoles. Con el obispo estamos llamados a ser como los primeros discípulos, cuya imagen está expresada en la comunidad primitiva: "Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en partir el pan y en la oración" (Hech 2, 42). A ejemplo de los primeros cristianos hemos de ir creando en nuestras parroquias y movimientos verdaderos discípulos de Cristo con procesos de iniciación cristiana. Así, introducidos en el seguimiento de Cristo iremos edificando, con la gracia de

Dios, la única Iglesia de Cristo en comunión con el Papa y los demás Pastores de la Iglesia Católica.

Junto a la Santa Iglesia Catedral nuestra diócesis tiene, regalado por la Providencia, otro icono: la *Capilla de las Santas Formas* abierta para la adoración perpetua. Del milagro de las formas incorruptas brota ese manantial de amor que nos recuerda las palabras del Señor: "Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20).

Nuestra diócesis es a la vez de origen martirial por los Santos Niños, eucarística por el signo providencial de las Santas Formas y con una impronta caritativa que nos inspira el sencillo y bondadoso san Diego de Alcalá. Por estas tres pistas continuamos avanzando poniéndolo todo a los pies de Jesús con espíritu de profunda adoración.

El próximo sábado, 24 de octubre, con la ordenación de diáconos y presbíteros en la Catedral-Magistral, daremos inicio al tiempo de acción de gracias por los veinticinco años de restauración de nuestra diócesis y que se prolongará durante los cursos incluidos en el 2015 y 2016. Durante todo este tiempo se propone la peregrinación de los arciprestazgos, movimientos, asociaciones, colegios, cofradías y hermandades, delegaciones, etc., a la Santa Iglesia Catedral-Magistral para venerar las reliquias de los Santos Niños y celebrar la Eucaristía de Acción de Gracias por los veinticinco años. Antes de la peregrinación se ofrecerá un tiempo de preparación en el que se dé a conocer la historia de la diócesis y se celebre el sacramento de la reconciliación con la confesión de los pecados y la absolución individual.

Al mismo tiempo, las imágenes de los Santos Niños y sus reliquias irán visitando las distintas parroquias y comunidades cristianas para poder contemplar y revivir el momento fundacional de nuestra diócesis. A la Delegación de Liturgia se le encarga la preparación de Subsidios para las celebraciones y a la Asociación de los Santos Niños confeccionar con los arciprestes un calendario para la recepción de las reliquias en los distintos lugares.

Con sencillez, y procurando la mayor belleza en las celebraciones, nos abrimos a este tiempo de gracia y de renovación pastoral que reclama la celebración de las Bodas de Plata de nuestra querida diócesis de Alcalá de Henares. Es ésta una buena ocasión para invitar a los bautizados durante estos veinticinco años a renovar

las promesas del bautismo, para llamar a los que se unieron en santo matrimonio y orar por los que han visto sus familias rotas. Es éste un tiempo propicio para dar gracias por los catequistas, por todos los colaboradores de las parroquias, los servidores del templo, los iniciadores de movimientos, etc. De manera particular es una ocasión para orar por los difuntos, por todos los que nos han precedido y han sembrado la fe en nuestras familias. Los niños, los ancianos, los enfermos y los presos deben estar en nuestro corazón preparando también para ellos este acontecimiento que nos reúne como familia del Señor.

Nuestros hermanos emigrantes y los pobres merecen nuestra atención y cariño. El mejor modo de acogerlos es animarles a formar parte de nuestras comunidades cristianas, a saberse de la familia que pone toda su esperanza en Cristo, nuestro Salvador. Para ellos están abiertas nuestras parroquias y todos tienen derecho a recibir el anuncio de Cristo, la razón de nuestro vivir. Para los más pobres y transeúntes inauguramos, con la gracia de Dios, la Casa de acogida San Juan Pablo II que será gestionada por fieles laicos voluntarios en sintonía con Cáritas diocesana. Para todos ellos va dirigido mi reconocimiento y gratitud. Ya que fue san Juan Pablo II quien erigió nuestra diócesis, es bueno que le honremos en nuestros veinticinco años con esta casa de acogida que lleva su nombre. Estoy seguro que, desde el cielo, inspirará a cuantos ofrezcan su tiempo y su trabajo para servir a los pobres.

También durante este año, con la ayuda de Dios, inauguraremos el nuevo templo de la Parroquia de Santo Tomás de Villanueva en la ciudad de Alcalá y la repristinación del templo de Nuestra Señora del Rosario de Torrejón de Ardoz. A pesar de las muchas necesidades presentes en tantas otras parroquias, estos acontecimientos de nuestra familia diocesana ponen de manifiesto nuestra vitalidad y la voluntad humilde pero firme de ir dotando a nuestra Iglesia de los medios necesarios para la evangelización y santificación de los fieles.

A todos os animo a comenzar esta nueva etapa que nos invita a dar gracias a Dios por su providencia amorosa que nos ha cuidado en estos veinticinco años en los que hemos peregrinado juntos, unidos a nuestros pastores Manuel, Jesús y ahora este servidor que os escribe. Seguro que son muchas nuestras debilidades y pecados pero estoy seguro de que son muchos más los dones que de Dios hemos recibido. Por ello os invito a dar gracias a Dios y a contar, narrar a los más jóvenes y pequeños esta bella historia que lleva por título Diócesis Complutense, nuestra querida diócesis de Alcalá de Henares.

2. EL JUBILEO DE LA MISERICORDIA

El 11 de abril de 2015, domingo de la Divina Misericordia, el Papa Francisco hacía pública la Bula *El rostro de la Misericordia* con la que convocaba un Año Jubilar para implorar la misericordia de Dios, volver a Él el corazón y ejercitarnos en las obras de misericordia.

En esta Bula de convocación, además de ofrecer una reflexión sobre la identidad de la misericordia recorriendo los lugares más significativos de la Sagrada Escritura, propone toda una serie de iniciativas que hemos de secundar y que hemos de conjugar con la celebración de los veinticinco años de la Diócesis. Ambas iniciativas concuerdan en perfecta armonía y lo que pretendemos es unificar las acciones que tienen la misma finalidad: promover la conversión, la reconciliación con Dios, de unos con otros, y confesar nuestros pecados.

Con el corazón limpio se nos invita también a celebrar la Acción de Gracias con la Eucaristía, peregrinando a la catedral y a los santuarios más significativos. Se nos pide de manera especial cuidar el Sacramento de la Penitencia continuando la experiencia de las 24 horas para el Señor y ofreciendo itinerarios que conduzcan a recuperar el sacramento del perdón. Para ello el Santo Padre nos pide que preparemos sacerdotes *misioneros de la misericordia* que, durante el tiempo de Cuaresma sean capaces de expresar los sentimientos del Buen Pastor en su misión de predicar y confesar. En nuestra diócesis esta preparación se desarrollará en la *Escuela de Evangelización* en la que, sacerdotes y laicos de los distintos arciprestazgos, prepararán, en el contexto de las semanas de evangelización, una predicación extraordinaria de la misericordia que vaya acompañada de celebraciones de la penitencia, de encuentros de oración, adoración al Santísimo y expresiones de la religiosidad popular.

También nos pide el Santo Padre dar a conocer y practicar las llamadas obras de misericordia, espirituales y corporales, que son un modo concreto de poner en práctica la virtud de la caridad y de ofrecer nuestro amor al prójimo, a nuestros hermanos, a los más necesitados. Un modo permanente de ejercer las obras de misericordia es colaborar con *Cáritas* diocesana, con las *Cáritas* parroquiales, con los centros de acogida, con el Centro de Orientación Familiar *Regina Familiae* -que, por cierto, está dedicado a la Divina Misericordia-, con la Pastoral de enfermos y con la Pastoral penitenciaria. Es esta una buena ocasión para crecer en disponibilidad y ofrecer nuestras personas y tiempo para hacernos

presentes como fieles que voluntariamente quieren compartir lo que el Señor les regala, ayudando a la Iglesia y sus instituciones en sus necesidades.

El Papa Francisco ha confiado al Pontificio Consejo para la promoción de la Nueva Evangelización la preparación de este Jubileo con el que alcanzar la indulgencia plenaria según las condiciones expresadas por la Sagrada Penitenciaría. A este Pontificio Consejo ha encargado también la preparación de Subsidios y de catequesis para acompañar este Año Jubilar. En concreto se nos anuncian una serie de publicaciones que abarcan los siguientes temas: Celebrar la misericordia, los Salmos de la misericordia, las Parábolas de la misericordia, la misericordia en los Padres de la Iglesia, Santos de la misericordia, los Papas y la misericordia, las obras de misericordia corporales y espirituales y la Confesión, Sacramento de la misericordia.

De todo ello daremos cumplidas noticias en el Boletín parroquial que acompañará mensualmente tanto los veinticinco años de la diócesis como el Año Jubilar. Del mismo modo la página web del Obispado y los complementos electrónicos irán ofreciendo los subsidios necesarios para vivir estos acontecimientos de gracia.

De momento ya conocemos el *lema* de este Año Jubilar: *Misericordiosos como el Padre* (Lc 6, 37-38), que propone vivir la misericordia siguiendo el ejemplo de Dios nuestro Padre, paciente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad.

El *logo* se presenta como un pequeño compendio teológico de la misericordia. Muestra al Hijo que carga sobre sus hombros al hombre extraviado, recuperando así una imagen apreciada de la Iglesia antigua, ya que indicaba el amor de Cristo que lleva a término el misterio de su encarnación con la redención. El dibujo se ha realizado en modo tal de destacar al Buen Pastor que toca en profundidad la carne del hombre, y lo hace con un amor capaz de cambiarle la vida. Además es inevitable notar un detalle particular: el Buen Pastor con extrema misericordia carga sobre sí la humanidad, pero sus ojos se confunden con los del hombre. Cristo ve con el ojo de Adán y éste lo hace con el ojo de Cristo. Así, cada hombre descubre en Cristo, nuevo Adán, la propia humanidad y el futuro que lo espera, contemplando en su mirada el amor del Padre. La escena se coloca dentro de la mandorla que es también una figura importante en la iconografía antigua y medieval por cuanto evoca la copresencia de las dos naturalezas, divina y humana, en Cristo. Los tres óvalos concéntricos, de color progresivamente más claro hacia el externo, sugieren

el movimiento de Cristo que saca al hombre fuera de la noche del pecado y de la muerte. Por otra parte, la profundidad del color más oscuro sugiere también el carácter inescrutable del amor del Padre que todo lo perdona.

Acompaña el *Logo* del Jubileo un *Himno* oficial que invita a rezar con el estribillo "*porque es eterna Su misericordia*" como lo hace el Salmo 135. La partitura de este himno se puede descargar desde la página web del Jubileo (www.im.va). En esta misma página se encuentra también la Oración del Papa Francisco por el Jubileo que ya nos encargaremos de difundir por los medios ordinarios.

Finalmente se ha dado a conocer un calendario de los actos que tendrán lugar en Roma y que pueden servir como referencia para las diócesis e impulsar a la vez la peregrinación a Roma. Como es sabido, el Santo Padre abrirá la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro el martes 8 de diciembre de 2015, Solemnidad de la Inmaculada Concepción. En nuestra diócesis, y en todas las demás Iglesias particulares, la apertura de la Puerta Santa de la Catedral tendrá lugar el domingo 13 de diciembre de 2015, domingo tercero de Adviento.

3. UNA MIRADA AL CONTEXTO CULTURAL Y SOCIAL

No podemos lanzarnos a comenzar un nuevo curso pastoral, ni siquiera preparar adecuadamente las dos celebraciones extraordinarias, el Jubileo de la misericordia y las Bodas de Plata de la diócesis, sin profundizar en el contexto cultural y social en el que vivimos y en el que están inmersos nuestros fieles y los futuros cristianos.

Continuamente vengo refiriendo que nuestra diócesis de Alcalá de Henares tiene unas características singulares. Es una diócesis que tiene la posibilidad, por ser de reciente creación, de establecer unos criterios pastorales y de crear una serie de instituciones que la preparen para afrontar los retos actuales de la evangelización. Porque venimos desde el año 1991 apenas arrastramos tradiciones considerables en el campo pastoral. Por la edad de los sacerdotes -somos la diócesis que tiene el clero más joven de España- se hace posible pensar en el presente y en el futuro con esperanza. Sin embargo todo esto, unido al desarraigo de la población en muchos pueblos y ciudades del territorio diocesano, tiene su contrapartida. La falta de tradiciones y la juventud de nuestro clero también nos condicionan a la hora de afrontar los retos porque tenemos poca experiencia acumulada y porque las nuevas rea-

lidades que se han ido creando necesitan cuajarse y consolidarse. El crecimiento rápido de nuestros pueblos, que en poco tiempo han tenido que asimilar una emigración plural, incluso desde el punto de vista religioso, le da un carácter provisional a nuestras tareas pastorales necesitando, en cualquier caso, realizar una labor integradora entre las personas, con un fuerte carácter misionero y evangelizador. Nuestras parroquias, nuestros movimientos y comunidades, nuestra diócesis necesitan crecer tomando conciencia de pueblo, de familia. Necesitamos estrechar los lazos entre los distintos pueblos y crear espacios de comunión, de conocimiento mutuo y de verdadera integración, sintiendo a la Iglesia, la diócesis, como el espacio humano donde se puede vivir.

Nuestro reto está en darle rostro familiar a la diócesis, a las parroquias y a los movimientos. Cuando digo rostro familiar me refiero a crear comunidades y redes familiares donde se posibilita el salir del individualismo y del anonimato. No es suficiente crear un espacio y unos horarios para el culto y los actos religiosos. Necesitamos que la Iglesia, diseminada en cada territorio, pueblo o parroquia, se convierta en el primer espacio de comunidad y comunión que responda a las exigencias de amistad, de afecto, de acogida y participación, de fe y oración compartida, de espacio para la fraternidad, incluso para el descanso y la fiesta. Si somos el pueblo de Dios, lo hemos de manifestar con un modo alternativo de vivir que abarque todas las dimensiones de la persona, comenzando por encontrar en la Iglesia la primera comunidad de vida que me atrae y reconoce como persona y como hijo de Dios.

a) La secularización y sus consecuencias

El fenómeno más fuerte que ha sufrido España en el postconcilio, y en estos últimos veinticinco años, es la secularización. Esta palabra deriva de "secular" que hace referencia a lo que tiene que ver con el siglo o con el mundo contrapuesto a lo sagrado o al ámbito propio de la vida religiosa o "regular". En un primer momento, por parte de la mayoría de los teólogos y de los sacerdotes y fieles, la secularización fue recibida como algo positivo. Con ello se quería expresar la autonomía de la persona en sus decisiones y la llamada "autonomía de las realidades temporales" en el lenguaje del Concilio Vaticano II.

Con la palabra "secularización" se quería desmitificar y desdivinizar el mundo. Esta primera secularización positiva es la que realizan los relatos creacionales

del libro del Génesis cuando consideran al sol y a la luna como dos lámparas para el día y la noche en contraste con las culturas vecinas que las consideraban como divinidades. El peligro no estaba en saber distinguir entre el orden del mundo -las llamadas realidades temporales- y el mundo religioso con sus referencias a Dios. El problema no era ni distinguir ni aceptar una cierta autonomía que justifica la libertad personal y las leyes que rigen el mundo, las realidades terrenas. Lo que ha sido grave y ha ocasionado un fuerte detrimento en la visión del hombre y del mundo ha sido la separación y ruptura con Dios y la afirmación de la autonomía radical del hombre y del mundo frente a Dios.

b) Las raíces de la secularización

Con el tema de la secularización no podemos ser ingenuos. Las raíces de la secularización vienen desde Lutero y desde la Ilustración. Lutero por su visión pesimista del hombre, al que considera corrompido después del pecado original, establece una escisión entre el mundo y Dios, entre la razón y la fe, entre el poder secular y el ámbito de la religión. El mundo y las obras del hombre están todas dañadas por el pecado y por tanto no son un espacio donde se manifieste Dios. Su doctrina de la gracia no habla de la santificación del hombre y de su renovación interior, sino simplemente de una justificación extrínseca en la que solo queda en pie la fe que abre al hombre a participar de los méritos de la redención de Cristo.

Desde su propia visión, Lutero niega, por ejemplo, que el matrimonio sea un sacramento y le concede al Estado toda la potestad sobre la vida conyugal y familiar. Mirada desde esta óptica, la secularización no significa simplemente el distinguir los campos entre lo secular y lo religioso manteniendo el fundamento en Dios de ambas realidades, sino retirar a Dios del ámbito de lo secular, del mundo, de lo público, de la ética y de la política. Es negar que el hombre y las realidades creadas puedan ser directamente lugares de la presencia de Dios y de la gracia de Cristo que regenera al hombre, a su actividad, a la misma sociedad y a toda realidad creada que gime esperando la manifestación de los hijos de Dios (Rm 8, 14-21).

A la cosmovisión luterana y protestante se suma todo el proceso de la Ilustración y de la llamada modernidad que, afianzada en un determinado concepto de razón instrumental, rechaza la revelación y la interferencia de la religión con la historia y el construirse de la sociedad. Tomando como punto de partida la llamada guerra de religiones -que fue más bien lucha por el poder llevada a cabo por los

poderosos con el pretexto de la religión- se afirma la necesidad de devolver al Estado todo el poder secular, confinando a la religión al ámbito de la conciencia y la privacidad. El asalto de la secularización a los Estados, proclamando la irrelevancia de la religión y de Dios, viene desde el siglo XIX pasando por los totalitarismos comunista y nazi como prototipos de los Estados sin Dios. Sin embargo es curioso que, por las raíces luteranas de la secularización, los llamados Estados liberales y masónicos han dado lugar a estados confesionales y a estados laicos. La razón está en que en los Estados confesionales de inspiración protestante lo llamado secular está confiado solo al Estado, que ha renunciado a la búsqueda de la verdad cuyo origen está en la sabiduría divina conocida por la recta razón. Del mismo modo, más allá de los aspectos formales, ha confinado a la religión en el ámbito privado. Lo mismo ocurre ahora con las democracias liberales, confesionales o no, que han entronizado el relativismo como inherente a la democracia.

Lo que nadie ha profundizado todavía es si en la raíz de la secularización estaba en germen la demolición de todo fundamento, la descomposición del sujeto humano y social y la premonición del nihilismo que se presenta como hegemónico en la cultura actual. Lo que resulta evidente es que a la secularización le ha seguido el secularismo que ya no es simplemente afirmar la irrelevancia de Dios, sino construir al hombre y a la sociedad en contra de Dios.

c) El secularismo: laicismo y relativismo moral

En España, desde la transición política, el secularismo se ha manifestado como laicismo y relativismo moral. Con ello ya no se trata de expulsar a Dios del Estado; sino expulsarlo de la sociedad, del modo de entenderse el hombre, de la ética y de la vida social. Con este fin se han configurado las nuevas leyes que proclaman nuevos derechos humanos como el aborto, la eutanasia, la anticoncepción, la reproducción asistida; el divorcio exprés, la entronización de la ideología de género en el ámbito educativo y en la sanidad, la demolición de matrimonios con la equiparación al mismo de las uniones de hecho y de las uniones de las personas del mismo sexo; los atentados contra los signos religiosos en los espacios públicos; la pretensión de expulsar de la escuela la enseñanza de la religión, el rechazo de la presencia religiosa en los actos públicos, etc.

Tanto el laicismo como el relativismo moral no hacen justicia a la realidad ni a la verdad, necesaria para gobernar. El hecho religioso es constitutivo de la perso-

na y de sus manifestaciones. El hombre es naturalmente religioso y en España la cultura ha sido permeada por la cosmovisión católica que integra sin confundir lo secular y lo religioso. Prescindir de la antropología cristiana y de la Doctrina Social de la Iglesia lleva a caer en los reduccionismos antropológicos como la ideología de género que es una nueva versión del gnosticismo. Este no reconoce el valor sacramental de la carne ni los significados del cuerpo en su diferencia sexual. Del mismo modo, el laicismo es una nueva versión del materialismo que no reconoce la naturaleza religiosa del ser humano abierto a la sociabilidad, prolongación de su propia naturaleza.

d) El nihilismo

Al expulsar a Dios del Estado y de la sociedad se ha destruido toda posibilidad de fundamento que no dependa del consenso y de la opinión. La dictadura del relativismo conduce a la ausencia de toda verdad afirmada como fundamento del hombre y de la sociedad, como espacio para la afirmación de lo específicamente humano que no depende del consenso ni de la opinión. Posiblemente tengan razón aquellos autores que vieron en la secularización las raíces de este árbol que llamamos nihilismo y que significa en la práctica el navegar hacia ninguna parte, el negar todo fundamento que afirme la verdad del hombre; la fragmentación del sujeto humano y de la misma sociedad. A ello responde el individualismo que afirma la autonomía radical de la libertad del individuo que se crea a sí mismo. La presencia de la nada como horizonte ha secularizado el mesianismo cristiano y la escatología que anuncia el cielo, sustituyéndolos por la promesa del progreso permanente y por los bienes que se esperan de la ciencia y de la tecnología. Del mismo modo la ideología de género y el posthumanismo se presentan como nueva religión, en consonancia con la New Age.

Repasando bien todos estos acontecimientos, que de manera vertiginosa se han vivido en estos últimos veinticinco años en España, resulta claro que hemos sufrido un fuerte proceso de ingeniería social que, en connivencia con el Nuevo Orden Mundial, dirigido por oligarquías económicas, han tomado a España como un laboratorio donde experimentar la disolución de la antropología cristiana y, en definitiva, de la civilización cristiana con referencias claras contra la Iglesia católica. Mediante un cambio cultural, promovido desde la enseñanza, con la colaboración de los múltiples medios de comunicación y de la informática, se ha querido también arrancar a Dios del corazón humano, rompiendo todos los vínculos que le unen a la

Tradición como solar humano: romper los vínculos con la familia, romper los vínculos con la patria común y romper los vínculos con la religión. Rotos estos vínculos, solo queda como resultado el individuo a quien el consumismo estimula obsesivamente.

Los partidos políticos y la misma organización del Estado han actuado en España como estructuras de pecado (Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, 36) que han contribuido, con los medios de comunicación, a expulsar a Dios del Estado, de la sociedad y del corazón humano. Con ello se ha conducido a las personas a verse privadas de la razón que justifica su origen, su fundamento, el sentido de su vida y la meta final. Es Dios en efecto, revelado por Jesucristo, quien nos declara el origen de cada uno. Venimos al mundo llamados por el amor de Dios con quien colabora el amor de nuestros padres. La palabra *procreación*, ahora sustituida por "reproducción", es la que guarda memoria de este hecho: desde toda la eternidad hemos ocupado un lugar en la mente y el corazón de Dios. No somos producto de la casualidad, ni venimos del caos. Somos llamados personalmente por el Amor que hace justicia a la dignidad humana.

Del mismo modo es Dios quien sostiene nuestra vida. Es el fundamento. Cristo es la roca sobre la que podemos edificar nuestra casa que permanecerá firme a pesar de las dificultades (Mt 7, 24). Jesucristo, no solo revela al hombre el misterio del hombre (*Gaudium et spes*, 22), sino que, como decía san Juan Pablo II, es Él el que conoce el corazón humano: "¡No tengáis miedo! Cristo conoce 'lo que hay dentro del hombre'. ¡Sólo Él lo conoce!" (Juan Pablo II, *Homilía de inicio del pontificado*). Por eso continuamente invitaba el Santo Padre a los fieles: ¡Abrid las puertas a Cristo!, porque es el fundamento de nuestra existencia, es la Buena Noticia, el Evangelio que responde a todas las exigencias del corazón humano y lo sostiene en la esperanza. Finalmente, Dios es el sentido y el fin último de nuestra vida, la meta hacia la que caminamos guiados por el Espíritu Santo y la Iglesia. Sin la resurrección de la carne y sin el cielo no hay verdadera justicia para el hombre. Este estaría condenado a no ver más horizonte que la muerte.

e) La pérdida del alma

Perder el vínculo de la religión, arrancar a Dios del corazón humano y de la sociedad es lo que está conduciendo a España a perder el alma católica que ha inspirado su historia. Es esta pérdida de Dios lo que explica la decadencia del espíritu y la ausencia de vida interior que se observa en las últimas generaciones de

españoles. Cuando hablamos de decadencia del espíritu no estamos hablando de algo intrascendente. Estamos hablando de la peor enfermedad, de algo que arruina a la persona y la condena a ser como un juguete llevado por el viento, sometido a cualquier manipulación y esclavizado por sus instintos, por sus sentimientos y por las emociones. Sin vida interior no hay pensamiento propio. El hombre se ve arrastrado por los estímulos consumistas, incapaz de autodeterminarse y autogobernarse en su libertad. Por ello Benedicto XVI nos llamaba la atención para que fuéramos conscientes de la consistencia ontológica del alma humana: "El ser humano se desarrolla cuando crece espiritualmente, cuando su alma se conoce a sí misma y la verdad que Dios ha impreso germinalmente en ella, cuando dialoga consigo mismo y con el Creador. Lejos de Dios el hombre está inquieto y se hace frágil. Su alienación social y psicológica, y las numerosas neurosis que caracterizan a las sociedades opulentas, remiten también a este tipo de causas espirituales. Una sociedad del bienestar, materialmente desarrollada, pero que oprime el alma, no está en sí misma bien orientada hacia un auténtico desarrollo" (*Caritas in veritate*, 76).

Las últimas consecuencias de la secularización que han conducido al nihilismo, dejan al hombre sin criterio para afrontar las numerosas decisiones que le presentan la ciencia y la tecnología. El hombre contemporáneo, ha recorrido el camino de la autonomía radical, que ha roto los vínculos con la tradición, se ve solo y aislado frente a un serio potencial tecnológico que pretende, movido por grandes intereses, colonizar la naturaleza humana. La tecnología hoy, en efecto, es capaz de incidir en la propia naturaleza humana y el "hombre se ve obligado a tomar decisiones sin ningún criterio adecuado para hacerlo, dado que la secularización ha demolido todos los puntos de referencia. Hoy la secularización ha secularizado también la identidad masculina y femenina, la procreación, la maternidad y la paternidad" (Giampaolo Crepaldi, *La dottrina sociale della Chiesa*, 74. Ed. Cantagalli, 2014).

En definitiva el hombre, producto del secularismo, se ha quedado sin gramática humana. Es incapaz de reconocer su propia identidad, los significados del cuerpo y sus fines. Con ello queda abierto el camino al que aboca la ideología de género: el transhumanismo y el posthumanismo.

f) Postura de la Iglesia

A todo esto nos podemos preguntar ¿y qué ha hecho la Iglesia para frenar la secularización y sus consecuencias? La respuesta debe ser matizada y hacerse car-

go de los distintos niveles de actuación en cada momento, particularmente después del Concilio Vaticano II. Frente a la expulsión de Dios de los Estados, la Iglesia, desde León XIII ha propuesto la *Doctrina Social de la Iglesia* para devolver al Estado la verdad que viene de Dios, los principios, criterios y orientaciones para salvaguardar la dignidad trascendente de la persona y sus vínculos fundamentales y necesarios para alcanzar el bien común. Era una manera de no entrar en colisión directa con los Estados laicos y las democracias parlamentarias y liberales que predominan en Europa. Esta propuesta ha sido continuada por todos los Pontífices hasta el Papa Francisco. Un punto de inflexión lo marcó la Constitución *Gaudium et spes* y el Decreto *Dignitatis humanae* del Concilio Vaticano II en los que se proponía un diálogo con el mundo, se afirmaba la autonomía relativa de las realidades temporales y se ponían las condiciones para la auténtica libertad religiosa.

Al mismo tiempo que se hacían estas propuestas, la secularización avanzaba también en el interior de la Iglesia dando síntomas verdaderamente preocupantes: secularización de sacerdotes, crisis de vocaciones religiosas y sacerdotales, pérdida del carácter sacramental y misterioso de la liturgia, crisis de la identidad tanto sacerdotal como laical, pérdida de relevancia de los católicos en el ámbito sindical y en la política. A ello hay que añadir las crisis de la teología y de la moral que se han visto reflejadas en las tareas pastorales: catequesis, pastoral matrimonial y familiar, formación del laicado, evangelización de la actividad humana, el mundo del trabajo, la empresa, las actividades profesionales, etc.

La primera impresión es que la secularización ha ido ganando terreno a la fe cristiana y que todo intento por frenarla era tachado de integrista. No han sido pocos los teólogos que han hecho de la secularización su propio programa afirmando la necesidad de un mundo adulto y autónomo en el que es necesaria la *kenosis* y el ocultamiento de Dios. En esto se nota, como he dicho antes, la raíz luterana de todo el proceso que ha conducido de la secularización al secularismo y de éste al laicismo, relativismo moral y nihilismo.

Lo que es bien cierto es que lo católico en España resulta irrelevante para construir la sociedad, para inspirar las leyes que nos gobiernan y para ofrecer los criterios necesarios para salvaguardar lo específicamente humano que alcanza su esplendor en Cristo, el verdadero hombre. Ni la política, ni la economía, ni la cultura hegemónica transmitida masivamente por los medios de comunicación, ni los programas educativos gozan de una clara inspiración cristiana. Es más, a menudo

se presenta a la Iglesia Católica y a su enseñanza como algo que pertenece al pasado y que hay que abolir.

Ante esta situación, es normal que los católicos sientan una cierta orfandad y, en cierto sentido, una gran desorientación que se ve acrecentada por los nuevos estilos de vida de los jóvenes, la crisis del noviazgo, la crisis social y falta de trabajo; las nuevas plagas del alcohol, la droga, la pornografía, la falta de criterio sobre la identidad sexual, etc. Por eso son muchos los que preguntan con inquietud: ¿y qué hace la Iglesia? ¿y qué podemos hacer?

Antes de responder a estas preguntas conviene reconocer que hay una cuestión de fondo no resuelta: la adecuada relación de la Iglesia con la realidad secular y la ausencia de una teología política que inspire la presencia de los católicos en la vida pública. Para ello hay que comenzar clarificando que una cosa es que el Estado se declare aconfesional y otra que la tarea de la política y la misión del Estado se desvinculen de la verdad y lo sometan todo a la opinión y al consenso de las mayorías. Por eso la propuesta católica pasa siempre por el reconocimiento de la verdad y los principios y criterios de la Doctrina Social de la Iglesia, aunque también hemos de reconocer que ahora mismo en España no existe un sujeto adecuado, un pueblo que la viva, la sostenga y la haga posible y comunicable en el foro público. Decíamos antes que el nihilismo conduce a perder la gramática humana, pero también es verdad que los católicos hemos perdido nuestro propio lenguaje. El haber abandonado el concepto de ley natural, en vez de profundizar en ella como nos pedía Benedicto XVI, nos ha dejado sin un punto de referencia para plantear las cuestiones en el foro público. Lo mismo ocurre con las llamadas de san Juan Pablo II en la *Fides et ratio* y en la *Veritatis splendor* que no ocupan el lugar que les corresponde en los estudios y propuestas tanto filosóficas como teológicas y morales. La Doctrina Social de la Iglesia necesita ser vehiculada con un aparato filosófico comunicable, que salvaguarde la verdad, lo específicamente humano y lo imprescindible para la vida social en sus aspectos éticos y comunitarios. San Juan Pablo II recurrió en su momento al término "*ecología humana*" que ahora el Papa Francisco ha retomado con el concepto de *ecología integral* (*Laudato si'*, 155). Lo que es cierto es que para llegar a un *diálogo* con el mundo se necesita partir de un *logos* que sirva de fundamento y de posibilidad de comunicación.

Ante la pregunta ¿qué hace la Iglesia?, el Papa san Juan Pablo II, siguiendo la estela del Papa Pablo VI, constató que la secularización estaba provocando la pérdida de la fe. Por eso nos alentó a todos a emprender una nueva evangelización

que hiciera posible la gestación de nuevos cristianos que viviesen un catolicismo integral. Para ello se hacía necesario recuperar la iniciación cristiana según el modelo del Catecumenado antiguo que propició el Concilio Vaticano II (*Sacrosanctum concilium*, 64). Del mismo modo la promoción del *Catecismo de la Iglesia Católica* y del *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* nos dotaban del bagaje doctrinal suficiente para la formación del laicado en orden a promover su misión en la Iglesia y en el mundo.

San Juan Pablo II enriqueció a la Iglesia con sus *Catequesis sobre el amor humano*, donde expone la teología del cuerpo que nos proporciona un lenguaje apropiado para difundir la antropología adecuada y responder a los retos de la revolución sexual, la ideología de género y el posthumanismo. De todos es conocido su afán por salvaguardar la dignidad trascendente de la vida humana y el bien social del matrimonio y de la familia. Sin embargo todo su empeño, y el interés que ha manifestado el Papa Francisco con los dos Sínodos sobre la familia, se han visto acompañados por un tsunami de leyes, en España y en el mundo, que están propiciando la destrucción de la vida humana naciente y, a su vez, están promoviendo la muerte de los ancianos y de los enfermos (de cualquier edad) llamados terminales.

Estos fenómenos, unidos a la baja natalidad en España, ponen en evidencia que para el sostenimiento de las familias y la promoción del matrimonio y de la natalidad, necesitamos también la promoción de políticas familiares adecuadas y de leyes justas. Y es aquí donde se nota la ausencia de un catolicismo social, la presencia organizada de un pueblo capaz de promover políticos católicos que puedan respetar y promover el bien común y salvaguardar lo específicamente humano.

El pontificado de Benedicto XVI ha querido destacar la centralidad de Dios, Creador y Redentor, sin el cual el hombre no se entiende a sí mismo. Del mismo modo ha presentado a Jesucristo como el camino del hombre que discurre a través de las virtudes teologales, las primeras joyas con las que Dios adorna a los bautizados. La propuesta de la fe y de la verdad que resplandece en Cristo le llevó al Papa Benedicto a promover y anunciar en todos los foros políticos la necesidad de superar la visión de una razón instrumental para lograr una razón abierta a la fe. Razón y fe son las dos alas del espíritu como explicita la Encíclica *Fides et ratio*.

El legado de los dos últimos sucesores de Pedro es un manantial al que debemos volver continuamente para iluminar el camino de la Iglesia y su misión. Colocado en esta misma senda, el Papa Francisco pretende movilizar al pueblo

santo de Dios para llevar el primer anuncio cristiano y crecer en el discipulado misionero. Es este un momento que debemos aprovechar para llevar adelante la conversión pastoral que nos reclama el Papa con el anuncio y profundización del kerygma.

4. ORIENTACIONES PASTORALES PARA UNA RESPUESTA ADECUADA

Después de este repaso en el que hemos visto lo más característico del postconcilio y de estos últimos veinticinco años, surge la pregunta ¿por dónde hemos de continuar? ¿Qué hemos de hacer en nuestra diócesis de Alcalá de Henares?

En primer lugar, después de lo dicho, creo que no podemos tener una visión ingenua de lo que sucede. La disolución del catolicismo en España no es producto simplemente de una crisis pasajera sino algo que viene programado con potentes medios de ingeniería social y que ha conseguido inocular el virus de la secularización en el interior de nuestra Iglesia. La respuesta, por tanto, requiere una conversión personal de los sacerdotes, religiosos y fieles laicos y una conversión pastoral acorde con los retos que presenta nuestro mundo.

En consonancia con lo que he venido repitiendo en las anteriores Cartas pastorales es necesario dar un nuevo impulso a la evangelización y no dedicarnos simplemente a repetir la pastoral ordinaria o a gestionar la decadencia.

a) Una diócesis, un pueblo

La celebración de los veinticinco años de la diócesis nos ha de servir para crecer, por la gracia de Dios, en la comunión de unas parroquias con otras, de los sacerdotes y fieles entre sí y con el obispo. Cuando se restauró la diócesis no se realizó simplemente una acción administrativa. Los hechos que suceden en la Iglesia hemos de leerlos siempre con los ojos de la fe y desde la lógica sacramental. Confiar un territorio a un obispo, sucesor de los apóstoles, equivale a la *plantatio ecclesiae*, a crear una porción del pueblo santo de Dios llamado a cantar las alabanzas al Señor, proclamando sus maravillas; anunciar la Buena noticia de la salvación y santificar a cuantos viven en ese lugar.

La imagen que más se adapta a lo que entendemos por diócesis (territorio confiado a un obispo) es la de pueblo. Somos el pueblo de los bautizados, el pueblo que Dios ha rescatado haciéndonos renacer como hijos de Dios. Somos la familia de la fe cuyos lazos son más fuertes que los de la carne y de la sangre. Todos somos hijos adoptivos de Dios, cuyo primogénito es Jesucristo. Comemos en la mesa del Señor (la eucaristía), recibimos su cuerpo y su sangre y formamos un solo cuerpo. Cristo es nuestra cabeza y nosotros somos miembros de su cuerpo, vivificados por su Espíritu.

Creer en la comunión y tomar conciencia de ser un pueblo es un objetivo permanente de nuestra diócesis. Las peregrinaciones a la Santa Iglesia Catedral Magistral nos han de ayudar a manifestar la pertenencia a este pueblo que peregrina en Alcalá de Henares. Como el pueblo de Israel, como Jesús que peregrinó hacia Jerusalén y que se hizo presente en el templo, este año estamos invitados como familias, parroquias y arciprestazgos a peregrinar a la Catedral para celebrar el Jubileo de la Misericordia y los veinticinco años de la diócesis.

Además de preparar las peregrinaciones con las catequesis pertinentes y la celebración del perdón, acudir a venerar las reliquias de los Santos Niños, Justo y Pastor, es todo un signo de que hemos sido fundados como una Iglesia de mártires, de testigos de la fe. La visita de las imágenes y de las reliquias de los Santos Niños ha de contribuir también a tener unos signos de referencia común.

Nuestra diócesis no estará consolidada si los fieles no son introducidos en este *sentido de pertenencia* a la Iglesia local. Recordemos a los primeros cristianos, a la iglesia de los mártires y de los Santos Padres. La Iglesia local, que tiene su icono en la Catedral donde está la sede del sucesor de los apóstoles, es considerada como una madre que engendra a sus hijos en el bautismo y que los alimenta con el pan de la Eucaristía y los demás sacramentos. Donde está el obispo, allí está la Iglesia que nos vincula a la Iglesia católica presidida por el sucesor de Pedro. Esta es la verdadera realidad que nos hace ciudadanos del cielo que es nuestra verdadera patria.

b) Oasis en medio del desierto

Si lo miramos bien, somos un pueblo frágil, diseminado en cada una de las parroquias y movimientos que apenas emergen en la realidad social para ser reco-

nocidos. No pretendemos el poder, pero, por gracia de Dios, llevamos como en vasijas de barro un tesoro que trasciende todas las riquezas y poderes de este mundo. (2 Cor 4, 7). Estamos llamados a ser, en medio del desierto de este mundo, oasis donde se entra en el descanso de Dios y somos enriquecidos con todos los sacramentos que nos regalan el cielo en la tierra.

El Salmo 22, el Señor es mi pastor, describe exactamente este segundo objetivo pastoral de nuestra diócesis. Como Israel peregrinamos por el desierto y somos acosados por nuestros enemigos que nos persiguen. De repente, por pura gracia de Dios, se presenta ante nosotros un oasis en el que podemos reposar, ser ungidos y hospedados por Aquel que nos guía y prepara una mesa frente aquellos que nos odian. Nuestra Iglesia, en cada una de sus familias, parroquias, movimientos y comunidades cristianas, está llamada a ser un oasis en medio del desierto de este mundo. El Salmo 22 nos puede servir de programa.

Es verdad que ahora mismo ni España, ni nuestro territorio de la comunidad de Madrid puede ser reconocido como un vergel. Hacia ese objetivo debe tender la evangelización: transformar todo el territorio en un vergel como anuncian las promesas mesiánicas (*Isaías* 35). Sin embargo, en medio del desierto, nosotros hemos de ser como un oasis. Este es todo un programa para las familias y para las parroquias que se reclaman mutuamente.

Las parroquias, centradas en las familias que hacen de la Iglesia además de una comunidad espiritual una comunidad de hijos (en la carne), han de poner toda su atención en formar una comunidad que engendra nuevos cristianos con verdaderos procesos catecumenales para la iniciación cristiana. Es el *catecumenado* con toda la riqueza de la Palabra y los sacramentos el que transforma el desierto en un vergel donde florecen las familias cristianas que hacen resonar en sus casas, diseminadas por el desierto, la Palabra predicada en la parroquia-comunidad, donde se ora en común, se bendice a Dios y se sirve a cada hombre con rostro de hermano.

Sin comunidades cristianas no se generan familias cristianas. Sin familias cristianas no se transmite la fe. Sin la transmisión de la fe el desierto avanza y los oasis desaparecen. Para remediar esta situación, el Espíritu enriquece a las Iglesias con dones y carismas que hemos de apreciar en cada momento y reconocer como aliento que nos envía el Señor. Me refiero a los movimientos, a las comunidades cristianas, a la presencia de la vida consagrada y a las iniciativas de primer anuncio

cristiano y de Catequesis de iniciación cristiana. Es el Señor, quien como Pastor, nos conduce por el desierto para que, aunque caminemos por cañadas oscuras y valles tenebrosos, podamos experimentar su Amor que nos hace decir: ¡Nada me falta!

En estos momentos difíciles por los que atravesamos los católicos en España no podemos esperar que las cosas se arreglen por los cambios políticos. En la política no está nuestra salvación. No la despreciamos y somos conscientes de que necesitamos laicos bien formados en la vida pública y en la política. En estos momentos no podemos generar grandes cambios sociales, pero sí podemos sembrar el territorio de oasis que vayan ganando al desierto y dispongan la sociedad para otros cambios sociales que generen políticas más justas y adecuadas. En definitiva, se trata de hacer caso a las parábolas del Reino (el grano de mostaza, la levadura en la masa. Mt 13, 31-33) con las que Jesús les mostraba a los discípulos como crece el Reino de Dios. Luego añadiría: "Buscad el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará como añadidura" (Mt 6, 33).

c) No será así entre vosotros

Al afirmar la necesidad de crear, con la gracia de Dios, oasis en medio del desierto, no hay que confundir esta pretensión con la voluntad de construir guetos o levantar muros de separación. Estamos en el mundo, aunque no somos del mundo (Jn 17, 16). Nuestra voluntad es salir al mundo, como nos insiste el Papa Francisco, para llevar a Cristo, para evangelizar.

Dicho esto, hemos de constatar sin embargo que, al ser el hombre naturalmente religioso, cuando se prescinde de la religión verdadera inmediatamente aparecen otras formas de vivir, incluso una religión antirreligiosa. Y así podemos constatar cómo, con una mala versión de la democracia, ésta se ha convertido en un sustituto de la ética y de la religión que se impone con sus ritos y con sus sacrificios. No cabe ninguna duda de que en España al abandonar la tradición católica, en lo que podemos llamar una sociedad postmoderna y postcristiana, han aparecido multitud de formas religiosas secularizadas que exigen multitud de sacrificios y nuevos rituales de carácter urbano que cuentan con la alianza de los medios de comunicación y que esconden grandes intereses consumistas y pecuniarios. Estas formas de religiosidad antirreligiosa cargada de superstición, fetiches e ídolos, no se impone por vías reflexivas sino por

nuevas prácticas y modas de vivir. En este sentido no hay más que constatar los sacrificios y dispendios que exigen las nuevas modas en el vestir, en el modo de divertirse, en los tatuajes, en el modo de pasar la noche en vela con la movida, en la promiscuidad y la banalización de las relaciones sexuales. Para muchas personas la propuesta masiva de la anticoncepción, el recurso a la fecundación in vitro, etc., ha supuesto un cambio en el modo de vivir la procreación. Lo mismo ocurre a las generaciones más jóvenes en el modo de sus relaciones, en la organización del tiempo de ocio. Todo ello ha ido cambiando por vía práctica el sentido del noviazgo y los rituales de relación y conocimiento mutuo. Lo mismo hay que decir de los rituales consumistas que han ido sustituyendo el contenido cristiano de las fiestas: la introducción de Halloween, por ejemplo, cambia el modo de entender la muerte. Del mismo modo las macrofiestas, los rituales propios del fútbol, etc., vacían de contenido cristiano el domingo. Lo mismo sucede con la liberación de los horarios en los días festivos, la introducción de la Jornada Black Friday, Papa Noel, etc. Al final se trata de introducir por vía práctica una nueva cosmovisión que se ve acrecentada por los móviles, las redes sociales, los videojuegos, los dibujos animados, que sin ningún tipo de criterio consiguen que la imaginación de nuestros niños y adolescentes deje de ser cristiana.

Frente a todas estas formas de religiosidad antirreligiosa hemos de ofrecer un nuevo estilo de vida. Para ello basta recordar lo que san Pablo decía a los cristianos de Éfeso: "Hubo un tiempo en que estabais muertos por vuestros delitos y pecados, cuando seguáis la corriente del mundo presente [...] Antes procedíamos nosotros también así: siguiendo los deseos de la carne, obedeciendo los impulsos de la carne y de la imaginación y, naturalmente, estábamos destinados a la reprobación. Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo -por pura gracia estáis salvados-, nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con Él" (*Efesios* 2, 1 ss.).

Ser católicos en este momento, y siempre, es presentar un modo alternativo de vivir que está centrado en Cristo y en la tradición de la Iglesia católica. En cierta ocasión, cuando los discípulos discutían entre sí tratando de averiguar quién sería el primero entre ellos, Jesús los amonestó diciendo: "Entre vosotros no debe ser así, sino que si alguno de vosotros quiere ser grande, que sea vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el primero, que sea el servidor de todos; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida por la liberación de todos (Mt 20, 26-28).

Esta misma actitud la manifestaron los apóstoles cuando fueron prendidos por predicar el nombre de Jesús y su salvación. Su respuesta ante los jefes del pueblo es programática para todos nosotros: "Hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres... Nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído" (*Hech* 4, 19-20). Nuestro criterio es Cristo y la tradición de la Iglesia y ambos deben configurar nuestro modo de vivir. Este es, por tanto, otro objetivo pastoral que tenemos que tener en consideración.

El modo práctico de llevarlo a cabo es tener en cuenta una serie de criterios para ordenar la vida personal, familiar, comunitaria y social. En primer lugar hemos de aprender y enseñar a ordenar el tiempo y el espacio. El *tiempo* es oferta de Dios para nuestra salvación y debe ser santificado. La regla general para ello es seguir el Año litúrgico: Adviento, Navidad, Epifanía, Bautismo del Señor, Tiempo ordinario, Cuaresma, la Pascua con su cincuentena pascual, Pentecostés, Santísima Trinidad y Corpus Christi hasta la fiesta de Cristo Rey que culmina el Año litúrgico.

A esto hay que añadir los días festivos dedicados a Cristo, a la Santísima Virgen y a los santos. Entre todas estas fiestas hay que destacar el domingo, día de la resurrección o pascua semanal dedicado al descanso, al culto y la alabanza a Dios, a visitar a los enfermos y cultivar la vida parroquial y familiar. Entre los días singulares hay que destacar el propio onomástico, el cumpleaños, el día del bautismo, el aniversario de boda o de ordenación o la memoria de familiares difuntos, etc.

Además de esta regla general conviene formular una regla familiar para hacer de cada familia como una iglesia doméstica: las oraciones de la mañana, el rezo del Ángelus recordando la Encarnación, la bendición de la mesa, el rezo del Santo Rosario en familia, la bendición de los hijos antes de acostarse, la oración conyugal, el compartir juntos la Palabra de Dios, el rezo de Laudes y Vísperas, etc. Todas estas llamadas a tener presente a Dios ocupan tanto la vida personal como familiar y son vividas al ritmo que marca el Año Litúrgico en el que celebramos a Cristo.

Recuperar la santificación del tiempo es redimirlo, es superar una visión utilitarista o funcional para mirar la vida y el tiempo desde una lógica sacramental. Visto así, el tiempo es visita de Dios, es llamada a encontrarse con Él y responder a su llamada. Si lo hacemos así, el tiempo de cada persona debe ser ordenado según Dios. Esto es muy importante para la educación de los niños y para ordenar la vida de los adolescentes y jóvenes. Todos necesitamos un horario y un plan de vida personal, ordenar el tiempo dedicado al trabajo, al descanso, a las relaciones con

otros, etc. En todas nuestras ocupaciones está presente Dios y para descubrir su presencia hemos de dedicar tiempo a la oración, a tratar con Dios y a profundizar en la vida interior ayudándonos de algunas lecturas y de los consejos de un director espiritual.

En el plan de vida personal no pueden faltar los tiempos dedicados a conocer y meditar la Palabra de Dios, a santificar las fiestas y a buscar las ocasiones para crecer en la formación cristiana y en las obras de apostolado. Sin un orden amable y a la vez con flexibilidad y creatividad, el tiempo se escapa de nuestras manos y perdemos las oportunidades que nos envía Dios para nuestra perfección y salvación.

Del mismo modo que hay que ordenar el tiempo hay que saber valorar los *espacios*. La *naturaleza* es el primer libro que nos habla de Dios, en su primera alianza con el hombre. Contemplar la naturaleza, cuidarla y aprender de ella forma parte de la sabiduría de todas las generaciones.

El primer espacio con que nos encontramos además de la naturaleza es la *propia casa*. Se trata de un espacio singular y que muestra de manera inmediata el modo de ser y de vivir de quienes habitan en ella. En estos momentos, la construcción de las viviendas y su decoración no está orientada desde una lógica cristiana y sacramental. La reducción de los espacios, los precios y la presión del consumo y de los grandes comercios nos pueden conducir a hacer de nuestras casas espacios poco significativos o adornados con pósters o signos muy lejos de nuestra fe. Una casa para un cristiano es como un pequeño santuario donde se hace visible la figura de Cristo, de la Santísima Virgen, de los santos patronos, etc. El comedor nos debe recordar las comidas de Jesús, sus encuentros con sus amigos en Betania, la última cena, el lavatorio de los pies a los discípulos, etc. Los cuartos de los niños necesitan ser espacios en los que se siente la compañía de Jesús, de los ángeles custodios, de la Virgen nuestra madre, de los santos. Para un cristiano no hay espacios simplemente utilitarios. El espacio también tiene que hablar de Dios y de la belleza que es un signo de su presencia. De ahí la importancia de los iconos, de la entronización de la Biblia, de las imágenes significativas de cada tiempo: el Belén, las velas, los adornos de Pascua, el signo de la Cruz, etc.

En relación a la casa hay que destacar la importancia del *templo*, la *domus ecclesiae* o lugar de convocación de la asamblea (*ecclesia*) de los hijos de Dios, del pueblo que Él ha rescatado del pecado y de la muerte. De manera sencilla,

acomodada a la precariedad de nuestra diócesis, los templos tienen que ser expresión de la belleza del cielo. Así hemos de construir los nuevos templos que, aunque sean más pobres y sencillos, tienen que abrirnos al misterio de Dios y facilitar la oración y encuentro con Él y con la comunidad cristiana.

La centralidad de la cruz, el sagrario y el altar bellamente cuidados y adornados con flores en las fiestas, deben acompañarnos a entrar de nuevo en el paraíso para paladear ya en la tierra la hermosura del cielo. La pila bautismal, el confesionario o trono de la misericordia, las imágenes, etc., todo debe estar dispuesto de manera pedagógica y sacramental para ayudar a los fieles a seguir el itinerario cristiano marcado por los sacramentos.

El presbiterio con la sede, el ambón o mesa de la Palabra, el altar, deben estar dispuestos como el lugar donde se hace presente Cristo cabeza, sacramentalmente presente mediante el orden sacerdotal que, con los lectores y salmistas, nos predica la Palabra y ofrece con el pueblo santo el sacrificio pascual que nos introduce en la verdadera tierra de promisión. El lugar de la asamblea debe colaborar a manifestar que somos a la vez un pueblo en marcha que vive la comunión que nos regala el Señor, que ora con los salmos y con himnos inspirados, que canta las alabanzas al Señor y que crece como una comunidad de hermanos sosteniéndose mutuamente y cuidando con solicitud de los pobres.

Otras tantas cosas había que decir de los lugares de trabajo y de descanso, del modo de configurar los pueblos, las ciudades, el cementerio, de procurar hacer visibles los signos cristianos. Las cruces de término, el nombre de las calles, etc. Para los cristianos, los espacios y el tiempo necesitan ser visibilización de realidades redimidas que apuntan hacia el Reino de Dios, dejando que Cristo reine en nuestros corazones y manifieste su realeza en la vida social. Cuando esto resulte imposible en el contexto en el que vivimos hay que procurar oasis donde todo responda a la lógica de Dios y a la lógica sacramental.

Además de estos aspectos más exteriores, no cabe duda que cuando Jesús nos dice "*no será así entre vosotros*" (Mt 20, 26) se refiere a un nuevo modo de valorar las cosas y de orientar nuestra vida como discípulos de Cristo. Con ello está reclamando asumir por gracia de Dios las actitudes evangélicas y las condiciones del seguimiento de Cristo: "El que quiera venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero

quien pierda la vida por mí, la salvará. ¿Qué le vale al hombre ganar el mundo entero sí se pierde o se destruye a sí mismo?" (*Lc 9, 23-25*).

El seguimiento de Cristo supone escuchar su Palabra, formar parte de su comunidad de discípulos y caminar (siguiendo la propia vocación) por donde Él disponga. Él es quien centra nuestra vida, Él es el tesoro escondido que, cuando uno lo encuentra, deja todos sus bienes por adquirirlo con la alegría de haber encontrado lo único necesario y lo definitivo (*Mt 13, 44-52*).

El modo católico de vivir adquiere la forma del discipulado donde preside el amor que participamos de Dios y que se extiende hasta los enemigos. Este modo de vivir es como una revolución que remueve los cimientos de los modos de vivir centrados en el egoísmo, en la vanidad, el orgullo, la avaricia, la envidia, el interés, la codicia, el desenfreno de las pasiones, la maledicencia, la impiedad, el odio, la pereza, la acedia, la lujuria, la murmuración, la tristeza del vivir, la desesperación, la ansiedad, las luchas y las contiendas, las enemistades, las trampas, los fraudes, la mentira, etc. Sobre todo esto resuenan las palabras de Jesús: "No será así entre vosotros" (*Mt 20, 26*).

Entre vosotros debe reinar el amor, la paz, la alegría, la generosidad, la humildad, la pureza de corazón, la verdad, el perdón, la diligencia, la magnanimidad, etc. Este es el modo alternativo de vivir que se espera de los católicos, formando juntos comunidades cristianas de referencia en las que brillen sus virtudes humanas y cristianas. Sólo de este modo podrá ocurrir el milagro de la evangelización que despertará el atractivo de una vida lograda en la pobreza, en la modestia y la sencillez. Comunidades así que visibilizan a Cristo se constituyen en lugares de acogida y encuentro con Cristo que conducen a otros al encuentro con el Maestro. Él continúa diciendo a todas las generaciones: "Venid y lo veréis" (*Jn 1, 35-42*).

d) La conversión pastoral de las parroquias, arciprestazgos y movimientos

El Papa Francisco, en la *Evangelii gaudium*, nos lanza con un carácter programático una propuesta audaz: "Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una simple administración. Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un estado permanente de misión" (*Evangelii gaudium*, 25). Esta conversión pastoral la pre-

senta de la manera siguiente: "Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda la estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la versión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta primitiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad" (*Ibíd.*, 27).

Cuando el Papa se refiere a la parroquia lo hace en estos términos: "la parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. Aunque ciertamente no es la única institución evangelizadora, si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo la misma iglesia que vive entre las casas de sus hijos y sus hijas. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero. Pero tenemos que reconocer que el llamado a la revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión" (*Evangelii gaudium*, 28).

Con referencia a las *comunidades y movimientos* dice lo siguiente: "Las demás instituciones eclesiales, comunidades, movimientos y otras formas de asociación, son una riqueza de la Iglesia que el Espíritu suscita para evangelizar todos los ambientes y sectores. Muchas veces aportan un nuevo fervor evangelizador y una capacidad de diálogo con el mundo que renuevan a la Iglesia. Pero es muy sano que no pierdan el contacto con esa realidad tan rica de la parroquia del lugar, y que se integren gustosamente en la pastoral orgánica de la Iglesia particular" (*Ibíd.*, 29).

Comentando estos textos el Cardenal Ouellet, Prefecto de la Congregación de Obispos, ha afirmado en la XXXV Asamblea general ordinaria del CELAM que "*conversión pastoral quiere decir, ante todo, conversión de los Pastores, de los obispos y de sus colaboradores en el ministerio pastoral*". Esta conversión

está reclamando de todos nosotros, obispos, sacerdotes y colaboradores, una verdadera reforma espiritual que vaya suscitando actitudes y comportamientos virtuosos, marcados por el Evangelio. Toda reforma, nos recuerda el Papa, comienza con gente de rodillas: "Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga" (*Evangelii gaudium*, 262).

La vida de los sacerdotes, como la de todos los cristianos, necesita ser reglada. Yo os invito a todos, queridos sacerdotes, a ordenar vuestro tiempo con la ayuda de un director espiritual. Necesitáis, para hacer fructuoso vuestro ministerio sacerdotal, saber establecer cada día el tiempo dedicado a Dios con la oración, la Liturgia de las Horas, la preparación y celebración de la Santa Misa, el rezo del Santo Rosario, el estudio y la lectura espiritual. Del mismo modo, dejándose ayudar de los compañeros, hay que determinar a lo largo del año los retiros mensuales y los ejercicios espirituales; mantener la frecuencia de la confesión sacramental, la adoración, etc.

Los fieles continuamente me solicitan que los templos estén abiertos y que en todas las parroquias esté anunciado el horario para la confesión y para la atención personal, además de la atención específica en el despacho parroquial. En las ciudades, y también en los arciprestazgos, habría que diversificar el horario de la celebración de la Santa Misa para atender las distintas posibilidades de los fieles que trabajan, de los enfermos o que precisan acompañamiento, etc. Dada la complejidad de la vida de las personas, la creatividad en los horarios para los sacramentos y para la atención personal reclama de nosotros mayor disponibilidad y creatividad.

La conversión pastoral reclama también de los sacerdotes un cierto orden en la visita a enfermos y en el acompañamiento de las personas y de las familias en los momentos especiales de la vida: el nacimiento de un hijo, la enfermedad, la hospitalización, los aniversarios familiares, la soledad, los conflictos en la vida matrimonial, las dificultades con los hijos, etc. Si de verdad vivimos unidos a Cristo, tendremos su misma mirada sobre las personas y nos conmoveremos viendo a las multitudes que caminan como ovejas sin pastor (Mt 9, 36; Mc 6, 34). La conversión pastoral reclama a la vez de nosotros la conversión como rechazo del pecado, la reforma espiritual y la asimilación de nuestro corazón al corazón de Cristo. Es urgente pedirle al Espíritu Santo que nos regale un corazón como el del Buen Pastor

para ver con ojos agudos -los que posibilita el amor- el corazón de las personas, descubrir sus alegrías y sufrimientos y acompañar siempre a los más débiles y necesitados.

Hace unos años se hablaba constantemente de unir contemplación y acción. A esto hay que añadir la necesidad de adquirir una actitud eminentemente misionera. Necesitamos salir a la búsqueda de las ovejas y particularmente de las descarriadas. Ello exige de nosotros, los sacerdotes, una nueva síntesis pastoral: jerarquizar y ordenar nuestra caridad pastoral y dejarnos acompañar por un fuerte discipulado en la parroquia y en los movimientos.

Después de los años que han pasado de la culminación del Concilio Vaticano II, no se entiende el sacerdocio sin la necesaria referencia a la comunidad. Cuando se camina siguiendo los pasos de una auténtica comunidad cristiana que ha sido iniciada en el seguimiento de Cristo, el sacerdote es impulsado por los propios fieles y acompañado por ellos a estar en estado permanente de misión. Ellos supone rezar por los que pertenecen al territorio parroquial, visitarlos de manera sistemática y organizada, proponer caminos de conversión y de iniciación cristiana a tiempo y a destiempo. La razón es clara: el tesoro que llevamos en nuestras manos, como vasijas frágiles de barro, es la oferta de salvación para cada persona, es la respuesta a las exigencias de su corazón.

Consejos de evangelización

Para adquirir y renovar el espíritu misionero de la parroquia os propongo para este curso la creación y la renovación de los consejos pastorales de la parroquia en auténticos consejos de evangelización. Para ello podéis contar con la Escuela de evangelización que se ocupará en este curso de explicar y proponer experiencias de conversión pastoral desde la renovación de los consejos pastorales. Al mismo tiempo se presentará para los sacerdotes y los arciprestazgos una Guía para aplicar la Encíclica del Papa Francisco *Evangelii gaudium*.

Encuentros sacerdotales

A tenor de lo que se habló en el Consejo del presbiterio iniciaremos este curso con la presentación de esta Carta Pastoral y con el estudio del texto de

Benedicto XVI *La nueva evangelización*. Junto al estudio de este texto se ofrecerán materiales para profundizar en lo que es central y programático en la *Evangelii Gaudium*: el anuncio del kerygma y la dimensión social del mismo.

Los arciprestazgos

Esta misma tarea se confía a los arciprestazgos en combinación con las pistas que nos marca la celebración del Jubileo de la misericordia. En realidad ambas acciones parten de la misma raíz y persiguen el mismo fin: anunciar el Amor de Cristo muerto y resucitado para nuestra salvación; proclamar la misericordia de Dios Padre y la oferta del perdón expresado en las parábolas de la misericordia.

Los arciprestazgos deberán coordinar la misión y predicación extraordinaria de la misericordia que nos pide el Papa en la cuaresma. Para ello se designarán en cada arciprestazgo Predicadores de la misericordia para las semanas de evangelización y conversión que se organizarán en las parroquias.

Los movimientos y comunidades cristianas

También los movimientos de primer anuncio, Kerygma y Cursillos de Cristiandad, los grupos Alfa, la Acción Católica, los movimientos matrimoniales y familiares, la Renovación Carismática, las Comunidades Neocatecumenales, Comunión y Liberación, Vida Ascendente, Talleres de Oración, Adoración Nocturna y Perpetua, Apostolado de la Oración, grupos de espiritualidad, laicos unidos a los carismas de las órdenes religiosas y a la vida consagrada, los grupos juveniles, la Asociación de los Santos Niños, Scouts católicos, colegios católicos, las hermandades y cofradías, etc., necesitan escuchar la voz del Papa y aceptar la llamada a la conversión pastoral que les invita a integrarse en la pastoral orgánica de la diócesis y a recuperar su espíritu apostólico y misionero.

Tanto las parroquias como los movimientos y las comunidades cristianas necesitan estrechar sus lazos y crecer en sentido de pertenencia a un único pueblo: la Iglesia, que se concreta en nuestra diócesis. Como nos recuerda el Papa Francisco hemos de sentir el gusto espiritual de ser pueblo porque "la misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo una pasión por su pueblo" (*Evangelii gaudium*, 268).

5. LOS SERVICIOS DIOCESANOS PARA LA FORMACIÓN PASTORAL Y EVANGELIZADORA

Indicábamos anteriormente cómo el proceso de secularización que venimos sufriendo tenía como propósito expulsar a Dios del Estado, de la sociedad y del corazón humano. En España este proceso ha tenido unas características singulares por lo que supuso la coincidencia a la vez del postconcilio, la llamada transición política y la facilidad con que las ideologías inspiradas por el Nuevo Orden Mundial (a través de Naciones Unidas, las grandes ONG internacionales, los Parlamentos y los lobbies) se han introducido en el pensamiento y en el modo de vivir de muchos españoles. Tal como se gestiona la economía mundial mediante las oligarquías y los llamados mercados, la soberanía de los Estados se ve cada vez más mermada y dirigida. La obsesión por frenar la población y por aumentar el consumo está promoviendo nuevos tipos de personas que fácilmente se instalan en la cultura de la muerte (anticoncepción, esterilización, aborto, eutanasia, ideología de género, etc.) y son arrastradas, como hemos recordado antes, hacia estilos de vida gobernados por los instintos, las emociones y el consumismo obsesivo y hacia la mal llamada libertad sexual que afecta a niños, adolescentes y jóvenes de manera especial; desorden y rupturas familiares, crecimiento de las adicciones (alcohol, droga; pornografía, juegos, movidas, macrofiestas; adicciones al móvil, internet). A ello hay que añadir el aumento de la prostitución, los abusos a menores, la mayor violencia en el trato entre personas, los abusos en el campo laboral, el paro, los problemas unidos a la migración, la corrupción y la desestabilización política, etc.

No se trata de pintar un panorama sombrío, que fácilmente se rechaza por exagerado. Tampoco tenemos que caer en miradas ingenuas sobre la realidad. Lo que es cierto es que en las últimas décadas España ha crecido en la posibilidad de medios materiales y en la respuesta a las necesidades básicas: comida, sanidad, subsidios para los parados, mejores comunicaciones, viviendas, etc. Sin embargo es también evidente la decadencia de los espíritus, la decadencia de lo que hemos venido llamando civilización cristiana. Con procesos de ingeniería social, en connivencia con los medios de comunicación, no me canso de repetirlo, se está favoreciendo la ruptura con la tradición cristiana, con una clara hostilidad hacia la Iglesia católica y sus principios. Lo que se pretende es borrar toda huella del pensamiento católico en la vida pública y lograr la irrelevancia de la Iglesia Católica en el construirse de la sociedad.

Esta situación no solo es incómoda para los católicos y para las familias cristianas, sino que, desde los postulados de la fe y una sana razón, nos parece un planteamiento equivocado que necesita ser contrarrestado pacíficamente. Para un católico el verdadero hombre es Cristo que revela al hombre su misterio y su ser. La verdadera antropología, o visión del hombre, es la cristiana. Desde esta misma antropología adecuada el católico entiende que se debe organizar la sociedad contando con las familias, células básicas de la sociedad, el respeto a la vida humana, la diferencia sexual varón-mujer y los grandes principios de la Doctrina Social de la Iglesia: la dignidad trascendente y el primado de la persona, el destino universal de los bienes de la tierra, el principio de solidaridad y caridad, el principio de subsidiariedad y participación, los derechos y deberes vinculados a los bienes de las personas: la paz, la salud, el trabajo, la vivienda, el matrimonio entre varón y mujer, el derecho a la integración y unificación familiar cuando se emigra, la opción preferencial por los pobres, la libertad, etc.

Toda esta cosmovisión entendemos que posibilita el bien común -y no el interés general de los individuos- que entre todos, creyentes y no creyentes, hemos de buscar. Para ello, y con el fin de evitar el imperialismo de las ideologías necesitamos promover continuamente de manera lúcida la formación de los sacerdotes, de los religiosos y del laicado. Esta formación camina en dos direcciones: fortalecer a la propia Iglesia en el ámbito de la vida parroquial, en los movimientos y comunidades cristianas, impregnándose de un espíritu misionero; a su vez es necesario formar a los laicos para que puedan asumir sus responsabilidades familiares, eclesiales, profesionales y de carácter social y político. Una retirada de los católicos de la vida pública (vecinos, empresas y trabajo, sindicatos, medios de comunicación, administraciones, enseñanza, política, etc.) habría que considerarlo un pecado de omisión. Ahora bien, lanzarse a estos campos de trabajo sin la formación adecuada y sin el respaldo eclesial habría que considerarlo a su vez una temeridad.

Estas son en última instancia las motivaciones que respaldan la insistencia con la que os interpelo para que despertemos vocaciones religiosas (sacerdotes, vida consagrada) y vocaciones laicales (vida matrimonial-familiar y responsabilidades en la vida llamada pública).

a) La Escuela de Evangelización

Esta escuela, a la que debemos amar, la hemos de entender en su singularidad. Contando con la formación de los laicos en el resto de escuelas, el objetivo

principal de la escuela de evangelización es contribuir y colaborar con la conversión pastoral de las parroquias y movimientos. A la vez pretende ser un espacio de encuentro y conocimiento mutuo entre las parroquias y los movimientos en orden a una mayor colaboración en la misión evangelizadora y misionera. Al mismo tiempo quiere ser un cauce para dar a conocer experiencias de evangelización y formación de nuevos evangelizadores y misioneros.

Para este curso se invita a los consejos pastorales de las parroquias -los que existan o los que se quieren crear- para estudiar juntos lo que entendemos por nueva evangelización: contenidos, sujeto, método y medios necesarios. Al mismo tiempo se presentarán experiencias de conversión pastoral de las parroquias desde la creación de los Consejos de Evangelización que profundizan la misión de los Consejos Pastorales. Completará este objetivo el estudio de unos materiales preparados para la aplicación pastoral de la Encíclica del Papa Francisco *Evangelii gaudium*.

La segunda parte del programa previsto para este curso es preparar a los *misioneros de la misericordia* y las semanas de predicación y evangelización en Cuaresma. Para eso cada arciprestazgo deberá designar a los sacerdotes que puedan ser Predicadores de la misericordia para que, con los Consejos de evangelización y los laicos de los movimientos y parroquiales, podamos secundar la iniciativa del Papa para este *Jubileo de la misericordia*.

b) El Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia

Tanto para los sacerdotes, para los religiosos o para los fieles laicos, considero que la extensión del Instituto Juan Pablo II es una bendición de Dios. Lo digo por propia experiencia sacerdotal y episcopal. Lo propio de este Instituto, creado por voluntad expresa del Papa, es ofrecer las claves para afrontar tanto el tema de la sexualidad humana, como la antropología adecuada que posibilita descubrir la vocación esponsal y la belleza del matrimonio y de la familia. Aquí es donde yo he encontrado la sabiduría que puede contrarrestar la cultura de la muerte y dar, tanto a los sacerdotes como a los laicos, las certezas necesarias para afrontar los retos de la crisis cultural que padecemos. La teología el cuerpo, las catequesis del amor humano del Papa san Juan Pablo II, la reflexión antropológica, ética, y la aportación de las ciencias humanas (sociología, derecho, pedagogía, psicología, orientación

familiar, conocimientos de los ritmos naturales de la fecundidad), el estudio del matrimonio y la familia en la Escritura, en la tradición y el magisterio, etc., son un bagaje necesario para fortalecer nuestro ministerio y el apoyo a las familias en los diversos campos: pastoral familiar, movimientos matrimoniales y familiares, Centro de Orientación Familiar, Escuela de Padres y Familias, Educación sexual y para el amor, etc.

Entre todos hemos de entender los estudios del máster en ciencias del matrimonio y la familia como un recurso necesario para la misión. Sin este instrumento, ni los sacerdotes, ni los religiosos, ni los educadores y los fieles laicos lograremos conocer las claves necesarias para una pastoral tan urgente y vital para la Iglesia y la sociedad. Por eso no dudo que, con todas vuestras fuerzas, procuraréis sostenerlo y que no le falten alumnos.

La Formación de Agentes de Pastoral Prematrimonial

En consonancia directa con la labor formativa del Instituto Juan Pablo II, he confiado al Centro de Orientación Familiar la organización de cursos de agentes de pastoral prematrimonial y elaborar unos criterios y unos contenidos básicos para la preparación de los novios. Durante el año pasado ya tuvo lugar en el Monasterio de las Bernardas un primer curso. En estos encuentros se combinaron los contenidos doctrinales y los aspectos pedagógicos y metodológicos para impartir los cursos de preparación para la celebración fructuosa del sacramento del matrimonio y para ayudar a los futuros esposos en su vida matrimonial y familiar.

Para este curso es necesario que parroquias y arciprestazgos envíen nuevos alumnos para que reciban estos contenidos básicos y los materiales adecuados. La intención es que no haya ningún arciprestazgo que no cuente con las personas adecuadas para sostener los cursos de preparación al matrimonio, aunque puedan solicitar al Centro de Orientación Familiar las ayudas pertinentes.

Para los que ya realizaron el año pasado el curso básico está previsto el continuar un trabajo de Seminarios para profundizar en los temas estudiados y actualizar los materiales para los cursos.

Como criterio general dispongo que en la diócesis de Alcalá impartan cursos de preparación al matrimonio aquellos que hayan recibido esta preparación. Los arciprestazgos y las parroquias deben coordinarse para que no falten personas

preparadas para esta tarea. Los que no dispongan todavía de equipos preparados deberán derivar a los novios a los cursos que imparte el Centro de Orientación Familiar en Alcalá o, si es posible, arbitrar con el COF una cierta colaboración. Así mismo desde el COF se prestará orientación y materiales para los equipos que se vayan formando.

Las parroquias deberán remitir a principio de curso al COF los calendarios de cursos que ofrecen a los novios para facilitar la información en toda la diócesis y poder arbitrar las ayudas. Esta información estará disponible en la web del Centro de Orientación Familiar.

Ya conocemos de sobra las dificultades que presenta este campo de trabajo y el descenso de la nupcialidad. Por eso es importante formar conciencia y revitalizar la preparación de los novios, animándoles a que se presenten cuanto antes a las parroquias para poder gozar de mayor espacio de tiempo y, a su momento, introducir proyectos de preparación próxima y no solo inmediata.

La Escuela de Padres y de Familias

Esta escuela nace en nuestra diócesis al calor de los alumnos del Instituto Juan Pablo II y con la colaboración de profesorado de Madrid. El objetivo es que se haga presente en colegios y parroquias. Durante estos años la sede ha sido el palacio episcopal en Alcalá. Para este curso, además de la sede complutense, se quiere extender la escuela a algunos arciprestazgos. No cabe duda que se trata de una tarea que, según los propios alumnos, les ha supuesto una gran ayuda para desarrollar su vida familiar. Como iniciativa parroquial es algo que puede contribuir a darle un rostro familiar a la parroquia y poner los cimientos para generar una vida comunitaria.

Para los colegios se trata de un instrumento complementario para la educación de los hijos y que ayuda a los mismos esposos en su vida matrimonial. En la web del obispado encontraréis los datos necesarios para este curso.

c) El Instituto Diocesano de Teología Santo Tomás de Villanueva

Con la creación del Instituto diocesano de Teología se ha querido ofrecer la colaboración necesaria para la ayuda a las Delegaciones, para la

formación del laicado y mantener el interés por la cultura, el arte y la relación fe-razón.

Realizando un serio esfuerzo, dadas nuestras posibilidades, además de la sede complutense se van a abrir otras secciones en los arciprestazgos con lo que será necesaria la colaboración de otros profesores. Yo os animo a no cansaros, a ofrecer vuestra generosidad y a mantener firme el timón en la dirección de ofrecer a nuestros laicos la formación necesaria. Es importante que convenzamos a los laicos de la urgencia de su formación y de la conveniencia de que ésta se estructure con cursos básicos que abran a los conocimientos imprescindibles del hecho religioso, de la Sagrada Escritura, de la Teología en sus diversas ramas, de la Historia de la Iglesia y de su magisterio.

Como a veces no todo es posible y es conveniente la preparación en las diversas tareas de la Iglesia, se han abierto varias escuelas o secciones del Instituto que se hacen cargo de ciertas especialidades.

La Escuela de Catequesis

Desde el año pasado viene ofreciéndose a los catequistas un doble camino de formación: un curso básico los sábados y un desarrollo sistemático los lunes. No es necesario insistir en la importancia de renovar la catequesis. Así lo viene propiciando la Delegación confeccionando nuevos materiales y ofreciendo cursos y encuentros de catequistas.

El objetivo principal es recuperar, con la gracia de Dios, el arte de gestar nuevos cristianos que se incorporen a la comunidad cristiana. Para ellos, como hemos repetido varias veces, es necesario pasar del primer anuncio del kerygma al proceso de la iniciación cristiana, al seguimiento de Cristo y a la vida comunitaria. La enseñanza viene a consolidar el conocimiento de la fe para poder llevar una vida de oración, escucha de la Palabra, frecuencia de los sacramentos (Penitencia y Eucaristía) vida comunitaria y testimonio cristiano. Para ello es necesario contar con la familia e implicarla cada vez más en los procesos catequéticos de iniciación cristiana.

Vistos los frutos de la secularización y la descristianización progresiva de nuestras familias, es necesario que los catequistas recibáis el encargo que os hace la Iglesia como si os lo hiciera el mismo Jesucristo. Como os he dicho antes, necesita-

mos recuperar su mirada de compasión y ofrecer nuestra persona para enseñar a otros el camino de la salvación.

La Escuela de Liturgia

También la secularización ha logrado que en el campo de la liturgia se haya perdido en ocasiones su sentido misterioso y sacramental. Por el amor de Dios, hemos de desterrar de nuestras celebraciones el carácter funcional, utilitarista o simplemente festivo-sentimental.

La sagrada liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo, es Acontecimiento de Salvación donde irrumpe para nosotros la obra de redención y la glorificación de la Trinidad. La liturgia es un don que recibimos, no es de nuestra propiedad. Por eso no podemos manipularla sino recibirla tal como la custodia la Iglesia en su Tradición.

Recuperar el verdadero espíritu de la liturgia en clave evangelizadora es también una grave necesidad. Para ello es conveniente cuidar todos los aspectos: el cuidado del espacio celebrativo, el sagrario, el altar, la cruz presidencial, la sede, la mesa de la Palabra, la distribución de la asamblea, los signos litúrgicos, los ornamentos; los lectores, salmistas y ministros del altar; las moniciones, los cantos, las preces, el cuidado de los vasos sagrados, etc.

Cuidar la liturgia es entrar en el misterio de Dios y acceder a la obra de nuestra salvación que se va desplegando a lo largo del Año litúrgico y que se prolonga en la piedad popular y en la liturgia doméstica. Para todos los colaboradores en este vasto campo de la liturgia se abre este año la escuela de liturgia desde nuestra Delegación en colaboración con la Universidad de San Dámaso. A ella están invitados los equipos de liturgia constituidos o por constituir, los lectores, los ministros extraordinarios de la eucaristía, servidores del templo, grupos de música, encargados de la liturgia en las Cofradías y Hermandades y cuantos buscan a Dios en la oración y en la adoración. A la Delegación de liturgia confiamos esta tarea para formar grupos de liturgia a quienes confiar la misión más excelente en la Iglesia.

La Escuela de Arte Cristiano y las Aulas Culturales

Entre las consecuencias de la secularización no es menor la pérdida de los signos cristianos y de la estética que ha generado la cultura católica. Esto afecta

tanto al modo de construir las casas, los templos e incluso el modo de distribuir los espacios. Es necesario generar un arte significativo. La Iglesia ha procurado siempre mostrar la belleza de Dios y representar el cielo no sólo imitando a la naturaleza o exaltando el cuerpo humano sino que ha querido teñir a ambos de la gloria de la redención. Las imágenes que representan a Cristo, a la Virgen, a los santos o a la misma Trinidad, están nimbadas y estilizadas para indicar que se va más allá del naturalismo o la obra del hombre. Incluso los personajes bíblicos representados en tantas pinturas de los templos forman parte de un conjunto catequético que desarrolla la vida de la gracia, la historia de salvación, etc.

Lo mismo ocurre con cualquier expresión artística cuando es utilizada para los espacios sagrados o como simple expresión de la fe. Precisamente para descubrir estos lenguajes artísticos que ha generado la tradición cristiana, la Escuela de Arte Cristiano favorece la introducción en la lectura de este arte y procura que nuestros artistas descubran las claves que lo han inspirado, de tal manera que no nos falten expresiones artísticas de la fe en este momento.

La introducción de las ideologías en nuestra cultura y la omnipresencia del cientifismo como modo de explicar la realidad, nos hace necesario contrastarlas con la fe, desenmascarar su carácter ideológico y procurar un diálogo con todos aquellos que sinceramente buscan la verdad. Para ello se creó el Aula Cultural *Civitas Dei* en Alcalá y recientemente se ha creado el aula *Duns Scoto* en Rivas-Vaciamadrid. Estas iniciativas pretenden darle a nuestra fe el sostén necesario de la razón para no caer en el fideísmo y dotar a los creyentes de las razones que les ayudarán a vivir con paz su fe, saber dar razón de su esperanza e, incluso, ayudarles en la transmisión de la fe y en la enseñanza.

Como obispo quiero felicitar este tipo de iniciativas, llevadas a cabo desde la precariedad de medios, pero que cumplen una misión importante tanto para los jóvenes como para los adultos. Lo importante es que sintamos estas acciones como propias, las divulguemos y las cuidemos con nuestra presencia.

Secretariado de Espiritualidad

Hablábamos anteriormente de la decadencia del espíritu y de la vida interior en las nuevas generaciones y en el ambiente general de vida que caracteriza al momento presente. Este virus no merece ningún respeto y debe ser combatido con

todas nuestras fuerzas. Sin vida interior el hombre se derrumba. Sin la oración y el cuidado del espíritu, la fe languidece y puede llegar a perderse. Por eso, cuando hablamos de la formación en general, o de la formación del laicado, no podemos olvidar nunca este aspecto. Como camino concreto para el crecimiento de la vida en el espíritu se creó el *Secretariado Diocesano de Espiritualidad*. A lo largo de estos años ha promovido cursos sobre la oración, la espiritualidad de santa Teresa de Jesús y Teresa de Lisieux, retiros mensuales para laicos y tandas de ejercicios espirituales en distintas fechas del año.

Esta labor la hemos de continuar y acrecentar ya que es mucho lo que está en juego: la mundanización o el despertar del espíritu que es tan necesario en estos momentos. Yo no sé lo que estaría dispuesto a hacer para convencerlos, queridos sacerdotes, religiosos y laicos, de que todo lo que ha pasado en la Iglesia y en nuestra sociedad se debe a una gran crisis espiritual, a una decadencia del espíritu. Cuando la persona está atrapada por los sentidos, por los instintos, por el gusto de las cosas, por los sentimientos o emociones, es incapaz de dar el salto a la libertad y a la dirección de su vida. En vez de autogobernarse y dirigir su camino, es conducido, atrapado por los estímulos de una sociedad consumista, manipulada ideológicamente y configurada desde el pensamiento emotivista.

Para contrarrestar este ambiente "cultural" necesitamos del silencio, ser introducidos en la oración y contemplación. Necesitamos ejercitarnos en el espíritu para escuchar la voz de Dios que nos habla en el interior de la conciencia rectamente formada; para acoger su Palabra, para aprender a responder a la llamada de Dios y afrontar las situaciones con valentía y espíritu de fe. Por eso os reclamo una vez más, queridos sacerdotes, que en vuestras parroquias y en los movimientos se faciliten los momentos de oración: escuelas de oración, de adoración ante el Santísimo, de alabanza, escuelas de la Palabra para la *lectio divina*, etc. Por su parte el Secretariado de Espiritualidad continuará ofreciendo sus servicios procurando seguir las directrices de la pastoral orgánica de la diócesis y las indicaciones del Santo Padre.

Para este curso se propone seguir las indicaciones del Pontificio Consejo para la promoción de la Nueva Evangelización como hemos expuesto anteriormente.

6. TRASMITIR LA FE EN TODOS LOS ÁMBITOS

Cuando el Papa san Juan Pablo II constató, como hemos dicho, el vacío de Dios y la crisis de fe que estaba provocando la secularización, es cuando invitó a

toda la Iglesia a una *nueva evangelización*. Este es el mayor problema que tiene la Iglesia católica: la crisis de fe y la decadencia del espíritu. Sin darse cuenta los pueblos se están quedando sin alma. Este fenómeno explica el fracaso de la catequesis en estos últimos años, la ausencia de los jóvenes y la falta de vocaciones a la vida consagrada y al sacerdocio.

Si esto es así, se hace necesario redescubrir todo lo que hace posible la transmisión de la fe. Por eso nuestro objetivo tiene que ser siempre alcanzar una iniciación cristiana lúcida para niños, adolescentes, jóvenes y adultos. Para ello la Iglesia nos urge a establecer el Catecumenado por etapas como modelo para la catequesis de adultos. Este mismo modelo tiene que inspirar toda la catequesis en la Iglesia y configurar el trabajo con los adolescentes y los jóvenes que fueron bautizados de niños.

a) Pastoral de Infancia y Juventud

Nuestra *Pastoral de Infancia*, acompañada por la asociación de los Santos Niños, y nuestra Pastoral juvenil en las parroquias no puede olvidar este modelo de transmisión de la fe. Es necesario anunciar el *kerygma* continuamente a los niños, adolescentes y jóvenes. Hay que profundizarlo en armonía con su crecimiento. Hay que iniciarles en la oración y ponerlos en contacto con la Palabra. Deben ser ayudados a ganar su libertad con la virtud de la castidad para llevar adelante su vocación al amor. Tienen que descubrir la riqueza de la comunidad cristiana que escucha la Palabra, celebra la Eucaristía y los demás sacramentos y vive formando una comunidad de hermanos.

Todo esto necesita ser visibilizado y compartido en pequeñas comunidades donde tienen que hacerse presentes sus familias. Esta es la grandeza de la parroquia en la que confluimos todos y nos ayudamos en el camino de la fe.

La Pastoral Juvenil y la Pastoral Familiar, como lo vienen haciendo, tienen que valorar la oración en común ante el Santísimo, procurando iniciar en los lenguajes orantes de la Iglesia: oración silenciosa, celebración de la Palabra, Laudes, Vísperas, oración familiar, etc. Estos encuentros de oración mensual necesitan ser acompañados, por momentos dedicados a la formación y al apostolado. Para eso es muy importante la ayuda del arciprestazgo que, más allá de los encuentros mensuales, puede ofrecer iniciativas de formación agrupando varias parroquias y siguiendo las

pautas del catecismo joven -Youcat- y los temas propios del año. Del mismo modo hay que insistir en las obras de apostolado y caridad, ya que la fe que no se da acaba por agotarse.

Este año de la misericordia, además de profundizar en los salmos y parábolas de la misericordia como nos indican las directrices del Jubileo, habría que profundizar en el Sacramento de la penitencia y en el perdón.

b) Delegación de Enseñanza

Desde la *Delegación de Enseñanza* se tiene que tomar conciencia también de las claves necesarias para la transmisión de la fe y su formación. La enseñanza de la Religión y moral católica es un modo de complementar la catequesis y de formar al sujeto cristiano dotado de una cosmovisión católica. Para ello los profesores necesitan cultivar su vida de fe y buscar con la Delegación los medios apropiados para profundizar en los contenidos y adquirir la pericia pedagógica necesaria. También entre los alumnos de religión debe resonar en este curso la celebración de los veinticinco años de la Diócesis y el Jubileo de la misericordia.

c) Delegación de Pastoral Familiar

Nuestras familias cristianas, en comunión con la comunidad cristiana o parroquia, son el eslabón necesario para la transmisión de la fe y la acogida de la vida. Este es el objeto primordial de la *Delegación de Pastoral Familiar*. Para llevar a cabo este objetivo, las familias necesitan un hogar en el que compartir la fe, celebrar la eucaristía, encontrar espacios de oración y formación para sus hijos y para los propios esposos. Los movimientos y comunidades eclesiales, particularmente los movimientos matrimoniales y familiares, están llamados a aportar su propia experiencia para que en las parroquias sea cultivada la vida familiar y se promueva el encuentro y la ayuda entre las familias.

Los Equipos itinerantes de pastoral familiar desarrollan la misión de dar a conocer el Directorio de Pastoral Familiar en España y de promover grupos de familias y Equipos de pastoral familiar parroquial. Las familias, por su parte, deben tomar sus propias iniciativas para hacer de sus casas espacios de transmisión de la fe y educación cristiana. Hoy es necesario intervenir directamente en la educación

de los hijos y abrirse con generosidad al don de la vida. Para ello es necesario que se ayuden unas a otras a través de grupos parroquiales o formando parte de algún movimiento familiar, participando en Escuelas de Padres y procurando estar presentes en las asociaciones de padres en los colegios.

Tanto la custodia de la vida humana como la promoción de las familias cristianas precisan de una cierta organización y defensa. Por eso os animo a formar en las parroquias grupos que introduzcan en ellas la pastoral de la vida humana, procurando la colaboración con el Centro de orientación familiar y los proyectos Raquel y Ángel para acompañar a las mujeres que intentan abortar o hayan abortado.

Hoy las familias cristianas no pueden caminar solas ante un ambiente tan secularizado y con tantas familias rotas. Las familias necesitáis encuentros de oración, espacios de formación y organización para los tiempos de descanso, para la diversión de los hijos e incluso para favorecer iniciativas de vacaciones caminando y acompañándoos mutuamente. En torno a la parroquia y los colegios, contando con los movimientos y experiencias acumuladas de otros grupos, podréis comenzar estilos de vida nuevos que respondan a vuestras necesidades.

El Jubileo de la misericordia nos ha de servir a todos, también a las familias cristianas, para buscar caminos de reconciliación, de perdón y de práctica de las obras de misericordia.

7. EL CUIDADO DE LOS SEMINARIOS Y LA PROMOCIÓN DE LAS VOCACIONES

Donde más se han sentido las consecuencias de la secularización ha sido en la falta de vocaciones a la vida consagrada y al sacerdocio. La lógica es clara: si hay crisis o pérdida de la fe, no se escucha la llamada de Dios, quien, no lo podemos dudar, está llamando continuamente a los jóvenes. Esta llamada no va dirigida al sentimiento, es una elección de la persona que objetivamente reúne las condiciones adecuadas y esté dispuesto a dar un sí confiando en Dios. Por eso cuando los jóvenes afirman que no *sienten* la vocación o la llamada de Dios manifiestan los síntomas de una cultura emotivista que confunde el sentimiento con la libertad. Un joven con fe, sabiendo la urgencia de la evangelización, debe ofrecerse voluntariamente diciéndole al Señor: ¡Aquí estoy! ¡Elígeme a mí! Después corresponderá a

los sacerdotes encargados del Seminario discernir si se dan las condiciones y las cualidades adecuadas para una vida consagrada o sacerdotal. Todo lo que se salga de aquí son reduccionismos o mal planteamiento de lo que entendemos por vocación.

Desde estos presupuestos, las vocaciones deben ser suscitadas, oradas y cuidadas. Esta tarea pertenece a las familias y a toda la comunidad cristiana. Gracias a Dios gozamos de dos seminarios, menor y mayor, que garantizan una buena preparación de los seminaristas candidatos al sacerdocio. Este año, además, se inaugura un curso introductorio en el Seminario mayor para la formación básica inicial, para introducir a los candidatos en la oración, la liturgia, la celebración de la Liturgia de las Horas, la Eucaristía y la conversión, conocimiento del Catecismo e introducción a la vida comunitaria.

Los seminarios deben ser para toda la diócesis un punto de referencia. A ellos los debemos ayudar con la oración y el sostenimiento económico. Este año será reformado todo el edificio del Seminario mayor, lo cual supone para las posibilidades de nuestra diócesis un gasto extraordinario. No dudo de vuestra generosidad.

Continuando la reflexión sobre las vocaciones, es evidente que hoy necesitamos sacerdotes que respondan a los retos del momento. La formación debe ir encaminada a promover sacerdotes pegados y unidos a la comunidad, abiertos al Espíritu, hombres cabales para ejercer la paternidad espiritual, con espíritu misionero que le impulse a buscar a las ovejas, a salir a su encuentro sabiéndose acompañado de un pueblo, de una comunidad con la que se sabe desposado.

La vocación a la virginidad y al celibato no supone ningún desprecio ni ninguna indiferencia hacia el matrimonio. Todo lo contrario. El célibe aprecia el matrimonio al que se siente inclinado naturalmente, pero descubre otro Amor que le convoca a renunciar a lo que es legítimo, formar una familia, para consagrarse, por amor a Dios, al servicio de los hermanos. La virginidad y el celibato, además de su carácter apostólico, muestran la belleza del Cielo, el sentido de lo que está por venir: la comunión total con Dios y con todos los santos. Por ello la salud de una diócesis, o de una parroquia, se mide por la abundancia de jóvenes, ellos y ellas, dispuestos a consagrarse al Señor y a vivir en la virginidad y el celibato.

Tanto la virginidad como el celibato son vocaciones al Amor, son vocaciones para amar, donde nuestro espíritu hace disponible a la carne, desde la castidad,

radicalizando y universalizando el amor. San Pablo decía: "*Me he hecho todo para todos*" (1 Cor 9, 19) en el sentido de tener disponible su persona para todos sin conjugar su carne con nadie. La vocación al amor del célibe o de las vírgenes es una vocación desde la totalidad de la persona sin reduccionismos. Ahora bien, cuando manda el espíritu desde la castidad, la carne deja entrever la belleza de una vida transparente a Dios y, desde Dios, transparente a los hermanos. Transparente significa que en la mirada del célibe o de la virgen, en su cuerpo, se transparenta la gracia de Dios y su belleza.

La virginidad y el celibato son signos de la presencia de Dios y anuncian el carácter definitivo del Reino de los Cielos: "*Buscad el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*" (Mt 6, 33). Por eso en nuestra diócesis, ahora que nos preparamos para celebrar las Bodas de Plata, necesitamos una legión de vírgenes y de muchachos dispuestos a presentarse como voluntarios a la mejor de las aventuras: servir a Dios, sabiendo que el amor de Dios no defrauda nunca. Es éste el mejor regalo que podemos presentar a Dios en estos veinticinco años de misericordia.

Además de los dos seminarios, los monasterios y las comunidades de vida consagrada presentes en la diócesis, que hemos de cuidar y promover, se va a instaurar también en nuestra Iglesia particular el *Orden de las Vírgenes Consagradas* que viven en sus casas y se ponen a disposición del obispo. Entre todos hemos de crear un ambiente favorable para acrecentar todas las vocaciones: vírgenes consagradas, seminarios, monasterios, vida consagrada activa, institutos seculares, asociaciones de vida apostólica, etc. Ello no significa dejar de contemplar la vocación al matrimonio y a la vida familiar. Todo lo contrario. Ambas vocaciones se reclaman mutuamente, porque ambas son vocaciones al amor y camino de santidad. Donde hay fe y familias fuertes, generosas con la vida, Dios llama y suscita todo tipo de vocaciones para el servicio de la única Iglesia.

8. LA MISERICORDIA Y SUS FALSIFICACIONES

Dispuestos a celebrar el Jubileo de la misericordia conviene que comencemos bien. Lo primero que os sugiero es leer la bula del Papa Francisco *El rostro de la Misericordia*. En ella nos dice el Papa que "la Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona" (MV 12). Y para que no nos

perdamos en esta misión, el mismo Papa nos recuerda que "Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre" (MV 1), con lo que nos marca el camino y el paradigma para conocer y explicitar los contenidos de la misericordia: Cristo es el camino y sus obras son el contenido y el método de la misericordia.

Dios en su mismo ser es Amor-agape (1 Jn 4, 8) y la misericordia hace referencia a su modo eminente de amar. Podemos hablar del amor misericordioso de Dios o de Dios, Padre misericordioso, que pone su corazón en la miseria humana para remediar todas sus carencias de ser o de bien. Por eso decimos con la liturgia que Dios "manifiesta su omnipotencia sobre todo en la misericordia y el perdón" (oración XXVI domingo Tiempo Ordinario) que erradican toda miseria humana.

Mirada desde nosotros, la misericordia, como dice San Agustín, es una especie de compasión interna ante la miseria ajena, que nos mueve a socorrerla si nos es posible. Forma parte, por tanto, del amor al prójimo que la Iglesia, siguiendo a la Escritura, ha sistematizado en las llamadas obras de misericordia: siete corporales y siete espirituales.

a) Jesucristo, el verdadero rostro de la misericordia

De lo dicho hasta ahora podemos retener que la misericordia supone poner el corazón en la miseria humana para intentar socorrerla y que tiene su icono o modelo en Jesucristo. Si escrutamos el obrar de Cristo en el evangelio observaremos que, como forma de amor, la misericordia es concreta: así lo expresa la parábola del samaritano, donde la compasión se manifiesta en recoger al apaleado de la cuneta, cargarlo en la cabalgadura, llevarle a la posada (la Iglesia), curarle las heridas (sacramentos) y pagar por él diciendo. "Cuida de él, y lo que gastes de más, yo te lo pagaré a la vuelta" (Lc 10, 30-37).

La parábola del samaritano, como las parábolas de la misericordia (Lc 15) ponen en evidencia que la misericordia acoge, remedia y no deja las cosas como estaban: saca de la miseria y del pecado. El peligro en una sociedad emotivista como la nuestra es quedarnos en el nivel de la compasión, entendida sentimental o emotivamente, y olvidar remediar auténticamente la miseria con todos los medios posibles, incluida la gracia de Dios que todo lo puede. Por eso conviene establecer algunas aclaraciones.

b) La misericordia no equivale a la tolerancia del mal

En este caso se confunde la benevolencia, que es querer directamente el bien, con la tolerancia que es simplemente la ausencia de intervención ante el mal. Intervenir con benevolencia no significa "juzgar al prójimo". Ya nos lo advirtió el Señor. "No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados" (Lc 6, 37). El no juzgar, el no condenar o perdonar no significa el dejar de reconocer el mal e intentar socorrerlo. Una cosa es, por tanto, no juzgar al pecador y otra aborrecer el pecado e intentar socorrer el mal. De lo que se trata con la misericordia es de vencer el mal con el bien, como nos recuerda San Pablo (Rm 12, 21).

c) No hay que confundir la misericordia con la simple compasión

La misericordia no se asienta en el sentimiento o en la comunicación simplemente afectiva. Ésta, siendo importante, no es suficiente y puede llevar a la equivocación. Lo propio de la misericordia es curar el mal, por eso se necesita una relación con el prójimo desde la verdad. Es necesario reconocer las heridas, nombrarlas en su verdad y tratar de curarlas.

d) No existe una misericordia injusta

La misericordia, reconociendo la justicia, la supera. En el caso de Dios, más allá del orden de la creación, la misericordia es como una segunda creación mediante la gracia. La misericordia va más allá de la justicia porque es capaz, mediante la gracia divina, de volver a unir al hombre con Dios después del pecado que es la peor de las miserias.

Querer compatibilizar la misericordia con la resistencia en el pecado, o con la tolerancia del pecado, es hacer de la misericordia la puerta que se abre para que entre por ella el relativismo en la Iglesia. La misericordia no crea leyes contrarias a la justicia sino que regenera lo que la justicia, por sí sola, no está en condiciones de lograr.

El modo para no perderse en estos vericuetos es observar y meditar las acciones de Cristo, icono de la misericordia, con los enfermos, con los pobres y los

pecadores. Al mismo tiempo que les anuncia la verdad, que es Él mismo, les remedia los males, los cura y les perdona los pecados advirtiéndoles que no pequen más. Así ocurrió con Zaqueo (*Lc* 19, 1-10); con el ciego de Jericó (*Lc* 18, 35-43); con la mujer adúltera (*Jn* 8, 1-11), la mujer samaritana (*Jn* 4, 5-29) y el samaritano (*Lc* 10, 30-37).

e) Las obras de misericordia

La nueva sensibilidad creada con la secularización provoca que se preste mayor atención a las *obras de misericordia corporales*: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, dar posada al peregrino, visitar a los enfermos, redimir a los cautivos y enterrar a los muertos.

Todas estas obras, que vienen a expresar las necesidades exteriores y las más básicas, deben formar parte de nuestra identidad cristiana y nos deben de mover a misericordia. Este es un año jubilar en el que el Papa nos lo recuerda para que sean nuestro modo de estar atento al prójimo. A lo largo del curso tendremos ocasión de comentarlas y, desde ahora, os las propongo para vuestra consideración. Como proyecto diocesano este curso pondremos en marcha la casa de Acogida san Juan Pablo II y os recuerdo el deseo de poder ofrecer a las madres una *Casa cuna* para salvar vidas inocentes ayudando a las madres para no abortar.

Las *obras de misericordia espirituales* son las siguientes: enseñar al que no sabe, dar un buen consejo al que lo ha de menester; consolar al triste, corregir al que yerra, perdonar las injurias; sufrir con paciencia las flaquezas de nuestro prójimo y rogar a Dios por los vivos y los difuntos.

Con estas obras de misericordia espirituales el cristiano muestra una sensibilidad que contempla a toda la persona en su verdad. Se comprende, pues, que estén más olvidadas en el momento presente y que algunos las discutan. A nosotros nos corresponde rescatarlas y descubrir su valor permanente ya que no se quedan en lo más exterior al hombre sino que penetran en el propio espíritu y afectan al camino de salvación.

Para todos los grupos organizados de la diócesis, para la pastoral de infancia y juventud, para la pastoral familiar y la misma enseñanza es ésta una buena ocasión para encontrarse con esta sistematización catequética de las obras de mi-

sericordia que forma parte de la tradición cristiana. Conocerlas y practicarlas es todo un programa pastoral.

9. EL SACRAMENTO DEL PERDÓN

Si en algo han insistido los últimos sucesores de Pedro ha sido en la necesidad de recuperar el Sacramento de la penitencia y la práctica de confesar los pecados. San Juan Pablo II convocó un sínodo ordinario de obispos para tratar la cuestión. El resultado de aquel sínodo fue la exhortación postsinodal *Reconciliatio et poenitentia* que es una verdadera luz para este tema. Recomendando vivamente la lectura de este texto que nos puede ayudar para vivir este jubileo de la misericordia. En particular es un texto imprescindible para quienes se vayan a preparar como predicadores de la misericordia.

¿Cuál es el problema de este sacramento? ¿Por qué las personas han dejado de ir a confesar? ¿Por qué los mismos sacerdotes han mostrado menos disponibilidad para la confesión? La razón hay que buscarla en la crisis de fe, en la decadencia del espíritu y la pérdida de la conciencia de pecado que ha provocado la secularización y sus consecuencias. Del mismo modo que san Juan Pablo II al constatar la descristianización, convocó a una nueva evangelización, Benedicto XVI convocó el Año de la fe y nos regaló, junto con el Papa Francisco, la encíclica *Lumen fidei*. El resumen es muy claro: quien no tiene la luz de la fe no ve, no reconoce sus pecados. Es un ciego y necesita la luz.

Encender la lámpara de la fe es la única posibilidad de empezar a descubrir las heridas del pecado, reconocer las enfermedades del espíritu. La peor enfermedad del espíritu es el pecado que, aunque no seamos conscientes de él nos destruye igualmente y puede provocar la muerte espiritual. ¿Imagináis que mañana nos levantáramos y escucháramos en la radio o leyésemos en las portadas de los periódicos que los médicos están alarmados porque en el día de ayer no recibieron ninguna visita? ¿Por qué van las personas al médico? La respuesta es clara: porque están enfermos y sienten los síntomas de la enfermedad, porqué buscan la salud.

Lo que ha ocurrido con la secularización y sus consecuencias es muy curioso. No es que seamos más pecadores o menos que las anteriores generaciones. No. Somos igualmente pecadores. El problema es que hemos caído en la peor de las enfermedades que es no reconocer los síntomas de la enfermedad. Es como

aquel que tiene cáncer y se va corroyendo por dentro sin acudir al médico porque aún no se han manifestado los síntomas de la enfermedad. Lo que ocurre en nuestra generación es peor. No sólo -por falta de luz, por falta de fe- hemos dejado de ver las sombras de nuestra vida o reconocer las heridas del pecado, sino que hemos sufrido la peor de las mutaciones. Hemos aprendido a llamar bien al mal y mal al bien. Esta es la crisis espiritual más seria: llamar a la enfermedad salud y dejar que la enfermedad nos lleve a la muerte del espíritu.

Pongamos algunos ejemplos para aclararnos: ¿qué es el aborto? La respuesta es evidente. El aborto es un crimen, la muerte de un inocente indefenso. ¿Cómo lo llama nuestra cultura dominante? El aborto es un derecho a decidir o la salud reproductiva. ¿Qué es la eutanasia? La eutanasia es matar o dejar morir a una persona enferma y necesitada. ¿Cómo lo llama nuestra cultura dominante? Morir con dignidad. ¿Qué es el divorcio, el adulterio, la promoción de la pornografía? Son faltas contra la justicia, la fidelidad, la dignidad de la sexualidad, etc. ¿Cómo los llama nuestra cultura dominante? Son conquistas de la libertad, expresiones del amor libre y nuevos derechos. Podríamos continuar así hasta el infinito. Sin embargo, los hechos son tozudos. El pecado es la peor de las enfermedades porque rompe la alianza con Dios y porque atenta contra los bienes de la persona. Quien miente se hace mentiroso, quien roba se convierte en un ladrón y corrupto; quien se afirma en su egoísmo quiebra su vocación al amor y se convierte en un ególatra. Ser mentiroso, ladrón, ególatra, orgulloso, vanidoso, envidiosos, perezoso, lujurioso, etc. son enfermedades que destruyen a la persona.

Hablemos claro. Si no vamos a confesar los pecados es porque no nos sentimos enfermos y porque hemos perdido el sentido del pecado, es decir, ya no reconocemos los síntomas del pecado porque tenemos embotada la mente y pervertido el corazón (*Rm* 1, 24-31). Como os decía, éste es la peor consecuencia de la secularización: haber mutado la conciencia, haber perdido la conciencia de pecado. Esta es la peor enfermedad porque nos insensibiliza ante el mal y nos deja indefensos ante él. Es más, nos hace desearlo como un bien en nombre de la libertad y en nombre de tantos slogans que promueven las ideologías y el consumo. Ya nos advertía de ello el profeta Isaías: "¡Ay de aquellos que llaman bien al mal y mal al bien, que cambian las tinieblas en luz y la luz en tinieblas; que dan lo amargo por dulce y lo dulce por amargo! [...] Como la lengua de la llama devora el rastrojo y como el heno es consumido por el fuego, así su raíz se pudrirá y su flor será aventada como polvo" (*Isaías* 5, 20.24). En

resumen: el pecado destruye al hombre y no reconocerlo, aceptando el mal como bien, es el camino de la perdición.

Salir de esta enfermedad epocal, de esta crisis profunda del espíritu, requiere una operación traumática. Se trata nada menos que de un trasplante de corazón y mente. En griego esta operación se llama *metanoia*, en español la traducimos por conversión. Es ni más ni menos que lo que anunciaba el profeta Ezequiel como profecía: "Arrancaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis" (*Ezequiel* 36, 26-27). La decadencia del espíritu y la falta de fe han producido la dureza de corazón que nos hace insensibles al pecado.

La profecía de Ezequiel se ha cumplido en Jesucristo. El comenzó su predicación precisamente apelando a la conversión y a la fe: "El reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el Evangelio" (*Mc* 1, 15). El sacramento de la conversión es el Bautismo que nos regala un corazón nuevo en quien habita el Espíritu Santo; el agua que nos limpia de todo pecado y nos regala la docilidad a la voluntad de Dios que es nuestro bien. La iniciación cristiana es el proceso mediante el cual la Iglesia nos gesta como cristianos, nos quita la dureza de corazón y nos enseña a vivir practicando el bien y detestando el mal. Se trata de un proceso en el que toma la iniciativa la gracia de Dios que nos cura con los sacramentos y nos acoge en la Iglesia, la comunidad en la que vivimos de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y saboreamos el amor entre los hermanos.

Cuando nos falta la fe, cuando perdemos a la Iglesia, vivimos a la intemperie donde fácilmente somos devorados por los lobos. Por eso son tan importantes la familia cristiana, iglesia doméstica, y la comunidad cristiana, oasis en medio del desierto de este mundo.

El trabajo que nos espera, pues, en este Jubileo de la misericordia es apasionante. No se trata de promover algunas actividades. El Papa nos llama a entrar en el corazón del Evangelio para llenar los corazones del Amor de Dios. La misma palabra misericordia apela al corazón de Dios que viene a sacarnos de nuestra miseria. Lo que se nos pide es continuar en la evangelización, transmitir y sostener la fe, avivar el espíritu con la gracia de Dios y proponer de nuevo el sacramento del perdón, la confesión de los pecados. Se trata de presentar al Señor nuestras llagas para que El las cure. El lo puede todo y como dice el salmo: "Un corazón contrito y humillado, oh Dios, Tú no lo desprecias" (*Sal* 51, 17).

a) La conversión

El proceso de la conversión aparece de manera pedagógica en la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 17-21), en la oración del publicano (Lc 18, 13) y en los encuentros de Jesús con los pecadores (Lc 7, 47). El acto mismo de la conversión comprende diversos aspectos (Cf. Pierre Adnés, *La penitencia*, BAC 1981); 1) "La toma de conciencia y un sincero reconocimiento del pecado cometido: el hijo pródigo "entrando dentro de sí mismo" parte y vuelve a su padre y le dice: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, no merezco ser llamado tu hijo" (Lc 15, 17-21). 2) Humilde apelación, llena de fe y confianza, a la misericordia divina: el publicano, a distancia y no atreviéndose a levantar los ojos al cielo, golpeándose el pecho, decía: "Dios mío, ten compasión de este pecador" (Lc 18, 13). 3) El amor que lamenta lo pasado: a la pecadora, "bañada en lágrimas", cuyos gestos denotan un gran amor, le son perdonados los pecados "porque ha amado mucho" (Lc 7, 47). 4) Una voluntad radical de cambio moral, que deja el corazón del hombre sencillo y puro como el corazón de un niño: "si no os volviereis como niños no entraréis en el reino de los cielos" (Mt 13, 3). 5) El esfuerzo continuo y la preocupación exclusiva de "buscar ante todo el reino de Dios y su justicia" (Mt 6, 33), es decir, regular la propia vida según la nueva ley del evangelio y "hacer la voluntad del Padre que está en los cielos" (Mt 7, 21).

La conversión exige, pues, el compromiso total del hombre, pero es ante todo una gracia, que debemos a la libre iniciativa de Dios, quien previene al hombre: el pastor va tras la oveja descarriada, la mujer busca cuidadosamente la dracma perdida, hasta que la haya encontrado (Lc 15, 4.8). Y el perdón es totalmente gratuito: el deudor perdona la deuda a los deudores que no tiene para devolverle (Lc 7, 41-42); el padre del pródigo devuelve a su hijo el puesto que no merecía (Lc 15, 20-24). El evangelio del reino contiene, en efecto, esta revelación desconcertante: "Habrá más alegría en el cielo por un sólo pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de la penitencia" (Lc 15, 7).

b) El perdón de los pecados

Sólo Dios puede perdonar los pecados. Este poder lo ha pasado el Padre a Jesucristo, quien lo puso de manifiesto en la curación del paralítico: "¡Ánimo hijo, tus pecados te son perdonados[...] y para que veáis que el hijo del hombre tiene

poder en la tierra para perdonar los pecados, dijo al paralítico: levántate, carga con tu camilla y vete a tu casa. El se levantó y se fue a su casa" (*Mt 9, 2.6*).

Jesucristo entregó el poder de perdonar los pecados a los Apóstoles cuando en el primer día de pascua, como lo relata San Juan: "sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les serán perdonados, a quienes se los retengáis, les serán retenidos" (*Jn 20, 22-23*).

La Iglesia perdona los pecados por medio del sacramento del bautismo que supone una regeneración como indicara Jesús en su conversación con Nicodemo: "Te aseguro que el que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de los cielos" (*Jn 3, 5*). Para los que hemos pecado después del Bautismo, la Iglesia nos perdona los pecados mediante el Sacramento de la penitencia, al que los Santos Padres llamaron la segunda tabla de salvación. San Pablo insiste a los cristianos de Corinto que se dejen reconciliar con Dios para que se aplique la gracia alcanzada por Cristo: "Todo viene de Dios, que nos reconcilió con El por medio de Cristo, y nos confió el ministerio de la reconciliación [...] En nombre de Cristo os rogamos: reconciliaos con Dios" (*2 Cor 5, 18.20*).

En este Jubileo de la misericordia, con las mismas palabras, os ruego: ¡reconciliaos con Dios! Acudamos al Sacramento de la penitencia donde se nos curan todas las heridas del pecado. Y vosotros, queridos sacerdotes, explicad con detalle a los fieles la riqueza de la reconciliación, las cinco condiciones para una buena confesión. Preparad esquemas sencillos para un buen examen de conciencia y mostraos disponibles para todos los fieles con horarios fijos para la confesión y con plena disponibilidad para confesar en cualquier momento. Este Jubileo lo hemos de aprovechar con todas nuestras fuerzas para anunciar el *kerygma*: que Dios nos ama tal como somos; que por nosotros ha muerto y ha resucitado; que nos espera para conocer nuestras llagas y para curarnos, ya que El es el médico que cura todas nuestras enfermedades.

Los sacerdotes en la confesión actúan en la persona de Jesucristo, lo hacen presente prolongando su Encarnación y Resurrección. En su nombre perdonan los pecados e indican con la satisfacción el proceso necesario para la curación completa después de haber pecado y recibir la absolución. El perdón de los pecados, que recibimos en el Sacramento de la penitencia, cuando acudimos con un corazón dispuesto, es uno de los mayores tesoros que tiene la Iglesia. Para ello es conveniente que nos detengamos en algunos aspectos de este sacramento.

En primer lugar, antes de acudir a confesar los pecados, conviene realizar un buen *examen de conciencia*. Para ello hemos de invocar al Espíritu Santo para que nos ilumine. Repasar nuestra vida desde la última confesión, dejándonos iluminar por la Palabra de Dios, los mandamientos, las virtudes, las Bienaventuranzas, etc. Es bueno averiguar las raíces de nuestros pecados, y para ello hay que repasar los pecados capitales y las actitudes profundas del alma. Luego hay que revisar nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos. Ver como llevamos nuestras exigencias del propio estado (casado, célibe, soltero, viudo, etc.) hasta ocuparnos de nuestros pensamientos más íntimos y el cuidado y formación de nuestra vida cristiana, sin descuidar la vida de apostolado que deriva de nuestro bautismo y de las obligaciones con la Iglesia. Como he dicho, nos puede ayudar un esquema sencillo de examen de conciencia y, sobre todo, el confesar habitualmente con el mismo sacerdote.

Tras un diligente examen de conciencia, hemos de suplicar al Señor que nos regale el *dolor de los pecados*. Este dolor no reside en la parte afectiva de nuestra persona, aunque puede resonar en ella suscitando sentimientos de dolor. El dolor de los pecados se distingue del sentimiento de culpabilidad, porque descansa en la voluntad. Se trata de detestar el pecado por ser ofensa a Dios y proponer no volverlo a realizar. La conciencia de pecado es una conciencia abierta que tiene a Jesucristo, icono de la misericordia, y al Padre como interlocutores: "Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo" (Lc 15, 21). El sentimiento de culpabilidad se repliega sobre sí mismo y si no se abre ante el verdadero interlocutor (Dios) puede ser enfermizo. De ahí la importancia de un buen director espiritual que nos ayude a distinguir e iluminar nuestra vida interior.

Al sacramento de la penitencia hemos de acudir con un corazón contrito, el que manifiesta el dolor de haber ofendido a Dios. Así lo decimos en el acto de contrición: "Me duele haberos ofendido por ser Vos quien sois, bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas". Si acudimos con el simple dolor de atrición -el que expresamos cuando decimos "también me duele porque podéis castigarme con las penas del infierno"- hemos de suplicar la contrición haciendo actos de fe y amor a Dios y dejándonos ayudar por la gracia del sacramento.

Con el ánimo bien dispuesto, *decimos al confesor todos los pecados* tal como están en nuestro corazón tras un diligente examen. La confesión debe ser sencilla y expresar con claridad todo aquello que nos separa de Dios, que nos

separa de los hermanos o que nos conduce a nosotros por el mal camino, sin olvidar los pecados de omisión. No decir todos los pecados al confesor es actuar como aquel que va al médico y le oculta los síntomas de su enfermedad. Hay que conocer todos los síntomas para hacer un buen diagnóstico y ofrecer la medicina adecuada. Lo mismo ocurre con la confesión en la que el sacerdote, en nombre de Cristo, actúa como médico que debe aconsejar, absolver, si se dan las condiciones, y aplicar la satisfacción oportuna.

La *absolución* de los pecados es el gran tesoro de la confesión. Para poder apreciarla y procurar la confesión frecuente, conviene que explicitemos bien lo que significa el perdón de los pecados. Para ello nos sirve acudir a las expresiones del salmo 51 (50) que es el salmo penitencial que más utiliza la tradición cristiana. En este salmo, que se atribuye a David, el pecador implora la misericordia de dios reconociendo su pecado y su condición pecadora: "Misericordia Dios mío, por tu bondad [...] Contra Ti sólo pecqué [...] pecador me concibió mi madre". Después de reconocer su pecado y apelar a la misericordia y ternura de Dios, suplica el perdón utilizando varios verbos: "*lava* mi delito, *limpia* mi pecado, *borra* en mí toda culpa, *aparta* tu rostro de mi pecado, etc."

Si nos quedáramos con lo que expresan estos verbos, no alcanzaríamos lo específico del perdón cristiano, ya que aunque limpiemos, borremos, lavemos o apartemos el rostro de lo hecho, siempre volvemos sobre algo manchado. Sin embargo lo propio de la absolución y del perdón está expresado con otro verbo que supone una revolución: "*crea* en mí un corazón puro, *renuévame* con espíritu generoso". Lo que el salmista pide es una nueva creación. El verbo que utiliza el hebreo es el mismo con el que el libro del Génesis habla de la creación. La absolución en el sacramento de la penitencia, por los méritos de Cristo, responde a la súplica del salmista. La absolución, cuando se dan las condiciones adecuadas en el penitente, *crea un corazón puro*. Se trata, aunque parezca increíble, de un nuevo Génesis, de una nueva creación. Después de confesar y ser absuelto, el penitente es una nueva criatura, no es el pecador de antes: "El que está en Cristo es una criatura nueva, lo viejo ya pasó, y ha aparecido lo nuevo" (2 Cor 5, 17).

Es más, con la absolución se cumple también la segunda súplica del salmista: "Afiánzame con espíritu generoso" (Sal 51, 12). De nuevo el Espíritu Santo habita en el creyente operando la nueva creación. Por propia experiencia os puedo decir que, personas destrozadas, incluso abocadas al suicidio, al escuchar esta explicación del perdón han sido totalmente restablecidas y en sus rostros ha aparecido de

nuevo la alegría. También así se cumplen las palabras del salmo: "Hazme sentir el gozo y la alegría, que se alegren mis huesos quebrantados" (*Sal* 51, 10).

Confesar los pecados y recibir la absolución es dejar de nuevo que habite en nuestro corazón el Espíritu Santo, que es la fuente de la alegría. Desconocer esto es haber perdido el gran tesoro del perdón cristiano. Como nos indica la misma palabra, con la absolución quedamos "suelos", liberados de la esclavitud del pecado y recibimos de nuevo el don (*perdón*) de Dios, la condición filial que nos posibilita sentarnos como hijos y participar en la mesa que Dios dispone: la Eucaristía, el Cielo en la tierra.

Con la absolución se nos perdona la culpa y se vuelve a restablecer la alianza con Dios. Sin embargo todavía hay que curar las heridas del pecado, restablecer las fuerzas para la virtud y purificar el corazón de las reliquias del pecado. Para eso el sacerdote, como buen médico, debe indicar y poner al penitente una *satisfacción* adecuada que le ayude a excitar la caridad y a ejercer las virtudes opuestas a los pecados o vicios confesados. Restablecer todo lo que rompe el pecado y todas las consecuencias de una vida desordenada también es proceso y necesita tiempo y virtud.

10. CONCLUSIÓN

Comenzamos un nuevo curso pastoral siguiendo el camino trazado por la tradición. La celebración de los XXV años de la Diócesis y el Jubileo de la Misericordia son dos acontecimientos que nos ayudan a dar gracias a Dios y a suplicar su gracia. Como Año Jubilar tendremos la ocasión de peregrinar a la Catedral para identificarnos como pueblo y, con las condiciones requeridas, lucrarnos con la *Indulgencia plenaria*. Esta indulgencia se suma a las obras penitenciales y, del tesoro de los méritos de Cristo y de la comunión de los santos, se nos da la posibilidad de purificar nuestro corazón para preparar el encuentro definitivo con Dios.

Suplico al Señor, por la intercesión de la Virgen María y los Santos Niños, que nos conceda a todos crecer en el Espíritu, recuperar el Espíritu de discípulos y, con nuevo ímpetu, abrimos a la misión. Con el Apóstol podemos decir que "ya es hora de despertar del sueño" (*Rm* 13, 11) y salir de las consecuencias funestas de la secularización.

El camino es Jesucristo, la luz la fe. El objetivo pastoral del curso: la conversión pastoral y la evangelización para gestar nuevos cristianos y nuevas comunidades cristianas. La única manera de frenar las crecidas del desierto de este mundo es ir creando, con la gracia de Dios, nuevos oasis cada vez más amplios y mejor dotados. Como en tiempos de San Benito es necesario no anteponer nada a Cristo.

Con mi bendición,

† Juan Antonio Reig Pla,
Obispo Complutense

Abadía Santa María de Viaceli, agosto 2015

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO. SEPTIEMBRE 2015

4 Viernes

Ntra. Sra. de la Consolación

* A las 11: h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

5 Sábado

* A las 11:00 h. en las Carmelitas de "la Imagen" de Alcalá de Henares Santa Misa con ocasión de las Bodas de Plata del matrimonio Emilio Fra Molinero y María de la Pasión Amores Rodríguez.

6 Domingo

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO B

* A las 12:30 h. en Daganzo Santa Misa del Santísimo Cristo de la Luz.

7 Lunes

* A las 10:30 en el Palacio Arzobispal reunión con arciprestes y delegados.

* A las 17:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

8 Martes

LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Ntra. Sra. de Covadonga, Madrina de España

* A las 11:00 h. en la Catedral-Magistral inauguración del Año académico de la Universidad de Alcalá de Henares.

9 Miércoles

Santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador

* A las 08:00 h. preside la Santa Misa en la Basílica de Ntra. Sra. de los Desamparados de Valencia.

* En Valencia asiste a sendas conferencias bajo el título "Misericordia y Verdad Pastoral" de Mons. Livio Melina, Presidente del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el Matrimonio y la Familia, en el contexto de las Jornadas Diocesanas "Vocación y Misión del Matrimonio y la Familia en la Iglesia y en el Mundo".

10 Jueves

Beato José de San Jacinto y compañeros mártires.

* A las 08:00 h. preside la Santa Misa en la Basílica de Ntra. Sra. de los Desamparados de Valencia.

11 Viernes

Ntra. Sra. de la Cueva Santa, Patrona de los Espeleólogos Españoles

* A las 11:00 h. Reunión con los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid.

* A las 21:00 h. Oración de Familias en el Palacio Arzobispal.

12 Sábado

Santo Nombre de María

* A las 12:00 Santa Misa en Villamanrique por la fiesta de su Patrona.

* Por la tarde en Villalbilla Santa Misa y presentación de los sacerdotes Siervos del Hogar de la Madre.

13 Domingo

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO B

* A las 12:00 h. Santa Misa en las Úrsulas con el Cristo de la Agonía.

* A las 20:00 h. en las Claras de la Esperanza Vísperas de inauguración del curso del Seminario Mayor.

14 Lunes

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

15 Martes

Ntra. Sra. la Virgen de los Dolores - Ntra. Sra. de la Soledad

* Jornada sacerdotal.

16 Miércoles

San Cornelio, papa y San Cipriano, obispo, mártires

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

17 Jueves

San Roberto Belarmino, obispo y doctor

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:00 h. reunión con los colaboradores del Aula Cultural Civitas Dei.

18 Viernes

* Por la mañana en Valencia, en el contexto de las Jornadas Diocesanas "Vocación y Misión del Matrimonio y la Familia en la Iglesia y en el Mundo", asiste a la conferencia bajo el título "Vocación y misión de la familia hoy" de S. Emcia Carlo Caffarra, Cardenal-Arzobispo de Bolonia, y primer Presidente que fue del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el Matrimonio y la Familia.

* A las 19:30 h. Santa Misa en Catedral-Magistral por la Virgen del Val y entrega medallas nuevos cofrades.

19 Sábado

San Jenaro, obispo y mártir

* A las 19:00 h. Procesión de la Virgen del Val desde la Catedral-Magistral hasta su ermita.

20 Domingo

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Ntra. Sra. del Val, patrona de la ciudad de Alcalá de Henares

* A las 12:00 h. Eucaristía en la ermita de la Virgen del Val, en su fiesta.

21 Lunes

San Mateo, apóstol y evangelista

Semana de la Pastoral Penitenciaria (21-27)

* Por la mañana entrevista en los estudios de Radio María.

* A las 19:00 h. en la fiesta de la Virgen del Val procesión desde su ermita hasta la Catedral-Magistral.

22 Martes

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor".

23 Miércoles

San Pío de Pietralcina, presbítero

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 19:30 h. en el Instituto Cervantes de Madrid asiste a la presentación del libro de Juan Manuel de Prada de Prada "El castillo de diamante" sobre Santa Teresa de Jesús.

24 Jueves

Ntra. Sra. de la Merced

* A las 11:00 h. Santa Misa en la cárcel de mujeres.

* 18:45 h. en la Casa de la Entrevista visita la exposición del escultor don Pedro Requejo Novoa.

* A las 19.30 h. Santa Misa en *Verbum Dei* de Loeches con ocasión de un internacional encuentro del movimiento.

25 Viernes

* A las 10.30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. Santa Misa en el Palacio Arzobispal.

26 Sábado

San Cosme y San Damián, mártires.

Beata Teresa Rosat Balasch, H.D.C., mártir

* Por la mañana en el Palacio Arzobispal Envío de Catequistas.

27 Domingo

XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 12:00 h. en Velilla de San Antonio Santa Misa del Cristo de la Paciencia.

28 Lunes

San Wenceslao, mártir y San Lorenzo Ruiz y compañeros mártires

29 Martes

SANTOS ARCÁNGELES MIGUEL, GABRIEL Y RAFAEL

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en el Palacio Arzobispal Consejo de Laicos.

30 Miércoles

San Jerónimo, presbítero y doctor

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 20:00 h. en el Seminario Diocesano Misionero *Redemptoris Mater* Nuestra Señora de la Almudena de Madrid concelebra la Santa Misa con el Sr. Arzobispo Metropolitano S. Excia. Mons. Carlos Osoro Sierra con ocasión de toma de posesión del nuevo Rector Rvdo. Eduardo Carlos Zapata González que fue Rector del Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero *Redemptoris Mater* de la Diócesis de Segorbe-Castellón de 2000 a 2014.



SR. OBISPO

**CARTA DE D. JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR,
OBISPO DE GETAFE, CON MOTIVO
DE LA CELEBRACIÓN DE LA ASAMBLEA GENERAL
DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS**

**JESUCRISTO ES EL ROSTRO
DE LA MISERICORDIA DEL PADRE**

Muy queridos discípulos misioneros:

Ha sido providencial que el año de la Misión coincida con el Jubileo de la Misericordia. Esta feliz coincidencia nos ayuda a comprender que ser misionero es ser testigo de la Misericordia del Padre. El lema de este año Jubilar es Misericordiosos como el Padre (Lc 6, 37-38). El Señor nos llama en este año a ser misericordiosos como el Padre, siguiendo el ejemplo de Dios nuestro Padre, paciente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad.

Para ser misioneros nos tenemos que dejar inundar por esa infinita misericordia que brota del corazón del Padre y que, por el don del Espíritu Santo, nos

revela y nos regala Cristo. Nos sentimos urgidos a manifestar a nuestros hermanos, los que están cerca y los que están lejos, con nuestra palabra y con nuestra vida, que en Jesucristo el hombre encuentra el descanso del alma, la curación de las heridas producidas por el pecado y la verdad de su propio ser.

Tenemos que mostrar a nuestros hermanos que Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios. Se abre una nueva etapa en la evangelización de nuestra Diócesis de Getafe, un nuevo compromiso, para todos los cristianos, de testimoniar con entusiasmo y convicción la propia fe. Sentimos la necesidad de ser en el mundo un signo vivo de la misericordia de Cristo.

Ser misioneros es tener un corazón misericordioso como el de Cristo. Contemplando el modo de obrar de Cristo descubrimos que la misericordia siempre es concreta. No se queda sólo, como es muy propio de nuestra cultura actual, en el puro sentimentalismo o la mera emoción. Así lo vemos claramente en la parábola del buen samaritano, donde la compasión se manifiesta no sólo viendo y conmoviéndose ante el hombre que ha sido despojado y maltratado, sino también con acciones muy concretas: recogiénolo y cargándolo en la propia cabalgadura, curándole las heridas (sacramentos), llevándole a la posada (la Iglesia) y pagando al posadero, diciéndole: "Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta" (Lc 10, 30-37).

La parábola del buen samaritano, como todas las parábolas de la misericordia (Lc 15), ponen en evidencia que la misericordia acoge, remedia y no deja las cosas como estaban: saca de la miseria y del pecado, ofrece un camino de vida y de esperanza y una comunidad de hermanos con los que celebrar y vivir la fe.

El próximo sábado, 24 de octubre, por la mañana (de 10:00h a 14:00h), en el Cerro de los Ángeles tendremos la Asamblea General de los Discípulos Misioneros. En ella se nos darán indicaciones y documentos muy importantes y prácticos para elaborar nuestros Proyectos Misioneros. A partir de ese día, se abrirá un plazo de un mes para irlos redactando, de forma que en la Vigilia de la Inmaculada, fecha de comienzo de la Misión, podamos presentárselos a la Virgen Inmaculada, pidiéndole que nos acompañe y bendiga en la Misión.

A la Asamblea, podéis venir también con los niños de cualquier edad. Ellos, como hicimos en el Congreso de Nueva Evangelización, tendrán también su Asam-

blea de Pequeños Evangelizadores. Con el fin de poder organizar los espacios de reunión, es importante que anunciéis vuestra asistencia a través de la parroquia, rellenando la ficha que se os adjunta (tanto de adultos como de niños), y ayudando al laico responsable, que ha de nombrar el párroco en cada parroquia, a enviar todos los datos en el excel de grupo (también se os adjunta, para que lo conozcáis) a esta dirección de correo (el plazo es hasta el 12 de octubre). Tanto la organización de la Asamblea de adultos como los monitores de Tortosa, que se encargarán de los niños, han insistido mucho en esta necesaria inscripción, para poder preparar el material de las actividades y para poder daros algunas indicaciones si traéis niños muy pequeños.

Que Señor haga arder en vuestros corazones el deseo de conocerle y amarle cada día más y de llevar a todos los hombres el gozo de la fe.

Con mi bendición y cariño, un fuerte abrazo.

† Joaquín María. Obispo de Getafe.
19 de Septiembre de 2015

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCO

D. Juan Manuel Vivar Montoya, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Batres, el 1 de julio de 2015.

D. Ángel M^a Ríos Espáriz, de la Parroquia Nuestra Señora de Buenavista, en Getafe, el 1 de septiembre de 2015.

D. José Miguel Sopena, de la Parroquia San Eladio, en Leganés, el 1 de septiembre de 2015.

D. José María Rodríguez, de la Parroquia San Pedro Apóstol, en Aldea del Fresno, el 1 de septiembre de 2015.

D. José Antonio Medina, de la Parroquia Nuestra Señora de la Saleta, en Alcorcón, el 1 de septiembre de 2015.

D. Pablo Fernández López-Peláez, de la Parroquia Santa Beatriz de Silva, en Leganés, el 1 de septiembre de 2015.

D. Laureano Arrogante, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Pelayos de la Presa, el 1 de septiembre de 2015.

D. Antonio Izquierdo, de la Parroquia San José Obrero, en Móstoles, el 15 de septiembre.

D. Jaime Pérez-Boccherini Stampa, de la Parroquia San Salvador, en Leganés, el 15 de septiembre de 2015.

D. Víctor Hernández Rodríguez, de la Parroquia Nuestra Señora de Butarque, en Leganés, el 15 de septiembre de 2015.

VICARIO PARROQUIAL

D. Enrique Ramos, de la Parroquia Nuestra Señora de Fátima, en Getafe, el 1 de septiembre de 2015.

D. Héctor Pascual Cruz, de la Parroquia San Sebastián, en Getafe, el 1 de septiembre de 2015.

D. Honorato Ibáñez López, de la Parroquia San Pedro Bautista, en Alcorcón, el 1 de septiembre de 2015.

D. Yosef E. Gantir, de la Parroquia Virgen del Alba, en Alcorcón, el 1 de septiembre de 2015.

D. Francisco Hernández, de la Parroquia San Eladio, en Leganés, el 1 de septiembre de 2015.

D. José Manuel García Naranjo, de la Parroquia San Rafael, en Getafe, el 1 de septiembre de 2015.

D. Álvaro Aceituno, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Móstoles, el 1 de septiembre de 2015.

D. Kornelius Dominikus Boli, de la Parroquia Nuestra Señora de Butarque, en Leganés, el 1 de septiembre.

D. Juan Manuel González Barrios, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Valdemoro, el 1 de septiembre de 2015.

D. Hippolite Mavusi, de la Parroquia San Isidro Labrador, en Leganés, el 1 de septiembre de 2015.

D. Miguel Pérez Juárez, de la Parroquia San José, en Fuenlabrada, el 1 de septiembre de 2015.

D. Yago Fernández de Alarcón, de la Parroquia Santo Domingo de Silos, en Pinto, el 1 de septiembre de 2015.

D. Willian D. Medina, de la Parroquia Santa Maravillas de Jesús, en Getafe, el 1 de septiembre de 2015.

D. Juan Cerrato, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Arroyomolinos, el 1 de septiembre.

D. José Manuel Moreno, de la Parroquia Santo Domingo de Guzmán, en Humanes, el 1 de septiembre de 2015.

D. Manuel Moreno, de la Parroquia Santiago Apóstol, en Villaviciosa de Odón, el 1 de septiembre de 2015.

D. Enán Xavier Humanez Almario, de la Parroquia San Josemaría Escrivá, en Alcorcón, el 1 de septiembre.

D. Benjamín Bosepa Barila, de la Parroquia San Francisco Javier, en Pinto, el 15 de septiembre de 2015.

OTROS

D. Víctor Hernández Rodríguez, Capellán del Centro Penitenciario Madrid IV en Navalcarnero, el 1 de septiembre de 2015.

D. José R. Ivimas, Administrador parroquial en Villamantilla y Villanueva de Perales, el 15 de septiembre de 2015.

D. Julián Lozano López, Delegado diocesano de Medios de Comunicación Social, el 15 de septiembre de 2015.

MENSAJE CON MOTIVO
DE LA JORNADA DE ORACIÓN
POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN

El Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE) a través de la sección 'Cuidado de la Creación' de la Comisión Caritas in Veritate, se une a la iniciativa del Santo Padre Francisco de celebrar una Jornada Mundial de Oración para el Cuidado de la Creación junto con nuestros hermanos ortodoxos.

El deseo de compartir la atención a la tutela de la Creación junto con la Iglesia ortodoxa en Europa ha sido y sigue siendo un tema central en las relaciones ecuménicas del continente, que el CCEE asiste. Ya en las primeras dos Asambleas Ecuménicas Europeas (Basilea 1989 y Graz 1997) el CCEE y la KEK (Conferencia de las Iglesias Europeas) se comprometieron a expresar el deseo de los cristianos europeos por la paz, la justicia y la defensa de la creación. Este deseo fue retomado en la Tercera Asamblea Ecuménica Europea (Sibiu, Septiembre 1997) en la cual los participantes recomendaban que "el período que va desde el 1 de Septiembre al 4 de octubre se destine a rezar por el cuidado de la creación y a la promoción de estilos de vida sostenibles para contribuir a invertir la tendencia del cambio climático" (Mensaje final, 8 de Septiembre 1997)

Conscientes de que "la creación sólo puede ser entendida como un don que surge de la mano abierta del Padre de todos, como una realidad iluminada por el amor que nos convoca a una comunión universal" (Laudato Si', 76) el CCEE invita a todos a acoger este tiempo de oración como una ocasión de responder a la responsabilidad a la que el Señor nos llama a todos los hombres, para ser realmente guardianes de aquello que El nos ha confiado.

La Sección 'Cuidado de la Creación' está guiada por S.E.Mons. André-Joseph Léonard, Arzobispo de Malines-Bruselas y Presidente de la Conferencia Episcopal belga. El secretario de la sección es P. Bernard Sorel.

La Sección 'Cuidado de la Creación' junto a otras dos secciones, dedicadas a 'las cuestiones sociales' y 'migración' respectivamente -cada una guiada por un obispo- constituyen la Comisión CCEE Caritas in Veritate, presidida por S.E.Mons. Giampaolo Crepaldi, Arzobispo de Trieste.

POR UNA MAYOR GENEROSIDAD EN LA ACOGIDA DE LOS REFUGIADOS Y DESPLAZADOS EN EUROPA

JUEVES, 03 DE SEPTIEMBRE DE 2015

Día tras día somos golpeados por las noticias de numerosas personas, que, huyendo de la guerra o del hambre, acaban dejando la vida de manera trágica, en mar o en tierra, o se encuentran en situaciones extremas. Son hombres, mujeres y niños, en no pocos casos familias enteras, que lo han perdido todo. Sólo les queda la vida, y ésta amenazada. Sería horrible que la repetición de los hechos acabara anesthesiándonos; que, como dice el Papa Francisco, "la globalización de la indiferencia acabara por secarnos las lágrimas"; que dejáramos de clamar contra "este grave crimen contra la familia humana", como ha sido calificado también por el mismo Papa Francisco.

Situaciones como las que se están viviendo, que muchos califican de verdadera catástrofe humanitaria, reclaman respuestas urgentes, eficaces y generosas. Europa, a cuyas puertas llaman angustiadas estas personas pidiendo refugio, ha de implicarse con mayor empeño en buscar soluciones globales. Han de compromete-

terse manera efectiva en primer lugar los gobiernos, pero también los ciudadanos. En nuestro mensaje para la Jornada de las Migraciones, decíamos los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones que " hay que ponerse dentro de la piel del otro para entender qué esperanzas y deseos les mueven a dejar su tierra, su familia, los lugares conocidos; de qué situaciones busca escapar". Clama al cielo constatar, junto a las abismales desigualdades de renta media per cápita y de esperanza media de vida, la violencia y las persecuciones desatadas por fanatismos inhumanos o por otras razones políticas.

Desde la Comisión Episcopal de Migraciones de la Conferencia Episcopal Española, nos unimos, una vez más, al clamor de tantas organizaciones y comunidades cristianas, a hombres y mujeres de buena voluntad, que se sienten interpelados por esta dramática realidad que nos llega al corazón. No queremos quedar en el silencio para no ser cómplices de la indiferencia y de la llamada política del descarte que denuncia el Papa Francisco.

Hace dos años, ya pedimos al Gobierno desde la Conferencia Episcopal, sin obtener respuesta, la acogida en España de algún grupo de refugiados sirios. Reiteramos nuestra petición de la más amplia generosidad en este momento, para la acogida de quienes piden refugio y acogida de manera urgente. Pedimos también la comprensión y colaboración de todos los ciudadanos, a la vez que ofrecemos la de nuestras comunidades y centros de acogida. Los cristianos tenemos por razones humanitarias y evangélicas un especial deber de justicia y caridad, distintivo de nuestra condición.

Invitamos a orar para que nuestro Dios, el Dios de la Misericordia, conceda la paz y el gozo eterno a los que han muerto buscando un mundo mejor. Pedimos el consuelo de la esperanza para sus familiares, así como la luz y la generosidad para todos los responsables de encontrar las repuestas que, en actual situación, reclaman, a gritos y con lágrimas, tantos hermanos desplazados ante nuestras fronteras de Europa, como un día lo hicieron compatriotas nuestros.

1 de Septiembre de 2015
COMISION EPISCOPAL DE MIGRACIONES

**VIAJE APOSTÓLICO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A CUBA, A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
Y VISITA A LA SEDE DE LA ORGANIZACIÓN
DE LAS NACIONES UNIDAS,
CON MOTIVO DE LA PARTICIPACIÓN
EN EL VIII ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS
(19 - 28 SEPTIEMBRE 2015)**

CEREMONIA DE BIENVENIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Aeropuerto internacional José Martí, La Habana

Sábado 19 de septiembre de 2015

Señor Presidente,
Distinguidas Autoridades,
Hermanos en el Episcopado,
Señoras y señores:

Muchas gracias, Señor Presidente, por su acogida y sus atentas palabras de bienvenida en nombre del Gobierno y de todo el pueblo cubano. Mi saludo se

dirige también a las autoridades y a los miembros del Cuerpo diplomático que han tenido la amabilidad de hacerse presentes en este acto.

Al Cardenal Jaime Ortega y Alamino, Arzobispo de La Habana, a Monseñor Dionisio Guillermo García Ibáñez, Arzobispo de Santiago de Cuba y Presidente de la Conferencia Episcopal, a los demás Obispos y a todo el pueblo cubano, les agradezco su fraterno recibimiento.

Gracias a todos los que se han esmerado para preparar esta visita pastoral. Y quisiera pedirle a Usted, Señor Presidente, que transmita mis sentimientos de especial consideración y respeto a su hermano Fidel. A su vez, quisiera que mi saludo llegase especialmente a todas aquellas personas que, por diversos motivos, no podré encontrar y a todos los cubanos dispersos por el mundo.

Como usted, Señor Presidente, señaló, este año 2015 se celebra el 80 aniversario del establecimiento de relaciones diplomáticas ininterrumpidas entre la República de Cuba y la Santa Sede. La Providencia me permite llegar hoy a esta querida Nación, siguiendo las huellas indelebles del camino abierto por los inolvidables viajes apostólicos que realizaron a esta Isla mis dos predecesores, san Juan Pablo II y Benedicto XVI. Sé que su recuerdo suscita gratitud y cariño en el pueblo y las autoridades de Cuba. Hoy renovamos estos lazos de cooperación y amistad para que la Iglesia siga acompañando y alentando al pueblo cubano en sus esperanzas, en sus preocupaciones, con libertad y todos los medios necesarios para llevar el anuncio del Reino hasta las periferias existenciales de la sociedad.

Este viaje apostólico coincide además con el I Centenario de la declaración de la Virgen de la Caridad del Cobre como Patrona de Cuba, por Benedicto XV. Fueron los veteranos de la Guerra de la Independencia, movidos por sentimientos de fe y patriotismo, quienes pidieron que la Virgen mambisa fuera la patrona de Cuba como nación libre y soberana. Desde entonces, Ella ha acompañado la historia del pueblo cubano, sosteniendo la esperanza que preserva la dignidad de las personas en las situaciones más difíciles y abanderando la promoción de todo lo que dignifica al ser humano. Su creciente devoción es testimonio visible de la presencia de la Virgen en el alma del pueblo cubano. En estos días tendré ocasión de ir al Cobre, como hijo y como peregrino, para pedirle a nuestra Madre por todos sus hijos cubanos y por esta querida Nación, para que transite por los caminos de justicia, paz, libertad y reconciliación.

Geográficamente, Cuba es un archipiélago que mira hacia todos los caminos, con un valor extraordinario como "llave" entre el norte y el sur, entre el este y el oeste. Su vocación natural es ser punto de encuentro para que todos los pueblos se reúnan en amistad, como soñó José Martí, "por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares" (La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, en Obras escogidas II, La Habana 1992, 505). Ese mismo fue el deseo de san Juan Pablo II con su ardiente llamamiento a "que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba" (Discurso en la ceremonia de llegada, 21-1-1998, 5).

Desde hace varios meses, estamos siendo testigos de un acontecimiento que nos llena de esperanza: el proceso de normalización de las relaciones entre dos pueblos, tras años de distanciamiento. Es un proceso, es un signo de la victoria de la cultura del encuentro, del diálogo, del "sistema del acrecentamiento universal... por sobre el sistema, muerto para siempre, de dinastía y de grupos", decía José Martí (ibíd.). Animo a los responsables políticos a continuar avanzando por este camino y a desarrollar todas sus potencialidades, como prueba del alto servicio que están llamados a prestar en favor de la paz y el bienestar de sus pueblos, y de toda América, y como ejemplo de reconciliación para el mundo entero. El mundo necesita reconciliación en esta atmósfera de tercera guerra mundial por etapas que estamos viviendo.

Pongo estos días bajo la intercesión de la Virgen de la Caridad del Cobre, de los beatos Olallo Valdés y José López Piteira y del venerable Félix Varela, gran propagador del amor entre los cubanos y entre todos los hombres, para que aumenten nuestros lazos de paz, solidaridad y respeto mutuo.

Nuevamente, muchas gracias, Señor Presidente.

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Plaza de la Revolución, La Habana

Domingo 20 de septiembre de 2015

Jesús les hace a sus discípulos una pregunta aparentemente indiscreta: "¿De qué discutían por el camino?". Una pregunta que también puede hacernos hoy: ¿De qué hablan cotidianamente? ¿Cuáles son sus aspiraciones? "Ellos -dice el Evangelio- no contestaron, porque por el camino habían discutido sobre quién era el más importante". Les daba vergüenza decirle a Jesús de lo que hablaban. Como a los discípulos de ayer, también hoy a nosotros, nos puede acompañar la misma discusión: ¿Quién es el más importante?

Jesús no insiste con la pregunta, no los obliga a responderle de qué hablaban por el camino, pero la pregunta permanece no solo en la mente, sino también en el corazón de los discípulos.

¿Quién es el más importante? Una pregunta que nos acompañará toda la vida y en las distintas etapas seremos desafiados a responderla. No podemos escapar a esta pregunta, está grabada en el corazón. Recuerdo más de una vez en reuniones familiares preguntar a los hijos: ¿A quién querés más, a papá o a mamá? Es como preguntarle: ¿Quién es más importante para vos? ¿Es tan solo un simple juego de niños esta pregunta? La historia de la humanidad ha estado marcada por el modo de responder a esta pregunta.

Jesús no le teme a las preguntas de los hombres; no le teme a la humanidad ni a las distintas búsquedas que ésta realiza. Al contrario, Él conoce los "recovecos" del corazón humano, y como buen pedagogo está dispuesto a acompañarnos siempre. Fiel a su estilo, asume nuestras búsquedas, nuestras aspiraciones y les da un nuevo horizonte. Fiel a su estilo, logra dar una respuesta capaz de plantear un nuevo desafío, descolocando "las respuestas esperadas" o lo aparentemente establecido. Fiel a su estilo, Jesús siempre plantea la lógica del amor. Una lógica capaz de ser vivida por todos, porque es para todos.

Lejos de todo tipo de elitismo, el horizonte de Jesús no es para unos pocos privilegiados capaces de llegar al "conocimiento deseado" o a distintos niveles de espiritualidad. El horizonte de Jesús, siempre es una oferta para la vida cotidiana también aquí en "nuestra isla"; una oferta que siempre hace que el día a día tenga cierto sabor a eternidad.

¿Quién es el más importante? Jesús es simple en su respuesta: "Quien quiera ser el primero - o sea el más importante - que sea el último de todos y el servidor de todos". Quien quiera ser grande, que sirva a los demás, no que se sirva de los demás.

Y esta es la gran paradoja de Jesús. Los discípulos discutían quién ocuparía el lugar más importante, quién sería seleccionado como el privilegiado -¡eran los discípulos, los más cercanos a Jesús, y discutían sobre eso!-, quién estaría exceptuado de la ley común, de la norma general, para destacarse en un afán de superioridad sobre los demás. Quién escalaría más pronto para ocupar los cargos que darían ciertas ventajas.

Y Jesús les trastoca su lógica diciéndoles sencillamente que la vida auténtica se vive en el compromiso concreto con el prójimo. Es decir, sirviendo.

La invitación al servicio posee una peculiaridad a la que debemos estar atentos. Servir significa, en gran parte, cuidar la fragilidad. Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo. Son los rostros sufrientes, desprotegidos y angustiados a los que Jesús propone mirar e invita concretamente a amar. Amor que se plasma en acciones y decisiones. Amor que se manifiesta en las distintas tareas que como ciudadanos estamos invitados a desarrollar. Son personas de carne y hueso, con su vida, su historia y especialmente con su fragilidad, las que Jesús nos invita a defender, a cuidar y a servir. Porque ser cristiano entraña servir la dignidad de sus hermanos, luchar por la dignidad de sus hermanos y vivir para la dignidad de sus hermanos. Por eso, el cristiano es invitado siempre a dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles.

Hay un "servicio" que sirve a los otros; pero tenemos que cuidarnos del otro servicio, de la tentación del "servicio" que "se" sirve de los otros. Hay una forma de ejercer el servicio que tiene como interés el beneficiar a los "míos", en nombre de lo "nuestro". Ese servicio siempre deja a los "tuyos" por fuera, generando una dinámica de exclusión.

Todos estamos llamados por vocación cristiana al servicio que sirve y a ayudarnos mutuamente a no caer en las tentaciones del "servicio que se sirve". Todos estamos invitados, estimulados por Jesús a hacernos cargo los unos de los otros por amor. Y esto sin mirar de costado para ver lo que el vecino hace o ha dejado de hacer. Jesús dice: "Quien quiera ser el primero, que sea el último y el servidor de todos". Ese va a ser el primero. No dice, si tu vecino quiere ser el primero que sirva. Debemos cuidarnos de la mirada enjuiciadora y animarnos a creer en la mirada transformadora a la que nos invita Jesús.

Este hacernos cargo por amor no apunta a una actitud de servilismo, por el contrario, pone en el centro la cuestión del hermano: el servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la "padece" y busca la promoción del hermano. Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas.

El santo Pueblo fiel de Dios que camina en Cuba, es un pueblo que tiene gusto por la fiesta, por la amistad, por las cosas bellas. Es un pueblo que camina, que canta y alaba. Es un pueblo que tiene heridas, como todo pueblo, pero que sabe estar con los brazos abiertos, que marcha con esperanza, porque su vocación

es de grandeza. Así la sembraron sus próceres. Hoy los invito a que cuiden esa vocación, a que cuiden estos dones que Dios les ha regalado, pero especialmente quiero invitarlos a que cuiden y sirvan, de modo especial, la fragilidad de sus hermanos. No los descuiden por proyectos que puedan resultar seductores, pero que se desentienden del rostro del que está a su lado. Nosotros conocemos, somos testigos de la "fuerza imparable" de la resurrección, que "provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo" (cf. *Evangelii gaudium*, 276.278).

No nos olvidemos de la Buena Nueva de hoy: la importancia de un pueblo, de una nación; la importancia de una persona siempre se basa en cómo sirve la fragilidad de sus hermanos. Y en esto encontramos uno de los frutos de una verdadera humanidad.

Porque, queridos hermanos y hermanas, "quien no vive para servir, no sirve para vivir".

CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS
CON SACERDOTES, CONSAGRADOS Y
SEMINARISTAS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Catedral de La Habana

Domingo 20 de septiembre de 2015

Palabras pronunciadas por el Santo Padre

El Cardenal Jaime nos habló de pobreza y la hermana Yaileny [Sor Yaileny Ponce Torres, Hija de la Caridad] nos habló del más pequeño, de los más pequeños: "son todos niños". Yo tenía preparada una Homilía para decir ahora, en base a los textos bíblicos, pero cuando hablan los profetas -y todo sacerdote es profeta, todo bautizado es profeta, todo consagrado es profeta-, vamos a hacerles caso a ellos. Y entonces, yo le voy a dar la Homilía al Cardenal Jaime para que se las haga

llegar a ustedes y la publiquen. Después la meditan. Y ahora, charlemos un poquito sobre lo que dijeron estos dos profetas.

Al Cardenal Jaime se le ocurrió pronunciar una palabra muy incómoda, sumamente incómoda, que incluso va de contramano con toda la estructura cultural, entre comillas, del mundo. Dijo: "pobreza". Y la repitió varias veces. Y pienso que el Señor quiso que la escucháramos varias veces y la recibiéramos en el corazón. El espíritu mundano no la conoce, no la quiere, la esconde, no por pudor, sino por desprecio. Y, si tiene que pecar y ofender a Dios, para que no le llegue la pobreza, lo hace. El espíritu del mundo no ama el camino del Hijo de Dios, que se vació a sí mismo, se hizo pobre, se hizo nada, se humilló, para ser uno de nosotros.

La pobreza que le dio miedo a aquel muchacho tan generoso -había cumplido todos los mandamientos- y cuando Jesús le dijo: "Mirá, vendé todo lo que tenés y dáselo a los pobres", se puso triste, le tuvo miedo a la pobreza. La pobreza, siempre tratamos de escamotearla, sea por cosas razonables, pero estoy hablando de escamotearla en el corazón. Que hay que saber administrar los bienes, es una obligación, pues los bienes son un don de Dios, pero cuando esos bienes entran en el corazón y te empiezan a conducir la vida, ahí perdiste. Ya no sos como Jesús. Tenés tu seguridad donde la tenía el joven triste, el que se fue entristecido. A ustedes, sacerdotes, consagrados, consagradas, creo que les puede servir lo que decía San Ignacio -y esto no es propaganda publicitaria de familia, no-, pero él decía que la pobreza era el muro y la madre de la vida consagrada. Era la madre porque engendraba más confianza en Dios. Y era el muro porque la protegía de toda mundanidad. ¡Cuántas almas destruidas! Almas generosas, como la del joven entristecido, que empezaron bien y después se les fue apegando el amor a esa mundanidad rica, y terminaron mal. Es decir, mediocres. Terminaron sin amor porque la riqueza pauperiza, pero pauperiza mal. Nos quita lo mejor que tenemos, nos hace pobres en la única riqueza que vale la pena, para poner la seguridad en lo otro.

El espíritu de pobreza, el espíritu de despojo, el espíritu de dejarlo todo, para seguir a Jesús. Este dejarlo todo no lo invento yo. Varias veces aparece en el Evangelio. En un llamado de los primeros que dejaron las barcas, las redes, y lo siguieron. Los que dejaron todo para seguir a Jesús. Una vez me contaba un viejo cura sabio, hablando de cuando se mete el espíritu de riqueza, de mundanidad rica, en el corazón de un consagrado o de una consagrada, de un sacerdote, de un Obispo, de un Papa, lo que sea. Dice que, cuando uno empieza a juntar plata, y para asegurarse el futuro, ¿no es cierto?, entonces el futuro no está en Jesús, está en una compa-

ña de seguros de tipo espiritual, que yo manejo, ¿no? Entonces, cuando, por ejemplo, una Congregación religiosa, por poner un ejemplo, me decía él, empieza a juntar plata y a ahorrar y a ahorrar, Dios es tan bueno que le manda un ecónomo desastroso que la lleva a la quiebra. Son de las mejores bendiciones de Dios a su Iglesia, los ecónomos desastrosos, porque la hacen libre, la hacen pobre. Nuestra Santa Madre Iglesia es pobre, Dios la quiere pobre, como quiso pobre a nuestra Santa Madre María. Amen la pobreza como a madre. Y simplemente les sugiero, si alguno de ustedes tiene ganas, de preguntarse: ¿Cómo está mi espíritu de pobreza?, ¿cómo está mi despojo interior? Creo que pueda hacer bien a nuestra vida consagrada, a nuestra vida presbiteral. Después de todo, no nos olvidemos que es la primera de las Bienaventuranzas: Felices los pobres de espíritu, los que no están apegados a la riqueza, a los poderes de este mundo.

Y la hermana nos hablaba de los últimos, de los más pequeños que, aunque sean grandes, uno termina tratándolos como niños, porque se presentan como niños. El más pequeño. Es una frase de Jesús esa. Y que está en el protocolo sobre el cual vamos a ser juzgados: "Lo que hiciste al más pequeño de estos hermanos, me lo hiciste a mí". Hay servicios pastorales que pueden ser más gratificantes desde el punto de vista humano, sin ser malos ni mundanos, pero cuando uno busca en la preferencia interior al más pequeño, al más abandonado, al más enfermo, al que nadie tiene en cuenta, al que nadie quiere, el más pequeño, y sirve al más pequeño, está sirviendo a Jesús de manera superlativa. A vos te mandaron donde no querías ir. Y lloraste. Lloraste porque no te gustaba, lo cual no quiere decir que seas una monja llorona, no. Dios nos libre de las monjas lloronas, ¿eh?, que siempre se están lamentando. Eso no es mío, eso lo decía Santa Teresa, ¿eh?, a sus monjas. Es de ella. Guay de aquella monja que anda todo el día lamentándose porque me hicieron una injusticia. En el lenguaje castellano de la época decía: "guay de la monja que anda diciendo: hiciéronme sin razón". Vos lloraste porque eras joven, tenías otras ilusiones, pensabas quizás que en un colegio podías hacer más cosas, y que podías organizar futuros para la juventud. Y te mandaron ahí -"Casa de Misericordia" -, donde la ternura y la misericordia del Padre se hace más patente, donde la ternura y la misericordia de Dios se hace caricia. Cuántas religiosas, y religiosos, queman y repito el verbo, queman-, su vida, acariciando material de descarte, acariciando a quienes el mundo descarta, a quienes el mundo desprecia, a quienes el mundo prefiere que no estén, a quienes el mundo hoy día, con métodos de análisis nuevos que hay, cuando se prevé que puede venir con una enfermedad degenerativa, se propone mandarlo de vuelta, antes de que nazca. Es el más pequeño. Y una chica joven, llena de ilusiones, empieza su vida consagrada haciendo viva la ternura de Dios en

su misericordia. A veces no entienden, no saben, pero qué linda es para Dios y que bien que hace a uno, por ejemplo, la sonrisa de un espástico, que no sabe cómo hacerla, o cuando te quieren besar y te babosean la cara. Esa es la ternura de Dios, esa es la misericordia de Dios. O cuando están enojados y te dan un golpe. Y quemar mi vida así, con material de descarte a los ojos del mundo, eso nos habla solamente de una persona. Nos habla de Jesús, que, por pura misericordia del Padre, se hizo nada, se anonadó, dice el texto de Filipenses, capítulo dos. Se hizo nada. Y esta gente a la que vos dedicás tu vida imitan a Jesús, no porque lo quisieron, sino porque el mundo los trajo así. Son nada y se los esconde, no se los muestra, o no se los visita. Y si se puede, y todavía se está a tiempo, se los manda de vuelta. Gracias por lo que hacés y en vos, gracias a todas estas mujeres y a tantas mujeres consagradas, al servicio de lo inútil, porque no se puede hacer ninguna empresa, no se puede ganar plata, no se puede llevar adelante absolutamente nada "constructivo" entre comillas, con esos hermanos nuestros, con los menores, con los más pequeños. Ahí resplandece Jesús. Y ahí resplandece mi opción por Jesús. Gracias a vos y a todos los consagrados y consagradas que hacen esto.

"Padre, yo no soy monja, yo no cuido enfermos, yo soy cura, y tengo una parroquia, o ayudo a un párroco. ¿Cuál es mi Jesús predilecto? ¿Cuál es el más pequeño? ¿Cuál es aquél que me muestra más la misericordia del Padre? ¿Dónde lo tengo que encontrar?". Obviamente, sigo recorriendo el protocolo de Mateo 25. Ahí los tenés a todos: en el hambriento, en el preso, en el enfermo. Ahí los vas a encontrar, pero hay un lugar privilegiado para el sacerdote, donde aparece ese último, ese mínimo, el más pequeño, y es el confesionario. Y ahí, cuando ese hombre o esa mujer te muestra su miseria, ¡ojo!, que es la misma que tenés vos y que Dios te salvó, ¿eh?, de no llegar hasta ahí. Cuando te muestra su miseria, por favor, no lo retes, no lo arrestes, no lo castigues. Si no tenés pecado, tirale la primera piedra, pero solamente con esa condición. Si no, pensá en tus pecados. Y pensá que vos podés ser esa persona. Y pensá que vos, potencialmente, podés llegar más bajo todavía. Y pensá que vos, en ese momento, tenés un tesoro en las manos, que es la misericordia del Padre. Por favor -a los sacerdotes-, no se cansen de perdonar. Sean perdonadores. No se cansen de perdonar, como lo hacía Jesús. No se escondan en miedos o en rigideces. Así como esta monja y todas las que están en su mismo trabajo no se ponen furiosas cuando encuentran al enfermo sucio o mal, sino que lo sirven, lo limpian, lo cuidan, así vos, cuando te llega el penitente, no te pongas mal, no te pongas neurótico, no lo echés del confesionario, no lo retes. Jesús los abrazaba. Jesús los quería. Mañana festejamos San Mateo. Cómo robaba ese. Además, cómo traicionaba a su pueblo. Y dice el Evangelio que, a la noche, Jesús

fue a cenar con él y otros como él. San Ambrosio tiene una frase que a mí me conmueve mucho: "Donde hay misericordia, está el espíritu de Jesús. Donde hay rigidez, están solamente sus ministros".

Hermano sacerdote, hermano Obispo, no le tengas miedo a la misericordia. Dejé que fluya por tus manos y por tu abrazo de perdón, porque ese o esa que están ahí son el más pequeño. Y por lo tanto, es Jesús. Esto es lo que se me ocurre decir después de haber escuchado a estos dos profetas. Que el Señor nos conceda estas gracias que ellos dos han sembrado en nuestro corazón: pobreza y misericordia. Porque ahí está Jesús.

Nos hemos reunido en esta histórica Catedral de La Habana para cantar con los salmos la fidelidad de Dios con su Pueblo, para dar gracias por su presencia, por su infinita misericordia. Fidelidad y misericordia no solo hecha memoria por las paredes de esta casa, sino por algunas cabezas que "pintan canas", recuerdo vivo, actualizado de que "infinita es su misericordia y su fidelidad dura las edades". Hermanos, demos gracias juntos.

Demos gracias por la presencia del Espíritu con la riqueza de los diversos carismas en los rostros de tantos misioneros que han venido a estas tierras, llegando a ser cubanos entre los cubanos, signo de que es eterna su misericordia.

El Evangelio nos presenta a Jesús en diálogo con su Padre, nos pone en el centro de la intimidad hecha oración entre el Padre y el Hijo. Cuando se acercaba su hora, Jesús rezó al Padre por sus discípulos, por los que estaban con Él y por los que vendrían (cf. Jn 17,20). Nos hace bien pensar que en su hora crucial, Jesús pone en su oración la vida de los suyos, nuestra vida. Y le pide a su Padre que los mantenga en la unidad y en la alegría. Conocía bien Jesús el corazón de los suyos, conoce bien nuestro corazón. Por eso reza, pide al Padre para que no les gane una conciencia que tiende a aislarse, refugiarse en las propias certezas, seguridades, espacios; a desentenderse de la vida de los demás, instalándose en pequeñas "chacras" que rompen el rostro multiforme de la Iglesia. Situaciones que desembocan en tristeza individualista, en una tristeza que poco a poco va dejándole lugar al resentimiento, a la queja continua, a la monotonía; "ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu" (Evangelii gaudium, 2) a la que los invitó, a la que nos invitó. Por eso Jesús reza, pide para que la tristeza y el aislamiento no nos gane el corazón. Nosotros queremos hacer lo mismo, queremos unirnos a la oración de Jesús, a sus palabras para decir juntos: "Padre santo, cuídalos con el

poder de tu nombre... para que estén completamente unidos, como tú y yo" (Jn 17,11), "y su gozo sea completo" (v. 13).

Jesús reza y nos invita a rezar porque sabe que hay cosas que solo las podemos recibir como don, hay cosas que solo podemos vivir como regalo. La unidad es una gracia que solamente puede darnos el Espíritu Santo, a nosotros nos toca pedirla y poner lo mejor de nosotros para ser transformados por este don.

Es frecuente confundir unidad con uniformidad; con un hacer, sentir y decir todos lo mismo. Eso no es unidad, eso es homogeneidad. Eso es matar la vida del Espíritu, es matar los carismas que Él ha distribuido para el bien de su Pueblo. La unidad se ve amenazada cada vez que queremos hacer a los demás a nuestra imagen y semejanza. Por eso la unidad es un don, no es algo que se pueda imponer a la fuerza o por decreto. Me alegra verlos a ustedes aquí, hombres y mujeres de distintas épocas, contextos, biografías, unidos por la oración en común. Pidámosle a Dios que haga crecer en nosotros el deseo de proximidad. Que podamos ser prójimos, estar cerca, con nuestras diferencias, manías, estilos, pero cerca. Con nuestras discusiones, peleas, hablando de frente y no por detrás. Que seamos pastores prójimos a nuestro pueblo, que nos dejemos cuestionar, interrogar por nuestra gente. Los conflictos, las discusiones en la Iglesia son esperables y, hasta me animo a decir, necesarias. Signo de que la Iglesia está viva y el Espíritu sigue actuando, la sigue dinamizando. ¡Ay de esas comunidades donde no hay un sí o un no! Son como esos matrimonios donde ya no discuten porque se ha perdido el interés, se ha perdido el amor.

En segundo lugar, el Señor reza para que nos llenemos "de la misma perfecta alegría" que Él tiene (cf. Jn 17,13). La alegría de los cristianos, y especialmente la de los consagrados, es un signo muy claro de la presencia de Cristo en sus vidas. Cuando hay rostros entristecidos es una señal de alerta, algo no anda bien. Y Jesús pide esto al Padre nada menos que antes de ir al huerto, cuando tiene que renovar su "fiat". No dudo que todos ustedes tienen que cargar con el peso de no pocos sacrificios y que para algunos, desde hace décadas, los sacrificios habrán sido duros. Jesús reza también desde su sacrificio para que nosotros no perdamos la alegría de saber que Él vence al mundo. Esta certeza es la que nos impulsa mañana a mañana a reafirmar nuestra fe. "Él (con su oración, en el rostro de nuestro Pueblo) nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría" (Evangelii gaudium, 3).

¡Qué importante, qué testimonio tan valioso para la vida del pueblo cubano, el de irradiar siempre y por todas partes esa alegría, no obstante los cansancios, los escepticismos, incluso la desesperanza, que es una tentación muy peligrosa que apolilla el alma!

Hermanos, Jesús reza para que seamos uno y su alegría permanezca en nosotros, hagamos lo mismo, unámonos los unos a los otros en oración.

SALUDO DEL SANTO PADRE
A LOS JÓVENES DEL CENTRO CULTURAL PADRE
FÉLIX VARELA

La Habana

Domingo 20 de septiembre de 2015

Palabras pronunciadas por el Santo Padre

Ustedes están parados y yo estoy sentado. Qué vergüenza. Pero, saben por qué me siento, porque tomé notas de algunas cosas que dijo nuestro compañero y sobre estas les quiero hablar. Una palabra que cayó fuerte: soñar. Un escritor latinoamericano decía que las personas tenemos dos ojos, uno de carne y otro de vidrio. Con el ojo de carne vemos lo que miramos. Con el ojo de vidrio vemos lo que soñamos. Está lindo, ¿eh?

En la objetividad de la vida tiene que entrar la capacidad de soñar. Y un joven que no es capaz de soñar, está clausurado en sí mismo, está cerrado en sí mismo. Cada uno a veces sueña cosas que nunca van a suceder, pero señalas, desealas,

busca horizontes, abrite, abrite a cosas grandes. No sé si en Cuba se usa la palabra, pero los argentinos decimos "no te arrugues", ¿eh? No te arrugues, abrite. Abrite y soñá. Soñá que el mundo con vos puede ser distinto. Soñá que si vos ponés lo mejor de vos, vas a ayudar a que ese mundo sea distinto. No se olviden, sueñen. Por ahí se les va la mano y sueñan demasiado, y la vida les corta el camino. No importa, sueñen. Y cuenten sus sueños. Cuenten, hablen de las cosas grandes que desean, porque cuanto más grande es la capacidad de soñar, y la vida te deja a mitad camino, más camino has recorrido. Así que, primero, soñar.

Vos dijiste ahí una frasecita que yo tenía acá escrita en la intervención, pero la subrayé y tomé alguna nota: que sepamos acoger y aceptar al que piensa diferente. Realmente, nosotros, a veces, somos cerrados. Nos metemos en nuestro mundito: "o este es como yo quiero que sea, o no". Y fuiste más allá todavía: que no nos encerremos en los conventillos de las ideologías o en los conventillos de las religiones. Que podamos crecer ante los individualismos. Cuando una religión se vuelve conventillo, pierde lo mejor que tiene, pierde su realidad de adorar a Dios, de creer en Dios. Es un conventillo. Es un conventillo de palabras, de oraciones, de "yo soy bueno, vos sos malo", de prescripciones morales. Y cuando yo tengo mi ideología, mi modo de pensar y vos tenés el tuyo, me encierro en ese conventillo de la ideología.

Corazones abiertos, mentes abiertas. Si vos pensás distinto que yo, ¿por qué no vamos a hablar? ¿Por qué siempre nos tiramos la piedra sobre aquello que nos separa, sobre aquello en lo que somos distintos? ¿Por qué no nos damos la mano en aquello que tenemos en común? Animarnos a hablar de lo que tenemos en común. Y después podemos hablar de las cosas que tenemos diferentes o que pensamos. Pero digo hablar. No digo pelearnos. No digo encerrarnos. No digo "conventillar", como usaste vos la palabra. Pero solamente es posible cuando uno tiene la capacidad de hablar de aquello que tengo en común con el otro, de aquello para lo cual somos capaces de trabajar juntos. En Buenos Aires, estaban -en una parroquia nueva, en una zona muy, muy pobre- estaban construyendo unos salones parroquiales un grupo de jóvenes de la universidad. Y el párroco me dijo: "¿por qué no te venís un sábado y así te los presento?". Trabajaban los sábados y los domingos en la construcción. Eran chicos y chicas de la universidad. Yo llegué y los vi, y me los fue presentando: "este es el arquitecto -es judío-, este es comunista, este es católico práctico, este es...". Todos eran distintos, pero todos estaban trabajando en común por el bien común. Eso se llama amistad social, buscar el bien común. La enemistad social destruye. Y una familia se destruye por la enemistad. Un país se

destruye por la enemistad. El mundo se destruye por la enemistad. Y la enemistad más grande es la guerra. Y hoy día vemos que el mundo se está destruyendo por la guerra. Porque son incapaces de sentarse y hablar: "bueno, negociemos. ¿Qué podemos hacer en común? ¿En qué cosas no vamos a ceder? Pero no matemos más gente". Cuando hay división, hay muerte. Hay muerte en el alma, porque estamos matando la capacidad de unir. Estamos matando la amistad social. Y eso es lo que yo les pido a ustedes hoy: sean capaces de crear la amistad social.

Después salió otra palabra que vos dijiste. La palabra esperanza. Los jóvenes son la esperanza de un pueblo. Eso lo oímos de todos lados. Pero, ¿qué es la esperanza? ¿Es ser optimistas? No. El optimismo es un estado de ánimo. Mañana te levantas con dolor de hígado y no sos optimista, ves todo negro. La esperanza es algo más. La esperanza es sufrida. La esperanza sabe sufrir para llevar adelante un proyecto, sabe sacrificarse. ¿Vos sos capaz de sacrificararte por un futuro o solamente querés vivir el presente y que se arreglen los que vengan? La esperanza es fecunda. La esperanza da vida. ¿Vos sos capaz de dar vida o vas a ser un chico o una chica espiritualmente estéril, sin capacidad de crear vida a los demás, sin capacidad de crear amistad social, sin capacidad de crear patria, sin capacidad de crear grandeza? La esperanza es fecunda. La esperanza se da en el trabajo. Yo aquí me quiero referir a un problema muy grave que se está viviendo en Europa, la cantidad de jóvenes que no tienen trabajo. Hay países en Europa, que jóvenes de veinticinco años hacia abajo viven desocupados en un porcentaje del 40%. Pienso en un país. Otro país, el 47%. Otro país, el 50%. Evidentemente, que un pueblo que no se preocupa por dar trabajo a los jóvenes, un pueblo -y cuando digo pueblo, no digo gobiernos- todo el pueblo, la preocupación de la gente, de que ¿estos jóvenes trabajan?, ese pueblo no tiene futuro. Los jóvenes entran a formar parte de la cultura del descarte. Y todos sabemos que hoy, en este imperio del dios dinero, se descartan las cosas y se descartan las personas. Se descartan los chicos porque no se los quiere o porque se los mata antes de nacer. Se descartan los ancianos -estoy hablando del mundo, en general-, se descartan los ancianos porque ya no producen. En algunos países hay ley de eutanasia, pero en tantos otros hay una eutanasia escondida, encubierta. Se descartan los jóvenes porque no les dan trabajo. Entonces, ¿qué le queda a un joven sin trabajo? Un país que no inventa, un pueblo que no inventa posibilidades laborales para sus jóvenes, a ese joven le queda o las adicciones, o el suicidio, o irse por ahí buscando ejércitos de destrucción para crear guerras. Esta cultura del descarte nos está haciendo mal a todos, nos quita la esperanza. Y es lo que vos pediste para los jóvenes: queremos esperanza. Esperanza que es sufrida, es trabajadora, es fecunda. Nos da trabajo y nos salva de la cultura del descarte. Y

esta esperanza que es convocadora, convocadora de todos, porque un pueblo que sabe autoconvocarse para mirar el futuro y construir la amistad social -como dije, aunque piense diferente-, ese pueblo tiene esperanza.

Y si yo me encuentro con un joven sin esperanza, por ahí una vez dije, un joven es jubilado. Hay jóvenes que parece que se jubilan a los veintidós años. Son jóvenes con tristeza existencial. Son jóvenes que han apostado su vida al derrotismo básico. Son jóvenes que se lamentan. Son jóvenes que se fugan de la vida. El camino de la esperanza no es fácil y no se puede recorrer solo. Hay un proverbio africano que dice: "si querés ir de prisa, andá solo, pero si querés llegar lejos, andá acompañado". Y yo a ustedes, jóvenes cubanos, aunque piensen diferente, aunque tengan su punto de vista diferente, quiero que vayan acompañados, juntos, buscando la esperanza, buscando el futuro y la nobleza de la patria.

Y así, empezamos con la palabra "soñar" y quiero terminar con otra palabra que vos dijiste y que yo la suelo usar bastante: "la cultura del encuentro". Por favor, no nos desencontremos entre nosotros mismos. Vayamos acompañados, uno. Encontrados, aunque pensemos distinto, aunque sintamos distinto. Pero hay algo que es superior a nosotros, es la grandeza de nuestro pueblo, es la grandeza de nuestra patria, es esa belleza, esa dulce esperanza de la patria, a la que tenemos que llegar. Muchas gracias.

Bueno, me despido deseándoles lo mejor. Deseándoles... todo esto que les dije, se los deseo. Voy a rezar por ustedes. Y les pido que recen por mí. Y si alguno de ustedes no es creyente -y no puede rezar porque no es creyente-, que al menos me desee cosas buenas. Que Dios los bendiga, los haga caminar en este camino de esperanza hacia la cultura del encuentro, evitando esos conventillos de los cuales habló nuestro compañero. Y que Dios los bendiga a todos.

Queridos amigos:

Siento una gran alegría de poder estar con ustedes precisamente aquí en este Centro cultural, tan significativo para la historia de Cuba. Doy gracias a Dios por haberme concedido la oportunidad de tener este encuentro con tantos jóvenes que, con su trabajo, estudio y preparación, están soñando y también haciendo ya realidad el mañana de Cuba.

Agradezco a Leonardo sus palabras de saludo, y especialmente porque, pudiendo haber hablado de muchas otras cosas, ciertamente importantes y concretas, como las dificultades, los miedos, las dudas -tan reales y humanas-, nos ha hablado de esperanza, de esos sueños e ilusiones que anidan con fuerza en el corazón de los jóvenes cubanos, más allá de sus diferencias de formación, de cultura, de creencias o de ideas. Gracias, Leonardo, porque yo también, cuando los miro a ustedes, la primera cosa que me viene a la mente y al corazón es la palabra esperanza. No puedo concebir a un joven que no se mueva, que esté paralizado, que no tenga sueños ni ideales, que no aspire a algo más.

Pero, ¿cuál es la esperanza de un joven cubano en esta época de la historia? Ni más ni menos que la de cualquier otro joven de cualquier parte del mundo. Porque la esperanza nos habla de una realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive. Nos habla de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor. Sin embargo, eso comporta un riesgo. Requiere estar dispuestos a no dejarse seducir por lo pasajero y caduco, por falsas promesas de felicidad vacía, de placer inmediato y egoísta, de una vida mediocre, centrada en uno mismo, y que sólo deja tras de sí tristeza y amargura en el corazón. No, la esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna. Yo le preguntaría a cada uno de ustedes: ¿Qué es lo que mueve tu vida? ¿Qué hay en tu corazón, dónde están tus aspiraciones? ¿Estás dispuesto a arriesgarte siempre por algo más grande?

Tal vez me pueden decir: "Sí, Padre, la atracción de esos ideales es grande. Yo siento su llamado, su belleza, el brillo de su luz en mi alma. Pero, al mismo tiempo, la realidad de mi debilidad y de mis pocas fuerzas es muy fuerte para decirme a recorrer el camino de la esperanza. La meta es muy alta y mis fuerzas son pocas. Mejor conformarse con poco, con cosas tal vez menos grandes pero más realistas, más al alcance de mis posibilidades". Yo comprendo esta reacción, es normal sentir el peso de lo arduo y difícil, sin embargo, cuidado con caer en la tentación de la desilusión, que paraliza la inteligencia y la voluntad, ni dejarnos llevar por la resignación, que es un pesimismo radical frente a toda posibilidad de alcanzar lo soñado. Estas actitudes al final acaban o en una huida de la realidad hacia paraísos artificiales o en un encerrarse en el egoísmo personal, en una especie de cinis-

mo, que no quiere escuchar el grito de justicia, de verdad y de humanidad que se alza a nuestro alrededor y en nuestro interior.

Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo hallar caminos de esperanza en la situación en que vivimos? ¿Cómo hacer para que esos sueños de plenitud, de vida auténtica, de justicia y verdad, sean una realidad en nuestra vida personal, en nuestro país y en el mundo? Pienso que hay tres ideas que pueden ser útiles para mantener viva la esperanza.

La esperanza, un camino hecho de memoria y discernimiento. La esperanza es la virtud del que está en camino y se dirige a alguna parte. No es, por tanto, un simple caminar por el gusto de caminar, sino que tiene un fin, una meta, que es la que da sentido e ilumina el sendero. Al mismo tiempo, la esperanza se alimenta de la memoria, abarca con su mirada no sólo el futuro sino el pasado y el presente. Para caminar en la vida, además de saber a dónde queremos ir es importante saber también quiénes somos y de dónde venimos. Una persona o un pueblo que no tiene memoria y borra su pasado corre el riesgo de perder su identidad y arruinar su futuro. Se necesita por tanto la memoria de lo que somos, de lo que forma nuestro patrimonio espiritual y moral. Creo que esa es la experiencia y la enseñanza de ese gran cubano que fue el Padre Félix Varela. Y se necesita también el discernimiento, porque es esencial abrirse a la realidad y saber leerla sin miedos ni prejuicios. No sirven las lecturas parciales o ideológicas, que deforman la realidad para que entre en nuestros pequeños esquemas preconcebidos, provocando siempre desilusión y desesperanza. Discernimiento y memoria, porque el discernimiento no es ciego, sino que se realiza sobre la base de sólidos criterios éticos, morales, que ayudan a discernir lo que es bueno y justo.

La esperanza, un camino acompañado. Dice un proverbio africano: "Si quieres ir deprisa, ve solo; si quieres ir lejos, ve acompañado". El aislamiento o la clausura en uno mismo nunca generan esperanza, en cambio, la cercanía y el encuentro con el otro, sí. Solos no llegamos a ninguna parte. Tampoco con la exclusión se construye un futuro para nadie, ni siquiera para uno mismo. Un camino de esperanza requiere una cultura del encuentro, del diálogo, que supere los contrastes y el enfrentamiento estéril. Para ello, es fundamental considerar las diferencias en el modo de pensar no como un riesgo, sino como una riqueza y un factor de crecimiento. El mundo necesita esta cultura del encuentro, necesita de jóvenes que quieran conocerse, que quieran amarse, que quieran caminar juntos y construir un país como lo soñaba José Martí: "Con todos y para el bien de todos".

La esperanza, un camino solidario. La cultura del encuentro debe conducir naturalmente a una cultura de la solidaridad. Aprecio mucho lo que ha dicho Leonardo al comienzo cuando ha hablado de la solidaridad como fuerza que ayuda a superar cualquier obstáculo. Efectivamente, si no hay solidaridad no hay futuro para ningún país. Por encima de cualquier otra consideración o interés, tiene que estar la preocupación concreta y real por el ser humano, que puede ser mi amigo, mi compañero, o también alguien que piensa distinto, que tiene sus ideas, pero que es tan ser humano y tan cubano como yo mismo. No basta la simple tolerancia, hay que ir más allá y pasar de una actitud recelosa y defensiva a otra de acogida, de colaboración, de servicio concreto y ayuda eficaz. No tengan miedo a la solidaridad, al servicio, al dar la mano al otro para que nadie se quede fuera del camino.

Este camino de la vida está iluminado por una esperanza más alta: la que nos viene de la fe en Cristo. Él se ha hecho nuestro compañero de viaje, y no sólo nos alienta sino que nos acompaña, está a nuestro lado y nos tiende su mano de amigo. Él, el Hijo de Dios, ha querido hacerse uno como nosotros, para recorrer también nuestro camino. La fe en su presencia, su amor y su amistad, encienden e iluminan todas nuestras esperanzas e ilusiones. Con Él, aprendemos a discernir la realidad, a vivir el encuentro, a servir a los demás y a caminar en la solidaridad.

Queridos jóvenes cubanos, si Dios mismo ha entrado en nuestra historia y se ha hecho hombre en Jesús, si ha cargado en sus hombros con nuestra debilidad y pecado, no tengan miedo a la esperanza, no tengan miedo al futuro, porque Dios apuesta por ustedes, cree en ustedes, espera en ustedes.

Queridos amigos, gracias por este encuentro. Que la esperanza en Cristo su amigo les guíe siempre en su vida. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Que el Señor los bendiga.

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Plaza de la Revolución, Holguín

Lunes 21 de septiembre de 2015

Celebramos la fiesta del apóstol y evangelista san Mateo. Celebramos la historia de una conversión. Él mismo, en su evangelio, nos cuenta cómo fue el encuentro que marcó su vida, él nos introduce en un "juego de miradas" que es capaz de transformar la historia.

Un día, como otro cualquiera, mientras estaba sentado en la mesa de recaudación de los impuestos, Jesús pasaba, lo vio, se acercó y le dijo: ""Sígueme". Y él, levantándose, lo siguió".

Jesús lo miró. Qué fuerza de amor tuvo la mirada de Jesús para movilizar a Mateo como lo hizo; qué fuerza han de haber tenido esos ojos para levantarlo. Sabemos que Mateo era un publicano, es decir, recaudaba impuestos de los judíos

para dárselos a los romanos. Los publicanos eran mal vistos, incluso considerados pecadores, y por eso vivían apartados y despreciados de los demás. Con ellos no se podía comer, ni hablar, ni orar. Eran traidores para el pueblo: le sacaban a su gente para dárselo a otros. Los publicanos pertenecían a esta categoría social.

Y Jesús se detuvo, no pasó de largo precipitadamente, lo miró sin prisa, lo miró con paz. Lo miró con ojos de misericordia; lo miró como nadie lo había mirado antes. Y esa mirada abrió su corazón, lo hizo libre, lo sanó, le dio una esperanza, una nueva vida como a Zaqueo, a Bartimeo, a María Magdalena, a Pedro y también a cada uno de nosotros. Aunque no nos atrevemos a levantar los ojos al Señor, Él siempre nos mira primero. Es nuestra historia personal; al igual que muchos otros, cada uno de nosotros puede decir: yo también soy un pecador en el que Jesús puso su mirada. Los invito, que hoy en sus casas, o en la iglesia, cuando estén tranquilos, solos, hagan un momento de silencio para recordar con gratitud y alegría aquellas circunstancias, aquel momento en que la mirada misericordiosa de Dios se posó en nuestra vida.

Su amor nos precede, su mirada se adelanta a nuestra necesidad. Él sabe ver más allá de las apariencias, más allá del pecado, más allá del fracaso o de la indignidad. Sabe ver más allá de la categoría social a la que podemos pertenecer. Él ve más allá de todo eso. Él ve esa dignidad de hijo, que todos tenemos, tal vez ensuciada por el pecado, pero siempre presente en el fondo de nuestra alma. Es nuestra dignidad de hijo. Él ha venido precisamente a buscar a todos aquellos que se sienten indignos de Dios, indignos de los demás. Dejémonos mirar por Jesús, dejemos que su mirada recorra nuestras calles, dejemos que su mirada nos devuelva la alegría, la esperanza, el gozo de la vida.

Después de mirarlo con misericordia, el Señor le dijo a Mateo: "Sígueme". Y Mateo se levantó y lo siguió. Después de la mirada, la palabra. Tras el amor, la misión. Mateo ya no es el mismo; interiormente ha cambiado. El encuentro con Jesús, con su amor misericordioso, lo transformó. Y allá atrás quedó el banco de los impuestos, el dinero, su exclusión. Antes él esperaba sentado para recaudar, para sacarle a los otros, ahora con Jesús tiene que levantarse para dar, para entregar, para entregarse a los demás. Jesús lo miró y Mateo encontró la alegría en el servicio. Para Mateo, y para todo el que sintió la mirada de Jesús, sus conciudadanos no son aquellos a los que "se vive", se usa, se abusa. La mirada de Jesús genera una actividad misionera, de servicio, de entrega. Sus conciudadanos son aquellos a quien Él sirve. Su amor cura nuestras miopías y nos estimula a mirar más allá, a no quedarnos en las apariencias o en lo políticamente correcto.

Jesús va delante, nos precede, abre el camino y nos invita a seguirlo. Nos invita a ir lentamente superando nuestros preconceptos, nuestras resistencias al cambio de los demás e incluso de nosotros mismos. Nos desafía día a día con una pregunta: ¿Crees? ¿Crees que es posible que un recaudador se transforme en servidor? ¿Crees que es posible que un traidor se vuelva un amigo? ¿Crees que es posible que el hijo de un carpintero sea el Hijo de Dios? Su mirada transforma nuestras miradas, su corazón transforma nuestro corazón. Dios es Padre que busca la salvación de todos sus hijos.

Dejémonos mirar por el Señor en la oración, en la Eucaristía, en la Confesión, en nuestros hermanos, especialmente en aquellos que se sienten dejados, más solos. Y aprendamos a mirar como Él nos mira. Compartamos su ternura y su misericordia con los enfermos, los presos, los ancianos, las familias en dificultad. Una y otra vez somos llamados a aprender de Jesús que mira siempre lo más auténtico que vive en cada persona, que es precisamente la imagen de su Padre.

Sé con qué esfuerzo y sacrificio la Iglesia en Cuba trabaja para llevar a todos, aun en los sitios más apartados, la palabra y la presencia de Cristo. Una mención especial merecen las llamadas "casas de misión" que, ante la escasez de templos y de sacerdotes, permiten a tantas personas poder tener un espacio de oración, de escucha de la Palabra, de catequesis, de vida de comunidad. Son pequeños signos de la presencia de Dios en nuestros barrios y una ayuda cotidiana para hacer vivas las palabras del apóstol Pablo: "Les ruego que anden como pide la vocación a la que han sido convocados. Sean siempre humildes y amables, sean comprensivos, sobrellevándose mutuamente con amor; esfuércense en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz" (Ef 4,2).

Deseo dirigir ahora la mirada a la Virgen María, Virgen de la Caridad del Cobre, a quien Cuba acogió en sus brazos y le abrió sus puertas para siempre, y a Ella le pido que mantenga sobre todos y cada uno de los hijos de esta noble nación su mirada maternal y que esos "sus ojos misericordiosos" estén siempre atentos a cada uno de ustedes, sus hogares, sus familias, a las personas que pueden estar sintiendo que para ellos no hay lugar. Que ella nos guarde a todos como cuidó a Jesús en su amor. Y que Ella nos enseñe a mirar a los demás como Jesús nos miró a cada uno de nosotros.

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Basílica menor del Santuario de la
Virgen de la Caridad del Cobre, Santiago de Cuba

Martes 22 de septiembre de 2015

El Evangelio que escuchamos nos pone de frente al movimiento que genera el Señor cada vez que nos visita: nos saca de casa. Son imágenes que una y otra vez estamos invitados a contemplar. La presencia de Dios en nuestra vida nunca nos deja quietos, siempre nos motiva al movimiento. Cuando Dios visita, siempre nos saca de casa. Visitados para visitar, encontrados para encontrar, amados para amar.

Y ahí vemos a María, la primera discípula. Una joven quizás entre 15 y 17 años, que en una aldea de Palestina fue visitada por el Señor anunciándole que sería la madre del Salvador. Lejos de "creérsela" y pensar que todo el pueblo tenía que venir a atenderla o servirla, ella sale de casa y va a servir. Sale a ayudar a su prima

Isabel. La alegría que brota de saber que Dios está con nosotros, con nuestro pueblo, despierta el corazón, pone en movimiento nuestras piernas, "nos saca para afuera", nos lleva a compartir la alegría recibida, y compartirla como servicio, como entrega en todas esas situaciones "embarazosas" que nuestros vecinos o parientes puedan estar viviendo. El Evangelio nos dice que María fue de prisa, paso lento pero constante, pasos que saben a dónde van; pasos que no corren para "llegar" rápido o van demasiado despacio como para no "arribar" jamás. Ni agitada ni adormentada, María va con prisa, a acompañar a su prima embarazada en la vejez. María, la primera discípula, visitada ha salido a visitar. Y desde ese primer día ha sido siempre su característica peculiar. Ha sido la mujer que visitó a tantos hombres y mujeres, niños y ancianos, jóvenes. Ha sabido visitar y acompañar en las dramáticas gestaciones de muchos de nuestros pueblos; protegió la lucha de todos los que han sufrido por defender los derechos de sus hijos. Y ahora, ella todavía no deja de traernos la Palabra de Vida, su Hijo nuestro Señor.

Estas tierras también fueron visitadas por su maternal presencia. La patria cubana nació y creció al calor de la devoción a la Virgen de la Caridad. "Ella ha dado una forma propia y especial al alma cubana -escribían los Obispos de estas tierras- suscitando los mejores ideales de amor a Dios, a la familia y a la Patria en el corazón de los cubanos".

También lo expresaron vuestros compatriotas cien años atrás, cuando le pedían al Papa Benedicto XV que declarara a la Virgen de la Caridad Patrona de Cuba, y escribieron:

"Ni las desgracias ni las penurias lograron "apagar" la fe y el amor que nuestro pueblo católico profesa a esa Virgen, sino que, en las mayores vicisitudes de la vida, cuando más cercana estaba la muerte o más próxima la desesperación, surgió siempre como luz disipadora de todo peligro, como rocío consolador... la visión de esa Virgen bendita, cubana por excelencia... porque así la amaron nuestras madres inolvidables, así la bendicen nuestras esposas". Así escribían ellos hace cien años.

En este Santuario, que guarda la memoria del santo Pueblo fiel de Dios que camina en Cuba, María es venerada como Madre de la Caridad. Desde aquí Ella custodia nuestras raíces, nuestra identidad, para que no nos perdamos en caminos de desesperanza. El alma del pueblo cubano, como acabamos de escuchar, fue forjada entre dolores, penurias que no lograron apagar la fe, esa fe que se mantuvo viva gracias a tantas abuelas que siguieron haciendo posible, en lo cotidiano del

hogar, la presencia viva de Dios; la presencia del Padre que libera, fortalece, sana, da coraje y que es refugio seguro y signo de nueva resurrección. Abuelas, madres, y tantos otros que con ternura y cariño fueron signos de visitación, como María, de valentía, de fe para sus nietos, en sus familias. Mantuvieron abierta una hendidura pequeña como un grano de mostaza por donde el Espíritu Santo seguía acompañando el palpitar de este pueblo.

Y "cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño" (Evangelii gaudium, 288).

Generación tras generación, día tras día, estamos invitados a renovar nuestra fe. Estamos invitados a vivir la revolución de la ternura como María, Madre de la Caridad. Estamos invitados a "salir de casa", a tener los ojos y el corazón abierto a los demás. Nuestra revolución pasa por la ternura, por la alegría que se hace siempre proximidad, que se hace siempre compasión -que no es lástima, es padecer con, para liberar- y nos lleva a involucrarnos, para servir, en la vida de los demás. Nuestra fe nos hace salir de casa e ir al encuentro de los otros para compartir gozos y alegrías, esperanzas y frustraciones. Nuestra fe, nos saca de casa para visitar al enfermo, al preso, al que llora y al que sabe también reír con el que ríe, alegrarse con las alegrías de los vecinos. Como María, queremos ser una Iglesia que sirva, que sale de casa, que sale de sus templos, que sale de sus sacristías, para acompañar la vida, sostener la esperanza, ser signo de unidad de un pueblo noble y digno. Como María, Madre de la Caridad, queremos ser una Iglesia que salga de casa para tender puentes, romper muros, sembrar reconciliación. Como María, queremos ser una Iglesia que sepa acompañar todas las situaciones "embarazosas" de nuestra gente, comprometidos con la vida, la cultura, la sociedad, no borrándonos sino caminando con nuestros hermanos, todos juntos. Todos juntos, sirviendo, ayudando. Todos hijos de Dios, hijos de María, hijos de esta noble tierra cubana.

Éste es nuestro cobre más precioso, ésta es nuestra mayor riqueza y el mejor legado que podemos dejar: como María, aprender a salir de casa por los senderos de la visitación. Y aprender a orar con María porque su oración es memoriosa, agradecida; es el cántico del Pueblo de Dios que camina en la historia. Es la memoria viva de que Dios va en medio nuestro; es memoria perenne de que Dios ha mirado la humildad de su pueblo, ha auxiliado a su siervo como lo había prometido a nuestros padres y a su descendencia para siempre.

ENCUENTRO CON LAS FAMILIAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral de Nuestra Señora de la Asunción,
Santiago de Cuba

Martes 22 de septiembre de 2015

Estamos en familia. Y cuando uno está en familia se siente en casa. Gracias a ustedes, familias cubanas, gracias cubanos por hacerme sentir todos estos días en familia, por hacerme sentir en casa. Gracias por todo esto. Este encuentro con ustedes viene a ser como "la frutilla de la torta". Terminar mi visita viviendo este encuentro en familia es un motivo para dar gracias a Dios por el "calor" que brota de gente que sabe recibir, que sabe acoger, que sabe hacer sentir en casa. Gracias a todos los cubanos.

Agradezco a Mons. Dionisio García, Arzobispo de Santiago, el saludo que me ha dirigido en nombre de todos y al matrimonio que ha tenido la valentía de

compartir con todos nosotros sus anhelos, sus esfuerzos, por vivir el hogar como una "iglesia doméstica".

El Evangelio de Juan nos presenta como primer acontecimiento público de Jesús las Bodas de Caná, en la fiesta de una familia. Ahí está con María su madre y algunos de sus discípulos. Compartían la fiesta familiar.

Las bodas son momentos especiales en la vida de muchos. Para los "más veteranos", padres, abuelos, es una oportunidad para recoger el fruto de la siembra. Da alegría al alma ver a los hijos crecer y que puedan formar su hogar. Es la oportunidad de ver, por un instante, que todo por lo que se ha luchado valió la pena. Acompañar a los hijos, sostenerlos, estimularlos para que puedan animarse a construir sus vidas, a formar sus familias, es un gran desafío para los padres. A su vez, la alegría de los jóvenes esposos. Todo un futuro que comienza. Y todo tiene "sabor" a casa nueva, a esperanza. En las bodas, siempre se une el pasado que heredamos y el futuro que nos espera. Hay memoria y esperanza. Siempre se abre la oportunidad para agradecer todo lo que nos permitió llegar hasta el hoy con el mismo amor que hemos recibido.

Y Jesús comienza su vida pública precisamente en una boda. Se introduce en esa historia de siembras y cosechas, de sueños y búsquedas, de esfuerzos y compromisos, de arduos trabajos que araron la tierra para que esta dé su fruto. Jesús comienza su vida en el interior de una familia, en el seno de un hogar. Y es precisamente en el seno de nuestros hogares donde continuamente él se sigue introduciendo, él sigue siendo parte. Le gusta meterse en la familia.

Es interesante observar cómo Jesús se manifiesta también en las comidas, en las cenas. Comer con diferentes personas, visitar diferentes casas fue un lugar privilegiado por Jesús para dar a conocer el proyecto de Dios. Él va a la casa de sus amigos -Marta y María-, pero no es selectivo, ¿eh?, no le importa si hay publicanos o pecadores, como Zaqueo. Va a la casa de Zaqueo. No sólo él actuaba así, sino que cuando envió a sus discípulos a anunciar la buena noticia del Reino de Dios, les dijo: "Quédense en la casa que los reciba, coman y beban lo que ellos tengan" (Lc 10,7). Bodas, visitas a los hogares, cenas, algo de "especial" tendrán estos momentos en la vida de las personas para que Jesús elija manifestarse allí.

Recuerdo en mi diócesis anterior que muchas familias me comentaban que el único momento que tenían para estar juntos era normalmente en la cena, a la noche,

cuando se volvía de trabajar, donde los más chicos terminaban la tarea de la escuela. Era un momento especial de vida familiar. Se comentaba el día, lo que cada uno había hecho, se ordenaba el hogar, se acomodaba la ropa, se organizaban tareas fundamentales para los demás días, los chicos se peleaban, pero era el momento. Son momentos en los que uno llega también cansado y alguna que otra discusión, alguna que otra "pelea" entre marido y mujer aparece, pero no hay que tenerles miedo... yo le tengo más miedo a los matrimonios que me dicen que nunca, nunca, tuvieron una discusión. Raro, es raro. Jesús elije estos momentos para mostrarnos el amor de Dios, Jesús elije estos espacios para entrar en nuestras casas y ayudarnos a descubrir el Espíritu vivo y actuando en nuestras casas y en nuestras cosas cotidianas. Es en casa donde aprendemos la fraternidad, donde aprendemos la solidaridad, donde aprendemos a no ser avasalladores. Es en casa donde aprendemos a recibir y a agradecer la vida como una bendición y que cada uno necesita a los demás para salir adelante. Es en casa donde experimentamos el perdón, y estamos invitados continuamente a perdonar, a dejarnos transformar. Es curioso, en casa no hay lugar para las "caretas", somos lo que somos y de una u otra manera estamos invitados a buscar lo mejor para los demás.

Por eso la comunidad cristiana llama a las familias con el nombre de iglesias domésticas, porque en el calor del hogar es donde la fe empapa cada rincón, ilumina cada espacio, construye comunidad. Porque en momentos así es como las personas iban aprendiendo a descubrir el amor concreto y el amor operante de Dios.

En muchas culturas hoy en día van desapareciendo estos espacios, van desapareciendo estos momentos familiares, poco a poco todo lleva a separarse, aislarse; escasean momentos en común, para estar juntos, para estar en familia. Entonces no se sabe esperar, no se sabe pedir permiso, no se sabe pedir perdón, no se sabe dar gracias, porque la casa va quedando vacía, no de gente, sino vacía de relaciones, vacía de contactos humanos, vacía de encuentros, entre padres, hijos, abuelos, nietos, hermanos. Hace poco, una persona que trabaja conmigo me contaba que su esposa e hijos se habían ido de vacaciones y él se había quedado solo porque le tocaba trabajar esos días. El primer día, la casa estaba toda en silencio, "en paz", estaba feliz, nada estaba desordenado. Al tercer día, cuando le pregunto cómo estaba, me dice: quiero que vengan ya de vuelta todos. Sentía que no podía vivir sin su esposa y sus hijos. Y eso es lindo. Eso es lindo.

Sin familia, sin el calor del hogar, la vida se vuelve vacía, comienzan a faltar las redes que nos sostienen en la adversidad, las redes que nos alimentan en la

cotidianidad y motivan la lucha para la prosperidad. La familia nos salva de dos fenómenos actuales, dos cosas que suceden hoy día: la fragmentación, es decir, la división, y la masificación. En ambos casos, las personas se transforman en individuos aislados fáciles de manipular, de gobernar. Y entonces encontramos en el mundo sociedades divididas, rotas, separadas o altamente masificadas, que son consecuencia de la ruptura de los lazos familiares, cuando se pierden las relaciones que nos constituyen como personas, que nos enseñan a ser personas. Y bueno, uno se olvida de cómo se dice papá, mamá, hijo, hija, abuelo, abuela... se van como olvidando esas relaciones que son el fundamento. Son el fundamento del nombre que tenemos.

La familia es escuela de humanidad, escuela que enseña a poner el corazón en las necesidades de los otros, a estar atento a la vida de los demás. Cuando vivimos bien en familia, los egoísmos quedan chiquitos -existen porque todos tenemos algo de egoísta-, pero cuando no se vive una vida de familia se van engendrando esas personalidades que las podemos llamar así: "yo, me, mi, conmigo, para mí", totalmente centradas en sí mismos, que no saben de solidaridad, de fraternidad, de trabajo en común, de amor, de discusión entre hermanos. No saben. A pesar de tantas dificultades como las que aquejan hoy a nuestras familias en el mundo, no nos olvidemos de algo, por favor: las familias no son un problema, son principalmente una oportunidad. Una oportunidad que tenemos que cuidar, proteger y acompañar. Es una manera de decir que son una bendición. Cuando vos empezás a vivir la familia como un problema, te estancás, no caminás, porque estás muy centrado en vos mismo.

Se discute mucho hoy sobre el futuro, sobre qué mundo queremos dejarle a nuestros hijos, qué sociedad queremos para ellos. Creo que una de las posibles respuestas se encuentra en mirarlos a ustedes -esta familia que habló-, a cada uno de ustedes: dejemos un mundo con familias. Es la mejor herencia. Dejemos un mundo con familias. Es cierto que no existe la familia perfecta, no existen esposos perfectos, padres perfectos ni hijos perfectos, y si no se enoja -yo diría-, suegra perfecta. No existen. No existen, pero eso no impide que no sean la respuesta para el mañana. Dios nos estimula al amor y el amor siempre se compromete con las personas que ama. El amor siempre se compromete con las personas que ama. Por eso, cuidemos a nuestras familias, verdaderas escuelas del mañana. Cuidemos a nuestras familias, verdaderos espacios de libertad. Cuidemos a nuestras familias, verdaderos centros de humanidad. Y aquí me viene una imagen: cuando, en las Audiencias de los miércoles, paso a saludar a la gente, y tantas, tantas mujeres me

muestran la panza y me dicen Padre: "¿Me lo bendice?". Yo les voy a proponer algo a todas aquellas mujeres que están "embarazadas de esperanza", porque un hijo es una esperanza: que en este momento se toquen la panza. Si hay alguna acá, que lo haga acá. O las que están escuchando por radio o televisión. Y yo a cada una de ellas, a cada chico o chica que está ahí adentro esperando, le doy la bendición. Así que cada una se toca la panza y yo le doy la bendición, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y deseo que venga sanito, que crezca bien, que lo pueda criar lindo. Acaricien al hijo que están esperando.

No quiero terminar sin hacer mención a la Eucaristía. Se habrán dado cuenta que Jesús quiere utilizar como espacio de su memorial una cena. Elige como espacio de su presencia entre nosotros un momento concreto en la vida familiar. Un momento vivido y entendible por todos, la cena.

Y la Eucaristía es la cena de la familia de Jesús, que a lo largo y ancho de la tierra se reúne para escuchar su Palabra y alimentarse con su Cuerpo. Jesús es el Pan de Vida de nuestras familias, él quiere estar siempre presente alimentándonos con su amor, sosteniéndonos con su fe, ayudándonos a caminar con su esperanza, para que en todas las circunstancias podamos experimentar que él es el verdadero Pan del cielo.

En unos días participaré junto a las familias del mundo en el Encuentro Mundial de las Familias y en menos de un mes en el Sínodo de los Obispos, que tiene como tema la Familia. Los invito a rezar. Les pido, por favor, que recen por estas dos instancias, para que sepamos entre todos ayudarnos a cuidar la familia, para que sepamos seguir descubriendo al Emmanuel, es decir, al Dios que vive en medio de su Pueblo haciendo de cada familia, y de todas las familias, su hogar. Cuento con la oración de ustedes. Gracias.

Saludo final del Papa desde la terraza

(Los saludo. Les agradezco ... la acogida... la calidez... gracias) Los cubanos realmente son amables, bondadosos y hacen sentir a uno como en casa. Muchas gracias. Y quiero decir una palabra de esperanza. Una palabra de esperanza que quizás nos haga girar la cabeza hacia atrás y hacia adelante. Mirando hacia atrás, memoria. Memoria de aquellos que nos fueron trayendo a la vida y, en especial, memoria a los abuelos. Un gran saludo a los abuelos. No descuidemos a los

abuelos. Los abuelos son nuestra memoria viva. Y mirando hacia adelante, los niños y los jóvenes, que son la fuerza de un pueblo. Un pueblo que cuida a sus abuelos y que cuida a sus chicos y a sus jóvenes, tiene el triunfo asegurado. Que Dios los bendiga y permítanme que les dé la bendición, pero con una condición. Van a tener que pagar algo. Les pido que recen por mí. Esa es la condición. Los bendiga Dios Todopoderoso, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Adiós y gracias.

CEREMONIA DE BIENVENIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

South Lawn de la Casa Blanca, Washington D.C.

Miércoles 23 de septiembre de 2015

Señor Presidente:

Le agradezco mucho la bienvenida que me ha dispensado en nombre de todos los ciudadanos estadounidenses. Como hijo de una familia de inmigrantes, me alegra estar en este país, que ha sido construido en gran parte por tales familias. En estos días de encuentro y de diálogo, me gustaría escuchar y compartir muchas de las esperanzas y sueños del pueblo norteamericano.

Durante mi visita, voy a tener el honor de dirigirme al Congreso, donde espero, como un hermano de este País, transmitir palabras de aliento a los encargados de dirigir el futuro político de la Nación en fidelidad a sus principios fundacionales. También iré a Filadelfia con ocasión del Octavo Encuentro Mundial de las Familias,

para celebrar y apoyar a la institución del matrimonio y de la familia en este momento crítico de la historia de nuestra civilización.

Señor Presidente, los católicos estadounidenses, junto con sus conciudadanos, están comprometidos con la construcción de una sociedad verdaderamente tolerante e incluyente, en la que se salvaguarden los derechos de las personas y las comunidades, y se rechace toda forma de discriminación injusta. Como a muchas otras personas de buena voluntad, les preocupa también que los esfuerzos por construir una sociedad justa y sabiamente ordenada respeten sus más profundas inquietudes y su derecho a la libertad religiosa. Libertad, que sigue siendo una de las riquezas más preciadas de este País. Y, como han recordado mis hermanos Obispos de Estados Unidos, todos estamos llamados a estar vigilantes, como buenos ciudadanos, para preservar y defender esa libertad de todo lo que pudiera ponerla en peligro o comprometerla.

Señor Presidente, me complace que usted haya propuesto una iniciativa para reducir la contaminación atmosférica. Reconociendo la urgencia, también a mí me parece evidente que el cambio climático es un problema que no se puede dejar a la próxima generación. Con respecto al cuidado de nuestra "casa común", estamos viviendo en un momento crítico de la historia. Todavía tenemos tiempo para hacer los cambios necesarios para lograr "un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar" (Laudato si', 13). Estos cambios exigen que tomemos conciencia seria y responsablemente, no sólo del tipo de mundo que podríamos estar dejando a nuestros hijos, sino también de los millones de personas que viven bajo un sistema que les ha ignorado. Nuestra casa común ha formado parte de este grupo de excluidos, que clama al cielo y afecta fuertemente a nuestros hogares, nuestras ciudades y nuestras sociedades. Usando una frase significativa del reverendo Martin Luther King, podríamos decir que hemos incumplido un pagaré y ahora es el momento de saldarlo.

La fe nos dice que "el Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común" (Laudato si', 13). Como cristianos movidos por esta certeza, queremos comprometernos con el cuidado consciente y responsable de nuestra casa común.

Los esfuerzos realizados recientemente para reparar relaciones rotas y abrir nuevas puertas a la cooperación dentro de nuestra familia humana constituyen pa-

sos positivos en el camino de la reconciliación, la justicia y la libertad. Me gustaría que todos los hombres y mujeres de buena voluntad de esta gran Nación apoyaran las iniciativas de la comunidad internacional para proteger a los más vulnerables de nuestro mundo y para suscitar modelos integrales e inclusivos de desarrollo, para que nuestros hermanos y hermanas en todas partes gocen de la bendición de la paz y la prosperidad que Dios quiere para todos sus hijos.

Señor Presidente, una vez más, le agradezco su acogida, y tengo puestas grandes esperanzas en estos días en su País. ¡Que Dios bendiga a América!

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral de San Mateo Apóstol, Washington D.C.

Miércoles 23 de septiembre de 2015

Queridos Hermanos en el Episcopado:

Quisiera ante todo enviar un saludo a la comunidad judía, a nuestros hermanos judíos, que hoy celebran la fiesta del Yom Kippur. Que el señor los bendiga con la paz y les haga seguir adelante por la vía de la santidad, según lo que hemos escuchado hoy de su Palabra: "Sean santos, porque yo, el Señor soy santo" (Lv 19,2).

Me alegra tener este encuentro con ustedes en este momento de la misión apostólica que me ha traído a su País. Agradezco de corazón al Cardenal Wuerl y al

Arzobispo Kurtz las amables palabras que me han dirigido en nombre de todos. Muchas gracias por su acogida y por la generosa solicitud con que han programado y organizado mi estancia entre ustedes.

Viendo con los ojos y con el corazón sus rostros de Pastores, quisiera saludar también a las Iglesias que amorosamente llevan sobre sus hombros; y les ruego encarecidamente que, por medio de ustedes, mi cercanía humana y espiritual llegue a todo el Pueblo de Dios diseminado en esta vasta tierra.

El corazón del Papa se dilata para incluir a todos. Ensanchar el corazón para dar testimonio de que Dios es grande en su amor es la sustancia de la misión del Sucesor de Pedro, Vicario de Aquel que en la cruz extendió los brazos para acoger a toda la humanidad. Que ningún miembro del Cuerpo de Cristo y de la nación americana se sienta excluido del abrazo del Papa. Que, donde se pronuncie el nombre de Jesús, resuene también la voz del Papa para confirmar: "¡Es el Salvador!". Desde sus grandes metrópolis de la costa oriental hasta las llanuras del midwest, desde el profundo sur hasta el ilimitado oeste, en cualquier lugar donde su pueblo se reúna en asamblea eucarística, que el Papa no sea un nombre que se repite por fuerza de la costumbre, sino una compañía tangible destinada a sostener la voz que sale del corazón de la Esposa: "¡Ven, Señor!".

Cuando echan una mano para realizar el bien o llevar al hermano la caridad de Cristo, para enjugar una lágrima o acompañar a quien está solo, para indicar el camino a quien se siente perdido o para fortalecer a quien tiene el corazón destrozado, para socorrer a quien ha caído o enseñar a quien tiene sed de verdad, para perdonar o llevar a un nuevo encuentro con Dios... sepan que el Papa los acompaña y el Papa los ayuda, pone también él su mano -vieja y arrugada pero, gracias a Dios, capaz todavía de apoyar y animar- junto a las suyas.

Mi primera palabra es de agradecimiento a Dios por el dinamismo del Evangelio que ha hecho que la Iglesia de Cristo crezca con fuerza en estas tierras y le ha permitido ofrecer su aportación generosa, en el pasado y en la actualidad, a la sociedad estadounidense y al mundo. Aprecio vivamente y agradezco conmovido su generosidad y solidaridad con la Sede Apostólica y con la evangelización en tantas partes del mundo que sufren. Me alegro del firme compromiso de su Iglesia a favor de la vida y de la familia, motivo principal de mi visita. Sigo con atención el enorme esfuerzo que realizan para acoger e integrar a los inmigrantes que siguen llegando a Estados Unidos con la mirada de los peregrinos que se embarcan en

busca de sus prometedores recursos de libertad y prosperidad. Admiro los esfuerzos que dedican a la misión educativa en sus escuelas a todos los niveles y a la caridad en sus numerosas instituciones. Son actividades llevadas a cabo muchas veces sin que se reconozca su valor y sin apoyo y, en todo caso, heroicamente sostenidas con la aportación de los pobres, porque esas iniciativas brotan de un mandato sobrenatural que no es lícito desobedecer. Conozco bien la valentía con que han afrontado momentos oscuros en su itinerario eclesial sin temer a la autocrítica ni evitar humillaciones y sacrificios, sin ceder al miedo de despojarse de cuanto es secundario con tal de recobrar la credibilidad y la confianza propia de los Ministros de Cristo, como desea el alma de su pueblo. Sé cuánto les ha hecho sufrir la herida de los últimos años, y he seguido de cerca su generoso esfuerzo por curar a las víctimas, consciente de que, cuando curamos, también somos curados, y por seguir trabajando para que esos crímenes no se repitan nunca más.

Les hablo como Obispo de Roma, llamado por Dios -siendo ya mayor- desde una tierra también americana, para custodiar la unidad de la Iglesia universal y para animar en la caridad el camino de todas las Iglesias particulares, para que progresen en el conocimiento, en la fe y en el amor a Cristo. Leyendo sus nombres y apellidos, viendo sus rostros, consciente de su alto sentido de la responsabilidad eclesial y de la devoción que han profesado siempre al Sucesor de Pedro, tengo que decirles que no me siento forastero entre ustedes. También yo vengo de una tierra vasta, inmensa y no pocas veces informe, que como la de ustedes, ha recibido la fe del bagaje de los misioneros. Conozco bien el reto de sembrar el Evangelio en el corazón de hombres procedentes de mundos diversos, a menudo endurecidos por el arduo camino recorrido antes de llegar. No me es ajeno el cansancio de establecer la Iglesia entre llanuras, montañas, ciudades y suburbios de un territorio a menudo inhóspito, en el que las fronteras siempre son provisionales, las respuestas obvias no perduran y la llave de entrada requiere conjugar el esfuerzo épico de los pioneros exploradores con la sabiduría prosaica y la resistencia de los sedentarios que controlan el territorio alcanzado. Como cantaba uno de sus poetas: "Alas fuertes e incansables", pero también la sabiduría de quien "conoce las montañas".*

* "En la juventud, / yo tenía alas fuertes e infatigables, / pero no conocía las montañas. / Con la edad, / conocí las montañas, / pero mis alas fatigadas no podían seguir mi visión. / El genio es sabiduría y juventud" (Edgar Lee Masters, Antología de Spoon River).

No les hablo sólo yo. Mi voz está en continuidad con la de mis Predecesores. Desde los albores de la "nación americana", cuando apenas acabada la revolución fue erigida la primera diócesis en Baltimore, la Iglesia de Roma los ha acompañado y nunca les ha faltado su contante asistencia y su aliento. En los últimos decenios, tres de mis venerados Predecesores les han visitado, entregándoles un notable patrimonio de magisterio todavía actual, que ustedes han utilizado para orientar programas pastorales con visión de futuro, para guiar a esta querida Iglesia.

No es mi intención trazar un programa o delinear una estrategia. No he venido para juzgarles o para impartir lecciones. Confío plenamente en la voz de Aquel que "enseña todas las cosas" (cf. Jn 14,26). Permítanme tan sólo, con la libertad del amor, que les hable como un hermano entre hermanos. No pretendo decirles lo que hay que hacer, porque todos sabemos lo que el Señor nos pide. Prefiero más bien realizar de nuevo ese esfuerzo -antiguo y siempre nuevo- de preguntarnos por los caminos a seguir, los sentimientos que hemos de conservar mientras trabajamos, el espíritu con que tenemos que actuar. Sin ánimo de ser exhaustivo, comparto con ustedes algunas reflexiones que considero oportunas para nuestra misión.

Somos obispos de la Iglesia, pastores constituidos por Dios para apacentar su grey. Nuestra mayor alegría es ser pastores, y nada más que pastores, con un corazón indiviso y una entrega personal irreversible. Es preciso custodiar esta alegría sin dejar que nos la roben. El maligno ruge como un león tratando de devorarla, arruinando todo lo que estamos llamados a ser, no por nosotros mismos, sino por el don y al servicio del "Pastor y guardián de nuestras almas" (1 P 2,25).

La esencia de nuestra identidad se ha de buscar en la oración asidua, en la predicación (cf. Hch 6,4) y el apacentar (cf. Jn 21,15-17; Hch 20,28-31).

No una oración cualquiera, sino la unión familiar con Cristo, donde poder encontrar cotidianamente su mirada y escuchar la pregunta que nos dirige a todos: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" (Mc 3,32). Y poderle responder serenamente: "Señor, aquí está tu madre, aquí están tus hermanos. Te los encomiendo, son aquellos que tú me has confiado". La vida del pastor se alimenta de esa intimidad con Cristo.

No una predicación de doctrinas complejas, sino el anuncio gozoso de Cristo, muerto y resucitado por nosotros. Que el estilo de nuestra misión suscite en cuantos nos escuchan la experiencia del "por nosotros" de este anuncio: que la

Palabra dé sentido y plenitud a cada fragmento de su vida, que los sacramentos los alimenten con ese sustento que no se pueden proporcionar a sí mismos, que la cercanía del Pastor despierte en ellos la nostalgia del abrazo del Padre. Estén atentos a que la grey encuentre siempre en el corazón del Pastor esa reserva de eternidad que ansiosamente se busca en vano en las cosas del mundo. Que encuentren siempre en sus labios el reconocimiento de su capacidad de hacer y construir, en la libertad y la justicia, la prosperidad de la que esta tierra es pródiga. Pero que no falte sereno valor de confesar que es necesario buscar no "el alimento que perece, sino el que perdura para la vida eterna" (Jn 6,27).

No apacentarse a sí mismos, sino saber retroceder, abajarse, descentrarse, para alimentar con Cristo a la familia de Dios. Vigilar sin descanso, elevándose para abarcar con la mirada de Dios a la grey que sólo a él pertenece. Elevarse hasta la altura de la Cruz de su Hijo, el único punto de vista que abre al pastor el corazón de su rebaño.

No mirar hacia abajo, a la propia autoreferencialidad, sino siempre hacia el horizonte de Dios, que va más allá de lo que somos capaces de prever o planificar. Vigilar también sobre nosotros mismos, para alejar la tentación del narcisismo, que ciega los ojos del pastor, hace irreconocible su voz y su gesto estéril. En las muchas posibilidades que se abren en su solicitud pastoral, no olviden mantener indeleble el núcleo que unifica todas las cosas: "Conmigo lo hicieron" (cf. Mt 25,31-45).

Ciertamente es útil al obispo tener la prudencia del líder y la astucia del administrador, pero nos perdemos inexorablemente cuando confundimos el poder de la fuerza con la fuerza de la impotencia, a través de la cual Dios nos ha redimido. Es necesario que el obispo perciba lúcidamente la batalla entre la luz y la oscuridad que se combate en este mundo. Pero, ay de nosotros si convertimos la cruz en bandera de luchas mundanas, olvidando que la condición de la victoria duradera es dejarse despojarse y vaciarse de sí mismo (cf. Flp 2,1-11).

No nos resulta ajena la angustia de los primeros Once, encerrados entre cuatro paredes, asediados y consternados, llenos del pavor de las ovejas dispersas porque el pastor ha sido abatido. Pero sabemos que se nos ha dado un espíritu de valentía y no de timidez. Por tanto, no es lícito dejarnos paralizar por el miedo.

Sé bien que tienen muchos desafíos y que a menudo es hostil el campo donde siembran y no son pocas las tentaciones de encerrarse en el recinto de los temores,

a lamerse las propias heridas, llorando por un tiempo que no volverá y preparando respuestas duras a las resistencias ya de por sí ásperas.

Y, sin embargo, somos artífices de la cultura del encuentro. Somos sacramento viviente del abrazo entre la riqueza divina y nuestra pobreza. Somos testigos del abajamiento y la condescendencia de Dios, que precede en el amor incluso nuestra primera respuesta.

El diálogo es nuestro método, no por astuta estrategia sino por fidelidad a Aquel que nunca se cansa de pasar una y otra vez por las plazas de los hombres hasta la undécima hora para proponer su amorosa invitación (cf. Mt 20,1-16).

Por tanto, la vía es el diálogo: diálogo entre ustedes, diálogo en sus Presbiterios, diálogo con los laicos, diálogo con las familias, diálogo con la sociedad. No me cansaré de animarlos a dialogar sin miedo. Cuanto más rico sea el patrimonio que tienen que compartir con parresía, tanto más elocuente ha de ser la humildad con que lo tienen que ofrecer. No tengan miedo de emprender el éxodo necesario en todo diálogo auténtico. De lo contrario no se puede entender las razones de los demás, ni comprender plenamente que el hermano al que llegar y rescatar, con la fuerza y la cercanía del amor, cuenta más que las posiciones que consideramos lejanas de nuestras certezas, aunque sean auténticas. El lenguaje duro y belicoso de la división no es propio del Pastor, no tiene derecho de ciudadanía en su corazón y, aunque parezca por un momento asegurar una hegemonía aparente, sólo el atractivo duradero de la bondad y del amor es realmente convincente.

Es preciso dejar que resuene perennemente en nuestro corazón la palabra del Señor: "Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso para sus almas" (Mt 11,28-29). El yugo de Jesús es yugo de amor y, por tanto, garantía de descanso. A veces nos pesa la soledad de nuestras fatigas, y estamos tan cargados del yugo que ya no nos acordamos de haberlo recibido del Señor. Nos parece solamente nuestro y, por tanto, nos arrastramos como bueyes cansados en el campo árido, abrumados por la sensación de haber trabajado en vano, olvidando la plenitud del descanso vinculado indisolublemente a Aquel que hizo la promesa.

Aprender de Jesús; mejor aún, aprender a ser como Jesús, manso y humilde; entrar en su mansedumbre y su humildad mediante la contemplación de su obrar.

Poner nuestras iglesias y nuestros pueblos, a menudo aplastados por la dura pretensión del rendimiento bajo el suave yugo del Señor. Recordar que la identidad de la Iglesia de Jesús no está garantizada por el "fuego del cielo que consume" (cf. Lc 9,54), sino por el secreto calor del Espíritu que "sana lo que sangra, dobla lo que es rígido, endereza lo que está torcido".

La gran misión que el Señor nos confía, la llevamos a cabo en comunión, de modo colegial. ¡Está ya tan desgarrado y dividido el mundo! La fragmentación es ya de casa en todas partes. Por eso, la Iglesia, "túnica inconsútil del Señor", no puede dejarse dividir, fragmentar o enfrentarse.

Nuestra misión episcopal consiste en primer lugar en cimentar la unidad, cuyo contenido está determinado por la Palabra de Dios y por el único Pan del Cielo, con el que cada una de las Iglesias que se nos ha confiado permanece Católica, porque está abierta y en comunión con todas las Iglesias particulares y con la de Roma, que "preside en la caridad". Es imperativo, por tanto, cuidar dicha unidad, custodiarla, favorecerla, testimoniarla como signo e instrumento que, más allá de cualquier barrera, une naciones, razas, clases, generaciones.

Que el inminente Año Santo de la Misericordia, al introducimos en las profundidades inagotables del corazón divino, en el que no hay división alguna, sea para todos una ocasión privilegiada para reforzar la comunión, perfeccionar la unidad, reconciliar las diferencias, perdonarnos unos a otros y superar toda división, de modo que alumbre su luz como "la ciudad puesta en lo alto de un monte" (Mt 5,14).

Este servicio a la unidad es particularmente importante para su amada nación, cuyos vastísimos recursos materiales y espirituales, culturales y políticos, históricos y humanos, científicos y tecnológicos requieren responsabilidades morales no indiferentes en un mundo abrumado y que busca con afán nuevos equilibrios de paz, prosperidad e integración. Por tanto, una parte esencial de su misión es ofrecer a los Estados Unidos de América la levadura humilde y poderosa de la comunión. Que la humanidad sepa que contar con el "sacramento de unidad" (Lumen gentium, 1) es garantía de que su destino no es el abandono y la disgregación.

Y este testimonio es un faro que no se puede apagar. En efecto, en la densa oscuridad de la vida, los hombres necesitan dejarse guiar por su luz, para tener la

certidumbre del puerto al que acudir, seguros de que sus barcas no se estrellarán en los escollos ni quedarán a merced de las olas. Por eso, hermanos, les animo a hacer frente a los desafíos de nuestro tiempo. En el fondo de cada uno de ellos está siempre la vida como don y responsabilidad. El futuro de la libertad y la dignidad de nuestra sociedad dependen del modo en que sepamos responder a estos desafíos.

Las víctimas inocentes del aborto, los niños que mueren de hambre o bajo las bombas, los inmigrantes se ahogan en busca de un mañana, los ancianos o los enfermos, de los que se quiere prescindir, las víctimas del terrorismo, de las guerras, de la violencia y del tráfico de drogas, el medio ambiente devastado por una relación predatoria del hombre con la naturaleza, en todo esto está siempre en juego el don de Dios, del que somos administradores nobles, pero no amos. No es lícito por tanto eludir dichas cuestiones o silenciarlas. No menos importante es el anuncio del Evangelio de la familia que, en el próximo Encuentro Mundial de las Familias en Filadelfia, tendré ocasión de proclamar con fuerza junto a ustedes y a toda la Iglesia.

Estos aspectos irrenunciables de la misión de la Iglesia pertenecen al núcleo de lo que nos ha sido transmitido por el Señor. Por eso tenemos el deber de custodiarlos y comunicarlos, aun cuando la mentalidad del tiempo se hace impermeable y hostil a este mensaje (*Evangelii gaudium*, 34-39). Los animo a ofrecer este testimonio con los medios y la creatividad del amor y la humildad de la verdad. Esto no sólo requiere proclamas y anuncios externos, sino también conquistar espacio en el corazón de los hombres y en la conciencia de la sociedad.

Para ello, es muy importante que la Iglesia en los Estados Unidos sea también un hogar humilde que atraiga a los hombres por el encanto de la luz y el calor del amor. Como pastores, conocemos bien la oscuridad y el frío que todavía hay en este mundo, la soledad y el abandono de muchos incluso donde abundan los recursos comunicativos y la riqueza material-, conocemos también el miedo ante la vida, la desesperación y las múltiples fugas.

Por eso, solamente una Iglesia que sepa reunir en torno al "fuego" es capaz de atraer. Ciertamente, no un fuego cualquiera, sino aquel que se ha encendido en la mañana de Pascua. El Señor resucitado es el que sigue interpelando a los Pastores de la Iglesia a través de la voz tímida de tantos hermanos: "¿Tienen algo que comer?". Se trata de reconocer su voz, como lo hicieron los Apóstoles a orillas del

mar de Tiberíades (cf. Jn 21,4-12). Y es todavía más decisivo conservar la certeza de que las brasas de su presencia, encendidas en el fuego de la pasión, nos preceden y no se apagarán nunca. Si falta esta certeza, se corre el riesgo de convertirse en guardianes de cenizas y no custodios y en dispensadores de la verdadera luz y de ese calor que es capaz de hacer arder el corazón (cf. Lc 24,32).

Antes de concluir, permítanme hacerles aún dos recomendaciones que considero importantes. La primera se refiere a su paternidad episcopal. Sean Pastores cercanos a la gente, Pastores próximos y servidores. Esta cercanía ha de expresarse de modo especial con sus sacerdotes. Acompañenles para que sirvan a Cristo con un corazón indiviso, porque sólo la plenitud llena a los ministros de Cristo. Les ruego, por tanto, que no dejen que se contenten de medias tintas. Cuiden sus fuentes espirituales para que no caigan en la tentación de convertirse en notarios y burócratas, sino que sean expresión de la maternidad de la Iglesia que engendra y hace crecer a sus hijos. Estén atentos a que no se cansen de levantarse para responder a quien llama de noche, aun cuando ya crean tener derecho al descanso (cf. Lc 11,5-8). Prepárenles para que estén dispuestos para detenerse, abajarse, rociar bálsamo, hacerse cargo y gastarse en favor de quien, "por casualidad", se vio despojado de todo lo que creía poseer (cf. Lc 10,29-37).

Mi segunda recomendación se refiere a los inmigrantes. Pido disculpas si hablo en cierto modo casi in causa propria. La iglesia en Estados Unidos conoce como nadie las esperanzas del corazón de los inmigrantes. Ustedes siempre han aprendido su idioma, apoyado su causa, integrado sus aportaciones, defendido sus derechos, promovido su búsqueda de prosperidad, mantenido encendida la llama de su fe. Incluso ahora, ninguna institución estadounidense hace más por los inmigrantes que sus comunidades cristianas. Ahora tienen esta larga ola de inmigración latina en muchas de sus diócesis. No sólo como Obispo de Roma, sino también como un Pastor venido del sur, siento la necesidad de darles las gracias y de animarles. Tal vez no sea fácil para ustedes leer su alma; quizás sean sometidos a la prueba por su diversidad. En todo caso, sepan que también tienen recursos que compartir. Por tanto, acójalos sin miedo. Ofrezcanles el calor del amor de Cristo y descifrarán el misterio de su corazón. Estoy seguro de que, una vez más, esta gente enriquecerá a su País y a su Iglesia.

Que Dios los bendiga y la Virgen los cuide. Gracias.

SANTA MISA Y CANONIZACIÓN DEL BEATO JUNÍPERO SERRA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Santuario nacional de la Inmaculada Concepción,
Washington D.C.

Miércoles 23 de septiembre de 2015

"Alégrense siempre en el Señor. Repito: Alégrense" (Flp 4,4). Una invitación que golpea fuerte nuestra vida. "Alégrense" nos dice Pablo con una fuerza casi imperativa. Una invitación que se hace eco del deseo que todos experimentamos de una vida plena, una vida con sentido, una vida con alegría. Es como si Pablo tuviera la capacidad de escuchar cada uno de nuestros corazones y pusiera voz a lo que sentimos y vivimos. Hay algo dentro de nosotros que nos invita a la alegría y a no conformarnos con placebos que siempre quieren contentarnos.

Pero a su vez, vivimos las tensiones de la vida cotidiana. Son muchas las situaciones que parecen poner en duda esta invitación. La propia dinámica a la que

muchas veces nos vemos sometidos parece conducirnos a una resignación triste que poco a poco se va transformando en acostumbramiento, con una consecuencia letal: anesthesiarnos el corazón.

No queremos que la resignación sea el motor de nuestra vida, ¿o lo queremos?; no queremos que el acostumbramiento se apodere de nuestros días, ¿o sí?. Por eso podemos preguntarnos, ¿cómo hacer para que no se nos anestesie el corazón? ¿Cómo profundizar la alegría del Evangelio en las diferentes situaciones de nuestra vida?

Jesús lo dijo a los discípulos de ayer y nos lo dice a nosotros: ¡vayan!, ¡anuncien! La alegría del evangelio se experimenta, se conoce y se vive solamente dándola, dándose.

El espíritu del mundo nos invita al conformismo, a la comodidad; frente a este espíritu humano "hace falta volver a sentir que nos necesitamos unos a otros, que tenemos una responsabilidad por los demás y por el mundo" (Laudato si', 229). Tenemos la responsabilidad de anunciar el mensaje de Jesús. Porque la fuente de nuestra alegría "nace de ese deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva" (Evangelii gaudium, 24). Vayan a todos a anunciar ungiendo y a ungir anunciando.

A esto el Señor nos invita hoy y nos dice: La alegría el cristiano la experimenta en la misión: "Vayan a las gentes de todas las naciones" (Mt 28,19).

La alegría el cristiano la encuentra en una invitación: Vayan y anuncien.

La alegría el cristiano la renueva, la actualiza con una llamada: Vayan y unjan.

Jesús los envía a todas las naciones. A todas las gentes. Y en ese "todos" de hace dos mil años estábamos también nosotros. Jesús no da una lista selectiva de quién sí y quién no, de quiénes son dignos o no de recibir su mensaje y su presencia. Por el contrario, abrazó siempre la vida tal cual se le presentaba. Con rostro de dolor, hambre, enfermedad, pecado. Con rostro de heridas, de sed, de cansancio. Con rostro de dudas y de piedad. Lejos de esperar una vida maquillada, decorada, trucada, la abrazó como venía a su encuentro. Aunque fuera una vida que muchas veces se presenta derrotada, sucia, destruida. A "todos" dijo Jesús, a todos, vayan y anuncien; a toda esa vida como es y no como nos gustaría que fuese, vayan y

abracen en mi nombre. Vayan al cruce de los caminos, vayan... a anunciar sin miedo, sin prejuicios, sin superioridad, sin purismos a todo aquel que ha perdido la alegría de vivir, vayan a anunciar el abrazo misericordioso del Padre. Vayan a aquellos que viven con el peso del dolor, del fracaso, del sentir una vida truncada y anuncien la locura de un Padre que busca ungirlos con el óleo de la esperanza, de la salvación. Vayan a anunciar que el error, las ilusiones engañosas, las equivocaciones, no tienen la última palabra en la vida de una persona. Vayan con el óleo que calma las heridas y restaura el corazón.

La misión no nace nunca de un proyecto perfectamente elaborado o de un manual muy bien estructurado y planificado; la misión siempre nace de una vida que se sintió buscada y sanada, encontrada y perdonada. La misión nace de experimentar una y otra vez la unción misericordiosa de Dios.

La Iglesia, el Pueblo santo de Dios, sabe transitar los caminos polvorientos de la historia atravesados tantas veces por conflictos, injusticias y violencia para ir a encontrar a sus hijos y hermanos. El santo Pueblo fiel de Dios, no teme al error; teme al encierro, a la cristalización en elites, al aferrarse a las propias seguridades. Sabe que el encierro en sus múltiples formas es la causa de tantas resignaciones.

Por eso, "salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo" (*Evangelii gaudium*, 49). El Pueblo de Dios sabe involucrarse porque es discípulo de Aquel que se puso de rodillas ante los suyos para lavarles los pies (cf. *ibíd.*, 24).

Hoy estamos aquí, podemos estar aquí, porque hubo muchos que se animaron a responder esta llamada, muchos que creyeron que "la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad" (Documento de Aparecida, 360). Somos hijos de la audacia misionera de tantos que prefirieron no encerrarse "en las estructuras que nos dan una falsa contención... en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta" (*Evangelii gaudium*, 49). Somos deudores de una tradición, de una cadena de testigos que han hecho posible que la Buena Nueva del Evangelio siga siendo generación tras generación Nueva y Buena.

Y hoy recordamos a uno de esos testigos que supo testimoniar en estas tierras la alegría del Evangelio, Fray Junípero Serra. Supo vivir lo que es "la Iglesia en salida", esta Iglesia que sabe salir e ir por los caminos, para compartir la ternura reconciliadora de Dios. Supo dejar su tierra, sus costumbres, se animó a abrir ca-

minos, supo salir al encuentro de tantos aprendiendo a respetar sus costumbres y peculiaridades. Aprendió a gestar y a acompañar la vida de Dios en los rostros de los que iba encontrando haciéndolos sus hermanos. Junípero buscó defender la dignidad de la comunidad nativa, protegiéndola de cuantos la habían abusado. Abusos que hoy nos siguen provocando desagrado, especialmente por el dolor que causan en la vida de tantos.

Tuvo un lema que inspiró sus pasos y plasmó su vida: supo decir, pero sobre todo supo vivir diciendo: "siempre adelante". Esta fue la forma que Junípero encontró para vivir la alegría del Evangelio, para que no se le anesthesiara el corazón. Fue siempre adelante, porque el Señor espera; siempre adelante, porque el hermano espera; siempre adelante, por todo lo que aún le quedaba por vivir; fue siempre adelante. Que, como él ayer, hoy nosotros podamos decir: "siempre adelante".

VISITA AL CENTRO CARITATIVO DE LA PARROQUIA DE SAN PATRICIO Y ENCUENTRO CON LOS SINTECHO

SALUDO DEL SANTO PADRE

Washington D.C.

Jueves 24 de septiembre de 2015

Un gusto de encontrarlos. Buenos días. Van a escuchar dos predicaciones, una en castellano y otra en inglés. La primera palabra que quiero decirles es gracias. Gracias por recibirme y por el esfuerzo que han hecho para que este encuentro se realizase.

Aquí recuerdo a una persona que quiero mucho, y que es y ha sido muy importante a lo largo de mi vida. Ha sido sostén y fuente de inspiración. Es a él a quien recurro cuando estoy medio "apretado". Ustedes me recuerdan a san José. Sus rostros me hablan del suyo.

En la vida de José hubo situaciones difíciles de enfrentar. Una de ellas fue cuando María estaba para dar a luz, para tener a Jesús. Dice la Biblia: "Estaban en Belén, le llegó a María el tiempo de dar a luz. Y allí nació su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en el establo, porque no había alojamiento para ellos" (Lc 2,6-7). La Biblia es muy clara: "No había alojamiento para ellos". Me imagino a José, con su esposa a punto de tener a su hijo, sin un techo, sin casa, sin alojamiento. El Hijo de Dios entró en este mundo como uno que no tiene casa. El Hijo de Dios entró como un "homeless". El Hijo de Dios supo lo que es comenzar la vida sin un techo. Podemos imaginar las preguntas de José en ese momento: ¿Cómo el Hijo de Dios no tiene un techo para vivir? ¿Por qué estamos sin hogar, por qué estamos sin un techo? Son preguntas que muchos de ustedes pueden hacerse a diario, y se las hacen. Al igual que José se cuestionan: ¿Por qué estamos sin un techo, sin un hogar? Y a los que tenemos techo y hogar son preguntas que nos harán bien también: ¿Por qué estos hermanos nuestros están sin hogar, por qué estos hermanos nuestros no tienen techo?

Las preguntas de José siguen presentes hoy, acompañando a todos los que a lo largo de la historia han vivido y están sin un hogar.

José era un hombre que se hizo preguntas pero, sobre todo, era un hombre de fe. Y fue la fe la que le permitió a José poder encontrar luz en ese momento que parecía todo a oscuras; fue la fe la que lo sostuvo en las dificultades de su vida. Por la fe, José supo salir adelante cuando todo parecía detenerse.

Ante situaciones injustas y dolorosas, la fe nos aporta esa luz que disipa la oscuridad. Al igual que a José, la fe nos abre la presencia silenciosa de Dios en toda vida, en toda persona, en toda situación. Él está presente en cada uno de ustedes, en cada uno de nosotros.

Quiero ser muy claro. No hay ningún motivo de justificación social, moral o del tipo que sea para aceptar la falta de alojamiento. Son situaciones injustas, pero sabemos que Dios está sufriendolas con nosotros, está viviéndolas a nuestro lado. No nos deja solos.

Jesús no solo quiso solidarizarse con cada persona, no solo quiso que nadie sienta o viva la falta de su compañía y de su auxilio y de su amor. Él mismo se ha identificado con todos aquellos que sufren, que lloran, que padecen alguna injusticia. Él lo dice claramente: "Tuve hambre, y me dieron de co-

mer; tuve sed, y me dieron de beber; anduve como forastero y me dieron alojamiento" (Mt 25,35).

Es la fe la que nos hace saber que Dios está con ustedes, que Dios está en medio nuestro y su presencia nos moviliza a la caridad. Esa caridad que nace de la llamada de un Dios que sigue golpeando nuestra puerta, la puerta de todos para invitarnos al amor, a la compasión, a la entrega de unos por otros.

Jesús sigue golpeando nuestras puertas, nuestra vida. No lo hace mágicamente, no lo hace con artilugios o con carteles luminosos o con fuegos artificiales. Jesús sigue golpeando nuestra puerta en el rostro del hermano, en el rostro del vecino, en el rostro del que está a nuestro lado.

Queridos amigos, uno de los modos más eficaces de ayuda que tenemos lo encontramos en la oración. La oración nos une, nos hace hermanos, nos abre el corazón y nos recuerda una verdad hermosa que a veces olvidamos. En la oración, todos aprendemos a decir Padre, papá, y cuando decimos Padre, papá, nos encontramos como hermanos. En la oración, no hay ricos o pobres, hay hijos y hermanos. En la oración no hay personas de primera o de segunda, hay fraternidad.

En la oración es donde nuestro corazón encuentra fuerza para no volverse insensible, frío ante las situaciones de injusticias. En la oración, Dios nos sigue llamando y levantando a la caridad.

Qué bien nos hace rezar juntos, qué bien nos hace encontramos en ese espacio donde nos miramos como hermanos y nos reconocemos los unos necesitados del apoyo de los otros. Y hoy quiero rezar con ustedes, quiero unirme a ustedes, porque necesito su apoyo y su cercanía. Quiero invitarlos a rezar juntos, los unos por los otros, los unos con los otros. Así podemos continuar con este sostén que nos ayuda a vivir la alegría que Jesús está en medio nuestro. Y que Jesús nos ayude a solucionar las injusticias que Él conoció primero. La de no tener casa. ¿Se animan a rezar juntos? Yo empiezo en castellano y ustedes siguen en inglés.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Y antes de irme, me gustaría darles la bendición de Dios:

Que el Señor los bendiga y los proteja;
que el Señor los mire con agrado y les muestre su bondad;
que el Señor los mire con amor y les conceda su paz (Nm 6, 24-26).

Por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

VISITA AL CONGRESO
DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Washington D.C.

Jueves 24 de septiembre de 2015

Señor Vicepresidente,
Señor Presidente,
Distinguidos Miembros del Congreso,
Queridos amigos:

Les agradezco la invitación que me han hecho a que les dirija la palabra en esta sesión conjunta del Congreso en "la tierra de los libres y en la patria de los valientes". Me gustaría pensar que lo han hecho porque también yo soy un hijo de este gran continente, del que todos nosotros hemos recibido tanto y con el que tenemos una responsabilidad común.

Cada hijo o hija de un país tiene una misión, una responsabilidad personal y social. La de ustedes como Miembros del Congreso, por medio de la actividad legislativa, consiste en hacer que este País crezca como Nación. Ustedes son el rostro de su pueblo, sus representantes. Y están llamados a defender y custodiar la dignidad de sus conciudadanos en la búsqueda constante y exigente del bien común, pues éste es el principal desvelo de la política. La sociedad política perdura si se plantea, como vocación, satisfacer las necesidades comunes favoreciendo el crecimiento de todos sus miembros, especialmente de los que están en situación de mayor vulnerabilidad o riesgo. La actividad legislativa siempre está basada en la atención al pueblo. A eso han sido invitados, llamados, convocados por las urnas.

Se trata de una tarea que me recuerda la figura de Moisés en una doble perspectiva. Por un lado, el Patriarca y legislador del Pueblo de Israel simboliza la necesidad que tienen los pueblos de mantener la conciencia de unidad por medio de una legislación justa. Por otra parte, la figura de Moisés nos remite directamente a Dios y por lo tanto a la dignidad trascendente del ser humano. Moisés nos ofrece una buena síntesis de su labor: ustedes están invitados a proteger, por medio de la ley, la imagen y semejanza plasmada por Dios en cada rostro.

En esta perspectiva quisiera hoy no sólo dirigirme a ustedes, sino con ustedes y en ustedes a todo el pueblo de los Estados Unidos. Aquí junto con sus Representantes, quisiera tener la oportunidad de dialogar con miles de hombres y mujeres que luchan cada día para trabajar honradamente, para llevar el pan a su casa, para ahorrar y -poco a poco- conseguir una vida mejor para los suyos. Que no se resignan solamente a pagar sus impuestos, sino que -con su servicio silencioso- sostienen la convivencia. Que crean lazos de solidaridad por medio de iniciativas espontáneas pero también a través de organizaciones que buscan paliar el dolor de los más necesitados.

Me gustaría dialogar con tantos abuelos que atesoran la sabiduría forjada por los años e intentan de muchas maneras, especialmente a través del voluntariado, compartir sus experiencias y conocimientos. Sé que son muchos los que se jubilan pero no se retiran; siguen activos construyendo esta tierra. Me gustaría dialogar con todos esos jóvenes que luchan por sus deseos nobles y altos, que no se dejan atomizar por las ofertas fáciles, que saben enfrentar situaciones difíciles, fruto muchas veces de la inmadurez de los adultos. Con todos ustedes quisiera dialogar y me gustaría hacerlo a partir de la memoria de su pueblo.

Mi visita tiene lugar en un momento en que los hombres y mujeres de buena voluntad conmemoran el aniversario de algunos ilustres norteamericanos. Salvando los vaivenes de la historia y las ambigüedades propias de los seres humanos, con sus muchas diferencias y límites, estos hombres y mujeres apostaron, con trabajo, abnegación y hasta con su propia sangre, por forjar un futuro mejor. Con su vida plasmaron valores fundantes que viven para siempre en el alma de todo el pueblo. Un pueblo con alma puede pasar por muchas encrucijadas, tensiones y conflictos, pero logra siempre encontrar los recursos para salir adelante y hacerlo con dignidad. Estos hombres y mujeres nos aportan una hermenéutica, una manera de ver y analizar la realidad. Honrar su memoria, en medio de los conflictos, nos ayuda a recuperar, en el hoy de cada día, nuestras reservas culturales.

Me limito a mencionar cuatro de estos ciudadanos: Abraham Lincoln, Martin Luther King, Dorothy Day y Thomas Merton.

Estamos en el ciento cincuenta aniversario del asesinato del Presidente Abraham Lincoln, el defensor de la libertad, que ha trabajado incansablemente para que "esta Nación, por la gracia de Dios, tenga una nueva aurora de libertad". Construir un futuro de libertad exige amor al bien común y colaboración con un espíritu de subsidiaridad y solidaridad.

Todos conocemos y estamos sumamente preocupados por la inquietante situación social y política de nuestro tiempo. El mundo es cada vez más un lugar de conflictos violentos, de odio nocivo, de sangrienta atrocidad, cometida incluso en el nombre de Dios y de la religión. Somos conscientes de que ninguna religión es inmune a diversas formas de aberración individual o de extremismo ideológico. Esto nos urge a estar atentos frente a cualquier tipo de fundamentalismo de índole religiosa o del tipo que fuere. Combatir la violencia perpetrada bajo el nombre de una religión, una ideología, o un sistema económico y, al mismo tiempo, proteger la libertad de las religiones, de las ideas, de las personas requiere un delicado equilibrio en el que tenemos que trabajar. Y, por otra parte, puede generarse una tentación a la que hemos de prestar especial atención: el reduccionismo simplista que divide la realidad en buenos y malos; permítanme usar la expresión: en justos y pecadores. El mundo contemporáneo con sus heridas, que sangran en tantos hermanos nuestros, nos convoca a afrontar todas las polarizaciones que pretenden dividirlo en dos bandos. Sabemos que en el afán de querer liberarnos del enemigo

exterior podemos caer en la tentación de ir alimentando el enemigo interior. Copiar el odio y la violencia del tirano y del asesino es la mejor manera de ocupar su lugar. A eso este pueblo dice: No.

Nuestra respuesta, en cambio, es de esperanza y de reconciliación, de paz y de justicia. Se nos pide tener el coraje y usar nuestra inteligencia para resolver las crisis geopolíticas y económicas que abundan hoy. También en el mundo desarrollado las consecuencias de estructuras y acciones injustas aparecen con mucha evidencia. Nuestro trabajo se centra en devolver la esperanza, corregir las injusticias, mantener la fe en los compromisos, promoviendo así la recuperación de las personas y de los pueblos. Ir hacia delante juntos, en un renovado espíritu de fraternidad y solidaridad, cooperando con entusiasmo al bien común.

El reto que tenemos que afrontar hoy nos pide una renovación del espíritu de colaboración que ha producido tanto bien a lo largo de la historia de los Estados Unidos. La complejidad, la gravedad y la urgencia de tal desafío exige poner en común los recursos y los talentos que poseemos y empeñarnos en sostenernos mutuamente, respetando las diferencias y las convicciones de conciencia.

En estas tierras, las diversas comunidades religiosas han ofrecido una gran ayuda para construir y reforzar la sociedad. Es importante, hoy como en el pasado, que la voz de la fe, que es una voz de fraternidad y de amor, que busca sacar lo mejor de cada persona y de cada sociedad, pueda seguir siendo escuchada. Tal cooperación es un potente instrumento en la lucha por erradicar las nuevas formas mundiales de esclavitud, que son fruto de grandes injusticias que pueden ser superadas sólo con nuevas políticas y consensos sociales.

Apelo aquí a la historia política de los Estados Unidos, donde la democracia está radicada en la mente del Pueblo. Toda actividad política debe servir y promover el bien de la persona humana y estar fundada en el respeto de su dignidad. "Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que han sido dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos está la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad" (Declaración de Independencia, 4 julio 1776). Si es verdad que la política debe servir a la persona humana, se sigue que no puede ser esclava de la eco-

nomía y de las finanzas. La política responde a la necesidad imperiosa de convivir para construir juntos el bien común posible, el de una comunidad que resigna intereses particulares para poder compartir, con justicia y paz, sus bienes, sus intereses, su vida social. No subestimo la dificultad que esto conlleva, pero los aliento en este esfuerzo.

En esta sede quiero recordar también la marcha que, cincuenta años atrás, Martin Luther King encabezó desde Selma a Montgomery, en la campaña por reafirmar el "sueño" de plenos derechos civiles y políticos para los afro-americanos. Su sueño sigue resonando en nuestros corazones. Me alegro de que Estados Unidos siga siendo para muchos la tierra de los "sueños". Sueños que movilizan a la acción, a la participación, al compromiso. Sueños que despiertan lo que de más profundo y auténtico hay en los pueblos.

En los últimos siglos, millones de personas han alcanzado esta tierra persiguiendo el sueño de poder construir su propio futuro en libertad. Nosotros, pertenecientes a este continente, no nos asustamos de los extranjeros, porque muchos de nosotros hace tiempo fuimos extranjeros. Les hablo como hijo de inmigrantes, como muchos de ustedes que son descendientes de inmigrantes. Trágicamente, los derechos de cuantos vivieron aquí mucho antes que nosotros no siempre fueron respetados. A estos pueblos y a sus naciones, desde el corazón de la democracia norteamericana, deseo reafirmarles mi más alta estima y reconocimiento. Aquellos primeros contactos fueron bastantes convulsos y sangrientos, pero es difícil enjuiciar el pasado con los criterios del presente. Sin embargo, cuando el extranjero nos interpela, no podemos cometer los pecados y los errores del pasado. Debemos elegir la posibilidad de vivir ahora en el mundo más noble y justo posible, mientras formamos las nuevas generaciones, con una educación que no puede dar nunca la espalda a los "vecinos", a todo lo que nos rodea. Construir una nación nos lleva a pensarnos siempre en relación con otros, saliendo de la lógica de enemigo para pasar a la lógica de la recíproca subsidiaridad, dando lo mejor de nosotros. Confío que lo haremos.

Nuestro mundo está afrontando una crisis de refugiados sin precedentes desde los tiempos de la II Guerra Mundial. Lo que representa grandes desafíos y decisiones difíciles de tomar. A lo que se suma, en este continente, las miles de personas que se ven obligadas a viajar hacia el norte en búsqueda de una vida mejor para sí y para sus seres queridos, en un anhelo de vida con mayores oportu-

nidades. ¿Acaso no es lo que nosotros queremos para nuestros hijos? No debemos dejarnos intimidar por los números, más bien mirar a las personas, sus rostros, escuchar sus historias mientras luchamos por asegurarles nuestra mejor respuesta a su situación. Una respuesta que siempre será humana, justa y fraterna. Cuidémonos de una tentación contemporánea: descartar todo lo que moleste. Recordemos la regla de oro: "Hagan ustedes con los demás como quieran que los demás hagan con ustedes" (Mt 7,12).

Esta regla nos da un parámetro de acción bien preciso: tratemos a los demás con la misma pasión y compasión con la que queremos ser tratados. Busquemos para los demás las mismas posibilidades que deseamos para nosotros. Acompañemos el crecimiento de los otros como queremos ser acompañados. En definitiva: queremos seguridad, demos seguridad; queremos vida, demos vida; queremos oportunidades, brindemos oportunidades. El parámetro que usemos para los demás será el parámetro que el tiempo usará con nosotros. La regla de oro nos recuerda la responsabilidad que tenemos de custodiar y defender la vida humana en todas las etapas de su desarrollo.

Esta certeza es la que me ha llevado, desde el principio de mi ministerio, a trabajar en diferentes niveles para solicitar la abolición mundial de la pena de muerte. Estoy convencido que este es el mejor camino, porque cada vida es sagrada, cada persona humana está dotada de una dignidad inalienable y la sociedad sólo puede beneficiarse en la rehabilitación de aquellos que han cometido algún delito. Recientemente, mis hermanos Obispos aquí, en los Estados Unidos, han renovado el llamamiento para la abolición de la pena capital. No sólo me uno con mi apoyo, sino que animo y aliento a cuantos están convencidos de que una pena justa y necesaria nunca debe excluir la dimensión de la esperanza y el objetivo de la rehabilitación.

En estos tiempos en que las cuestiones sociales son tan importantes, no puedo dejar de nombrar a la Sierva de Dios Dorothy Day, fundadora del Movimiento del trabajador católico. Su activismo social, su pasión por la justicia y la causa de los oprimidos estaban inspirados en el Evangelio, en su fe y en el ejemplo de los santos.

¡Cuánto se ha progresado, en este sentido, en tantas partes del mundo! ¡Cuánto se viene trabajando en estos primeros años del tercer milenio para sacar a las per-

sonas de la extrema pobreza! Sé que comparten mi convicción de que todavía se debe hacer mucho más y que, en momentos de crisis y de dificultad económica, no se puede perder el espíritu de solidaridad internacional. Al mismo tiempo, quiero alentarlos a recordar cuán cercanos a nosotros son hoy los prisioneros de la trampa de la pobreza. También a estas personas debemos ofrecerles esperanza. La lucha contra la pobreza y el hambre ha de ser combatida constantemente, en sus muchos frentes, especialmente en las causas que las provocan. Sé que gran parte del pueblo norteamericano hoy, como ha sucedido en el pasado, está haciéndole frente a este problema.

No es necesario repetir que parte de este gran trabajo está constituido por la creación y distribución de la riqueza. El justo uso de los recursos naturales, la aplicación de soluciones tecnológicas y la guía del espíritu emprendedor son parte indispensable de una economía que busca ser moderna pero especialmente solidaria y sustentable. "La actividad empresarial, que es una noble vocación orientada a producir riqueza y a mejorar el mundo para todos, puede ser una manera muy fecunda de promover la región donde instala sus emprendimientos, sobre todo si entiende que la creación de puestos de trabajo es parte ineludible de su servicio al bien común" (Laudato si', 129). Y este bien común incluye también la tierra, tema central de la Encíclica que he escrito recientemente para "entrar en diálogo con todos acerca de nuestra casa común" (ibíd., 3). "Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos" (ibíd., 14).

En Laudato si', aliento el esfuerzo valiente y responsable para "reorientar el rumbo" (N. 61) y para evitar las más grandes consecuencias que surgen del degrado ambiental provocado por la actividad humana. Estoy convencido de que podemos marcar la diferencia y no tengo alguna duda de que los Estados Unidos -y este Congreso- están llamados a tener un papel importante. Ahora es el tiempo de acciones valientes y de estrategias para implementar una "cultura del cuidado" (ibíd., 231) y una "aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza" (ibíd., 139). La libertad humana es capaz de limitar la técnica (cf. ibíd., 112); de interpelar "nuestra inteligencia para reconocer cómo deberíamos orientar, cultivar y limitar nuestro poder" (ibíd., 78); de poner la técnica al "servicio de otro tipo de progreso más sano, más humano, más social, más integral" (ibíd., 112). Sé y confío que sus exce-

lentes instituciones académicas y de investigación pueden hacer una contribución vital en los próximos años.

Un siglo atrás, al inicio de la Gran Guerra, "masacre inútil", en palabras del Papa Benedicto XV, nace otro gran norteamericano, el monje cisterciense Thomas Merton. Él sigue siendo fuente de inspiración espiritual y guía para muchos. En su autobiografía escribió: "Aunque libre por naturaleza y a imagen de Dios, con todo, y a imagen del mundo al cual había venido, también fui prisionero de mi propia violencia y egoísmo. El mundo era trasunto del infierno, abarrotado de hombres como yo, que le amaban y también le aborrecían. Habían nacido para amarle y, sin embargo, vivían con temor y ansias desesperadas y enfrentadas". Merton fue sobre todo un hombre de oración, un pensador que desafió las certezas de su tiempo y abrió horizontes nuevos para las almas y para la Iglesia; fue también un hombre de diálogo, un promotor de la paz entre pueblos y religiones.

En tal perspectiva de diálogo, deseo reconocer los esfuerzos que se han realizado en los últimos meses y que ayudan a superar las históricas diferencias ligadas a dolorosos episodios del pasado. Es mi deber construir puentes y ayudar lo más posible a que todos los hombres y mujeres puedan hacerlo. Cuando países que han estado en conflicto retoman el camino del diálogo, que podría haber estado interrumpido por motivos legítimos, se abren nuevos horizontes para todos. Esto ha requerido y requiere coraje, audacia, lo cual no significa falta de responsabilidad. Un buen político es aquel que, teniendo en mente los intereses de todos, toma el momento con un espíritu abierto y pragmático. Un buen político opta siempre por generar procesos más que por ocupar espacios (cf. *Evangelii gaudium*, 222-223).

Igualmente, ser un agente de diálogo y de paz significa estar verdaderamente determinado a atenuar y, en último término, a acabar con los muchos conflictos armados que afligen nuestro mundo. Y sobre esto hemos de ponernos un interrogante: ¿por qué las armas letales son vendidas a aquellos que pretenden infligir un sufrimiento indecible sobre los individuos y la sociedad? Tristemente, la respuesta, que todos conocemos, es simplemente por dinero; un dinero impregnado de sangre, y muchas veces de sangre inocente. Frente al silencio vergonzoso y cómplice, es nuestro deber afrontar el problema y acabar con el tráfico de armas.

Tres hijos y una hija de esta tierra, cuatro personas, cuatro sueños: Abraham Lincoln, la libertad; Martin Luther King, una libertad que se vive en la pluralidad y la no exclusión; Dorothy Day, la justicia social y los derechos de las personas; y Thomas Merton, la capacidad de diálogo y la apertura a Dios.

Cuatro representantes del pueblo norteamericano.

Terminaré mi visita a su País en Filadelfia, donde participaré en el Encuentro Mundial de las Familias. He querido que en todo este Viaje Apostólico la familia fuese un tema recurrente. Cuán fundamental ha sido la familia en la construcción de este País. Y cuán digna sigue siendo de nuestro apoyo y aliento. No puedo esconder mi preocupación por la familia, que está amenazada, quizás como nunca, desde el interior y desde el exterior. Las relaciones fundamentales son puestas en duda, como el mismo fundamento del matrimonio y de la familia. No puedo más que confirmar no sólo la importancia, sino por sobre todo, la riqueza y la belleza de vivir en familia.

De modo particular quisiera llamar su atención sobre aquellos componentes de la familia que parecen ser los más vulnerables, es decir, los jóvenes. Muchos tienen delante un futuro lleno de innumerables posibilidades, muchos otros parecen desorientados y sin sentido, prisioneros en un laberinto de violencia, de abuso y desesperación. Sus problemas son nuestros problemas. No nos es posible eludirlos. Hay que afrontarlos juntos, hablar y buscar soluciones más allá del simple tratamiento nominal de las cuestiones. Aun a riesgo de simplificar, podríamos decir que existe una cultura tal que empuja a muchos jóvenes a no poder formar una familia porque están privados de oportunidades de futuro. Sin embargo, esa misma cultura concede a muchos otros, por el contrario, tantas oportunidades, que también ellos se ven disuadidos de formar una familia.

Una Nación es considerada grande cuando defiende la libertad, como hizo Abraham Lincoln; cuando genera una cultura que permita a sus hombres "soñar" con plenitud de derechos para sus hermanos y hermanas, como intentó hacer Martin Luther King; cuando lucha por la justicia y la causa de los oprimidos, como hizo Dorothy Day en su incesante trabajo; siendo fruto de una fe que se hace diálogo y siembra paz, al estilo contemplativo de Merton.

Me he animado a esbozar algunas de las riquezas de su patrimonio cultural, del alma de su pueblo. Me gustaría que esta alma siga tomando forma y crezca,

para que los jóvenes puedan heredar y vivir en una tierra que ha permitido a muchos soñar. Que Dios bendiga a América.

Palabras improvisadas por el Papa en la terraza del Congreso

Buenos días a todos Ustedes. Les agradezco su acogida y su presencia. Agradezco los personajes más importantes que hay aquí: los niños. Quiero pedirle a Dios que los bendiga. Señor, Padre nuestro de todos, bendice a este pueblo, bendice a cada uno de ellos, bendice a sus familias, dales lo que más necesiten. Y les pido, por favor, a Ustedes, que recen por mí. Y, si entre ustedes hay algunos que no creen, o no pueden rezar, les pido, por favor, que me deseen cosas buenas. Thank you. Thank you very much. And God bless America.

VISITA A LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Nueva York

Viernes 25 de septiembre de 2015

Señor Presidente,
Señoras y Señores: Buenos días.

Una vez más, siguiendo una tradición de la que me siento honrado, el Secretario General de las Naciones Unidas ha invitado al Papa a dirigirse a esta honorable Asamblea de las Naciones. En nombre propio y en el de toda la comunidad católica, Señor Ban Ki-moon, quiero expresarle el más sincero y cordial agradecimiento. Agradezco también sus amables palabras. Saludo asimismo a los Jefes de Estado y de Gobierno aquí presentes, a los Embajadores, diplomáticos y funcionarios políticos y técnicos que los acompañan, al personal de las Naciones Unidas

empeñado en esta 70ª Sesión de la Asamblea General, al personal de todos los programas y agencias de la familia de la ONU, y a todos los que de un modo u otro participan de esta reunión. Por medio de ustedes saludo también a los ciudadanos de todas las naciones representadas en este encuentro. Gracias por los esfuerzos de todos y de cada uno en bien de la humanidad.

Esta es la quinta vez que un Papa visita las Naciones Unidas. Lo hicieron mis predecesores Pablo VI en 1965, Juan Pablo II en 1979 y 1995 y, mi más reciente predecesor, hoy el Papa emérito Benedicto XVI, en 2008. Todos ellos no ahorraron expresiones de reconocimiento para la Organización, considerándola la respuesta jurídica y política adecuada al momento histórico, caracterizado por la superación tecnológica de las distancias y fronteras y, aparentemente, de cualquier límite natural a la afirmación del poder. Una respuesta imprescindible ya que el poder tecnológico, en manos de ideologías nacionalistas o falsamente universalistas, es capaz de producir tremendas atrocidades. No puedo menos que asociarme al aprecio de mis predecesores, reafirmando la importancia que la Iglesia Católica concede a esta institución y las esperanzas que pone en sus actividades.

La historia de la comunidad organizada de los Estados, representada por las Naciones Unidas, que festeja en estos días su 70 aniversario, es una historia de importantes éxitos comunes, en un período de inusitada aceleración de los acontecimientos. Sin pretensión de exhaustividad, se puede mencionar la codificación y el desarrollo del derecho internacional, la construcción de la normativa internacional de derechos humanos, el perfeccionamiento del derecho humanitario, la solución de muchos conflictos y operaciones de paz y reconciliación, y tantos otros logros en todos los campos de la proyección internacional del quehacer humano. Todas estas realizaciones son luces que contrastan la oscuridad del desorden causado por las ambiciones descontroladas y por los egoísmos colectivos. Es cierto que aún son muchos los graves problemas no resueltos, pero también es evidente que, si hubiera faltado toda esta actividad internacional, la humanidad podría no haber sobrevivido al uso descontrolado de sus propias potencialidades. Cada uno de estos progresos políticos, jurídicos y técnicos son un camino de concreción del ideal de la fraternidad humana y un medio para su mayor realización.

Rindo pues homenaje a todos los hombres y mujeres que han servido leal y sacrificadamente a toda la humanidad en estos 70 años. En particular, quiero recordar hoy a los que han dado su vida por la paz y la reconciliación de los pueblos,

desde Dag Hammarskjöld hasta los muchísimos funcionarios de todos los niveles, fallecidos en las misiones humanitarias, de paz y reconciliación.

La experiencia de estos 70 años, más allá de todo lo conseguido, muestra que la reforma y la adaptación a los tiempos siempre es necesaria, progresando hacia el objetivo último de conceder a todos los países, sin excepción, una participación y una incidencia real y equitativa en las decisiones. Esta necesidad de una mayor equidad, vale especialmente para los cuerpos con efectiva capacidad ejecutiva, como es el caso del Consejo de Seguridad, los organismos financieros y los grupos o mecanismos especialmente creados para afrontar las crisis económicas. Esto ayudará a limitar todo tipo de abuso o usura sobre todo con los países en vías de desarrollo. Los organismos financieros internacionales han de velar por el desarrollo sostenible de los países y la no sumisión asfixiante de éstos a sistemas crediticios que, lejos de promover el progreso, someten a las poblaciones a mecanismos de mayor pobreza, exclusión y dependencia.

La labor de las Naciones Unidas, a partir de los postulados del Preámbulo y de los primeros artículos de su Carta Constitucional, puede ser vista como el desarrollo y la promoción de la soberanía del derecho, sabiendo que la justicia es requisito indispensable para obtener el ideal de la fraternidad universal. En este contexto, cabe recordar que la limitación del poder es una idea implícita en el concepto de derecho. Dar a cada uno lo suyo, siguiendo la definición clásica de justicia, significa que ningún individuo o grupo humano se puede considerar omnipotente, autorizado a pasar por encima de la dignidad y de los derechos de las otras personas singulares o de sus agrupaciones sociales. La distribución fáctica del poder (político, económico, de defensa, tecnológico, etc.) entre una pluralidad de sujetos y la creación de un sistema jurídico de regulación de las pretensiones e intereses, concreta la limitación del poder. El panorama mundial hoy nos presenta, sin embargo, muchos falsos derechos, y - a la vez- grandes sectores indefensos, víctimas más bien de un mal ejercicio del poder: el ambiente natural y el vasto mundo de mujeres y hombres excluidos. Dos sectores íntimamente unidos entre sí, que las relaciones políticas y económicas preponderantes han convertido en partes frágiles de la realidad. Por eso hay que afirmar con fuerza sus derechos, consolidando la protección del ambiente y acabando con la exclusión.

Ante todo, hay que afirmar que existe un verdadero "derecho del ambiente" por un doble motivo. Primero, porque los seres humanos somos parte del ambien-

te. Vivimos en comunión con él, porque el mismo ambiente comporta límites éticos que la acción humana debe reconocer y respetar. El hombre, aun cuando está dotado de "capacidades inéditas" que "muestran una singularidad que trasciende el ámbito físico y biológico" (Laudato si', 81), es al mismo tiempo una porción de ese ambiente. Tiene un cuerpo formado por elementos físicos, químicos y biológicos, y solo puede sobrevivir y desarrollarse si el ambiente ecológico le es favorable. Cualquier daño al ambiente, por tanto, es un daño a la humanidad. Segundo, porque cada una de las creaturas, especialmente las vivientes, tiene un valor en sí misma, de existencia, de vida, de belleza y de interdependencia con las demás creaturas. Los cristianos, junto con las otras religiones monoteístas, creemos que el universo proviene de una decisión de amor del Creador, que permite al hombre servirse respetuosamente de la creación para el bien de sus semejantes y para gloria del Creador, pero que no puede abusar de ella y mucho menos está autorizado a destruirla. Para todas las creencias religiosas, el ambiente es un bien fundamental (cf. *ibíd.*, 81).

El abuso y la destrucción del ambiente, al mismo tiempo, van acompañados por un imparable proceso de exclusión. En efecto, un afán egoísta e ilimitado de poder y de bienestar material lleva tanto a abusar de los recursos materiales disponibles como a excluir a los débiles y con menos habilidades, ya sea por tener capacidades diferentes (discapacitados) o porque están privados de los conocimientos e instrumentos técnicos adecuados o poseen insuficiente capacidad de decisión política. La exclusión económica y social es una negación total de la fraternidad humana y un gravísimo atentado a los derechos humanos y al ambiente. Los más pobres son los que más sufren estos atentados por un triple grave motivo: son descartados por la sociedad, son al mismo tiempo obligados a vivir del descarte y deben injustamente sufrir las consecuencias del abuso del ambiente. Estos fenómenos conforman la hoy tan difundida e inconscientemente consolidada "cultura del descarte".

Lo dramático de toda esta situación de exclusión e inequidad, con sus claras consecuencias, me lleva junto a todo el pueblo cristiano y a tantos otros a tomar conciencia también de mi grave responsabilidad al respecto, por lo cual alzo mi voz, junto a la de todos aquellos que anhelan soluciones urgentes y efectivas. La adopción de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible en la Cumbre mundial que iniciará hoy mismo, es una importante señal de esperanza. Confío también que la Conferencia de París sobre el cambio climático logre acuerdos fundamentales y eficaces.

No bastan, sin embargo, los compromisos asumidos solemnemente, aunque constituyen ciertamente un paso necesario para las soluciones. La definición clásica de justicia a que aludí anteriormente contiene como elemento esencial una voluntad constante y perpetua: *Iustitia est constans et perpetua voluntas ius suum cuique tribuendi*. El mundo reclama de todos los gobernantes una voluntad efectiva, práctica, constante, de pasos concretos y medidas inmediatas, para preservar y mejorar el ambiente natural y vencer cuanto antes el fenómeno de la exclusión social y económica, con sus tristes consecuencias de trata de seres humanos, comercio de órganos y tejidos humanos, explotación sexual de niños y niñas, trabajo esclavo, incluyendo la prostitución, tráfico de drogas y de armas, terrorismo y crimen internacional organizado. Es tal la magnitud de estas situaciones y el grado de vidas inocentes que va cobrando, que hemos de evitar toda tentación de caer en un nominalismo declaracionista con efecto tranquilizador en las conciencias. Debemos cuidar que nuestras instituciones sean realmente efectivas en la lucha contra todos estos flagelos.

La multiplicidad y complejidad de los problemas exige contar con instrumentos técnicos de medida. Esto, empero, comporta un doble peligro: limitarse al ejercicio burocrático de redactar largas enumeraciones de buenos propósitos -metas, objetivos e indicaciones estadísticas-, o creer que una única solución teórica y apriorística dará respuesta a todos los desafíos. No hay que perder de vista, en ningún momento, que la acción política y económica, solo es eficaz cuando se la entiende como una actividad prudencial, guiada por un concepto perenne de justicia y que no pierde de vista en ningún momento que, antes y más allá de los planes y programas, hay mujeres y hombres concretos, iguales a los gobernantes, que viven, luchan y sufren, y que muchas veces se ven obligados a vivir miserablemente, privados de cualquier derecho.

Para que estos hombres y mujeres concretos puedan escapar de la pobreza extrema, hay que permitirles ser dignos actores de su propio destino. El desarrollo humano integral y el pleno ejercicio de la dignidad humana no pueden ser impuestos. Deben ser edificados y desplegados por cada uno, por cada familia, en comunión con los demás hombres y en una justa relación con todos los círculos en los que se desarrolla la socialidad humana -amigos, comunidades, aldeas, municipios, escuelas, empresas y sindicatos, provincias, naciones-. Esto supone y exige el derecho a la educación -también para las niñas, excluidas en algunas partes-, que se asegura en primer lugar respetando y reforzando el derecho primario de las familias a educar, y el derecho de las Iglesias y de las agrupaciones sociales a sostener y colaborar con las familias en la formación de sus hijas e hijos. La educación, así

concebida, es la base para la realización de la Agenda 2030 y para recuperar el ambiente.

Al mismo tiempo, los gobernantes han de hacer todo lo posible a fin de que todos puedan tener la mínima base material y espiritual para ejercer su dignidad y para formar y mantener una familia, que es la célula primaria de cualquier desarrollo social. Este mínimo absoluto tiene en lo material tres nombres: techo, trabajo y tierra; y un nombre en lo espiritual: libertad de espíritu, que comprende la libertad religiosa, el derecho a la educación y todos los otros derechos cívicos.

Por todo esto, la medida y el indicador más simple y adecuado del cumplimiento de la nueva Agenda para el desarrollo será el acceso efectivo, práctico e inmediato, para todos, a los bienes materiales y espirituales indispensables: vivienda propia, trabajo digno y debidamente remunerado, alimentación adecuada y agua potable; libertad religiosa, y más en general libertad de espíritu y educación. Al mismo tiempo, estos pilares del desarrollo humano integral tienen un fundamento común, que es el derecho a la vida y, más en general, lo que podríamos llamar el derecho a la existencia de la misma naturaleza humana.

La crisis ecológica, junto con la destrucción de buena parte de la biodiversidad, puede poner en peligro la existencia misma de la especie humana. Las nefastas consecuencias de un irresponsable desgobierno de la economía mundial, guiado solo por la ambición de lucro y de poder, deben ser un llamado a una severa reflexión sobre el hombre: "El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza" (Benedicto XVI, Discurso al Parlamento Federal de Alemania, 22 septiembre 2011; citado en *Laudato si'*, 6). La creación se ve perjudicada "donde nosotros mismos somos las últimas instancias [...] El derroche de la creación comienza donde no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros, sino que solo nos vemos a nosotros mismos" (Id., Discurso al Clero de la Diócesis de Bolzano-Bressanone, 6 agosto 2008; citado *ibíd.*). Por eso, la defensa del ambiente y la lucha contra la exclusión exigen el reconocimiento de una ley moral inscrita en la propia naturaleza humana, que comprende la distinción natural entre hombre y mujer (*Laudato si'*, 155), y el absoluto respeto de la vida en todas sus etapas y dimensiones (cf. *ibíd.*, 123; 136).

Sin el reconocimiento de unos límites éticos naturales insalvables y sin la actuación inmediata de aquellos pilares del desarrollo humano integral, el ideal de

"salvar las futuras generaciones del flagelo de la guerra" (Carta de las Naciones Unidas, Preámbulo) y de "promover el progreso social y un más elevado nivel de vida en una más amplia libertad" (ibíd.) corre el riesgo de convertirse en un espejismo inalcanzable o, peor aún, en palabras vacías que sirven de excusa para cualquier abuso y corrupción, o para promover una colonización ideológica a través de la imposición de modelos y estilos de vida anómalos, extraños a la identidad de los pueblos y, en último término, irresponsables.

La guerra es la negación de todos los derechos y una dramática agresión al ambiente. Si se quiere un verdadero desarrollo humano integral para todos, se debe continuar incansablemente con la tarea de evitar la guerra entre las naciones y los pueblos.

Para tal fin hay que asegurar el imperio incontestado del derecho y el infatigable recurso a la negociación, a los buenos oficios y al arbitraje, como propone la Carta de las Naciones Unidas, verdadera norma jurídica fundamental. La experiencia de los 70 años de existencia de las Naciones Unidas, en general, y en particular la experiencia de los primeros 15 años del tercer milenio, muestran tanto la eficacia de la plena aplicación de las normas internacionales como la ineficacia de su incumplimiento. Si se respeta y aplica la Carta de las Naciones Unidas con transparencia y sinceridad, sin segundas intenciones, como un punto de referencia obligatorio de justicia y no como un instrumento para disfrazar intenciones espurias, se alcanzan resultados de paz. Cuando, en cambio, se confunde la norma con un simple instrumento, para utilizar cuando resulta favorable y para eludir cuando no lo es, se abre una verdadera caja de Pandora de fuerzas incontrolables, que dañan gravemente las poblaciones inermes, el ambiente cultural e incluso el ambiente biológico.

El Preámbulo y el primer artículo de la Carta de las Naciones Unidas indican los cimientos de la construcción jurídica internacional: la paz, la solución pacífica de las controversias y el desarrollo de relaciones de amistad entre las naciones. Contrasta fuertemente con estas afirmaciones, y las niega en la práctica, la tendencia siempre presente a la proliferación de las armas, especialmente las de destrucción masiva como pueden ser las nucleares. Una ética y un derecho basados en la amenaza de destrucción mutua -y posiblemente de toda la humanidad- son contradictorios y constituyen un fraude a toda la construcción de las Naciones Unidas, que pasarían a ser "Naciones unidas por el miedo y la desconfianza". Hay que empeñarse por un mundo sin armas nucleares, aplicando plenamente el

Tratado de no proliferación, en la letra y en el espíritu, hacia una total prohibición de estos instrumentos.

El reciente acuerdo sobre la cuestión nuclear en una región sensible de Asia y Oriente Medio es una prueba de las posibilidades de la buena voluntad política y del derecho, ejercitados con sinceridad, paciencia y constancia. Hago votos para que este acuerdo sea duradero y eficaz y dé los frutos deseados con la colaboración de todas las partes implicadas.

En ese sentido, no faltan duras pruebas de las consecuencias negativas de las intervenciones políticas y militares no coordinadas entre los miembros de la comunidad internacional. Por eso, aun deseando no tener la necesidad de hacerlo, no puedo dejar de reiterar mis repetidos llamamientos en relación con la dolorosa situación de todo el Oriente Medio, del norte de África y de otros países africanos, donde los cristianos, junto con otros grupos culturales o étnicos e incluso junto con aquella parte de los miembros de la religión mayoritaria que no quiere dejarse envolver por el odio y la locura, han sido obligados a ser testigos de la destrucción de sus lugares de culto, de su patrimonio cultural y religioso, de sus casas y haberes y han sido puestos en la disyuntiva de huir o de pagar su adhesión al bien y a la paz con la propia vida o con la esclavitud.

Estas realidades deben constituir un serio llamado a un examen de conciencia de los que están a cargo de la conducción de los asuntos internacionales. No solo en los casos de persecución religiosa o cultural, sino en cada situación de conflicto, como Ucrania, Siria, Irak, en Libia, en Sudán del Sur y en la región de los Grandes Lagos, hay rostros concretos antes que intereses de parte, por legítimos que sean. En las guerras y conflictos hay seres humanos singulares, hermanos y hermanas nuestros, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, niños y niñas, que lloran, sufren y mueren. Seres humanos que se convierten en material de descarte cuando la actividad consiste sólo en enumerar problemas, estrategias y discusiones.

Como pedía al Secretario General de las Naciones Unidas en mi carta del 9 de agosto de 2014, "la más elemental comprensión de la dignidad humana [obliga] a la comunidad internacional, en particular a través de las normas y los mecanismos del derecho internacional, a hacer todo lo posible para detener y prevenir ulteriores violencias sistemáticas contra las minorías étnicas y religiosas" y para proteger a las poblaciones inocentes.

En esta misma línea quisiera hacer mención a otro tipo de conflictividad no siempre tan explicitada pero que silenciosamente viene cobrando la muerte de millones de personas. Otra clase de guerra que viven muchas de nuestras sociedades con el fenómeno del narcotráfico. Una guerra "asumida" y pobremente combatida. El narcotráfico por su propia dinámica va acompañado de la trata de personas, del lavado de activos, del tráfico de armas, de la explotación infantil y de otras formas de corrupción. Corrupción que ha penetrado los distintos niveles de la vida social, política, militar, artística y religiosa, generando, en muchos casos, una estructura paralela que pone en riesgo la credibilidad de nuestras instituciones.

Comencé esta intervención recordando las visitas de mis predecesores. Quisiera ahora que mis palabras fueran especialmente como una continuación de las palabras finales del discurso de Pablo VI, pronunciado hace casi exactamente 50 años, pero de valor perenne, cito: "Ha llegado la hora en que se impone una pausa, un momento de recogimiento, de reflexión, casi de oración: volver a pensar en nuestro común origen, en nuestra historia, en nuestro destino común. Nunca, como hoy, [...] ha sido tan necesaria la conciencia moral del hombre, porque el peligro no viene ni del progreso ni de la ciencia, que, bien utilizados, podrán [...] resolver muchos de los graves problemas que afligen a la humanidad" (Discurso a los Representantes de los Estados, 4 de octubre de 1965). Entre otras cosas, sin duda, la genialidad humana, bien aplicada, ayudará a resolver los graves desafíos de la degradación ecológica y de la exclusión. Continúo con Pablo VI: "El verdadero peligro está en el hombre, que dispone de instrumentos cada vez más poderosos, capaces de llevar tanto a la ruina como a las más altas conquistas" (ibíd.). Hasta aquí Pablo VI.

La casa común de todos los hombres debe continuar levantándose sobre una recta comprensión de la fraternidad universal y sobre el respeto de la sacralidad de cada vida humana, de cada hombre y cada mujer; de los pobres, de los ancianos, de los niños, de los enfermos, de los no nacidos, de los desocupados, de los abandonados, de los que se juzgan descartables porque no se los considera más que números de una u otra estadística. La casa común de todos los hombres debe también edificarse sobre la comprensión de una cierta sacralidad de la naturaleza creada.

Tal comprensión y respeto exigen un grado superior de sabiduría, que acepte la trascendencia, la de uno mismo, renuncie a la construcción de una elite omnipotente, y comprenda que el sentido pleno de la vida singular y colectiva se da en el

servicio abnegado de los demás y en el uso prudente y respetuoso de la creación para el bien común. Repitiendo las palabras de Pablo VI, "el edificio de la civilización moderna debe levantarse sobre principios espirituales, los únicos capaces no sólo de sostenerlo, sino también de iluminarlo" (ibíd.).

El gaucho Martín Fierro, un clásico de la literatura de mi tierra natal, canta: "Los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera. Tengan unión verdadera en cualquier tiempo que sea, porque si entre ellos pelean, los devoran los de afuera".

El mundo contemporáneo, aparentemente conexo, experimenta una creciente y sostenida fragmentación social que pone en riesgo "todo fundamento de la vida social" y por lo tanto "termina por enfrentarnos unos con otros para preservar los propios intereses" (Laudato si', 229).

El tiempo presente nos invita a privilegiar acciones que generen dinamismos nuevos en la sociedad hasta que fructifiquen en importantes y positivos acontecimientos históricos (cf. *Evangelii gaudium*, 223). No podemos permitirnos postergar "algunas agendas" para el futuro. El futuro nos pide decisiones críticas y globales de cara a los conflictos mundiales que aumentan el número de excluidos y necesitados.

La loable construcción jurídica internacional de la Organización de las Naciones Unidas y de todas sus realizaciones, perfeccionable como cualquier otra obra humana y, al mismo tiempo, necesaria, puede ser prenda de un futuro seguro y feliz para las generaciones futuras. Y lo será si los representantes de los Estados sabrán dejar de lado intereses sectoriales e ideologías, y buscar sinceramente el servicio del bien común. Pido a Dios Todopoderoso que así sea, y les aseguro mi apoyo, mi oración y el apoyo y las oraciones de todos los fieles de la Iglesia Católica, para que esta Institución, todos sus Estados miembros y cada uno de sus funcionarios, rinda siempre un servicio eficaz a la humanidad, un servicio respetuoso de la diversidad y que sepa potenciar, para el bien común, lo mejor de cada pueblo y de cada ciudadano. Que Dios los bendiga a todos.

VISITA A LA ESCUELA
NUESTRA SEÑORA REINA DE LOS ÁNGELES
Y ENCUENTRO CON NIÑOS Y FAMILIAS DE
INMIGRANTES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Harlem, Nueva York

Viernes 25 de septiembre de 2015

Queridos hermanos y hermanas, buenas tardes.

Estoy contento de estar hoy aquí con ustedes junto a toda esta gran familia que los acompaña. Veo a sus maestros, educadores, padres y familiares. Gracias por recibirme y les pido perdón especialmente a los maestros por "robarles" unos minutos de la lección, en la clase... Están todos contentos, ya sé.

Me han contado que una de las lindas características de esta escuela y de este trabajo es que algunos de sus alumnos, algunos de ustedes, vienen de otros lugares, y muchos de otros países. Y eso es bueno. Aunque sé que no siempre es fácil tener que trasladarse y encontrar una nueva casa, encontrar nuevos vecinos, amigos; no es fácil, pero hay que empezar. Al principio puede ser algo cansador. Muchas veces aprender un nuevo idioma, adaptarse a una nueva cultura, un nuevo clima. Cuántas cosas tienen que aprender. No solo las tareas de la escuela, sino tantas cosas.

Lo bueno es que también encontramos nuevos amigos. Y esto es muy importante, los nuevos amigos que encontramos. Encontramos personas que nos abren puertas y nos muestran su ternura, su amistad, su comprensión, y buscan ayudarnos para que no nos sintamos extraños, extranjeros. Es todo un trabajo de gente que nos va ayudando a sentirnos en casa. Aunque a veces la imaginación se vuelve a nuestra patria, pero encontramos gente buena que nos ayuda a sentirnos en casa. Qué lindo es poder sentir la escuela, los lugares de reunión, como una segunda casa. Y esto no sólo es importante para ustedes, sino para sus familias. De esta manera, la escuela se vuelve una gran familia para todos, donde junto a nuestras madres, padres, abuelos, educadores, maestros y compañeros aprendemos a ayudarnos, a compartir lo bueno de cada uno, a dar lo mejor de nosotros, a trabajar en equipo, a jugar en equipo, que es tan importante, y a perseverar en nuestras metas.

Bien cerquita de aquí hay una calle muy importante con el nombre de una persona que hizo mucho bien por los demás, y quiero recordarla con ustedes. Me refiero al Pastor Martin Luther King. Un día dijo: "Tengo un sueño". Y él soñó que muchos niños, muchas personas tuvieran igualdad de oportunidades. Él soñó que muchos niños como ustedes tuvieran acceso a la educación. Él soñó que muchos hombres y mujeres, como ustedes, pudieran llevar la frente bien alta, con la dignidad de quien puede ganarse la vida. Es hermoso tener sueños y es hermoso poder luchar por los sueños. No se lo olviden.

Hoy queremos seguir soñando y celebramos todas las oportunidades que, tanto a ustedes como a nosotros los grandes, nos permiten no perder la esperanza en un mundo mejor y con mayores posibilidades. Y tantas personas que he saludado y que me han presentado también sueñan con ustedes, sueñan con esto. Y por eso se involucran en este trabajo. Se involucran en la vida de ustedes para acompañarlos en este camino. Todos soñamos. Siempre. Sé que uno de los sueños de sus

padres, de sus educadores y de todos los que los ayudan -y también del Cardenal Dolan, que es muy bueno- es que puedan crecer y vivir con alegría. Aquí se los ve sonrientes: sigan así, ayuden a contagiar la alegría a todas las personas que tienen cerca. No siempre es fácil. En todas las casas hay problemas, hay situaciones difíciles, hay enfermedades, pero no dejen de soñar con que pueden vivir con alegría.

Todos ustedes los que están acá, chicos y grandes, tienen derecho a soñar y me alegra mucho que puedan encontrar, sea en la escuela, sea aquí, en sus amigos, en sus maestros, en todos los que se acercan a ayudar, ese apoyo necesario para poder hacerlo. Donde hay sueños, donde hay alegría, ahí siempre está Jesús. Siempre. En cambio, ¿quién es el que siembra tristeza, el que siembra desconfianza, el que siembra envidia, el que siembra los malos deseos? ¿Cómo se llama? El diablo. El diablo siempre siembra tristezas, porque no nos quiere alegres, no nos quiere soñar. Donde hay alegría está siempre Jesús. Porque Jesús es alegría y quiere ayudarnos a que esa alegría permanezca todos los días.

Antes de irme quisiera dejarles un homework, ¿puede ser? Es un pedido sencillo pero muy importante: no se olviden de rezar por mí para que yo pueda compartir con muchos la alegría de Jesús. Y recemos también para que muchos puedan disfrutar de esta alegría, como la que tienen ustedes cuando se sienten acompañados, ayudados, aconsejados, aunque haya problemas. Pero está esa paz en el corazón de que Jesús nunca abandona.

Que Dios los bendiga a todos y a cada uno de ustedes y que la Virgen los cuide. Gracias.

[Palabras añadidas a los niños]

¿Y no saben cantar algo? ¿Ustedes no saben cantar? A ver, ¿quién es el más caradura? A ver...

[canto]

Gracias. Muchas gracias. Thank you very much.

Entonces, todos juntos... Bueno, una canción y después rezamos todos juntos el Padre Nuestro.

[canto]

Gracias. Y ahora rezamos. Todos juntos rezamos el Padre Nuestro.

Padre Nuestro...

Los bendiga Dios todopoderoso, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.[Amén]
Y recen por mí. Don't forget the homework.

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Madison Square Garden, Nueva York

Viernes 25 de septiembre de 2015

Estamos en el Madison Square Garden, lugar emblemático de esta ciudad, sede de importantes encuentros deportivos, artísticos, musicales, que logra congrega a personas provenientes de distintas partes, no solo de esta ciudad, sino del mundo entero. En este lugar que representa las distintas facetas de la vida de los ciudadanos que se congregan por intereses comunes, hemos escuchado: "El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz" (Is 9,1). El pueblo que caminaba, el pueblo en medio de sus actividades, de sus rutinas; el pueblo que caminaba cargando sobre sí sus aciertos y sus equivocaciones, sus miedos y sus oportunidades. Ese pueblo ha visto una gran luz. El pueblo que caminaba con sus alegrías y esperanzas, con sus desilusiones y amarguras, ese pueblo ha visto una gran luz.

El Pueblo de Dios es invitado en cada época histórica a contemplar esta luz. Luz que quiere iluminar a las naciones. Así, lleno de júbilo, lo expresaba el anciano Simeón. Luz que quiere llegar a cada rincón de esta ciudad, a nuestros conciudadanos, a cada espacio de nuestra vida.

"El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz". Una de las particularidades del pueblo creyente pasa por su capacidad de ver, de contemplar en medio de sus "oscuridades" la luz que Cristo viene a traer. Ese pueblo creyente que sabe mirar, que sabe discernir, que sabe contemplar la presencia viva de Dios en medio de su vida, en medio de su ciudad. Con el profeta hoy podemos decir: el pueblo que camina, respira, vive entre el "smog", ha visto una gran luz, ha experimentado un aire de vida.

Vivir en una ciudad es algo bastante complejo: contexto pluricultural con grandes desafíos no fáciles de resolver. Las grandes ciudades son recuerdo de la riqueza que esconde nuestro mundo: la diversidad de culturas, tradiciones e historias. La variedad de lenguas, de vestidos, de alimentos. Las grandes ciudades se vuelven polos que parecen presentar la pluralidad de maneras que los seres humanos hemos encontrado de responder al sentido de la vida en las circunstancias donde nos encontrábamos. A su vez, las grandes ciudades esconden el rostro de tantos que parecen no tener ciudadanía o ser ciudadanos de segunda categoría. En las grandes ciudades, bajo el ruido del tránsito, bajo "el ritmo del cambio", quedan silenciados tantos rostros por no tener "derecho" a ciudadanía, no tener derecho a ser parte de la ciudad -los extranjeros, sus hijos (y no solo) que no logran la escolarización, los privados de seguro médico, los sin techo, los ancianos solos-, quedando al borde de nuestras calles, en nuestras veredas, en un anonimato ensordecedor. Y se convierten en parte de un paisaje urbano que lentamente se va naturalizando ante nuestros ojos y especialmente en nuestro corazón.

Saber que Jesús sigue caminando en nuestras calles, mezclándose vitalmente con su pueblo, implicándose e implicando a las personas en una única historia de salvación, nos llena de esperanza, una esperanza que nos libera de esa fuerza que nos empuja a aislarnos, a desentendernos de la vida de los demás, de la vida de nuestra ciudad. Una esperanza que nos libra de "conexiones" vacías, de los análisis abstractos o de rutinas sensacionalistas. Una esperanza que no tiene miedo a involucrarse actuando como fermento en los rincones donde nos toque vivir y actuar. Una esperanza que nos invita a ver en medio del "smog" la presencia de Dios que sigue caminando en nuestra ciudad. Porque Dios está en la ciudad.

¿Cómo es esta luz que transita nuestras calles? ¿Cómo encontrar a Dios que vive con nosotros en medio del "smog" de nuestras ciudades? ¿Cómo encontramos con Jesús vivo y actuante en el hoy de nuestras ciudades pluriculturales?

El profeta Isaías nos hará de guía en este "aprender a mirar". Habló de la luz, que es Jesús. Y ahora nos presenta a Jesús como "Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la paz" (9,5-6). De esta manera, nos introduce en la vida del Hijo para que también esa sea nuestra vida.

"Consejero maravilloso". Los Evangelios nos narran cómo muchos van a preguntarle: "Maestro, ¿qué debemos hacer?". El primer movimiento que Jesús genera con su respuesta es proponer, incitar, motivar. Propone siempre a sus discípulos ir, salir. Los empuja a ir al encuentro de los otros, donde realmente están y no donde nos gustaría que estuviesen. Vayan, una y otra vez, vayan sin miedo, vayan sin asco, vayan y anuncien esta alegría que es para todo el pueblo.

"Dios fuerte". En Jesús Dios se hizo el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, el Dios que camina a nuestro lado, que se ha mezclado en nuestras cosas, en nuestras casas, en nuestras "ollas", como le gustaba decir a santa Teresa de Jesús.

"Padre para siempre". Nada ni nadie podrá apartarnos de su Amor. Vayan y anuncien, vayan y vivan que Dios está en medio de ustedes como un Padre misericordioso que sale todas las mañanas y todas las tardes para ver si su hijo vuelve a casa, y apenas lo ve venir corre a abrazarlo. Esto es lindo. Un abrazo que busca asumir, busca purificar y elevar la dignidad de sus hijos. Padre que, en su abrazo, es "buena noticia a los pobres, alivio de los afligidos, libertad a los oprimidos, consuelo para los tristes" (Is 61,1).

"Príncipe de la paz". El andar hacia los otros para compartir la buena nueva que Dios es nuestro Padre, que camina a nuestro lado, nos libera del anonimato, de una vida sin rostros, una vida vacía y nos introduce en la escuela del encuentro. Nos libera de la guerra de la competencia, de la autorreferencialidad, para abrirnos al camino de la paz. Esa paz que nace del reconocimiento del otro, esa paz que surge en el corazón al mirar especialmente al más necesitado como a un hermano.

Dios vive en nuestras ciudades, la Iglesia vive en nuestras ciudades. Y Dios y la Iglesia, que viven en nuestras ciudades, quieren ser fermento en la masa, quieren

mezclarse con todos, acompañando a todos, anunciando las maravillas de Aquel que es Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la paz.

"El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz" y nosotros, cristianos, somos testigos.

ENCUENTRO INTERRELIGIOSO EN EL MEMORIAL DE LA ZONA CERO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Nueva York

Viernes 25 de septiembre de 2015

Me produce distintos sentimientos, emociones, estar en la Zona Cero donde miles de vidas fueron arrebatadas en un acto insensato de destrucción. Aquí el dolor es palpable. El agua que vemos correr hacia ese centro vacío nos recuerda todas esas vidas que se fueron bajo el poder de aquellos que creen que la destrucción es la única forma de solucionar los conflictos. Es el grito silencioso de quienes sufrieron en su carne la lógica de la violencia, del odio, de la revancha. Una lógica que lo único que puede causar es dolor, sufrimiento, destrucción, lágrimas. El agua cayendo es símbolo también de nuestras lágrimas. Lágrimas por las destrucciones de ayer, que se unen a tantas destrucciones de hoy. Este es un lugar donde lloramos, lloramos el dolor que provoca sentir la impotencia frente a la injusticia, frente al fratricidio, frente a la incapacidad de solucionar nuestras diferencias dialogando. En

este lugar lloramos la pérdida injusta y gratuita de inocentes por no poder encontrar soluciones en pos del bien común. Es agua que nos recuerda el llanto de ayer y el llanto de hoy.

Hace unos minutos encontré a algunas familias de los primeros socorristas caídos en servicio. En el encuentro pude constatar una vez más cómo la destrucción nunca es impersonal, abstracta o de cosas; sino, que sobre todo, tiene rostro e historia, es concreta, posee nombres. En los familiares, se puede ver el rostro del dolor, un dolor que nos deja atónitos y grita al cielo.

Pero a su vez, ellos me han sabido mostrar la otra cara de este atentado, la otra cara de su dolor: el poder del amor y del recuerdo. Un recuerdo que no nos deja vacíos. El nombre de tantos seres queridos están escritos aquí en lo que eran las bases de las torres, así los podemos ver, tocar y nunca olvidar.

Aquí, en medio del dolor lacerante, podemos palpar la capacidad de bondad heroica de la que es capaz también el ser humano, la fuerza oculta a la que siempre debemos apelar. En el momento de mayor dolor, sufrimiento, ustedes fueron testigos de los mayores actos de entrega y ayuda. Manos tendidas, vidas entregadas. En una metrópoli que puede parecer impersonal, anónima, de grandes soledades, fueron capaces de mostrar la potente solidaridad de la mutua ayuda, del amor y del sacrificio personal. En ese momento no era una cuestión de sangre, de origen, de barrio, de religión o de opción política; era cuestión de solidaridad, de emergencia, de hermandad. Era cuestión de humanidad. Los bomberos de Nueva York entraron en las torres que se estaban cayendo sin prestar tanta atención a la propia vida. Muchos cayeron en servicio y con su sacrificio permitieron la vida de tantos otros.

Este lugar de muerte se transforma también en un lugar de vida, de vidas salvadas, un canto que nos lleva a afirmar que la vida siempre está destinada a triunfar sobre los profetas de la destrucción, sobre la muerte, que el bien siempre despertará sobre el mal, que la reconciliación y la unidad vencerán sobre el odio y la división.

En este lugar de dolor y de recuerdo, me llena de esperanza la oportunidad de asociarme a los líderes que representan las muchas tradiciones religiosas que enriquecen la vida de esta gran ciudad. Espero que nuestra presencia aquí sea un signo potente de nuestras ganas de compartir y reafirmar el deseo de ser fuerzas de

reconciliación, fuerzas de paz y justicia en esta comunidad y a lo largo y ancho de nuestro mundo. En las diferencias, en las discrepancias, es posible vivir un mundo de paz. Frente a todo intento uniformizador es posible y necesario reunarnos desde las diferentes lenguas, culturas, religiones y alzar la voz a todo lo que quiera impedirlo. Juntos hoy somos invitados a decir "no" a todo intento uniformante y "sí" a una diferencia aceptada y reconciliada.

Y para eso necesitamos desterrar de nosotros sentimientos de odio, de venganza, de rencor. Y sabemos que eso solo es posible como un don del cielo. Aquí, en este lugar de la memoria, cada uno a su manera, pero juntos, les propongo hacer un momento de silencio y oración. Pidamos al cielo el don de empeñarnos por la causa de la paz. Paz en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras escuelas, en nuestras comunidades. Paz en esos lugares donde la guerra parece no tener fin. Paz en esos rostros que lo único que han conocido ha sido el dolor. Paz en este mundo vasto que Dios nos lo ha dado como casa de todos y para todos. Tan solo, PAZ. Oremos en silencio.

[momento de silencio]

Así, la vida de nuestros seres queridos no será una vida que quedará en el olvido, sino que se hará presente cada vez que luchemos por ser profetas de construcción, profetas de reconciliación, profetas de paz.

FIESTA DE LAS FAMILIAS Y VIGILIA DE ORACIÓN

DISCURSO DEL SANTO PADRE

B. Franklin Parkway, Filadelfia

Sábado 26 de septiembre de 2015

Queridos hermanos y hermanas,
Queridas familias:

Gracias a quienes han dado testimonio. Gracias a quienes nos alegraron con el arte, con la belleza, que es el camino para llegar a Dios. La belleza nos lleva a Dios. Y un testimonio verdadero nos lleva a Dios porque Dios también es la verdad. Es la belleza y es la verdad. Y un testimonio dado para servir es bueno, nos hace buenos, porque Dios es bondad. Nos lleva a Dios. Todo lo bueno, todo lo verdadero y todo lo bello nos lleva Dios. Porque Dios es bueno, Dios es bello, Dios es verdad.

Gracias a todos. A los que nos dieron un mensaje aquí y a la presencia de ustedes, que también es un testimonio. Un verdadero testimonio de que vale la pena la vida en familia. De que una sociedad crece fuerte, crece buena, crece hermosa y crece verdadera si se edifica sobre la base de la familia.

Una vez, un chico me preguntó -ustedes saben que los chicos preguntan cosas difíciles-: "Padre, ¿qué hacía Dios antes de crear el mundo?". Les aseguro que me costó contestar. Y le dije lo que les digo ahora a ustedes: Antes de crear el mundo, Dios amaba porque Dios es amor, pero era tal el amor que tenía en sí mismo, ese amor entre el Padre y el Hijo, en el Espíritu Santo, era tan grande, tan desbordante... -esto no sé si es muy teológico, pero lo van a entender-, era tan grande que no podía ser egoísta. Tenía que salir de sí mismo para tener a quien amar fuera de sí. Y ahí, Dios creó el mundo. Ahí, Dios hizo esta maravilla en la que vivimos. Y que, como estamos un poquito mareados, la estamos destruyendo. Pero lo más lindo que hizo Dios -dice la Biblia- fue la familia. Creó al hombre y a la mujer; y les entregó todo; les entregó el mundo: "Crezcan, multiplíquense, cultiven la tierra, háganla producir, háganla crecer". Todo el amor que hizo en esa Creación maravillosa se lo entregó a una familia.

Volvemos atrás un poquito. Todo el amor que Dios tiene en sí, toda la belleza que Dios tiene en sí, toda la verdad que Dios tiene en sí, la entrega a la familia. Y una familia es verdaderamente familia cuando es capaz de abrir los brazos y recibir todo ese amor. Por supuesto, que el paraíso terrenal no está más acá, que la vida tiene sus problemas, que los hombres, por la astucia del demonio, aprendieron a dividirse. Y todo ese amor que Dios nos dio, casi se pierde. Y al poquito tiempo, el primer crimen, el primer fratricidio. Un hermano mata a otro hermano: la guerra. El amor, la belleza y la verdad de Dios, y la destrucción de la guerra. Y entre esas dos posiciones caminamos nosotros hoy. Nos toca a nosotros elegir, nos toca a nosotros decidir el camino para andar.

Pero volvamos para atrás. Cuando el hombre y su esposa se equivocaron y se alejaron de Dios, Dios no los dejó solos. Tanto el amor..., tanto el amor, que empezó a caminar con la humanidad, empezó a caminar con su pueblo, hasta que llegó el momento maduro y le dio la muestra de amor más grande: su Hijo. ¿Y a Su Hijo dónde lo mandó? ¿A un palacio, a una ciudad, a hacer una empresa? Lo mandó a una familia. Dios entró al mundo en una familia. Y pudo hacerlo porque esa familia era una familia que tenía el corazón abierto al amor, que tenía las puertas abiertas. Pensemos en María, jovencita. No lo podía creer: "¿Cómo puede suceder

esto?". Y cuando le explicaron, obedeció. Pensemos en José, lleno de ilusiones de formar un hogar, y se encuentra con esta sorpresa que no entiende. Acepta, obedece. Y en la obediencia de amor de esta mujer, María, y de este hombre, José, se da una familia en la que viene Dios. Dios siempre golpea las puertas de los corazones. Le gusta hacerlo. Le sale de adentro. ¿Pero saben qué es lo que más le gusta? Golpear las puertas de las familias. Y encontrar las familias unidas, encontrar las familias que se quieren, encontrar las familias que hacen crecer a sus hijos y los educan, y que los llevan adelante, y que crean una sociedad de bondad, de verdad y de belleza.

Estamos en la fiesta de las familias. La familia tiene carta de ciudadanía divina. ¿Está claro? La carta de ciudadanía que tiene la familia se la dio Dios, para que en su seno creciera cada vez más la verdad, el amor y la belleza. Claro, algunos de ustedes me pueden decir: "Padre, usted habla así porque es soltero". En la familia hay dificultades. En las familias discutimos. En las familias a veces vuelan los platos. En las familias los hijos traen dolores de cabeza. No voy a hablar de las suegras. Pero en las familias siempre, siempre, hay cruz; siempre. Porque el amor de Dios, el Hijo de Dios, nos abrió también ese camino. Pero en las familias también, después de la cruz, hay resurrección, porque el Hijo de Dios nos abrió ese camino. Por eso la familia es -perdónenme la palabra- una fábrica de esperanza, de esperanza de vida y resurrección, pues Dios fue el que abrió ese camino. Y los hijos. Los hijos dan trabajo. Nosotros como hijos dimos trabajo. A veces, en casa veo algunos de mis colaboradores que vienen a trabajar con ojeras. Tienen un bebé de un mes, dos meses. Y les pregunto: "¿No dormiste?". Y él: "No, lloró toda la noche". En la familia hay dificultades, pero esas dificultades se superan con amor. El odio no supera ninguna dificultad. La división de los corazones no supera ninguna dificultad. Solamente el amor es capaz de superar la dificultad. El amor es fiesta, el amor es gozo, el amor es seguir adelante.

Y no quiero seguir hablando porque se hace demasiado largo, pero quisiera marcar dos puntitos de la familia en los que quisiera que se tuviera un especial cuidado. No sólo quisiera, tenemos que tener un especial cuidado. Los niños y los abuelos. Los niños y los jóvenes son el futuro, son la fuerza, los que llevan adelante. Son aquellos en los que ponemos esperanza. Los abuelos son la memoria de la familia. Son los que nos dieron la fe, nos transmitieron la fe. Cuidar a los abuelos y cuidar a los niños es la muestra de amor -no sé si más grande, pero yo diría- más promisorio de la familia, porque promete el futuro. Un pueblo que no sabe cuidar a los niños y un pueblo que no sabe cuidar a los abuelos, es un pueblo sin futuro,

porque no tiene la fuerza y no tiene la memoria que lo lleve adelante. La familia es bella, pero cuesta, trae problemas. En la familia a veces hay enemistades. El marido se pelea con la mujer, o se miran mal, o los hijos con el padre. Les sugiero un consejo: Nunca terminen el día sin hacer la paz en la familia. En una familia no se puede terminar el día en guerra. Que Dios los bendiga. Que Dios les dé fuerzas. Que Dios los anime a seguir adelante. Cuidemos la familia. Defendamos la familia porque ahí se juega nuestro futuro. Gracias. Que Dios los bendiga y recen por mí, por favor.

Queridos hermanos y hermanas,
Queridas familias:

Quiero agradecerle, en primer lugar, a las familias que se han animado a compartir con nosotros su vida, gracias por su testimonio. Siempre es un regalo poder escuchar a las familias compartir sus experiencias de vida; eso toca el corazón. Sentimos que ellas nos hablan de cosas verdaderamente personales y únicas que en cierta medida nos involucran a todos. Al escuchar sus vivencias podemos sentirnos implicados, interpelados como matrimonios, como padres, como hijos, hermanos, abuelos.

Mientras los escuchaba pensaba cuán importante es compartir la vida de nuestros hogares y ayudarnos a crecer en esta hermosa y desafiante tarea de "ser familia".

Estar con ustedes me hace pensar en uno de los misterios más hermosos del cristianismo. Dios no quiso venir al mundo de otra forma que no sea por medio de una familia. Dios no quiso acercarse a la humanidad sino por medio de un hogar. Dios no quiso otro nombre para sí que llamarse Enmanuel (Mt 1,23), es el Dios-con-nosotros. Y este ha sido desde el comienzo su sueño, su búsqueda, su lucha incansable por decirnos: "Yo soy el Dios con ustedes, el Dios para ustedes". Es el Dios que, desde el principio de la creación, dijo: "No es bueno que el hombre esté solo" (Gn 2,18a), y nosotros podemos seguir diciendo: No es bueno que la mujer esté sola, no es bueno que el niño, el anciano, el joven estén solos; no es bueno. Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y los dos no serán sino una sola carne (cf. Gn 2,24). Los dos no serán sino un hogar, una familia.

Y así desde tiempos inmemorables, en lo profundo del corazón, escuchamos esas palabras que golpean con fuerza en nuestro interior: No es bueno que estés solo. La familia es el gran don, el gran regalo de este "Dios-con-nosotros", que no ha querido abandonarnos a la soledad de vivir sin nadie, sin desafíos, sin hogar.

Dios no sueña solo, busca hacerlo todo "con nosotros". El sueño de Dios se sigue realizando en los sueños de muchas parejas que se animan a hacer de su vida una familia.

Por eso, la familia es el símbolo vivo del proyecto amoroso que un día el Padre soñó. Querer formar una familia es animarse a ser parte del sueño de Dios, es animarse a soñar con Él, es animarse a construir con Él, es animarse a jugarse con Él esta historia de construir un mundo donde nadie se sienta solo, que nadie sienta que sobra o que no tiene un lugar.

Los cristianos admiramos la belleza y cada momento familiar como el lugar donde de manera gradual aprendemos el significado y el valor de las relaciones humanas. "Aprendemos que amar a alguien no es meramente un sentimiento poderoso, es una decisión, es un juicio, es una promesa" (Erich Fromm, El arte de amar). Aprendemos a jugárnosla por alguien y que esto vale la pena.

Jesús no fue un "solterón", todo lo contrario. Él ha desposado a la Iglesia, la ha hecho su pueblo. Él se jugó la vida por los que ama dando todo de sí, para que su esposa, la Iglesia, pudiera siempre experimentar que Él es el Dios con nosotros, con su pueblo, su familia. No podemos comprender a Cristo sin su Iglesia, como no podemos comprender la Iglesia sin su esposo, Cristo-Jesús, quien se entregó por amor y nos mostró que vale la pena hacerlo.

Jugársela por amor, no es algo de por sí fácil. Al igual que para el Maestro, hay momentos que este "jugársela" pasa por situaciones de cruz. Momentos donde parece que todo se vuelve cuesta arriba. Pienso en tantos padres, en tantas familias, a las que les falta el trabajo o poseen un trabajo sin derechos que se vuelve un verdadero calvario. Cuánto sacrificio para poder conseguir el pan cotidiano. Lógicamente, estos padres, al llegar a su hogar, no pueden darle lo mejor de sí a sus hijos por el cansancio que llevan sobre sus "hombros".

Pienso en tantas familias que no poseen un techo sobre el que cobijarse o viven en situaciones de hacinamiento. Que no poseen el mínimo para poder cons-

truir vínculos de intimidad, de seguridad, de protección frente a tanto tipo de inclemencias.

Pienso en tantas familias que no pueden acceder a los servicios sanitarios mínimos. Que, frente a problemas de salud, especialmente de los hijos o de los ancianos, dependen de un sistema que no logra tomarlos con seriedad, postergando el dolor y sometiendo a estas familias a grandes sacrificios para poder responder a sus problemas sanitarios.

No podemos pensar en una sociedad sana que no le dé espacio concreto a la vida familiar. No podemos pensar en una sociedad con futuro que no encuentre una legislación capaz de defender y asegurar las condiciones mínimas y necesarias para que las familias, especialmente las que están comenzando, puedan desarrollarse. Cuántos problemas se revertirían si nuestras sociedades protegieran y aseguraran que el espacio familiar, sobre todo el de los jóvenes esposos, encontrara la posibilidad de tener un trabajo digno, un techo seguro, un servicio de salud que acompañe la gestación familiar en todas las etapas de la vida.

El sueño de Dios sigue irrevocable, sigue intacto y nos invita a nosotros a trabajar, a comprometernos en una sociedad pro familia. Una sociedad, donde "el pan, fruto de la tierra y el trabajo de los hombres" (Misal Romano), siga siendo ofrecido en todo techo alimentando la esperanza de sus hijos.

Ayudémonos a que este "jugársela por amor" siga siendo posible. Ayudémonos los unos a los otros, en los momentos de dificultad, a aliviar las cargas. Seamos los unos apoyo de los otros, seamos las familias apoyo de otras familias.

No existen familias perfectas y esto no nos tiene que desanimar. Por el contrario, el amor se aprende, el amor se vive, el amor crece "trabajándolo" según las circunstancias de la vida por la que atraviesa cada familia concreta. El amor nace y se desarrolla siempre entre luces y sombras. El amor es posible en hombres y mujeres concretos que buscan no hacer de los conflictos la última palabra, sino una oportunidad. Oportunidad para pedir ayuda, oportunidad para preguntarse en qué tenemos que mejorar, oportunidad para poder descubrir al Dios con nosotros que nunca nos abandona. Este es un gran legado que le podemos dejar a nuestros hijos, una muy buena enseñanza: nos equivocamos, sí; tenemos problemas, sí; pero sabemos que eso no es lo definitivo. Sabemos que los

errores, los problemas, los conflictos son una oportunidad para acercarnos a los demás, a Dios.

Esta noche nos encontramos para rezar, para hacerlo en familia, para hacer de nuestros hogares el rostro sonriente de la Iglesia. Para encontrarnos con el Dios que no quiso venir al mundo de otra forma que no sea por medio de una familia. Para encontrarnos con el Dios con nosotros, el Dios que está siempre entre nosotros.

ENCUENTRO POR LA LIBERTAD RELIGIOSA CON LA COMUNIDAD HISPANA Y OTROS INMIGRANTES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Independence Mall, Filadelfia

Sábado 26 de septiembre de 2015

Queridos amigos:

Buenas tardes. Uno de los momentos más destacados de mi visita es la presencia aquí, en el Independence Mall, el lugar de nacimiento de los Estados Unidos de América. Aquí fueron proclamadas por primera vez las libertades que definen este País. La Declaración de Independencia proclamó que todos los hombres y mujeres fueron creados iguales; que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, y que los gobiernos existen para proteger y defender esos derechos. Esas palabras siguen resonando e inspirándonos hoy, como lo han hecho con personas de todo el mundo, para luchar por la libertad de vivir de acuerdo con su dignidad.

La historia también muestra que estas y otras verdades deben ser constantemente reafirmadas, nuevamente asimiladas y defendidas. La historia de esta Nación es también la historia de un esfuerzo constante, que dura hasta nuestros días, para encarnar esos elevados principios en la vida social y política. Recordemos las grandes luchas que llevaron a la abolición de la esclavitud, la extensión del derecho de voto, el crecimiento del movimiento obrero y el esfuerzo gradual para eliminar todo tipo de racismo y de prejuicios contra la llegada posterior de nuevos americanos. Esto demuestra que, cuando un país está determinado a permanecer fiel a sus principios, a esos principios fundacionales, basados en el respeto a la dignidad humana, se fortalece y se renueva. Cuando un país guarda la memoria de sus raíces, sigue creciendo, se renueva y sigue asumiendo en su seno nuevos pueblos y nueva gente que viene a él.

Nos ayuda mucho recordar nuestro pasado. Un pueblo que tiene memoria no repite los errores del pasado; en cambio, afronta con confianza los retos del presente y del futuro. La memoria salva el alma de un pueblo de aquello o de aquellos que quieren dominarlo o quieren utilizarlo para sus propios intereses. Cuando los individuos y las comunidades ven garantizado el ejercicio efectivo de sus derechos, no sólo son libres para realizar sus propias capacidades, sino que también, con estas capacidades, con su trabajo, contribuyen al bienestar y al enriquecimiento de toda la sociedad.

En este lugar, que es un símbolo del modelo de los Estados Unidos, me gustaría reflexionar con ustedes sobre el derecho a la libertad religiosa. Es un derecho fundamental que da forma a nuestro modo de interactuar social y personalmente con nuestros vecinos, que tienen creencias religiosas distintas a la nuestra. El ideal del diálogo interreligioso, donde todos los hombres y mujeres de diferentes tradiciones religiosas pueden dialogar sin pelearse. Eso lo da la libertad religiosa.

La libertad religiosa, sin duda, comporta el derecho de adorar a Dios, individualmente y en comunidad, de acuerdo con la propia conciencia. Pero, por otro lado, la libertad religiosa, por su naturaleza, trasciende los lugares de culto y la esfera privada de los individuos y las familias, porque el hecho religioso, la dimensión religiosa, no es una subcultura, es parte de la cultura de cualquier pueblo y de cualquier nación.

Nuestras distintas tradiciones religiosas sirven a la sociedad sobre todo por el mensaje que proclaman. Ellas llaman a los individuos y a las comunidades a

adorar a Dios, fuente de la vida, de la libertad y de la felicidad. Nos recuerdan la dimensión trascendente de la existencia humana y de nuestra libertad irreductible frente a la pretensión de cualquier poder absoluto. Necesitamos acercarnos a la historia -nos hace bien acercarnos a la historia-, especialmente a la historia del siglo pasado, para ver las atrocidades perpetradas por los sistemas que pretendían construir algún tipo de "paraíso terrenal", dominando pueblos, sometiéndolos a principios aparentemente indiscutibles y negándoles cualquier tipo de derechos. Nuestras ricas tradiciones religiosas buscan ofrecer sentido y dirección, "tienen una fuerza motivadora que abre siempre nuevos horizontes, estimula el pensamiento, amplía la mente y la sensibilidad" (*Evangelii gaudium*, 256). Llamam a la conversión, a la reconciliación, a la preocupación por el futuro de la sociedad, a la abnegación en el servicio al bien común y a la compasión por los necesitados. En el corazón de su misión espiritual está la proclamación de la verdad y la dignidad de la persona humana y de todos los derechos humanos.

Nuestras tradiciones religiosas nos recuerdan que, como seres humanos, estamos llamados a reconocer a Otro, que revela nuestra identidad relacional frente a todos los intentos por imponer "una uniformidad a la que el egoísmo de los poderosos, el conformismo de los débiles o la ideología de la utopía quiere imponernos" (M. de Certeau).

En un mundo en el que diversas formas de tiranía moderna tratan de suprimir la libertad religiosa, o, como dije antes, reducirla a una subcultura sin derecho a voz y voto en la plaza pública, o de utilizar la religión como pretexto para el odio y la brutalidad, es necesario que los fieles de las diversas tradiciones religiosas unan sus voces para clamar por la paz, la tolerancia, el respeto a la dignidad y a los derechos de los demás.

Nosotros vivimos en una época sujeta a la "globalización del paradigma tecnocrático" (*Laudato si'*, 106), que conscientemente apunta a la uniformidad unidimensional y busca eliminar todas las diferencias y tradiciones en una búsqueda superficial de la unidad. Las religiones tienen, pues, el derecho y el deber de dejar claro que es posible construir una sociedad en la que "un sano pluralismo que, de verdad respete a los diferentes y los valore como tales" (*Evangelii gaudium*, 255), es un aliado valioso "en el empeño por la defensa de la dignidad humana... y un camino de paz para nuestro mundo tan herido" (*ibíd.*, 257) por las guerras.

Los cuáqueros que fundaron Filadelfia estaban inspirados por un profundo sentido evangélico de la dignidad de cada individuo y por el ideal de una comunidad

unida por el amor fraterno. Esta convicción los llevó a fundar una colonia que fuera un refugio para la libertad religiosa y la tolerancia. El sentido de preocupación fraterna por la dignidad de todos, especialmente de los más débiles y vulnerables, se convirtió en una parte esencial del espíritu norteamericano. San Juan Pablo II, durante su visita a los Estados Unidos en 1987, rindió un conmovedor homenaje al respecto, recordando a todos los americanos que "la prueba definitiva de su grandeza es la manera en que tratan a todos los seres humanos, pero sobre todo a los más débiles e indefensos" (Ceremonia de despedida, 19 septiembre 1987).

Aprovecho esta oportunidad para agradecer a todos los que, sea cual fuera su religión, han tratado de servir a Dios, al Dios de la paz, construyendo ciudades de amor fraterno, cuidando del prójimo necesitado, defendiendo la dignidad del don divino, del don de la vida en todas sus etapas, defendiendo la causa de los pobres y los inmigrantes. Con demasiada frecuencia los más necesitados, en todas partes, no son escuchados. Ustedes son su voz, y muchos de ustedes -hombres y mujeres religiosos- han hecho que su grito sea escuchado. Con este testimonio, que frecuentemente encuentra una fuerte resistencia, recuerdan a la democracia norteamericana los ideales que la fundaron, y que la sociedad se debilita cada vez que allí y en donde cualquier injusticia prevalece. Hace un momento, hablé de la tendencia a una globalización. La globalización no es mala. Al contrario, la tendencia a globalizarnos es buena, nos une. Lo que puede ser malo es el modo de hacerlo. Si una globalización pretende igualar a todos, como si fuera una esfera, esa globalización destruye la riqueza y la particularidad de cada persona y de cada pueblo. Si una globalización busca unir a todos, pero respetando a cada persona, a su persona, a su riqueza, a su peculiaridad, respetando a cada pueblo, a cada riqueza, a su peculiaridad, esa globalización es buena y nos hace crecer a todos, y lleva a la paz. Me gusta usar un poco la geometría aquí. Si la globalización es una esfera, donde cada punto es igual, equidistante del centro, anula, no es buena. Si la globalización une como un poliedro, donde están todos unidos, pero cada uno conserva su propia identidad, es buena y hace crecer a un pueblo, y da dignidad a todos los hombres y les otorga derechos.

Entre nosotros hoy hay miembros de la gran población hispana de los Estados Unidos, así como representantes de inmigrantes recién llegados a los Estados Unidos. Gracias por abrir las puertas. Muchos de ustedes han emigrado -los saludo con mucho afecto-, y muchos de ustedes han emigrado a este País con un gran costo personal, pero con la esperanza de construir una nueva vida. No se desanimen por las dificultades que tengan que afrontar. Les pido que no olviden que, al

igual que los que llegaron aquí antes, ustedes traen muchos dones a esta nación. Por favor, no se avergüencen nunca de sus tradiciones. No olviden las lecciones que aprendieron de sus mayores, y que pueden enriquecer la vida de esta tierra americana. Repito, no se avergüencen de aquello que es parte esencial de ustedes. También están llamados a ser ciudadanos responsables y a contribuir -como lo hicieron con tanta fortaleza los que vinieron antes-, a contribuir provechosamente a la vida de las comunidades en que viven. Pienso, en particular, en la vibrante fe que muchos de ustedes poseen, en el profundo sentido de la vida familiar y los demás valores que han heredado. Al contribuir con sus dones, no solo encontrarán su lugar aquí, sino que ayudarán a renovar la sociedad desde dentro. No perder la memoria de lo que pasó aquí hace más de dos siglos. No perder la memoria de aquella Declaración que proclamó que todos los hombres y mujeres fueron creados iguales, que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, y que los gobiernos existen para proteger y defender esos derechos.

Queridos amigos, les doy las gracias por su calurosa bienvenida y por acompañarme hoy aquí. Conservemos la libertad. Cuidemos la libertad. La libertad de conciencia, la libertad religiosa, la libertad de cada persona, de cada familia, de cada pueblo, que es la que da lugar a los derechos. Que este País, y cada uno de ustedes, dé gracias continuamente por las muchas bendiciones y libertades que disfrutan. Que puedan defender estos derechos, especialmente la libertad religiosa, que Dios les ha dado. Que Él los bendiga a todos. Y, por favor, les pido que recen un poquito por mí. Gracias.

ENCUENTRO CON VÍCTIMAS DE ABUSOS SEXUALES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Seminario San Carlos Borromeo, Filadelfia

Domingo 27 de septiembre de 2015

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo, estoy muy agradecido por esta oportunidad de conocerles, estoy bendecido por su presencia. Gracias por venir aquí hoy.

Las palabras no pueden expresar plenamente mi dolor por el abuso que han sufrido. Ustedes son preciosos hijos de Dios, que siempre deberían esperar nuestra protección, nuestra atención y nuestro amor. Estoy profundamente dolido porque su inocencia fue violada por aquellos en quien confiaban. En algunos casos, la confianza fue traicionada por miembros de su propia familia, en otros casos por miembros de la Iglesia, sacerdotes que tienen una responsabilidad sagrada para el cuidado de las

almas. En todas las circunstancias, la traición fue una terrible violación de la dignidad humana.

Para aquellos que fueron abusados por un miembro del clero, lamento profundamente las veces en que ustedes o sus familias denunciaron abusos pero no fueron escuchados o creídos. Sepan que el Santo Padre les escucha y les cree. Lamento profundamente que algunos obispos no cumplieran con su responsabilidad de proteger a los menores. Es muy inquietante saber que en algunos casos incluso los obispos eran ellos mismos los abusadores. Me comprometo a seguir el camino de la verdad, dondequiera que nos pueda llevar. El clero y los obispos tendrán que rendir cuentas de sus acciones cuando abusen o no protejan a los menores.

Estamos reunidos aquí en Filadelfia para celebrar el Don de Dios de la vida familiar. Dentro de nuestra familia de fe y de nuestras familias humanas, los pecados y crímenes de abuso sexual de menores ya no deben mantenerse en secreto y con vergüenza. Esperando la llegada del Año Jubilar de la Misericordia, su presencia aquí hoy, tan generosamente ofrecida a pesar de la ira y del dolor que han experimentado, revela el corazón misericordioso de Cristo. Sus historias de supervivencia, cada una única y convincente, son señales potentes de la esperanza que nos llega por la promesa de que el Señor estará con nosotros siempre.

Es bueno saber que han traído con ustedes familiares y amigos a este encuentro. Estoy muy agradecido por su apoyo compasivo y rezo para que muchas personas de la Iglesia respondan a la llamada de acompañar a los que han sufrido abusos. Que la puerta de la misericordia se abra por completo en nuestras diócesis, nuestras parroquias, nuestros hogares y nuestros corazones, para recibir a los que fueron abusados y buscar el camino del perdón confiando en el Señor. Les prometemos apoyarles en su proceso de sanación y en siempre estar vigilantes para proteger a los menores de hoy y de mañana.

Cuando los discípulos que caminaron con Jesús en el camino a Emaús reconocieron que Él era el mismo Señor Resucitado, le pidieron a Jesús que se quedara con ellos. Al igual que esos discípulos, humildemente les pido a ustedes y a todos los sobrevivientes de abusos que se queden con nosotros, con la Iglesia, y que juntos como peregrinos en el camino de fe, podamos encontrar nuestro camino hacia el Padre.

VISITA A LOS PRESOS
DEL INSTITUTO CORRECCIONAL
CURRAN-FROMHOLD

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Filadelfia

Domingo 27 de septiembre de 2015

Queridos hermanos y hermanas, buenos días:

Yo voy a hablar en español porque no sé hablar inglés, pero él [indica al intérprete] habla muy bien inglés y me va a traducir. Gracias por recibirme y darme la oportunidad de estar aquí con ustedes compartiendo este momento. Un momento difícil, cargado de tensiones. Un momento que sé que es doloroso no solo para ustedes, sino para sus familias y para toda la sociedad. Ya que una sociedad, una familia que no sabe sufrir los dolores de sus hijos, que no los toma con seriedad, que los naturaliza y los asume como normales y esperables, es una sociedad que

está "condenada" a quedar presa de sí misma, presa de todo lo que la hace sufrir. Yo vine aquí como pastor, pero sobre todo como hermano, a compartir la situación de ustedes y hacerla también mía; he venido a que podamos rezar juntos y presentarle a nuestro Dios lo que nos duele y también lo que nos anima y recibir de Él la fuerza de la Resurrección.

Recuerdo el Evangelio donde Jesús lava los pies a sus discípulos en la Última Cena. Una actitud que le costó mucho entender a los discípulos, inclusive Pedro reacciona y le dice: "Jamás permitiré que me laves los pies" (Jn 13,8).

En aquel tiempo era habitual que, cuando uno llegaba a una casa, se le lavara los pies. Toda persona siempre era recibida así. Porque no existían caminos asfaltados, eran caminos de polvo, con pedregullo que iba colándose en las sandalias. Todos transitaban los senderos que dejaban el polvo impregnado, lastimaban con alguna piedra o producían alguna herida. Ahí lo vemos a Jesús lavando los pies, nuestros pies, los de sus discípulos de ayer y de hoy.

Todos sabemos que vivir es caminar, vivir es andar por distintos caminos, distintos senderos que dejan su marca en nuestra vida.

Y por la fe sabemos que Jesús nos busca, quiere sanar nuestras heridas, curar nuestros pies de las llagas de un andar cargado de soledad, limpiarnos del polvo que se fue impregnando por los caminos que cada uno tuvo que transitar. Jesús no nos pregunta por dónde anduvimos, no nos interroga qué estuvimos haciendo. Por el contrario, nos dice: "Si no te lavo los pies, no podrás ser de los míos" (Jn 13,9). Si no te lavo los pies, no podré darte la vida que el Padre siempre soñó, la vida para la cual te creó. Él viene a nuestro encuentro para calzarnos de nuevo con la dignidad de los hijos de Dios. Nos quiere ayudar a recomponer nuestro andar, reemprender nuestro caminar, recuperar nuestra esperanza, restituírnos en la fe y la confianza. Quiere que volvamos a los caminos, a la vida, sintiendo que tenemos una misión; que este tiempo de reclusión nunca ha sido y nunca será sinónimo de expulsión.

Vivir supone "ensuciarse los pies" por los caminos polvorientos de la vida y de la historia. Y todos tenemos necesidad de ser purificados, de ser lavados. Todos. Yo el primero. Todos somos buscados por este Maestro que nos quiere ayudar a reemprender el camino. A todos nos busca el Señor para darnos su mano. Es penoso constatar sistemas penitenciarios que no buscan curar las llagas, sanar las

heridas, generar nuevas oportunidades. Es doloroso constatar cuando se cree que solo algunos tienen necesidad de ser lavados, purificados no asumiendo que su cansancio y su dolor, sus heridas, son también el cansancio, el dolor, las heridas, de toda una sociedad. El Señor nos lo muestra claro por medio de un gesto: lavar los pies y volver a la mesa. Una mesa en la que Él quiere que nadie quede fuera. Una mesa que ha sido tendida para todos y a la que todos somos invitados.

Este momento de la vida de ustedes solo puede tener una finalidad: tender la mano para volver al camino, tender la mano para que ayude a la reinserción social. Una reinserción de la que todos formamos parte, a la que todos estamos invitados a estimular, acompañar y generar. Una reinserción buscada y deseada por todos: reclusos, familias, funcionarios, políticas sociales y educativas. Una reinserción que beneficia y levanta la moral de toda la comunidad y la sociedad.

Y quiero animarlos a tener esta actitud entre ustedes, con todas las personas que de alguna manera forman parte de este Instituto. Sean forjadores de oportunidades, sean forjadores de camino, sean forjadores de nuevos senderos.

Todos tenemos algo de lo que ser limpiados y purificados. Todos. Que esta conciencia nos despierte a la solidaridad entre todos, a apoyarnos y a buscar lo mejor para los demás.

Miremos a Jesús que nos lava los pies, Él es el "camino, la verdad y la vida", que viene a sacarnos de la mentira de creer que nadie puede cambiar, la mentira de creer que nadie puede cambiar. Jesús que nos ayuda a caminar por senderos de vida y plenitud. Que la fuerza de su amor y de su Resurrección sea siempre camino de vida nueva.

Y así como estamos, cada uno en su sitio, sentado, en silencio pedimos al Señor que nos bendiga. Que el Señor los bendiga y los proteja. Haga brillar su rostro sobre ustedes y les muestre su gracia. Les descubra su rostro y les conceda la paz. Gracias.

Palabras improvisadas por el Santo Padre al final del encuentro

La silla que han hecho es muy linda, muy hermosa. Muchas gracias por el trabajo.

SANTA MISA DE CLAUSURA DEL VIII ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

B. Franklin Parkway, Filadelfia

Domingo 27 de septiembre de 2015

Hoy la Palabra de Dios nos sorprende con un lenguaje alegórico fuerte que nos hace pensar. Un lenguaje alegórico que nos desafía pero también estimula nuestro entusiasmo.

En la primera lectura, Josué dice a Moisés que dos miembros del pueblo están profetizando, proclamando la Palabra de Dios sin un mandato. En el Evangelio, Juan dice a Jesús que los discípulos le han impedido a un hombre sacar espíritus inmundos en su nombre. Y aquí viene la sorpresa: Moisés y Jesús reprenden a estos colaboradores por ser tan estrechos de mente. ¡Ojalá fueran todos profetas de la Palabra de Dios! ¡Ojalá que cada uno pudiera obrar milagros en el nombre del Señor!

Jesús encuentra, en cambio, hostilidad en la gente que no había aceptado cuanto dijo e hizo. Para ellos, la apertura de Jesús a la fe honesta y sincera de muchas personas que no formaban parte del pueblo elegido de Dios, les parecía intolerable. Los discípulos, por su parte, actuaron de buena fe, pero la tentación de ser escandalizados por la libertad de Dios que hace llover sobre "justos e injustos" (Mt 5,45), saltándose la burocracia, el oficialismo y los círculos íntimos, amenaza la autenticidad de la fe y, por tanto, tiene que ser vigorosamente rechazada.

Cuando nos damos cuenta de esto, podemos entender por qué las palabras de Jesús sobre el escándalo son tan duras. Para Jesús, el escándalo intolerable es todo lo que destruye y corrompe nuestra confianza en este modo de actuar del Espíritu.

Nuestro Padre no se deja ganar en generosidad y siembra. Siembra su presencia en nuestro mundo, ya que "el amor no consiste en que nosotros hayamos amado primero a Dios, sino en que Él nos amó primero" (1Jn 4,10). Amor que nos da la certeza honda: somos buscados por Él, somos esperados por Él. Esa confianza es la que lleva al discípulo a estimular, acompañar y hacer crecer todas las buenas iniciativas que existen a su alrededor. Dios quiere que todos sus hijos participen de la fiesta del Evangelio. No impidan todo lo bueno, dice Jesús, por el contrario, ayúdenlo a crecer. Poner en duda la obra del Espíritu, dar la impresión que la misma no tiene nada que ver con aquellos que "no son parte de nuestro grupo", que no son "como nosotros", es una tentación peligrosa. No bloquea solamente la conversión a la fe, sino que constituye una perversión de la fe.

La fe abre la "ventana" a la presencia actuante del Espíritu y nos muestra que, como la felicidad, la santidad está siempre ligada a los pequeños gestos. "El que les dé a beber un vaso de agua en mi nombre -dice Jesús, pequeño gesto- no se quedará sin recompensa" (Mc 9,41). Son gestos mínimos que uno aprende en el hogar; gestos de familia que se pierden en el anonimato de la cotidianidad pero que hacen diferente cada jornada. Son gestos de madre, de abuela, de padre, de abuelo, de hijo, de hermanos. Son gestos de ternura, de cariño, de compasión. Son gestos del plato caliente de quien espera a cenar, del desayuno temprano del que sabe acompañar a madrugar. Son gestos de hogar. Es la bendición antes de dormir y el abrazo al regresar de una larga jornada de trabajo. El amor se manifiesta en pequeñas cosas, en la atención mínima a lo cotidiano que hace que la vida siempre tenga sabor a hogar. La fe crece con la práctica y es plasmada por el amor. Por eso,

nuestras familias, nuestros hogares, son verdaderas Iglesias domésticas. Es el lugar propio donde la fe se hace vida y la vida crece en la fe.

Jesús nos invita a no impedir esos pequeños gestos milagrosos, por el contrario, quiere que los provoquemos, que los hagamos crecer, que acompañemos la vida como se nos presenta, ayudando a despertar todos los pequeños gestos de amor, signos de su presencia viva y actuante en nuestro mundo.

Esta actitud a la que somos invitados nos lleva a preguntarnos, hoy, aquí, en el final de esta fiesta: ¿Cómo estamos trabajando para vivir esta lógica en nuestros hogares, en nuestras sociedades? ¿Qué tipo de mundo queremos dejarle a nuestros hijos? (cf. *Laudato si'*, 160). Pregunta que no podemos responder sólo nosotros. Es el Espíritu que nos invita y desafía a responderla con la gran familia humana. Nuestra casa común no tolera más divisiones estériles. El desafío urgente de proteger nuestra casa incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, porque sabemos que las cosas pueden cambiar (cf. *ibid.*, 13). Que nuestros hijos encuentren en nosotros referentes de comunión, no de división. Que nuestros hijos encuentren en nosotros hombres y mujeres capaces de unirse a los demás para hacer germinar todo lo bueno que el Padre sembró.

De manera directa, pero con afecto, Jesús dice: "Si ustedes, pues, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?" (Lc 11,13) Cuánta sabiduría hay en estas palabras. Es verdad que en cuanto a bondad y pureza de corazón nosotros, seres humanos, no tenemos mucho de qué vanagloriarnos. Pero Jesús sabe que, en lo que se refiere a los niños, somos capaces de una generosidad infinita. Por eso nos aliena: si tenemos fe, el Padre nos dará su Espíritu.

Nosotros los cristianos, discípulos del Señor, pedimos a las familias del mundo que nos ayuden. Somos muchos los que participamos en esta celebración y esto es ya en sí mismo algo profético, una especie de milagro en el mundo de hoy, que está cansado de inventar nuevas divisiones, nuevos quebrantos, nuevos desastres. Ojalá todos fuéramos profetas. Ojalá cada uno de nosotros se abriera a los milagros del amor para el bien de su propia familia y de todas las familias del mundo -y estoy hablando de milagros de amor-, y poder así superar el escándalo de un amor mezquino y desconfiado, encerrado en sí mismo e impaciente con los demás. Les dejo como pregunta para que cada uno responda -porque dije la palabra "impa-

ciente"-: ¿En mi casa se grita o se habla con amor y ternura? Es una buena manera de medir nuestro amor.

Qué bonito sería si en todas partes, y también más allá de nuestras fronteras, pudiéramos alentar y valorar esta profecía y este milagro. Renovemos nuestra fe en la palabra del Señor que invita a nuestras familias a esta apertura; que invita a todos a participar de la profecía de la alianza entre un hombre y una mujer, que genera vida y revela a Dios. Que nos ayude a participar de la profecía de la paz, de la ternura y del cariño familiar. Que nos ayude a participar del gesto profético de cuidar con ternura, con paciencia y con amor a nuestros niños y a nuestros abuelos.

Todo el que quiera traer a este mundo una familia, que enseñe a los niños a alegrarse por cada acción que tenga como propósito vencer el mal -una familia que muestra que el Espíritu está vivo y actuante- y encontrará gratitud y estima, no importando el pueblo o la religión, o la región, a la que pertenezca.

Que Dios nos conceda a todos ser profetas del gozo del Evangelio, del Evangelio de la familia, del amor de la familia, ser profetas como discípulos del Señor, y nos conceda la gracia de ser dignos de esta pureza de corazón que no se escandaliza del Evangelio. Que así sea.

CONFERENCIA DE PRENSA DEL SANTO PADRE DURANTE EL VUELO DE REGRESO A ROMA

Domingo 27 de septiembre de 2015

(Padre Lombardi)

Santidad, bienvenido entre nosotros. Gracias por concedernos este tiempo tras un viaje tan intenso y fatigoso.

Comencemos inmediatamente a hacerle preguntas. La primera la hace esta muchacha aquí, que ha escrito el número del "Times" sobre usted y, por tanto, se ha preparado muy bien sobre su viaje en América. Ella pregunta en inglés y Mateo la traduce al italiano, así la podrá entender bien.

(Papa Francisco)

Buenas tardes a todos y muchas gracias por el trabajo, porque ustedes andaban de un lado para otro, ¿eh? Yo iba en auto, pero ustedes... Muchas gracias.

(Elisabetta Dias, corresponsal del "Time Magazine")

Muchas gracias, Santo Padre: soy Elisabetta Dias, corresponsal del "Time Magazine". Estamos curiosos por saber. Esta ha sido su primera visita a los Estados Unidos. ¿Qué le ha sorprendido de los Estados Unidos y qué le ha resultado diverso respecto a sus expectativas?

(Papa Francisco)

Sí, era la primera visita, nunca había estado aquí. Me ha sorprendido "the warmth", el calor de la gente, muy amable. Algo muy bello y también diferente. En Washington, una acogida calurosa pero un poco más formal; en Nueva York un poco extralimitada y en Filadelfia muy expresiva. Tres modalidades, pero de la misma acogida. Me ha impresionado mucho la bondad, la acogida, las ceremonias religiosas y también la piedad, la religiosidad. Se veía rezar a la gente, y esto me ha impresionado mucho, mucho. Es hermoso.

(Elisabetta Dias)

¿Ha encontrado un reto por parte de los Estados Unidos que no se esperaba? ¿Alguna provocación?

(Papa Francisco)

No, gracias a Dios no. No. Todo bien. Ninguna provocación. No challenge, no provocation. No, no. Todos educados... ningún insulto, ningún gesto feo. No, no. Pero debemos seguir trabajando con este pueblo creyente como han trabajado hasta ahora, acompañando al pueblo en el crecimiento, en sus cosas buenas y en sus dificultades; acompañando al pueblo en las alegrías y en los momentos malos de dificultad, cuando no hay trabajo, cuando hay enfermedad... El desafío de la Iglesia hoy es ser como ha sido siempre: cercana a la gente, cercana al pueblo de los Estados Unidos, con cercanía. No una Iglesia separada del pueblo, no. Cercana, cercana. Y esto es un desafío que la Iglesia en los Estados Unidos ha entendido bien. La ha entendido, Y quiero hacerla.

(Padre Lombardi)

Ahora hacemos la segunda pregunta de David O'Reilly del "Philadelphia Inquirer": es uno de los grandes periódicos de Filadelfia, donde hemos estado estos días.

(David O'Reilly, "Philadelphia Inquirer")

Santo Padre, Filadelfia -come usted sabe- ha pasado un mal período con los abusos sexuales: todavía es una herida abierta en Filadelfia. Sé que muchos en Filadelfia se han sorprendido porque en su alocución a los obispos en Washington les ha ofrecido consolación y conforto. Creo que muchos en Filadelfia querrían preguntarle: "¿Por qué ha sentido la necesidad de ofrecer consolación y conforto a los obispos?".

(Papa Francisco)

En Washington he hablado a todos los obispos de los Estados Unidos: Estaban todos, ¿no?, de todo el País. He sentido la necesidad de expresar compasión porque ha ocurrido algo muy feo, y muchos de ellos han sufrido tanto porque no lo sabían, o porque cuando explotó el asunto han sufrido mucho: hombres de Iglesia, de oración, auténticos pastores... Y yo he dicho que sabía que ellos -y he usado una palabra de la Biblia, del Apocalipsis- "ustedes vienen de la gran tribulación": esto es lo que ha sucedido y ha sido una gran tribulación. Pero no sólo el sufrimiento afectivo: es lo que hoy he dicho al grupo de personas que han sufrido abusos. Ha sido... no digo "apostasía", pero sí casi un sacrilegio. Sabemos que los abusos se dan por doquier: en el ámbito familiar, en el ámbito vecinal, en las escuelas, en los gimnasios, en todas partes. Pero cuando un sacerdote comete un abuso, es gravísimo, perché la vocación del sacerdote es hacer que ese niño, esa muchacha crezca hacia lo alto, hacia el amor de Dios, hacia la madurez afectiva, hacia el bien... Y en lugar de hacer esto el mal lo ha destrozado, la ha machacado. Y por esto es casi un sacrilegio. Y él ha traicionado la vocación, la llamada del Señor. Por eso, en este momento, la Iglesia es fuerte en esto; tampoco se debe encubrir: también son culpables los que han encubierto estas cosas. También algunos obispos que han encubierto esto. Es algo muy feo. Y las palabras de conforto no quieren decir: "Esté tranquilo, no es nada; no, no. Las cosas han sido así, pero "han sido tan

feas, y yo me imagino que ustedes han llorado mucho": ese es el sentido de las palabras. Y hoy he hablado duramente.

(Padre Lombardi)

Muchas gracias. Ahora pido a Maria Antonietta Collins y a Andrés Beltramo Álvarez que se acerquen para las siguientes preguntas.

(Maria Antonietta Collins)

Santo Padre, usted ha hablado mucho del perdón, que Dios nos perdona y que muchas veces quienes pedimos perdón somos nosotros. Le quisiera preguntar, al verle hoy en el Seminario: ¿Hay muchos sacerdotes que han cometido abusos sexuales con menores y no han pedido perdón a sus víctimas? ¿Usted los perdona? Y, por otro lado, ¿usted comprende a las víctimas y a las familias que no consiguen perdonar, o que no quieren perdonar?

(Papa Francisco)

Si una persona ha hecho mal, es consciente de lo que ha hecho y no pide perdón, yo le pido a Dios que lo tenga en cuenta. Yo lo perdono, pero él no recibe el perdón, está cerrado al perdón. O sea, una cosa es dar el perdón -todos estamos obligados a perdonar, porque todos fuimos perdonados-, pero otra cosa es recibir el perdón. Y si ese sacerdote está cerrado al perdón, no lo recibe, porque él cerró la puerta con la llave desde adentro. Y lo que queda es rezar para que el Señor le abra esa puerta. O sea, dar el perdón -hay que estar dispuestos-, pero no todos lo pueden recibir, no lo saben recibir, o no están dispuestos a recibirlo. Es duro lo que estoy diciendo. Y así se explica que haya gente que termine su vida de modo dura, mal, sin recibir la caricia de Dios. ¿La segunda pregunta era?

(Maria Antonietta Collins)

Si usted comprende a las víctimas y a las familias no han conseguido perdonar o que no quieren perdonar.

(Papa Francisco)

Sí, los comprendo. Los comprendo, rezo por ellos y no los juzgo. No los juzgo, rezo por ellos. Una vez, en una de estas reuniones, me encontré con varias personas y una mujer me dijo: "Cuando mi madre se enteró de que me habían abusado, blasfemó contra Dios, perdió la fe y murió atea". Yo comprendo a esa mujer. La comprendo. Y Dios, que es más bueno que yo, la comprende. Y estoy seguro que esa mujer Dios la ha recibido. Porque lo que fue manoseado, lo que fue destrozado era su propia carne, la carne de su hija. Yo la comprendo. Yo no juzgo a alguien que no puede perdonar. Rezo y le pido a Dios -porque Dios es un campeón en buscar caminos de solución-, pido que lo arregle.

(Padre Lombardi)

Andrés Beltramo, di Notimex, que pregunta en italiano, así nos ayuda todos

(Andrés Beltramo de Notimex)

Padre, gracias ante todo por este momento. Todos le hemos oído hablar mucho del proceso de paz en Colombia entre las farc y el gobierno. Hay un acuerdo histórico. ¿Se siente usted un poco parte de este acuerdo? Y usted había dicho que pensaba ir a Colombia cuando se produjera el acuerdo: ahora hay muchos colombianos que le están esperando... Y otra pequeña pregunta: ¿Que siente usted tras haber vivido un viaje tan intenso y el avión parte? Gracias, Padre.

(Papa Francisco)

La primera: Cuando he recibido la noticia de que en marzo se firmaría el acuerdo, he dicho al Señor: "Pero Señor, haz que lleguemos a marzo con esta bella intención", porque faltan pequeños detalles, pero la voluntad está ahí. Por ambas partes. La hay. También la hay por parte del pequeño grupo: todos, los tres están de acuerdo. Debemos llegar a marzo, al acuerdo definitivo. Que el punto de la justicia internacional, usted lo conoce... He quedado muy contento. Y me he considerado parte en el sentido de que yo siempre he querido esto, y he hablado dos veces con

el presidente Santos del problema, y la Santa Sede -no sólo yo-, la Santa Sede está muy abierta a ayudar en lo que pueda.

La otra pregunta: Esto es un poco personal, debo ser sincero. Cuando parte el avión después de una visita, me viene a la mente la mirada de tanta gente y siento el deseo de rezar por ellos y decir al Señor: "Yo he venido aquí para hacer algo, para hacer el bien. Quizás he hecho el mal: Perdóname. Pero guarda a toda esa gente que me ha mirado, que ha pensado las cosas que he dicho, que ha escuchado, incluidos los que me han criticado, a todos". Siento esto. No sé. Me viene así. Pero es un poco -me perdone-, es un poco personal: esto no se puede decir en los periódicos...

(Padre Lombardi)

Muchas gracias. Thomas Jansen del Cic, es decir, la Agencia Católica Alemana.

(Thomas Jansen)

Santo Padre, quisiera preguntarle algo sobre la crisis migratoria en Europa: muchos países están construyendo nuevas barreras con alambre de púas. ¿Qué dice de esta situación?

(Papa Francisco)

Usted ha usado una palabra: "crisis". Se produce un estado de crisis después de un largo proceso. Así es: estalló un proceso desde hace años, porque las guerras de las que toda esa gente se va, huye, son guerras desde hace años. El hambre: el hambre es hambre desde hace años... Cuando pienso en África -esto es algo simplista, ¿eh?, pero lo pongo como ejemplo- me hace pensar en África, como el continente explotado. Se iba allí a capturar esclavos y, además, los grandes recursos... El continente explotado. Y ahora las guerras, tribales o no tribales, tienen tras de sí intereses económicos... Pienso que en lugar de explotar un continente o un país o una tierra, habría que hacer inversiones para que aquella gente tenga trabajo; así se evitaría esta crisis. Es verdad: como dije en el Congreso, se trata de una crisis

de refugiados jamás vista desde la última guerra mundial, es la más grande. Usted me pregunta sobre las barreras. ¿Sabe usted cómo terminan los muros? Todos, todos los muros se derrumban: hoy, mañana o dentro de 100 años. Pero todos se derrumbarán. No es una solución. El muro no es una solución. En este momento, Europa se encuentra en dificultad: es verdad. Debemos ser inteligentes, porque viene toda esa oleada migratoria y no es fácil encontrar soluciones. Pero con el diálogo entre los países, deben encontrarlas. Los muros nunca son una solución; en cambio los puentes sí, siempre, siempre. No sé: lo que pienso acerca de los muros, de las barreras es que duran poco tiempo, mucho tiempo, pero no son una solución. El problema persiste, persiste aún con más odio. Eso es lo que pienso.

(Padre Lombardi)

Jean-Marie Guénois, de "Figaro", del grupo francés.

(Jean-Marie Guénois)

Santo Padre, usted obviamente no puede anticipar los debates de los Padres Sinodales: lo sabemos perfectamente. Pero quisiéramos saber, naturalmente, antes del Sínodo, si su corazón de pastor quiere de verdad una solución para los divorciados vueltos a casar. Quisiéramos saber también si su Motu proprio sobre la facilitación de las causas de nulidad ha cerrado -según usted- este debate. Y por último, qué responde a aquellos que temen, con esta reforma, la creación de hecho del así llamado "divorcio católico". Gracias.

(Papa Francisco)

Comienzo con la última. En la reforma de los procesos, de su modalidad, he cerrado la puerta a la vía administrativa, que era la vía por la cual podía entrar el divorcio. Y se puede decir que aquellos que piensan en un "divorcio católico" se equivocan porque este último documento ha cerrado la puerta al divorcio que podía entrar -habría sido más fácil- por la vía administrativa. Quedará siempre sólo la vía judicial. Luego, pasemos a la tercera: el documento. No recuerdo si era la tercera, si no corrija usted...

(Jean-Marie Guénois)

Sí: la pregunta era sobre la noción de "divorcio católico" y si el Motu proprio ha cerrado el debate que sobre este tema estaría previsto en el Sínodo.

(Papa Francisco)

Esto ha sido pedido por la mayoría de los Padres sinodales en el Sínodo del año pasado: agilizar los procesos, porque hay procesos que duran ya 10-15 años. Una sentencia, y después otra sentencia y ulteriormente si hay apelación, la apelación, y de nuevo otra apelación... y no se termina nunca. La doble sentencia, cuando era válida, y no existía la apelación, fue introducida por el Papa Lambertini, Benedicto XIV, porque en Europa Central -no digo el país- había algunos abusos, y para detenerlos, él introdujo esto. Pero no se trata de una cosa esencial para el proceso. Los procesos cambian, la jurisprudencia cambia para mejorarse: sí, mejora siempre. En aquel momento ese cambio era urgente. Luego, Pío X quiso agilizar la cuestión y algo hizo, pero no tuvo el tiempo ni la posibilidad de hacerlo todo. Los Padres sinodales han pedido esto: la agilización de los procesos de nulidad matrimonial. Y aquí me detengo. Este documento, este Motu proprio, facilita los procesos en cuanto al tiempo, pero no se trata de un divorcio, porque el matrimonio es indisoluble cuando es sacramento, y esto la Iglesia no, no lo puede cambiar. Es doctrina. El matrimonio es un sacramento indisoluble. El procedimiento legal sirve para probar que aquello que parecía un sacramento no había sido un sacramento: por falta de libertad, por ejemplo, o por falta de madurez, o por enfermedad mental... son tantos los motivos que llevan, después de un estudio, de una investigación, a decir: "No, allí no ha habido sacramento, por ejemplo, porque aquella persona no era libre". Un ejemplo: ahora no es muy común, pero en ciertos sectores de la sociedad sí es común -al menos en Buenos Aires lo era- los matrimonios cuando la novia quedaba encinta. "Se tiene que casar". Yo en Buenos Aires aconsejaba a los sacerdotes que se negaran a casarlos, casi les prohibía celebrar el matrimonio en esas condiciones. Nosotros lo llamamos "matrimonio de prisa", sólo para salvar todas las apariencias. Nace el niño y a algunas parejas les va bien, pero no hay libertad. Luego, les va mal, se separan... y dicen "yo fui obligado a casarme porque tenía que reparar esa situación": esta sería una causa de nulidad. Las causas de nulidad son muchas, las pueden encontrar en internet, ahí están todas. Luego, el problema de las segundas nupcias, de divorciados que contraen una nueva unión. Lean lo que tienen en el

Instrumentum laboris, lo que se pone en discusión. A mí me parece un poco simplista decir que el Sínodo..., que la solución para esa gente es que puedan recibir la comunión. Esta no es la única solución, no. Lo que el Instrumentum laboris propone es mucho más. El problema de las nuevas uniones de los divorciados no es el único problema. En el Instrumentum laboris hay muchos más. Por ejemplo: los jóvenes no se casan, no quieren casarse. Es un problema pastoral para la Iglesia. Otro problema: la madurez afectiva para el matrimonio. Otro problema: la fe. ¿Yo creo que esto es "para siempre"? Sí, sí, lo creo. ¿Pero lo creo de verdad? La preparación para el matrimonio..., pienso en ello tantas veces: para ser sacerdote hay una preparación de ocho años; y luego, como no es definitivo, la Iglesia me puede quitar el estado clerical. Pero para casarse, que es para toda la vida, se siguen cuatro cursos, cuatro veces... Ahí hay algo que no funciona. El Sínodo tiene que pensar bien cómo hacer la preparación para el matrimonio; es una de las cosas más difíciles. Y hay tantos problemas... Pero todos están mencionados en el Instrumentum laboris. Me agrada que usted me haya hecho la pregunta sobre el "divorcio católico": no, eso no existe. O nunca hubo matrimonio -y esto es la nulidad, porque no existió- o si existió, es indisoluble. Esto queda claro. Gracias

(Padre Lombardi)

Muchas gracias, Santo Padre. Ahora es el turno de Terry Moran, de ABC News, una de las grandes redes norteamericanas.

(Terry Moran, de ABC News)

Santo Padre, gracias. Muchas gracias, y gracias también al staff del Vaticano.

Santo Padre, usted visitó a las Pequeñas Hermanas de los Pobres, y se nos dijo que usted quiso manifestarles su apoyo también en sede judicial. Santo Padre, usted sostiene que aquellos individuos -incluidos los funcionarios gubernativos- que dicen no poder, según su buena conciencia, según su conciencia personal, atenerse a determinadas leyes o cumplir con sus obligaciones como funcionarios gubernativos, por ejemplo, en emitir licencias matrimoniales a parejas del mismo sexo. ¿Sostendría usted estas reivindicaciones de libertad religiosa?

(Papa Francisco)

Yo no puedo tener presente todos los casos que pueden existir en la objeción de conciencia. Pero sí puedo decir que la objeción de conciencia es un derecho y entra en todo derecho humano. Es un derecho, y si una persona no permite que se ejerza la objeción de conciencia, está negando un derecho. En toda estructura judicial debe entrar la objeción de conciencia, porque se trata de un derecho, de un derecho humano. Si no, terminamos en una selección de derechos: este es un derecho de calidad, este no es un derecho de calidad... Este es un derecho humano. A mí me ha conmovido siempre -y esto va en contra de mí mismo, ¿eh?- cuando de joven leía la "Chanson de Roland" -la he leído varias veces-, cuando todos los mahometanos estaban en fila y enfrente estaba la pila bautismal o la espada, y debían elegir. No se les permitía la objeción de conciencia. No, es un derecho y nosotros tenemos que hacer la paz, debemos respetar todos los derechos.

(Terry Moran)

¿Esto incluye también a los funcionarios gubernativos?

(Papa Francisco)

Es un derecho humano. Si el funcionario de gobierno es una persona humana, posee ese derecho. Es un derecho humano.

(Padre Lombardi)

Muchas gracias. Damos ahora la palabra a Stefano Maria Paci, del grupo italiano de Sky News.

(Stefano Maria Paci, Sky News)

Santidad. En la ONU usted ha usado palabras muy fuertes para denunciar el silencio sobre la persecución contra los cristianos, que son despojados de sus casas, expulsados, desposeídos de sus bienes, hechos esclavos y brutalmente asesi-

nados. El presidente Holland ha anunciado ahora el inicio de bombardeos, de parte de Francia, contra las bases del Isis en Siria: ¿Qué piensa sobre esta acción militar? Y luego, una curiosidad: el alcalde Marino, alcalde de Roma, ciudad del Jubileo, declaró que vino al Encuentro Mundial de las Familias, a la Misa, invitado por usted. ¿Nos podría decir cómo estuvo esto? [el Capitolio -Ayuntamiento de Roma- ha precisado que el alcalde Marino nunca ha afirmado que hubiera sido invitado por el Santo Padre]

(Papa Francisco)

Comienzo con la segunda pregunta. Yo no invité al alcalde Marino, ¿Está claro? Yo no lo hice y se lo pregunté a los organizadores: tampoco ellos lo invitaron. Él vino, él se profesa católico; vino espontáneamente. Así fue. ¿Queda claro? Y la otra pregunta, ah, sí, sobre los bombardeos. De verdad que tuve noticia de esto sólo anteayer y no he leído nada al respecto; no conozco bien la situación y no sé cómo irá. He oído decir que Rusia tenía una posición, que los Estados Unidos no tenía aún clara su posición... No sabría qué decirle, de verdad, porque no he entendido bien la cuestión. Pero cuando oigo la palabra "bombardeo", muerte, sangre... repito lo que dije en el Congreso y en las Naciones Unidas: evitar estas situaciones... pero no juzgo la situación política porque no la conozco. Gracias.

(Padre Lombardi)

Gracias.

Ahora Miriam Schmidt, de la DPA (Deutsche Presseagentur), la agencia alemana de información.

(Miriam Schmidt)

Santo Padre, quisiera hacerle una pregunta sobre las relaciones de la Santa Sede con China y sobre la situación en ese país, que es bastante difícil también para la Iglesia católica. ¿Qué piensa sobre esto?

(Papa Francisco)

China es una gran nación, que aporta al mundo una gran cultura y tantas cosas buenas. Dije una vez en el avión, regresando de Corea, que me gustaría mucho ir a China: yo amo al pueblo chino; lo quiero mucho. Espero que haya posibilidades de tener buenas relaciones, buenas relaciones. Tenemos contactos, hablamos... se va adelante. Para mí, tener un país amigo como China, que tiene tanta cultura y tantas posibilidades de hacer el bien, sería una alegría.

(Padre Lombardi)

Muchas gracias. Ahora tenemos a Sagrario Ruiz de Apodaca.

(Sagrario Ruiz de Apodaca)

Gracias. Buenas noches Santo Padre. Es la primera vez que ha visitado los Estados Unidos, nunca había estado antes. Habló en el Congreso, en las Naciones Unidas, ha tenido auténticos encuentros con multitudes... ¿Se siente más fuerte? Y quisiera preguntarle también, ya que le hemos oído hablar de poner de relieve el papel de las religiosas y de las mujeres en la iglesia estadounidense: ¿Veremos algún día mujeres sacerdotes en la Iglesia católica, como piden algunos grupos de los Estados Unidos y como sucede en otras iglesias cristianas? Gracias.

(Papa Francisco)

Las religiosas de los Estados Unidos han hecho maravillas en el campo de la educación, en el campo de la salud. El pueblo de los Estados Unidos ama a las religiosas: no sé cuánto ama a los sacerdotes, pero a las religiosas las ama, las ama mucho. Son muy buenas, son mujeres buenas, buenas, buenas. Cada una sigue su propia Congregación, sus reglas; existen diferencias, pero son buenas y por eso me sentí en la obligación de agradecerles por todo lo que han hecho. Una persona importante del gobierno de los Estados Unidos me dijo en estos días: "La cultura que poseo se la debo primariamente a las religiosas. Las religiosas tienen escuelas en todos los barrios -ricos y pobres-, trabajan con los pobres y

también en los hospitales... Esta era la primera pregunta. La tercera, la recuerdo... ¿Y la segunda?

(Sagrario Ruiz de Apodaca)

Si se siente fuerte después de haber estado en los Estados Unidos, con esta agenda y haber obtenido este éxito...

(Papa Francisco)

Yo no sé si tuve éxito o no. Pero tengo miedo de mí mismo, porque si tengo miedo de mí mismo me siento siempre -no sé- débil, en el sentido de no tener poder; el poder es una cosa pasajera: hoy está, mañana no... lo importante es que tú con el poder hagas el bien. Jesús definió lo qué es el poder: el verdadero poder es servir, hacer servicios, hacer los servicios más humildes. Yo tengo todavía que ir adelante por este camino del servicio porque siento que no hago todo lo que debería hacer. Este es el concepto que yo tengo sobre el poder.

Tercera: las mujeres sacerdote: eso no está en mis manos. El Papa san Juan Pablo II, en tiempos de discusión, después de una larga reflexión, lo dijo claro, No porque las mujeres no tengan capacidad. Pero mira: en la Iglesia son más importantes las mujeres que los hombres, porque la Iglesia es mujer, "La" Iglesia, no "El" Iglesia: la Iglesia es la esposa de Cristo, y la Virgen es más importante que los papas, los obispos y los sacerdotes. Hay algo que debo reconocer: nosotros estamos con un poco de retraso en la elaboración de una teología de la mujer. Tenemos que adelantar en esa teología. Esto sí, verdaderamente. Gracias.

(Padre Lombardi)

Tenemos ahora la última pregunta. Es de Matilde Imberti, de Radio France. Y luego, concluimos... Terminamos la lista de las preguntas.

(Matilde Imberti, Radio France)

Santo Padre, en los Estados Unidos usted se ha convertido en una estrella. ¿Es un bien para la Iglesia que el Papa sea una estrella?

(Papa Francisco)

¿Sabes tú cuál era el título que usaban los Papas y que se debe usar? Siervo de los siervos de Dios. Es un poco distinto de las estrella. Las estrellas son hermosas para mirarlas, a mí me gusta mirarlas cuando el cielo está sereno en verano... Pero el Papa debe ser -debe serlo- el siervo de los siervos de Dios. Es cierto, en los media se usa esto, pero hay otra cosa indiscutible: cuántas estrellas hemos visto que luego se apagan y caen... es una cosa pasajera. Ser el "siervo de los siervos de Dios", en cambio, es hermoso. No pasa. Esto es lo que yo pienso.

(Padre Lombardi)

Hemos terminado la lista de los que se habían inscrito. Santo Padre, muchas gracias por su disponibilidad. Hemos tenido, por lo menos, 50 minutos de conversación, y ha sido un momento muy consistente. Felicitaciones por la resistencia que ha tenido en el viaje y también en esta conversación con nosotros. Nosotros continuamos a estar con usted: no termina con este viaje. Este viaje se concluye, pero luego viene el Sínodo y tantas otras cosas más... Y queremos continuar a seguirlo con mucho afecto, estima, aprecio, esperando poder ayudarlo en su servicio a los siervos de Dios.

(Papa Francisco)

Muchas gracias por su trabajo, su paciencia, su benevolencia. Gracias. Estoy a su disposición. Rezo por ustedes; de verdad. Gracias por toda su ayuda... Feliz vuelo.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.